

Sharpe



a la conquista de Francia

Bernard Cornwell

Lectulandia

Sharpe debe encabezar un grupo de fusileros que ha de capturar un fuerte en la costa de Francia para facilitar el desembarco de las fuerzas de Wellington. Pero debido a la incompetencia de un capitán de navío y las pérfidas maquinaciones del espía Pierre Ducros, se convierte en la más peligrosa y arriesgada de las misiones emprendidas por Sharpe.

Lectulandia

Bernard Cornwell

Sharpe a la conquista de Francia

Richard Sharpe - 20

ePub r1.0

viejo_oso 27.06.13

Título original: *Sharpe's Siege*

Bernard Cornwell, 1987

Traducción: Carmen Soler Rodríguez

Editor digital: viejo_oso

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Sharpe a la conquista de Francia está dedicada a
Brenym McNight, Terry Farrand, Bryan Thorniley,
Diana Colbert, Ray Steele y Stuart Wilkie,
con agradecimiento.

Capítulo 1

Faltaban diez días para la Candelaria del año de 1814 y el viento del Atlántico venía cargado de ráfagas de una lluvia fría que azotaba las estrechas callejuelas adoquinadas, caía de los canalones de la maraña de tejados y llenaba de hoyitos el agua del puerto interior de San Juan de Luz. Era un viento invernal, cruel como un sable desnudo, que formaba remolinos con el humo de las chimeneas y lo enredaba con las nubes bajas de enero que envolvían aquel rincón en el sudoeste de Francia ganado en tierra enemiga por el ejército británico.

Un soldado inglés, cuyo caballo estaba cansado y manchado de barro, descendía por una calle adoquinada en San Juan de Luz. Agachó la cabeza al pasar bajo el letrero de madera de una panadería, bordeó con su yegua una carreta de pescado y desmontó en una esquina donde un noray de hierro le proporcionaba un lugar para atar el caballo. Le dio unas palmaditas al animal y luego se cargó las alforjas al hombro. Resultaba evidente que había cabalgado mucho.

Se adentró en un callejón estrecho, en busca de una casa que sólo conocía por su descripción; era una casa con la puerta azul y una hilera de tejas verdes resquebrajadas por encima del dintel. Tiritaba. De la cadera derecha le colgaba una espada larga dentro de una vaina metálica, del hombro derecho, un fusil. Se apartó para dejar pasar a una mujer, vestida de negro y achaparrada, que llevaba una cesta llena de langostas. Ella, agradecida porque este soldado enemigo se hubiera mostrado cortés, dio las gracias con una sonrisa, pero luego, cuando se sintió a salvo, se santiguó. El rostro del soldado le había parecido lúgubre y estaba marcado con una cicatriz; era moreno y guapo, pero así y todo parecía el rostro de un criminal. Le rogó a su santo que su hijo no tuviera que enfrentarse en batalla a un hombre como aquél y que en cambio tuviera un empleo seguro y a salvo, en el servicio de aduanas francés.

El soldado, ajeno al efecto que producía su rostro, encontró la puerta azul bajo las tejas verdes. La puerta, a pesar de que el día era frío, estaba entreabierta; la empujó, sin llamar, y se abrió paso hasta la primera estancia. Allí dejó caer la mochila, el fusil y las alforjas sobre una alfombra raída y se quedó mirando el rostro irritado de un cirujano del ejército británico.

—Le conozco —dijo el cirujano, con los puños de la camisa manchados de sangre seca.

—Sharpe, señor, de los Voluntarios del Príncipe...

—Sabía que le conocía —le interrumpió el cirujano—. Le extraje una bala de mosquete después de Fuentes d'Oñoro. Tuve que escarbar para encontrarla, lo recuerdo.

—En efecto, señor.

A Sharpe le costaba olvidarlo. El cirujano estaba medio borracho, maldecía y

hurgó en la carne de Sharpe a la luz de una vela que se iba apagando. Ahora ambos hombres se encontraban en la estancia exterior del alojamiento del teniente coronel Michael Hogan.

—No puede entrar ahí. —Las ropas del cirujano estaban empapadas de vinagre profiláctico que llenaba la pequeña habitación con su olor acre—. A menos que quiera morir.

—Pero...

—No es que me importe. —El cirujano enjugó la copa de la sangría en las faldas de su camisa y luego la tiró dentro de su bolsa—. Si quiere coger la fiebre, comandante, entre.

Escupió en el escoplo escarificador, limpió la sangre y se encogió de hombros mientras Sharpe abría la puerta interior.

La habitación de Hogan estaba caldeada por un gran fuego que crepitaba cuando las llamas entraban en contacto con la lluvia que se colaba por la chimenea. Hogan se encontraba en una cama con un montón de mantas encima. Temblaba y sudaba al mismo tiempo. Tenía el rostro grisáceo, su piel parecía resbaladiza por el sudor, tenía los ojos totalmente rojos y murmuraba algo respecto a ser purgado con hisopo.

—Se le va la cabeza —dijo el cirujano detrás de Sharpe—. La fiebre, ya ve. ¿Le conoce?

Sharpe miraba fijamente al enfermo.

—Es un íntimo amigo mío. —Se giró para mirar al cirujano—. He estado en el Nive este último mes, sabía que estaba enfermo, pero... —Se quedó sin palabras.

—Ah. —Parecía que el cirujano se ablandaba algo—. Ojalá pudiera ayudarle, comandante.

—¿Usted no puede?

—Puede durar dos días. Tal vez dure una semana. —El médico se puso la chaqueta que se había quitado antes para abrir una de las venas de Hogan—. Está envuelto en franela roja, se le sangra regularmente y lo alimentamos con pólvora y brandy. No se puede hacer más, comandante, salvo rezar por la gracia de Dios.

La enfermería apestaba a vómito. El calor del enorme fuego había llenado la cara de Sharpe de sudor y había provocado que le saliera vapor de agua de lluvia del uniforme empapado mientras se acercaba al lecho, pero resultaba evidente que Hogan no lo reconocía. El irlandés de mediana edad, que era el Jefe de Inteligencia de Wellington, temblaba y sudaba y se sacudía y desvariaba con aquella voz que tan a menudo había divertido a Sharpe por su acertada agudeza.

—Es posible —el cirujano hablaba de mala gana desde la estancia exterior— que el próximo convoy traiga algo de quina.

—¿Quina? —preguntó Sharpe girándose hacia la puerta.

—La corteza de un árbol de Sudamérica, comandante, a veces llamada quinina.

Una buena infusión puede hacer milagros. Pero es una sustancia rara, comandante, ¡y tremendamente cara!

Sharpe se acercó más a la cama.

—¿Michael? ¿Michael?

Hogan dijo algo en gaélico. Sus ojos parpadearon al mirar a Sharpe, se cerraron y luego se volvieron a abrir.

—¿Michael?

—Ducos —dijo el enfermo con claridad—, Ducos.

—No sabe lo que dice —dijo el cirujano.

—Sí lo sabe.

Sharpe había oído un nombre, un nombre en francés, el nombre de un enemigo, pero en qué contexto febril y de qué estancia secreta de la mente inteligente de Hogan había brotado tal nombre, eso, Sharpe no lo sabía.

—Me ha enviado el mariscal de campo —dijo el cirujano que parecía deseoso de explicarse— pero yo no puedo hacer milagros, comandante. Tan sólo el Todopoderoso puede hacerlos.

—O la quinina.

—De la que hace seis meses que no veo una pizca. —El médico seguía en la puerta—. Debo insistir en que se vaya, comandante. Dios nos libre de un contagio.

—Sí.

Sharpe sabía que no se perdonaría nunca si no le proporcionaba a Hogan algún gesto de amistad, aunque éste fuera inútil, así que se inclinó, tomó la mano del enfermo y le dio un apretón suave.

—*Maquereau* —dijo Hogan con claridad.

—¿*Maquereau*?

—¡Comandante!

Sharpe atendió a la voz del cirujano.

—¿Le dice algo la palabra *maquereau*?

—Es un pescado. La caballa. También en argot francés quiere decir macarra, comandante. Ya se lo he dicho, se le va la cabeza. —El cirujano cerró la puerta de la enfermería—. Y otro consejo, comandante.

—¿Sí?

—Si quiere que su mujer siga viva, dígame que deje de visitar al coronel Hogan.

Sharpe se detuvo junto a su equipaje empapado.

—¿Jane lo visita?

—Una tal señora Sharpe lo visita cada día —dijo el doctor—, pero yo no sé su nombre. Buenos días tenga usted, comandante. Era invierno en Francia.

El suelo era una extensión de madera de boj pulida, las paredes eran colinas de

mármol brillante y el techo un amasijo de recargada yesería y pintura. En el mismísimo centro del suelo, bajo la araña de luces oscura y llena de incrustaciones y empequeñecida por las enormes proporciones de la amplia estancia, había una mesa de malaquita. Seis velas, cuya luz era demasiado débil para llegar hasta las esquinas de la gran sala, iluminaban unos mapas desparramados sobre la mesa de piedra verde.

Un hombre se dirigió desde la mesa hacia un fuego que ardía en un hogar excesivamente labrado. Se quedó mirando las llamas y, cuando finalmente habló, las paredes de mármol hicieron que su voz pareciera hueca de desesperación.

—No hay reservas.

—La media brigada de Calvet...

—Tiene órdenes de dirigirse al sur sin demora. —El hombre apartó la vista del fuego y miró hacia la mesa, donde el brillo de las velas iluminaba dos caras pálidas por encima de unos uniformes oscuros—. El Emperador no se lo tomará bien si nosotros...

—El Emperador —el hombre más menudo que estaba junto a la mesa interrumpió con una voz sorprendentemente dura— recompensa el éxito.

La lluvia de enero repiqueteaba contra las grandes ventanas que daban al este. Las cortinas de terciopelo de esta habitación habían sido arrancadas hacía veintiún años, como trofeos de una muchedumbre revolucionaria que había recorrido triunfante las calles de Burdeos, y no había vuelto a haber ni el dinero ni las ganas de colgar unas cortinas nuevas. En consecuencia, en inviernos como éste, había una corriente de aire de fuerza malévola. El fuego apenas calentaba el hogar, menos aún la totalidad de la enorme estancia, y el general, que permanecía ante las débiles llamas, temblaba.

—Este o norte.

Era un problema bien simple. Los británicos habían invadido un pequeño rincón en el sur de Francia, no más que una puntita entre los ríos del sur y el golfo de Vizcaya, y estos hombres contaban con que los británicos volvieran a atacar. ¿Pero hacia dónde iría lord Wellington? ¿Hacia el este o hacia el norte?

—Sabemos que es hacia el norte —dijo el hombre menudo—. ¿Y si no, por qué están reuniendo naves?

—En tal caso, mi querido Ducos —preguntó el general retrocediendo hacia la mesa—, ¿va a ser un puente o un desembarco?

El tercer hombre, un coronel, tiró un cigarro al suelo y lo aplastó con el pie.

—Tal vez el americano pueda decírnoslo.

—El americano —dijo Pierre Ducos con mordacidad— es como una mosca en el trasero de un león. Un aventurero. Yo lo utilizo porque ningún francés puede hacer ese trabajo, pero espero poca ayuda por su parte.

—¿Entonces quién puede decírnoslo? —El general penetró en la aureola de luz que producían las velas—. ¿No es eso trabajo suyo, Ducos?

Al comandante Pierre Ducos, dada su categoría, le resultaba raro verse desafiado así, sin embargo Francia era atacada y Ducos se sentía casi impotente. Cuando, con el resto del ejército francés, había sido expulsado de España, Ducos había perdido a sus mejores agentes. Ahora, al adentrarse en la mente de su enemigo, Ducos tan sólo veía niebla.

—Hay un hombre —dijo en voz baja.

—¿Y bien?

Los gruesos anteojos redondos de Ducos reflejaron la luz de las velas cuando fijó la mirada en el mapa. Debería enviar un mensaje atravesando las líneas enemigas, y se arriesgaba a perder a su último agente con uniforme británico, pero tal vez el riesgo estaba justificado si le proporcionaba las noticias que necesitaban con tanta desesperación. ¿Este, norte, un puente o un desembarco? Pierre Ducos asintió con la cabeza.

—Lo intentaré.

Por ese motivo, tres días después, un teniente francés atravesó cautelosamente un puente de tablas helado que cruzaba un afluente del Nive. Gritó con entusiasmo para advertir a los centinelas enemigos que se aproximaba.

Dos casacas rojas británicas, con los rostros envueltos en harapos para protegerse del frío glacial, requirieron a su oficial. El teniente francés, al ver que estaba a salvo, sonrió burlonamente al piquete.

—¿Frío, eh?

—Frío maldito.

—Para vosotros.

El teniente francés entregó a los casacas rojas un bulto envuelto en trapos que contenía una barra de pan y una tira de salchichas, el comportamiento usual en tales ocasiones, luego saludó a su homólogo británico con alegre familiaridad.

—He comprado el calicó para el capitán Salmon.

El francés desabrochó su mochila.

—Pero no encuentro seda roja en Bayona. ¿Puede esperar la mujer del coronel?

—Tendrá que esperar. —El teniente británico pagó con plata el calicó y añadió un cartón de tabaco negro como recompensa para el francés—. ¿Puede comprar café?

—Hay en abundancia. Una goleta americana burló el bloqueo. —El francés abrió el cartón—. También tengo tres cartas.

Como era usual las cartas no estaban selladas, era señal de que se podían leer. Unos cuantos oficiales del ejército británico tenían conocidos, amigos o familiares en las filas enemigas y los piquetes contrarios siempre habían actuado como servicio postal no oficial entre los ejércitos. El francés rechazó un tazón de té británico y prometió traer un saco de café de cuatro libras, comprado en el mercado de Bayona, el día siguiente.

—Eso si todavía estáis aquí mañana.

—Estaremos aquí.

Y así, de una manera que resultaba totalmente normal y por encima de cualquier sospecha, el mensaje de Pierre Ducos fue entregado a salvo.

—¿Por qué no he de volver a visitar a Michael? Es sumamente decente. Después de todo, nadie supondrá que se puede tener un comportamiento inapropiado con un enfermo.

Sharpe ni se enteró de la ironía de Jane.

—No quiero que cojas la fiebre. Entrégale la comida a su criado.

—He visitado a Michael cada día —dijo Jane— y estoy estupendamente. Además, tú has ido a verlo.

—Imaginaba que mi constitución era más fuerte que la tuya.

—Ciertamente es más fea.

—Insisto —dijo Sharpe con pesada dignidad— en que evites el contagio.

—Tengo toda la intención de evitarlo. —Jane estaba sentada e inmóvil mientras su nueva sirvienta francesa le iba colocando peinetas en el pelo—. Pero Michael es amigo nuestro y no quiero que se sienta olvidado. —Hizo una pausa, como para dejar que su marido rebatiera su argumentación, pero Sharpe estaba aprendiendo con rapidez que en la gran escaramuza que es el matrimonio, la felicidad se compraba con frecuentes retiradas. Jane sonrió.

—Y si resisto este tiempo, es que soy tan fuerte como cualquier fusilero.

El viento marino, que aullaba procedente de Vizcaya, hacía crujir las bisagras de su alojamiento. Del otro lado de los tejados Sharpe veía la espesura de mástiles y palos de las naves que atiborraban el puerto interior. Uno de esos barcos había traído los uniformes nuevos que se estaban suministrando a sus hombres.

Se habían hecho esperar. A los Veteranos del South Essex, que ahora Sharpe tenía que llamar Los Voluntarios del Príncipe de Gales, hacía tres años que no les suministraban uniformes nuevos. Tenían las casacas hechas jirones, descoloridas y remendadas, pero ahora, aquellas chaquetas viejas, que habían luchado a través de España, se veían reemplazadas por tela nueva y brillante. Algún batallón francés, al ver los gabanes nuevos, pensaría que pertenecían a una unidad recién llegada que no conocía la sangre y sin duda pagarían caro su error.

Las órdenes para el reequipamiento le habían proporcionado a Sharpe la ocasión de estar con su joven mujer, al tiempo que había dado la oportunidad a todos los hombres casados del batallón de estar con las suyas. El batallón se había apostado en los márgenes del río Nive, cerca de las patrullas francesas, y Sharpe había ordenado que las mujeres se quedaran en San Juan de Luz. Estos pocos días resultaban preciados para Sharpe, eran días que había arrancado a la línea dura y helada del río,

días para estar con Jane, y días que tan sólo estropeaba la enfermedad que amenazaba la vida de Hogan.

—Le llevo comida del Club —dijo Jane.

—¿Del Club?

—Donde comemos, Richard. —Se giró de espaldas al espejo con la expresión de una mujer satisfecha de su propia imagen—. Tu chaqueta buena, creo.

En cada ciudad que ocupaban los británicos, y en la que pasaban unos cuantos días, uno de los edificios se convertía en un club de oficiales. El edificio no se elegía nunca oficialmente, ni se designaba como tal, pero por algún extraño proceso y a los dos días de la llegada del ejército, se acordaba de forma general que una casa fuera el lugar donde los caballeros elegantes se pudieran retirar a leer los diarios de Londres, beber vino caliente con especias ante un fuego bien cuidado, o echar unas manos de *whist* durante la velada. En San Juan de Luz la casa elegida daba al puerto externo.

El comandante Richard Sharpe, nacido en un vulgar orfanato y que había ascendido desde la escoria de la tropa del ejército británico, nunca había hecho uso anteriormente de tales clubs temporales de caballeros, pero a las esposas jóvenes y bellas hay que darles caprichos.

—No suponía —le dijo tristemente a Jane mientras se iba abrochando la nueva casaca verde— que se permitía la entrada a mujeres en los clubs de caballeros.

—Aquí, sí —dijo Jane— y van a servir pastel de ostras para el almuerzo.

Esto zanjó la cuestión. El comandante Richard Sharpe y señora comerían fuera y el comandante Sharpe tenía que ponerse el uniforme incómodo y tieso que se había comprado en Londres para una recepción real y que odiaba. Pensó, mientras subía por las amplias escaleras del club de oficiales con Jane del brazo, que era muy sabio el viejo consejo de que un oficial no tenía que llevarse nunca a una mujer de buena familia a una mala guerra.

Sin embargo, el enfado se le pasó en cuanto penetró en el comedor lleno de gente. Se llenó de aquel orgullo que siempre sentía cuando llevaba a Jane a un lugar público. Ella era, sin duda alguna, bellísima, y su belleza iba acompañada por una vivacidad que le otorgaba carácter a su rostro. Se había fugado para casarse con él hacía unos meses; había huido de la casa de su tío en las grises marismas de Essex para venirse a la guerra. Provocaba miradas de admiración de los hombres de todas las mesas, mientras que las esposas de otros oficiales, que soportaban los inconvenientes de hacer una campaña por amor, miraban con envidia la belleza tranquila de Jane. Algunas, también, le envidiaban al hombre alto, de cabello negro y con una cicatriz ceñuda, que parecía encontrarse tan incómodo entre el lujo y las comodidades indulgentes del club. El nombre de Sharpe se susurraba de una mesa a otra; el nombre del hombre que había capturado un estandarte del enemigo, que había atravesado una de las atroces brechas de Badajoz y que, eso se rumoreaba, se había

hecho rico con el botín manchado de sangre de Vitoria.

Un mayordomo con guantes blancos abandonó una mesa de oficiales superiores para apresurarse a ir junto a Jane.

—El capitán quería sentarse aquí, señora —el mayordomo estaba cepillando innecesariamente el asiento de una silla cercana a una de las amplias ventanas—, pero le he dicho que estaba guardada para alguien especial.

Jane sonrió al mayordomo de una manera que hubiera esclavizado a un misógino.

—Muy amable por su parte, Smithers.

—Es aquel de allí —dijo Smithers señalando con la cabeza despectivamente hacia una mesa junto al fuego, donde dos oficiales navales estaban sentados al calor pero incómodos.

El oficial más joven era un teniente, mientras que una de las dos charreteras del otro hombre era brillante y nueva, y denotaba un ascenso reciente al rango de capitán.

Smithers volvió a mirar a Jane con devoción.

—He reservado una o dos botellas de ese clarete que le gusta.

Sharpe, a quien el mayordomo no había hecho caso, dio su opinión respecto al vino con la esperanza de no equivocarse. El pastel de ostras estaba realmente bueno. Jane dijo que llevaría un trozo al alojamiento de Hogan esa misma tarde y Sharpe volvió a insistir en que ella en realidad no debería entrar en la habitación del enfermo y percibió un atisbo de enojo en el rostro de Jane. Pero su irritación no venía causada por las palabras de Sharpe, sino por la repentina proximidad del capitán de marina que, con grosería, se había situado justo detrás de la silla de su esposo, en un lugar desde donde podía oír la conversación entre el comandante y la señora Sharpe.

El oficial de marina, sin embargo, no había venido a escuchar indiscretamente, sino a observar a través de la ventana salpicada de lluvia. Su interés estaba en una pequeña flotilla de barcos que había surgido alrededor de la punta del norte. Las barcas eran pequeñas y rechonchas, ninguna hacía más de cincuenta pies de largo, pero cada una tenía una gran fuerza de vela que conducía al grupo de botes con velocidad hacia la entrada del puerto. Iban escoltados por un bergantín que, al no haber enemigos, tenía las cañoneras cerradas.

—Son quechemarines —dijo Jane a su marido.

—¿Quechemarines?

—Lugres costeros, Richard. Llevan cuarenta toneladas de carga cada uno. —Sonrió, contenta por su exhibición de conocimientos—. Te olvidas de que yo crecí en la costa. Los contrabandistas de Dunkirk usaban este tipo de barco. La marina —Jane lo dijo lo bastante alto para que el capitán intruso lo oyera— nunca los cogía.

Pero el capitán de marina no estaba pendiente de las palabras de la señora Sharpe. Observaba la flota dispersa de quechemarines que, surgiendo de una ráfaga de lluvia, parecía ir a la deriva de lado para evitar un banco de arena que quedaba marcado por

una línea quebrada de sucia espuma.

—¡Ford! ¡Ford!

El teniente se enjugó los labios con una servilleta, echó un trago de vino, y luego se apresuró junto a su capitán.

—¿Señor?

El capitán extrajo un pequeño catalejo del bolsillo del gabán.

—Hay algo interesante allí, Ford. ¡Enfóquelo!

Sharpe se preguntaba por qué motivo los oficiales de marina estaban tan interesados en la embarcación costera francesa, pero Jane dijo que la marina llevaba días reuniendo a los quechemarines. Ella había oído que los barcos, con su tripulación francesa, se estaban alquilando con moneda inglesa, pero nadie sabía explicar con qué propósito.

La pequeña flota estaba ya a un cuarto de milla del puerto, y, para facilitar su entrada en la rada abarrotada, cada barco iba bajando su gavia. El bergantín se había puesto al paio, con las velas temblando, pero uno de los barcos de cabotaje franceses, mayor que el resto de sus compañeros, todavía tenía las cinco velas desplegadas. El agua rompía blanca en la proa y resbalaba con una espuma grisácea y burbujeante por el casco, que era más elegante que el de las otras naves más pequeñas.

—Se cree que es una regata, señor —dijo el teniente con alegre vacuidad por encima del hombro de Sharpe.

—Una embarcación hábil —dijo el capitán de mala gana—. Demasiado buena para el ejército. Creo que deberíamos contar con ella para nuestros efectivos.

—Así es, señor.

El lugre mayor y más rápido se había separado del grupo. Sus velas eran de un color grisáceo sucio, el color del cielo en invierno, y su casco poco profundo estaba pintado de un negro mortecino como la brea. La cubierta corrida, como todas las cubiertas de los quechemarines, era una curvatura abierta por tres mástiles y la caña del timón, junto a la que había dos hombres. El aparejo estaba amontonado con gran desorden sobre la tablazón de cubierta.

El bergantín, al ver que el gran lugre avanzaba deprisa, soltó una cuerda con banderas de vivos colores. El capitán gruñó.

—¡Los franchutes de mierda no van a entender esto!

Sharpe, ofendido por la proximidad no deseada del capitán de marina, había estado buscando un motivo de discusión y ahora que el capitán había soltado una palabrota ante Jane, lo había encontrado. Se levantó.

—Señor.

El capitán de marina, con lentitud deliberada, miró con sus ojos claros de un verde brillante al comandante del ejército. El capitán era joven, rechoncho y estaba

seguro de que tenía más graduación que Sharpe.

Se quedaron ambos mirándose a los ojos y Sharpe sintió repentinamente la certeza de que iba a odiar a aquel hombre. No había razón para ello, ni justificación, sencillamente era una aversión física ante aquel rostro privilegiado y regocijado que parecía tan lleno de desprecio hacia el fusilero de cabellos negros.

—¿Y bien? —inquirió el capitán con una voz que delataba una alegre anticipación ante la discusión inminente.

Jane desactivó la confrontación.

—Mi marido, capitán, es sensible al lenguaje de los combatientes.

El capitán, sin saber si eso era un cumplido o una burla, optó por aceptar las palabras como un tributo a su arrogancia. Echó una mirada a Sharpe, de la cara del fusilero a la nueva tela no descolorida de su chaqueta verde. Un uniforme tan nuevo evidentemente daba a entender que Sharpe, a pesar de la cicatriz en el rostro, era novato en la guerra. El capitán sonrió altanero.

—Sin duda, comandante, su delicadeza se verá herida por las balas francesas.

Jane, encantada ante la oportunidad, sonrió muy dulcemente.

—Estoy segura de que el comandante Sharpe le agradecerá su opinión, señor.

Esto provocó una reacción satisfactoria; un estremecimiento de sorpresa y miedo apareció en la cara rechoncha y enfada del joven oficial de marina. Entonces involuntariamente dio un paso hacia atrás, luego, recordando la causa que casi provoca una pelea, se inclinó ante Jane.

—Mis disculpas, señora Sharpe, si la he ofendido.

—No me ha ofendido, ¿capitán...? —añadió Jane con tono interrogativo.

El capitán volvió a inclinarse.

—Bampfylde, señora. Capitán Horace Bampfylde. Y permítame que le presente al teniente Ford.

Las presentaciones se llevaron a cabo con gentileza, en señal de paz, y Sharpe, desbordado por tan efusiva cortesía, se sentó.

—Ese hombre no tiene ninguna educación —gruñó en voz alta para que pudieran oírlo los dos oficiales de marina.

—Tal vez no haya sacado tanto provecho de la vida como tú —sugirió Jane dulcemente, pero de nuevo la escena que tenía lugar del otro lado de la ventana distrajo a los marinos de los comentarios incisivos.

—¡Cristo! —exclamó el capitán Bampfylde, sin tener en cuenta que corría el riesgo de ofender a una docena de damas en el comedor.

La rabia enorme que denotaba su voz produjo un silencio inmediato e hizo que la atención de todos los que estaban en la sala se fijara en el pequeño e impertinente drama que se estaba desarrollando en el frío mar invernal.

El lugre de casco negro, en lugar de obedecer la orden del bergantín de arriar las

velas y adentrarse dócilmente en el puerto de San Juan de Luz, había cambiado de rumbo. Había estado navegando en dirección sur, pero ahora iba hacia el oeste para cortar el contraataque del bergantín. Incluso Sharpe, que no era marino, veía que el aparejo de velas áuricas del quechemarín convertía la barca en una nave hábil y rápida.

No era el cambio de rumbo lo que había provocado la sorpresa de Bampfylde, sino que de la cubierta del lugre de casco negro habían surgido de repente hombres convertidos en guerreros, y que, del palo mesana, se había desplegado una bandera.

La bandera no era el pabellón azul de la marina de guerra, ni la tricolor de Francia, ni siquiera la bandera blanca de la monarquía francesa en el exilio. Eran los colores del último enemigo de Gran Bretaña; las barras y estrellas de los Estados Unidos de América.

—¡Un americano! —dijo una voz con indignación.

—¡Dispara, hombre! —rugió la orden de Bampfylde en los confines del comedor como si el patrón del bergantín pudiera oírle.

Sin embargo, el bergantín, con la proa al viento, estaba indefenso. Unos hombres corrían en cubierta y levantaban cañoneras, pero el lugre americano pasaba por delante de la bovedilla sin armas del bergantín y Sharpe percibió el humo de un cañón, como una flor de color blanco sucio, cuando una andanada, lanzada a la distancia de un tiro de pistola, cayó dentro del barco británico.

El teniente Ford gruñó. David se enfrentaba a Goliat y vencía.

El sonido del cañonazo americano surcó el mar encrespado como el rugido de un trueno, entonces el lugre empezó a dar vueltas, con las velas rizadas, mientras el patrón americano dejaba que su velocidad lo impulsara contra el viento, hasta que, tensando en la bordada opuesta, volvió a pasar por delante de la bovedilla del bergantín en dirección a la flota de quechemarines.

El bergantín, cuyos trinquetes finalmente se hincharon con el viento, levantaron el casco y lo hicieron girar, recibió una segunda andanada de burla. El americano llevaba cinco cañones en cada flanco, cañones pequeños, pero su disparo perforó la madera de cedro de las Bermudas del bergantín y sembró la muerte en la cubierta abarrotada.

Dos de los cañones del bergantín lanzaron su humo contra el viento frío, pero el americano había calculado bien y el bergantín no se atrevió a disparar más por temor a dar a los quechemarines, entre los cuales, como un lobo en medio de un rebaño, navegaba el americano.

Los barcos de cabotaje alquilados no iban armados. Cada barca, que se impulsaba con el mar y con las velas deshilachadas, tenía una dotación de cuatro hombres que no esperaban, bajo la protección de la armada de su enemigo, enfrentarse a los disparos de un aliado.

Las tripulaciones de civiles franceses saltaron a las aguas frías cuando los americanos, utilizando los cañones con una eficacia que Sharpe no podía menos que admirar si bien no podía aplaudir, introducían una bala tras otra en los cascos de los lugres. Los cañoneros apuntaban bajo, con la intención de destrozar, hundir e infundir pánico.

Los barcos colisionaban entre ellos. El palo mayor de un quechemarín, con los obenques cortados, se hizo astillas contra el agua en una maraña de cables embreados y vergas caídas. Una barca se precipitó en el mar revuelto, otra, con el timón arrancado por un disparo, se giró de costado y recibió el golpe mutilador de la proa de otra en su borda.

—¡Fuego! —volvió a rugir el capitán Bampfylde, pero esta vez no como si fuera una orden, sino en señal de alarma.

Se veían llamas en una barca francesa, luego en otra, y Sharpe adivinó que los americanos usaban granadas como proyectiles. Con el aparejo encendido como si fuera una mecha llameante, dos barcas más colisionaron, se enredaron y las llamas de ambos se juntaron. Entonces una milagrosa ráfaga de lluvia barrió el golfo de Vizcaya y ayudó a apagar las llamas y al mismo tiempo permitió que el barco americano se ocultara.

—No van a cogerlo —dijo el teniente Ford con indignación.

—¡Maldito sea! —dijo Bampfylde.

El americano se había esfumado. Podía navegar más rápido que sus perseguidores de aparejo cuadro y así lo hizo. Lo último que vio Sharpe del barco con el casco negro fueron sus velas vacilantes en medio de la turbonada gris y el destello brillante de su llamativa bandera.

—¡Ése es Killick! —exclamó el capitán de marina con una furia que acrecentaba la impotencia—. ¡Apuesto a que es Killick!

Los espectadores, horrorizados por lo que habían visto, contemplaban el caos en la entrada al puerto. Dos lugres se estaban hundiendo, tres estaban en llamas y otros cuatro estaban caóticamente enredados. De los diez barcos restantes no menos de la mitad habían encallado en el banco del puerto y se veían empujados de modo inexorable hacia adentro por la fuerza de la marea que fluía guiada por el viento. Un americano maldito, en un barco de berberecho, había bailado haciendo círculos arrogantes alrededor de la marina de guerra británica y, lo que era peor, lo había hecho ante los ojos del ejército.

El capitán Horace Bampfylde plegó el catalejo y lo dejó caer en el bolsillo. Miró a Sharpe.

—¡Apúntese bien esto! —dijo el capitán—, ¡apúnteselo bien! Lo buscaré a usted para darle un justo castigo.

—¿A mí? —respondió Sharpe sorprendido.

Pero no hubo respuesta, pues los dos oficiales de marina se habían alejado dejando a Sharpe preocupado ante una maraña de restos quemados que cabeceaban sobre la superficie gris del mar y flotaban hacia tierra, donde un ejército, en un margen del río de un país enemigo, se concentraba para llevar a cabo el siguiente avance. Aunque nadie sabía en Francia, todavía, si iba a ser hacia el norte o hacia el este, si atravesando un puente o en barco.

Capítulo 2

Tenía cara de espolón, angulosa, arrugada y salvajemente curtida; era un rostro peligroso y bello envuelto en una mata de cabello enredado de color castaño claro. Estaba lleno de magulladuras, había sido golpeado por vientos y mares, marcado con cicatrices de espadas y quemado por explosiones de pólvora, pero todavía era un rostro atractivo; lo suficiente para que las chicas lo miraran dos veces.

Era precisamente el tipo de rostro que molestaba al comandante Pierre Ducos, a quien no agradaban los hombres altos, seguros y guapos como aquél.

—Cualquier cosa que pueda usted decirme —dijo Ducos con forzada cortesía— sería de máxima utilidad.

—Puedo decirle —dijo Cornelius Killick— que un bergantín británico está enterrando a sus muertos y que los cabrones tienen cerca de cuarenta quechemarines en el puerto.

—¿Cerca de? —preguntó Ducos.

—Resulta difícil hacer un inventario exacto mientras se disparan cañones, comandante.

El americano, sin tener en cuenta el siniestro poder de Ducos, se inclinó sobre la mesa de malaquita y encendió un cigarro con la llama de una vela.

—¿No me va a dar las gracias?

La voz de Ducos era amarga y no ocultaba ironía.

—El Imperio le está muy agradecido, capitán Killick.

—¿Lo bastante agradecido como para traerme algunas chapas de cobre? —dijo Killick con un francés excelente—. Eso es lo que acordamos.

—Ordenaré que le envíen algunas. Su barco está en Gujan, ¿correcto?

—Correcto.

Ducos no tenía intención alguna de ordenar que le hicieran llegar chapas de metal a la albufera de Arcachon, pero había que complacer al americano. La presencia del capitán corsario había resultado de los más fortuita para Ducos, pero lo que le sucediera ahora al americano no tenía importancia para una Francia en orden de batalla.

Cornelius Killick era el capitán del *Thuella*, una goleta rápida y de líneas elegantes. Se había construido con un único propósito: esquivar el bloqueo británico. Al mando del capitán Killick, el *Thuella* se había convertido en una espina clavada en la autoestima de la marina de guerra británica. Tanto como buque de carga que esquivaba las patrulleras británicas, o como corsario que no dejaba escapar a los rezagados de los convoyes británicos, el experimentado marino había tenido mucha suerte en la vida hasta que, a principios de enero, cuando el *Thuella* salía sigilosamente de la desembocadura del Gironda en un amanecer brumoso, una fragata

británica había surgido proveniente del norte plateado y desde la proa había golpeado el yugo del *Thuella* con balas de nueve.

La goleta, que portaba una carga de cañones de doce para el ejército americano, viró hacia el sur. Su armamento no podía competir con una fragata, ni su velocidad podía protegerla con aquellos vientos suaves envueltos en bruma. Durante tres horas sufrió el bombardeo. Un disparo tras otro chocó contra la popa y Killick sabía que los artilleros británicos disparaban bajo para reventar sus tablones y hundir su amado barco. Pero el *Thuella* no se había hundido, la bruma se empezó a levantar con ventolinas. Luego el viento se convirtió en brisa y, aunque dañada, la goleta consiguió dejar atrás a su perseguidor y se había refugiado en la amplia albufera de Arcachon. Allí, a salvo tras los cañones del fuerte Teste-de-Buch, el *Thuella* quedó varado para ser reparado.

El *Thuella*, herido, necesitaba cobre, madera de roble y brea. Los días pasaban y los suministros prometidos no llegaron nunca. El cónsul americano en Burdeos suplicó en nombre de Cornelius Killick y la única respuesta que se recibió fue la extraña petición, proveniente del comandante Pierre Ducos, de que el americano se llevara un quechamarín hacia el sur e investigara por qué los británicos reunían tales embarcaciones en San Juan de Luz. No había marina de guerra francesa que pudiera realizar tal reconocimiento y no se podía confiar el trabajo a ninguna tripulación civil francesa, seducida por el oro de los británicos, así que había ido Killick. Ahora, tal como había prometido, estaba en aquella lujosa estancia en Burdeos para presentar su informe.

—¿Tiene usted alguna idea —preguntaba Ducos al americano alto— de por qué los británicos alquilan los quechemarines?

—¿Tal vez quieran hacer una regata? —dijo Killick echándose a reír, pero vio que aquel francés no tenía ningún sentido del humor y que suspiraba—. Es de suponer que tengan planeado desembarcar en nuestra costa.

—¿O construir un puente?

—¿Hacia dónde? ¿A América? Están llenando el maldito puerto de barcas. —Killick chupó de su cigarro—. ¿Y si fueran a hacer un puente, comandante, no quitarían los mástiles? Además, ¿dónde podrían construirlo?

Ducos desenrolló un mapa y dio un golpecito en el lugar donde se situaba el estuario del Adour.

—¿Ahí?

Cornelius Killick ocultó su impaciencia, recordó que los franceses nunca habían entendido el mar y que por ese motivo las flotas británicas navegaban ahora con tal impunidad.

—En ese estuario —dijo el americano suavemente— la marea baja más de quince pies, con corrientes terribles. Si los británicos construyen un puente ahí, comandante,

ahogarán a un ejército.

Ducos suponía que el americano tenía razón, pero al francés no le agradaba que un rufián del Nuevo Mundo le diera lecciones. El comandante Ducos hubiera preferido que sus propias fuentes se lo confirmaran, pero no había llegado respuesta alguna a la carta que había hecho pasar, a través de la líneas, al agente que servía a Francia con uniforme británico. Ducos temía por la seguridad de tal hombre, pero el rostro ojeroso y con aspecto culto del francés no dejaba ver ninguna de sus preocupaciones mientras interrogaba al atractivo americano.

—¿Cuántos hombres —preguntó Ducos— puede cargar un quechemarín?

—Un centenar. Tal vez más si el mar está en calma.

—Y ellos tienen cuarenta. Suficiente para cuatro mil hombres. —Ducos se quedó mirando el mapa que estaba sobre su mesa—. ¿Así que de dónde vendrán, capitán?

El americano se inclinó sobre la mesa. La lluvia repiqueteaba en la ventana y una ráfaga de aire levantó una esquina del mapa. Killick la sujetó con un candelero.

—El Adour, Arcachon o el Gironda —dijo dando un golpecito en cada lugar mientras pronunciaba el nombre.

En el mapa se veía la costa francesa del golfo de Vizcaya. La costa era una extensión vertical, casi recta como una regla, y sugería playas largas de olas peligrosas y revueltas. Sin embargo, la costa se veía quebrada por dos desembocaduras de río y por la amplia albufera de Arcachon, casi totalmente rodeada de tierra. Y de Arcachon a Burdeos, vio Ducos, había la distancia de una marcha corta, con lo que si los británicos tomaban Burdeos podrían aislar al ejército del mariscal Soult en el sur. Era una idea atrevida, una idea arriesgada, pero sobre un mapa y en un despacho en invierno, a Ducos le pareció que era viable. Retiró la vela, enrolló el mapa y lo metió en un tubo rígido.

—Le aconsejo, capitán Killick, que esté a muchas leguas de Arcachon si los británicos desembarcan allí.

—Entonces envíeme cobre.

—Se lo despacharemos por la mañana —dijo Ducos—. Tenga un buen día, capitán, y gracias.

Cuando el americano se hubo ido, Ducos volvió a desenrollar el mapa. La pregunta todavía le inquietaba. ¿Era el despliegue en el puerto de San Juan de Luz una simple farsa para desviar la atención del este? Ducos maldijo al hombre que no había contestado a su carta y se preguntó qué credibilidad podían tener las palabras del aventurero americano. ¿Norte o este, puente o barcas? Ducos se sintió tentado de creer al americano, pero el hecho de saber que una invasión estaba planeada resultaba inútil a menos que se conociera el lugar del desembarco. Sin embargo, todavía había un hombre que tal vez pudiera decírselo y saber esa respuesta conllevaría una victoria, y Francia, en este invierno crudo y húmedo de 1814 necesitaba una victoria.

—¿Nos busca, señor? —preguntó un guardiamarina vestido con chaqueta alquitranada situado en el extremo superior de las escaleras llenas de algas y limo del muelle de San Juan de Luz.

—¿Es del *Vengeance*? —preguntó Sharpe mirando con aprehensión el diminuto bote, frágil sobre las aguas llenas de porquería, que había de llevarlo hasta el *Vengeance*.

Sharpe había recibido una orden repentina, perentoria y dura, que no le daba explicaciones sino que simplemente le exigía presentarse de inmediato en el muelle donde un bote del *Vengeance*, el barco de su majestad, le estaría esperando.

Cuatro remeros sonrientes, sin duda esperando ver resbalar al oficial de fusileros en las empinadas escaleras de piedra, aguardaban en la canoa.

—El capitán habría mandado su lanchón, señor —dijo el guardiamarina a modo de excusa poco convincente—, pero lo están usando para los otros caballeros.

Sharpe se metió en la canoa que se mecía.

—¿Qué otros caballeros?

—No se me ha confiado, señor.

El guardiamarina no debía de tener más de catorce años, pero daba las órdenes con seguridad y garbo, mientras el comandante Sharpe se acuclillaba en la bancada de popa y se preguntaba cuál de los barcos amarrados en el puerto exterior era el *Vengeance*.

Parecía que no era ninguno de ellos, pues el guardiamarina condujo su diminuta embarcación fuera de la entrada del puerto, corcoveando y golpeando con su proa contra la fuerte corriente de la marea del otro lado de la barra de arena. Ahora, delante de él, en la rada abierta, estaba anclada una flotilla de embarcaciones. Sobresaliendo entre las otras naves había un buque de línea.

—¿Es ese el *Vengeance*? —preguntó Sharpe.

—Lo es, señor. Un 74, de lo más suave que hay.

El entusiasmo del guardiamarina le pareció poco pertinente a Sharpe. No había nada en el *Vengeance* que sugiriera suavidad; es más, anclado en el fuerte oleaje del océano gris, parecía una masa cruel de vigas, cuerda y hierro; uno de los asesinos con costados metálicos de la flota británica de alta mar. Sus costados ajedrezados eran como acantilados y el casco pesado, a medida que la canoa de Sharpe se iba acercando a la gran nave, desprendía la peste a podrido del alquitrán, de los cuerpos sin lavar y de la suciedad; el olor normal en un barco de guerra encalmado.

El guardiamarina gritó unas órdenes, los remos se echaron hacia atrás, la caña del timón se puso de través y, como quiera que fuera, la canoa atracó sin dar apenas un golpe en la madera. Sharpe tenía sobre su cabeza una escala, que conducía a la cubierta principal y de cuyos últimos peldaños goteaba agua.

—¿Quiere que le bajen una eslinga, señor? —preguntó solícito el guardiamarina.

—Ya me arreglaré.

Sharpe esperó a que una ola levantara la canoa y entonces saltó hacia la escala resbaladiza a causa de la lluvia. La alcanzó, se agarró a ella y luego fue ascendiendo con dificultad y vergüenza, hasta que recibió el silbido de saludo del contramaestre.

—¡Comandante Sharpe! Bienvenido a bordo.

Sharpe vio a un teniente, impaciente y afable, que sin duda esperaba ser reconocido. Sharpe frunció el ceño.

—Usted estaba con...

—Con el capitán Bampfylde, cierto, señor. Soy Ford.

El señor Ford, elegantemente Vestido, fue dándole conversación mientras conducía a Sharpe hacia las cabinas de popa. Era un honor, dijo, tener a bordo a un soldado tan distinguido, y ¿era posible que Sharpe tuviera parentesco con sir Roderick Sharpe de Northamptonshire?

—No —contestó Sharpe mientras recordaba las palabras de despedida del capitán Bampfylde en el Club de Oficiales. ¿Eran acaso el motivo de este requerimiento?

—¿Tal vez de uno de los Sharpe de Wiltshire? —Ford parecía deseoso de situar al fusilero en un contexto social acomodado.

—Middlesex —dijo Sharpe.

—Cuidado con la cabeza. —Ford sonrió mientras le señalaba a Sharpe el bajo saltillo del alcázar—. No me suenan los Sharpe de Middlesex.

—Mi madre era prostituta, yo nací en un orfanato y me alisté en el ejército como soldado raso. ¿Resulta así más sencillo?

La sonrisa de Ford no falló.

—El capitán le está esperando, señor. Entre, por favor.

Sharpe pasó bajo el dintel de la puerta abierta y se encontró en un camarote lujosamente amueblado que ocupaba la anchura de la amplia popa del *Vengeance*. Una docena de oficiales, cuyas copas de vino reflejaban la luz proveniente de las ventanas, estaba sentada alrededor de una gran mesa.

—¡Comandante! Nos vemos en mejores circunstancias. —El capitán Horace Bampfylde saludó a Sharpe con efusivo y falso placer—. No hay ningún maldito americano que nos pueda estropear la conversación, ¿eh? Venga y únase a nosotros.

Al ver a Bampfylde en su barco Sharpe se dio cuenta de lo joven que era el capitán de marina. A Bampfylde aún debían de faltarle dos años para los treinta, sin embargo el capitán tenía una confianza exultante y una autoridad natural que compensaban su falta de experiencia. Su cara era carnosa, tenía ojos vivos y un aire impaciente que él intentaba ocultar mientras hacía las presentaciones.

La mayoría de los hombres sentados a la mesa eran oficiales de marina cuyos nombres no le decían nada a Sharpe, pero también había dos oficiales del ejército, a

uno de los cuales Sharpe reconoció.

—¿Coronel Elphinstone?

Elphinstone, un ingeniero grande y fornido, cuyas manos estaban encallecidas y llenas de cicatrices, le dio la bienvenida con una sonrisa.

—¿No conoce a mi compañero de armas, el coronel Wigram, Sharpe? —preguntó irónicamente el capitán Bampfylde.

Wigram era un ser de rostro gris, adusto y pálido que respondió a la presentación con un movimiento seco de la cabeza.

—Si se sienta usted, comandante, podríamos al fin empezar —añadió, consiguiendo manifestar así que Sharpe había retrasado la reunión.

Sharpe se sentó junto a Elphinstone en una silla cercana a las ventanas cuya vista ofrecía la visión del oleaje, grande y gris, del Atlántico, que apenas conseguía mover el casco del pesado *Vengeance*. Percibió una cierta incomodidad en la cabina y consideró que Wigram y Elphinstone no estaban de acuerdo, una consideración que le quedó confirmada cuando el alto ingeniero se inclinó hacia él.

—Todo esto es una maldita locura, Sharpe. Los soldados de infantería de marina tienen la viruela y en su lugar lo quieren a usted y a su regimiento.

El comentario, aparentemente realizado en tono confiado, había alcanzado con facilidad el extremo de la mesa donde se sentaba Bampfylde. El capitán frunció el ceño.

—Nuestros soldados tienen una fiebre contagiosa, Elphinstone, no la viruela.

Elphinstone resopló irónicamente, mientras el coronel Wigram, a la izquierda de Sharpe, abría una libreta encuadernada en piel. Wigram, de mediana edad, tenía el aire de ser uno de aquellos hombres que se han pasado la vida en un despacho; como si toda su impetuosidad y su placer se hubieran consumido entre expedientes polvorientos y apolillados. Su voz era precisa y quisquillosa.

Sin embargo, ni siquiera la voz áspera de Wigram podía agotar la excitación proveniente de las propuestas que traía a este consejo. A cien millas hacia el norte, en el interior de las líneas enemigas, había una fortaleza llamada Teste-de-Buch. La fortaleza vigilaba la entrada a un puerto natural, la albufera de Arcachon, que estaba a tan sólo veinticinco millas de la ciudad de Burdeos.

Elphinstone, al mencionar Burdeos, emitió un gruñido desdeñoso, al que no hicieron caso las demás personas.

La fortaleza de Teste-de-Buch, continuó Wigram, había de ser capturada por una fuerza combinada de la marina y del ejército. El comandante de la expedición naval sería el capitán Bampfylde, mientras que el oficial de tierra de mayor graduación sería el comandante Sharpe. Éste, al entender que aquel Wigram pedante y frío no iba a dirigirse hacia el norte, sintió un gran alivio.

Wigram lanzó a Sharpe una mirada fría e inexpresiva.

—Una vez la fortaleza esté segura, comandante, usted avanzará por tierra para tender una emboscada en la ruta principal hacia Francia. Una emboscada con éxito alarmará al mariscal Soult, e incluso podría destacar algunas tropas francesas para vigilar contra otros ataques de ese tipo.

Wigram hizo una pausa. A Sharpe le parecía, mientras escuchaba los golpes de agua contra la popa del *Vengeance*, que había una tensión exagerada en la cabina, como si Wigram se acercara a un tema que ya se había discutido antes de que Sharpe llegara y por el que se habían peleado.

—Es de desear —Wigram giró la página de su libreta— que cualquier prisionero que usted haga en la emboscada confirme los informes que nos han llegado de la ciudad de Burdeos.

—Necesades —dijo Elphinstone en voz alta.

—Su disconformidad ya se ha percibido —señaló Wigram con desdén.

—¡Informes! —soltó Elphinstone—. Cuentos de niños, rumores, necedades.

Sharpe, atrapado con gran incomodidad entre ambos hombres, habló en voz baja.

—¿Informes, señor?

El capitán Bampfylde, evidentemente el aliado de Wigram en la discordia, optó por responder.

—Hemos oído, Sharpe, que la ciudad de Burdeos está lista para rebelarse contra el Emperador. Si ello es cierto, y deseamos profundamente que así sea, entonces creemos que la ciudad tal vez se levante espontáneamente cuando oigan que las fuerzas de Su Majestad están simplemente a un día de marcha.

—Y si se sublevan —el coronel Wigram cogió el hilo—, enviaremos tropas por barco hacia el norte hasta Arcachon, invadiremos la ciudad y de esta manera Francia quedará partida en dos.

—¿Se da cuenta, Sharpe —Elphinstone disfrutaba de esta oportunidad para meter cizaña— de que usted, un simple comandante, ha sido elegido para hacer el reconocimiento? De este modo, si algo va mal, la culpa será suya.

—El comandante Sharpe tomará sus propias decisiones —dijo Wigram Brandly— después de interrogar a sus prisioneros.

—Lo que significa que usted no irá a Burdeos —dijo Elphinstone a Sharpe de forma confiada.

—Pero ha sido usted elegido, comandante —Wigram miraba a Sharpe con sus ojos pálidos—, no por su rango inferior, tal como cree el coronel Elphinstone, sino porque se sabe que es usted un oficial valiente que no teme las decisiones audaces.

—En resumen —Elphinstone continuó la guerra que se libraba en la mesa—, porque resultará usted un cabeza de turco ideal.

Los oficiales de marina parecían estar turbados por los contratiempos, todos salvo Bampfylde que evidentemente se deleitaba con el enfrentamiento de los coroneles.

Ahora el capitán de marina sonrió.

—Usted simplemente ha de entender, comandante, que su primer trabajo consiste en tomar la fortaleza. Tal vez, antes de revisar las operaciones subsiguientes, el coronel Wigram podría hablarnos de las defensas que hay en Teste-de-Buch.

Wigram pasó las hojas de su libreta.

—Nuestros últimos informes de inteligencia demuestran que la guarnición apenas puede utilizar cuatro cañones. El resto de los hombres se han dirigido hacia el norte para reforzar el ejército del Emperador. Dudo que el comandante Sharpe tenga muchos problemas con una fuerza tan débil.

—Pero cuatro cañones de fortaleza —dijo Elphinstone ásperamente— podrían reducir un batallón a picadillo. ¡Yo lo he visto! —exclamó, dejando así en evidencia que Wigram, ciertamente, no.

—Si nos imaginamos el desastre —dijo Bampfylde con calma—, entonces dejaremos que el apocamiento nos impida actuar.

Tal comentario implicaba que Elphinstone adoptaba una actitud cobarde, pero parecía que Bampfylde era inconsciente de la ofensa que había hecho y desplegó un mapa sobre la mesa.

—¡Pondere el objetivo final, Sharpe! ¡Ahora! A mí me parece que sólo hay una manera de proceder.

Dio una idea general de su plan, que era sin duda la única manera sensata de proceder. La flotilla, al mando de Bampfylde, navegaría hacia el norte y desembarcaría unas tropas en la costa sur de la punta de Arcachon. Esta fuerza, al mando de Sharpe, se dirigiría hacia la fortaleza, un trayecto de unas seis horas, y la escalaría mientras los defensores estarían distraídos con la incursión de una fragata en la boca del canal de Arcachon.

—La fragata recibirá algún tipo de castigo —dijo Bampfylde con ecuanimidad—, pero estoy seguro de que el comandante Sharpe dominará con rapidez a los artilleros.

En el mapa se veía la gran albufera de Arcachon, con el estrecho canal de entrada, y la fortaleza Teste-de-Buch marcada en la orilla este de ese canal. Un perfil del fuerte, como un punto de referencia para marineros, estaba dibujado en el mapa, pero eso le proporcionaba pocos datos a Sharpe respecto a las defensas de la fortaleza. Miró a Elphinstone.

—¿Qué sabemos del fuerte, señor?

Elphinstone se había ofendido con el trato descortés de Bampfylde y por ello optó por utilizar el lenguaje técnico de su oficio, sin duda con la intención de molestar al capitán engreído.

—Es una fortificación vieja, Sharpe, de trazado cuadrangular. Se encontrará con un glacis que se eleva hasta diez pies, con una contraescarpa de ocho pies que penetra en el foso exterior. De anchura veinte y una escarpa de diez. Está revestido de

granito, por cierto, como el resto del maldito lugar. Subirá la escarpa y se encontrará en una contraguardia. Ya le estarán acribillando y tendrá que correr cuarenta pies hasta la siguiente contraescarpa.

El coronel hablaba con macabro placer, como si estuviera viendo las figuras corriendo y cayendo bajo el fuego enemigo.

—Ésta es de doce pies, está llena de agua, y la altura del recinto es de veinte.

—¿La anchura de ese último foso? —preguntó Sharpe mientras tornaba notas.

—Bien, bien, dieciséis. —Elphinstone se encogió de hombros—. Creemos que no está llenó de agua más que uno o dos pies.

Aunque los oficiales de marina no pudieran entender todos los tecnicismos de Elphinstone, podían entender la importancia de lo que estaba diciendo. El Teste-de-Buch tal vez fuera un fuerte viejo, pero efectivamente era un cabrón, un asesino.

—¿Armas, señor? —preguntó Sharpe.

Elphinstone no tenía necesidad de consultar sus notas.

—Tienen seis de treinta y seis en un baluarte semicircular que se mete en el canal. Los otros cañones son de veinticuatro y están en la muralla.

El capitán Horace Bampfylde había escuchado el lenguaje técnico y percibió que creían haberle marcado un tanto. Entonces sonrió.

—Hemos de agradecer que no tenga tenallón.

Elphinstone frunció el ceño, dándose cuenta de que Bampfylde había entendido todo lo que había dicho.

—Desde luego.

—¿No hay lunetas? —preguntó Bampfylde con expresión seráfica.

Elphinstone frunció el ceño marcadamente.

—Baluartes en las esquinas, pero poco más que garitas.

Bampfylde miró a Sharpe.

—¡Sorpresa y rapidez, comandante! No pueden defender todo el recinto y la fragata los distraerá.

Esto fue todo, al parecer, respecto a los problemas para capturar la fortaleza. La conversación giró entonces hacia las operaciones navales que se proponían en el interior de la albufera de Arcachon, donde más quechemarines esperaban la captura, pero Sharpe, poco interesado en esta parte de la discusión, dejó vagar sus pensamientos.

No se fijó en el camarote reluciente y lujoso de Bampfylde, sino que se imaginó una pendiente hacia arriba de hierba bien segada, llamada glacis. Detrás del glacis había un desnivel de ocho pies que bajaba hacia un foso revestido de granito de veinte pies de ancho.

En el otro extremo del foso sus hombres se encontrarían con una escalada de diez pies que les conduciría a una pendiente suave descendente; la contraguardia. La

contraguardia era como un gran blanco que se exhibía al tirador apostado en la muralla interior, el recinto. Los hombres atravesarían la contraguardia chillando y retorciéndose mientras las balas los golpeaban, y se encontrarían con un desnivel de doce pies que daba a un foso lleno de agua que tenía una anchura de dieciséis pies.

Para entonces, el enemigo ya estaría lanzando proyectiles o incluso piedras. Un canto rodado, lanzado desde los veinte pies de altura de la muralla interior, aplastaría el cráneo de un hombre como una cascara de huevo, sin embargo todavía les quedaría escalar la muralla con escalas si tenían que penetrar en la Teste-de-Buch. Si le dieran un mes y artillería de sitio, Sharpe podría abrir con explosiones un camino amplio a través de todos los fosos y murallas, pero no tenía un mes. Tan sólo tenía algunos instantes durante los cuales había de salvar a una fragata del terrible fuego de los cañones pesados del fuerte.

—¿Comandante? —De repente la imagen de la muralla de veinte pies se desvaneció y se vio reemplazada por la sonrisa burlona y curiosa de Bampfylde—. ¿Comandante?

—¿Señor?

—Estamos hablando, comandante, de cuántos hombres necesitaríamos para defender la fortaleza capturada mientras esperamos los refuerzos procedentes del sur.

—¿Cuánto tiempo tiene que aguantar la guarnición? —preguntó Sharpe.

Contestó Wigram.

—Pocos días, a lo sumo. Si nos encontramos con que Burdeos está madura para una rebelión, entonces podemos hacer que un cuerpo del ejército se adentre hacia el norte en diez días.

Sharpe se encogió de hombros.

—¿Doscientos? ¿Trescientos? Pero es mejor que usen infantería de marina, porque yo necesitaré todo mi batallón si quieren que avance hacia el interior.

Era la primera afirmación mordaz de Sharpe y se atrajo curiosas miradas por parte de los oficiales de marina más jóvenes. Todos ellos habían oído hablar de Richard Sharpe y observaban con interés su rostro curtido atravesado por una cicatriz.

—¿Su batallón? —preguntó Wigram con una voz muy seca.

—Una brigada sería preferible, señor.

Elphinstone estornudó con risa, pero la expresión en el rostro de Wigram no cambió.

—¿Y qué le hace suponer, comandante, que Los Voluntarios del Príncipe de Gales van a ir a Arcachon?

Sharpe lo había supuesto así porque lo habían convocado a él y porque tenía el mando de facto del batallón, pero el coronel Wigram ahora lo desengañaba con brutalidad.

—Está usted aquí, comandante, porque su graduación se debe a los

requerimientos del regimiento. —La voz de Wigram, al igual que su mirada eran implacables—. Su rango, comandante, es el de capitán. Los capitanes, por muy ambiciosos que sean, no están al mando de batallones. Debería estar informado de que un nuevo oficial, con la conveniente jerarquía y competencia, se va a presentar a los Voluntarios del Príncipe de Gales.

Se hizo un silencio horrible y turbador en el camarote. Todos los hombres que había allí, salvo el joven capitán Bampfylde, conocían las punzadas amargas de un ascenso denegado y todos sabían que estaban viendo cómo las esperanzas de Sharpe se estrellaban contra la rueda del reglamento del ejército. Los oficiales reunidos desviaron la mirada ante el evidente dolor de Sharpe.

Y Sharpe estaba herido. Él había rescatado aquel batallón. Lo había instruido, le había dado el nombre del Príncipe de Gales y lo había conducido a las victorias del invierno en los Pirineos. Había deseado, más que eso, que su mando al frente del batallón se hiciera oficial, pero el ejército había decidido de otro modo. Un hombre nuevo se haría cargo; es más, Wigram había dicho que al nuevo oficial al mando se le esperaba dentro de unos días con el próximo convoy proveniente de Inglaterra.

La noticia, dada con tanta frialdad y de forma tan poco compasiva en el entorno formal del camarote del *Vengeance*, dejó a Sharpe de una pieza, pero no podía objetar nada. Supuso que eso era por lo que Wigram había escogido ese momento para hacer el anuncio. Sharpe se sentía consternado.

—Naturalmente —dijo Bampfylde inclinándose—, la gloria que entraña la captura de Burdeos resultará más que compensatoria de esta decepción, comandante.

—Y usted se reincorporará a su batallón, como comandante, cuando el deber esté cumplido —dijo Wigram, como si eso fuera un consuelo—. Aunque la guerra —añadió sonriendo a Sharpe— bien podría terminar gracias a sus esfuerzos.

Sharpe se recuperó de la amarga decepción.

—¿Esfuerzos sin ayuda, señor? Sus marineros tienen la viruela, mi batallón no puede venir, ¿qué se supone que he de hacer? ¿Instruir vacas para que luchen?

Parecía que Bampfylde fruncía el ceño.

—Habrá soldados de infantería de marina, comandante. Se buscarán los hombres adecuados en el escuadrón de Vizcaya.

Sharpe, después de haber dado a conocer su beligerancia con motivo de la noticia de Wigram, se quedó mirando al joven capitán de marina.

—¿Es una buena cosa, no es así, que la enfermedad no haya contagiado a sus marineros, señor? ¿Parecía que tenía usted toda una compañía cuando subí a bordo?

Bampfylde se quedó mirando a Sharpe como un basilisco. El coronel Elphinstone soltó una risotada rápida y ácida, pero Wigram dio un golpe sobre la mesa como un tímido maestro de escuela para imponer orden en la clase.

—Le darán tropas, comandante, el número necesario para su misión.

—¿Cuántos?

—Suficientes —dijo Wigram con irritación.

Se abandonó el asunto de las tropas de Sharpe. Entonces Bampfylde empezó a hablar de un bergantín que se había enviado a observar la fortaleza y a preguntar a cualquier pescador local que se hiciera a la mar. La presencia del corsario americano se discutió y Bampfylde sonreía mientras hablaba del castigo que caería sobre Cornelius Killick.

—Hemos de considerar a ese condenado americano como un extra.

Luego, la conversación derivó hacia señales navales, algo en lo que Sharpe era ignorante, por lo que volvió a pensar en la cuestión de la fortaleza. Incluso una fortaleza con pocos hombres resultaba una cosa formidable y nadie en el amplio camarote parecía estar interesado en asegurarse de que se le iba a proporcionar la fuerza adecuada. Al mismo tiempo, mientras las voces iban zumbando a su alrededor, intentaba digerir el profundo dolor que le producía la pérdida del mando de su batallón.

Sharpe sabía que el reglamento le impedía estar al mando del batallón, pero había otros batallones mandados por comandantes y parecía que para esos hombres no se tenía en cuenta el reglamento. Pero para Sharpe sí. Le iban a dar a otro hombre el magnífico instrumento de infantería que Sharpe había mandado durante las batallas de invierno y, una vez más, Sharpe estaba a la deriva y no era deseado en aquel ejército. Pensó amargamente que si hubiera sido un Sharpe de Northamptonshire, o un Sharpe de Wiltshire, con una etiqueta honorable junto a su nombre y un parque alrededor de la casa de su padre, entonces esto no hubiera sucedido. Pero él era un Sharpe de Middlesex, concebido durante una transacción de una prostituta y parido en una pocilga, y por ello un cabeza de turco adecuado para pesados como Wigram.

El coronel Elphinstone, percibiendo que Sharpe volvía a estar a millas de distancia, le dio una patada en el tobillo y Sharpe volvió a prestar atención a tiempo para oír que Bampfylde invitaba a los oficiales reunidos a cenar con él.

—Me temo que no puedo.

Sharpe no quería permanecer en un camarote donde su decepción lo había avergonzado ante tantos oficiales. Era un motivo mezquino, de orgullo, pero un soldado sin orgullo era un soldado condenado a la derrota.

—El comandante Sharpe —explicó Bampfylde con desdén mal disimulado— se ha casado, así que hemos de renunciar a su compañía.

—Yo no me he casado —dijo Elphinstone con beligerancia— pero tampoco puedo. Su criado, señor.

Ambos hombres, Sharpe y Elphinstone, hicieron el viaje de regreso juntos a San Juan de Luz en la gabarra de Bampfylde. Elphinstone, envuelto en una amplia capa negra, sacudió la cabeza con tristeza.

—Maldita locura, Sharpe. Maldita locura de mierda.

Empezó a llover. Sharpe deseaba estar solo con su desgracia.

—¿Se siente usted decepcionado, no es así? —comentó Elphinstone.

—Sí.

—Wigram es un cabrón —dijo Elphinstone salvajemente— y usted no tiene que hacerle maldito caso. Usted no va a Burdeos. Son órdenes.

Sharpe, sacado de su autocompasión por las feroces palabras de Elphinstone, miró al ingeniero.

—¿Entonces para qué tomamos el fuerte, señor?

—Porque necesitamos los quechemarines, ¿por qué si no? ¿O estaba usted dormitando durante toda la explicación?

—Sí, señor —respondió Sharpe asintiendo con la cabeza.

Empezó a llover con más fuerza, mientras Elphinstone explicaba que toda la expedición a Arcachon se había planeado simplemente para liberar las tres docenas de quechemarines que estaban protegidas detrás de los cañones de la fortaleza.

—Necesito esas barcas, Sharpe, no para bailar el vals en Burdeos, sino para construir un maldito puente. Pero por el amor de Dios no le diga a nadie que es un puente. Se lo digo porque no le quiero callejeando por Burdeos, ¿me entiende?

—Totalmente, señor.

—Wigram cree que queremos las barcas para un desembarco, porque eso es lo que Wellington quiere que todos crean. Pero va a ser un puente, Sharpe, un gran puente maldito para sorprender a los gabachos de mierda. Pero no puedo construir el maldito puente a menos que usted capture el maldito fuerte y me consiga los barcos. Después de eso, diviértase. Vaya a tender una emboscada en la carretera principal, luego vaya a Bampfylde y dígame que los gabachos todavía son leales a Bony. Ni rebelión, ni hacer el gilipollas, ni gloria. —Elphinstone miraba fijamente el agua—. Es a Wigram a quien se le ha metido en la cabeza lo de Burdeos. El muy tonto se sienta detrás de su maldito escritorio y se cree todo rumor que oye.

—¿Es un rumor?

—Algunos franceses se lo han dejado caer. —Elphinstone se arrebujó más en la capa mientras la gabarra luchaba contra la corriente que barría el banco de arena—. Michael Hogan no fue de ayuda. ¿Es amigo suyo, no?

—Sí, señor.

Elphinstone sorbió por la nariz.

—Lástima que esté enfermo. No logro entender por qué le dio alas a Wigram, pero lo hizo. Pero usted no tiene que hacer caso, Sharpe. Wellington espera que usted tome la fortaleza, deje que el maldito Bampfylde saque las barcas, luego regrese aquí.

Sharpe se quedó mirando a Elphinstone y recibió una confirmación con la cabeza. Así que Wellington no estaba enterado de los planes de Wigram, pero Wellington

colocaba a su propio hombre, Sharpe, en la operación. ¿Era esto el motivo, se preguntaba Sharpe, por el que él había perdido su batallón?

—No importaría —continuó Elphinstone—, salvo que necesitamos a la maldita marina para que nos lleve allí y no podemos controlarlos. Bampfylde cree que va a conseguir un condado por lo de Burdeos, así que párelo a muerte. Ni levantamiento, ni rebelión, ni esperanzas, ni gloria, ni maldito condado.

Sharpe sonrió.

—No habrá fortaleza a menos que tenga tropas decentes, señor.

—Tendrá usted las mejores que encuentre —le prometió Elphinstone— pero no en gran número, pues eso sería una tentación para invadir Burdeos.

—Cierto, señor.

Los remeros gruñían al esforzarse luchando contra el último reflujo de la marea mientras la gabarra doblaba el muelle norte del puerto. Sharpe entendía bien lo que estaba sucediendo. Se necesitaba una simple expedición fulminante, que había de capturar un fuerte costero, para liberar los quechemarines. Pero unos oficiales ambiciosos, ávidos de hacerse un nombre por su cuenta en los últimos meses de la guerra, querían convertir esa operación rutinaria en una ilusión. A Sharpe, que llevaría a cabo el reconocimiento tierra adentro, se le ordenaba que destrozara esas esperanzas.

El timonel dirigió la proa del barco hacia un tramo de escalones verdes y resbaladizos. La gabarra pintada de blanco, ahora en aguas más quietas, enfiló rápidamente hacia el muelle. La lluvia se volvió tempestad, haciendo que las piedras del muelle parecieran más oscuras y tamborileando sobre el chacó de Sharpe.

—¡Remos adentro! —gritó el timonel.

Los remos de palas blancas se levantaron como alas y la nave avanzó describiendo una curva suave hasta el pie de las escaleras. Sharpe levantó la vista. La muralla del puerto, vertical, negra y mojada, se levantaba por encima de él como un acantilado.

—¿Cuánto hace de alto? —le preguntó a Elphinstone.

El coronel echó un vistazo hacia arriba.

—¿Dieciocho pies? —Entonces se dio cuenta de el porqué de la pregunta de Sharpe y se encogió de hombros—. Esperemos que Wigram tenga razón y no haya suficientes defensores en la Teste-de-Buch.

Porque si el recinto del fuerte estaba defendido, Sharpe no tendría ninguna oportunidad, ninguna; sus hombres morirían y el oficial de marina podría echarle la culpa del fracaso al ejército. Resultaba un pensamiento cortante para un atardecer invernal en el que la lluvia caía inclinada desde un cielo de color gris como el acero y perseguía a Sharpe a través de los callejones hacia donde su mujer cosía una rasgadura en su chaqueta vieja; la chaqueta de las batallas, la chaqueta verde que

llevaría a la muralla de una fortaleza que le estaba esperando en Arcachon.

Capítulo 3

—¿Supongo —dijo Richard Sharpe ásperamente— que el ejército no ha podido encontrar auténticos soldados?

—Es típico —respondió el capitán de fusileros.

—Disculpe, ¿supongo que el ejército tampoco ha podido encontrar auténticos oficiales para el mando?

Sharpe se echó a reír. El coronel Elphinstone había hecho cuanto había podido y cuanto había hecho resultaba estupendo, pues Sharpe, de no poder entrar en la batalla con sus hombres, no lo hubiera hecho más que con la unidad del capitán William Frederickson, los fusileros del 60. Le dio la mano a Frederickson.

—Me alegro, William.

—Nosotros no estamos descontentos.

Frederickson era un hombre malvado, incluso de aspecto vil. Había perdido el ojo izquierdo y se cubría la cuenca con un parche mohoso. La mayor parte de su oreja izquierda se la había arrancado una bala, y dos de sus incisivos eran burdos postizos. Todas las heridas las había sufrido en el campo de batalla.

Los hombres de Frederickson, con ingenio cariñoso aunque carente de tacto le llamaban Dulce William. Al 60, creado para luchar contra las tribus de los indios americanos, todavía se le conocía como los Fusileros Reales Americanos, a pesar de que la mitad de la compañía eran alemanes, una cuarta parte eran españoles que se habían alistado durante la larga guerra y el resto eran británicos, salvo por un único hombre, de rostro severo y que, él solo, justificaba el antiguo nombre del regimiento. Sharpe había luchado al lado de esta compañía hacía dos años y al ver el rostro amargo, recordó el nombre.

—Ése es el americano, ¿no?

—Sí.

Frederickson y Sharpe estaban lo bastante lejos de las dos compañías en formación, de manera que los hombres no podían oírlos.

—Tal vez nos topemos con algún americano —dijo Sharpe—. Hay un cierto cabrón llamado Killick rondando Arcachon. ¿Le importará a Taylor si tiene que luchar contra un compatriota?

Frederickson se encogió de hombros.

—Déjemelo a mí, señor.

Habían entregado a Sharpe las dos compañías de fusileros de chaquetas verdes. Frederickson estaba al mando de una y un tal teniente Minver de la otra; juntos sumaban ciento veintitrés hombres. No muchos, pensaba Sharpe, para asaltar una fortaleza en la costa francesa. Siguió caminando a lo largo del muelle con Frederickson y se detuvo junto a una carreta con pescado, cuyas escamas goteaban

sangre en un charco.

—Entre usted y yo, William, es un follón.

—Suponía que así era.

—Partimos mañana para capturar una fortaleza. Se supone que no está bien defendida, pero nadie está seguro de ello. Después de esto, sabe Dios lo que vendrá. Hay un loco que quiere que invadamos Francia, pero, entre usted y yo, no hemos de hacerlo.

Frederickson sonrió burlonamente, luego se giró y miró hacia donde estaban las dos compañías de fusileros.

—¿Tenemos que capturar un fuerte nosotros solitos?

—La marina dice que algunos soldados de infantería de marina podrían ayudarnos.

—Eso está muy bien por su parte.

Frederickson se quedó mirando la gran mole que era el *Vengeance*. Las gabarras, impulsadas por enormes remos largos y pesados, llevaban barriles de agua desde el puerto a la enorme nave.

—Obtendrá munición extra. La paga la Primera División.

—Se la robaré a los cabrones —dijo Frederickson alegremente.

—¿Y esta noche me hará usted el honor de cenar con Jane y conmigo?

—Me gustaría conocerla —dijo Frederickson con cautela.

—Es maravillosa —dijo Sharpe con efusión.

Y Frederickson, al ver el entusiasmo de su amigo, deseó que una nueva esposa no le disminuyera las ansias de participar en el maldito asunto que les esperaba allí, en Arcachon.

Al comandante Henri Lassen le pareció detectar aguanieve al amanecer, pero no pudo estar seguro hasta que escaló hasta el baluarte del oeste y vio que dos copos se asentaban brevemente en las grandes mejillas de sus cañones y luego se fundían y se convertían en regueros de agua fría. Los cañones estaban cargados, como siempre, pero las bocas y los respiraderos estaban tapados para protegerlos de la humedad.

—¡Buenos días, sargento!

—¡Señor!

El sargento dio unas patadas contra el suelo y unas palmadas para mitigar el frío.

El ordenanza de Lassen subió por la rampa de piedra con una bandeja de tazones de café. Lassen siempre llevaba un tazón de café a la guardia de la mañana y los hombres agradecían ese pequeño gesto. El comandante, decían, era un caballero.

Unos niños atravesaron el patio corriendo y se oían las voces de las mujeres en las cocinas. No debería haber mujeres en el fuerte, pero Lassen había permitido que las familias de las dotaciones de los cañones ocuparan los alojamientos que había dejado

libre la infantería, destinada a combatir en el norte. Lassan creía que las probabilidades de que sus hombres desertaran serían menores si sus familias estaban murallas adentro.

—Allí está, señor —dijo el sargento señalando por entre la lluvia.

Lassan miró hacia abajo al estrecho canal de Arcachon. Del otro lado de los bancos de arena, el viento hacía jirones las olas grises formando un blanco remolino de agua donde voltejeaba un barquito.

El barco era un bergantín británico con dos altos mástiles y una amplia cangreja en la popa. Lassan sabía que su casco a franjas blancas y negras ocultaba dieciocho cañones. Se arrizaban las velas, pero incluso así parecía cabecear entre las olas y Lassan vio lo alto que salpicaba la espuma en la proa del bergantín.

—Nuestros enemigos —dijo suavemente— tienen un desayuno accidentado.

—Sí, señor —respondió el sargento riendo.

Lassan acunaba su tazón de café. Había algo vulnerable en su rostro, una mirada asustada y cansada que hacía que sus hombres fueran protectores con él. Sabían que el comandante Lassan quería hacerse sacerdote cuando acabara la guerra y les gustaba por eso, pero también sabían que lucharía como un soldado hasta que el último disparo de la guerra se hubiera disparado. Ahora observaba el bergantín británico.

—¿Lo vio la pasada noche?

—Al atardecer, señor —dijo el sargento con seguridad—. Y había luces encendidas allí de noche.

—¿Nos está observando, verdad? —Lassan sonrió—. Está mirando a ver de qué estamos hechos.

El sargento dio un golpecito al cañón como respuesta.

Lassan se giró y miró detenidamente el patio del fuerte. Había llegado un aviso de Burdeos de que se tenía que preparar para un ataque británico, pero Burdeos no le había enviado ningún hombre para reforzar su mermada guarnición. Lassan podía dotar los enormes cañones o proteger las murallas que miraban a tierra, pero no podía hacer ambas cosas a la vez. Si los británicos desembarcaban tropas y enviaban barcos de guerra dentro del canal, Lassan se encontraría atrapado entre la espada y la pared.

Se giró para observar el bergantín británico. Si Burdeos tenía razón, esa nave inquisitiva estaría haciendo un reconocimiento y Lassan tenía que engañar a los observadores. Tenía que hacerles creer que el fuerte estaba tan mal defendido que un desembarco de tropas no resultaría necesario.

El teniente Gerard apareció bostezando por la puerta pintada de verde del alojamiento de oficiales. Lassan le gritó.

—¡Teniente!

—¿Señor?

—¡Hoy no hay bandera! ¡Y no cuelguen ropa a secar en el tejado del cuartel! Tampoco creo que nadie quiera secar ropa con este tiempo.

Gerard, con su chaqueta azul desabrochada sobre los tirantes, frunció el ceño.

—¿Bandera no, señor?

—¡Ya me ha oído, teniente! Y ningún hombre en las troneras, ¿me oye? Tan sólo centinelas en los baluartes.

—Le oigo, señor.

Lassan se giró y vio el viraje del bergantín entre el viento empapado de lluvia. Vio las velas que temblaban, la espuma y se imaginó a los oficiales vestidos con capas y con los galones deslustrados por la sal, observando el fuerte, gris y achaparrado, con sus catalejos. Sabía de barquitos de esos que enviaban espías a la costa francesa y luego detenían a los barcos pescadores que trabajaban cerca de ésta. Hoy por tanto, y como cada día durante la próxima semana, tan sólo a aquellos pescadores en los que Henri Lassan confiaba se les permitiría pasar ante los cañones de la Teste-de-Buch. Los animarían a aceptar el oro de los ingleses y a beber una copa de ron en sus camarotes y a vender langostas a los ingleses vestidos de azul; a cambio les dirían una o dos mentiras plausibles de parte de Henri Lassan.

Después Henri Lassan lanzaría un disparo por Francia con sus grandes cañones pasivos que esperaban ser utilizados.

Sonrió complacido con su idea y fue a desayunar.

Antes de cenar Sharpe se enfrentaba a unos momentos tristes e infelices.

—La respuesta —repitió— es no.

El sargento mayor del regimiento, Patrick Harper, estaba en la salita del alojamiento de Jane y retorció su chaco mojado con los dedos gruesos y fuertes.

—He hablado con el señor D'Alembord, señor, lo he hecho, y él dice que puedo ir. Y es que sólo andamos por ahí como sin nada que hacer, eso es lo que hacemos.

—Viene otro coronel nuevo, Patrick. Necesita a su sargento mayor.

Harper frunció el ceño.

—También necesita a su comandante.

—No puede perdernos a ambos. —Sharpe no tenía poder para privar a Los Voluntarios del Príncipe de Gales de los servicios de su inmenso irlandés—. Y si se viene usted, Patrick, el nuevo lo que hará es designar a otro sargento mayor. Usted no lo querría.

Harper frunció el ceño.

—Yo preferiría estar en una pelea si la hay, señor, y el señor Frederickson no me tomaría a mal, no lo haría.

—No —dijo Sharpe, que no podía darse por vencido.

El hombre enorme, cuatro pulgadas más alto que Sharpe, sonrió burlonamente.

—Podría coger una baja por enfermedad, señor, eso podría hacerlo.

—Primero tiene que estar enfermo.

—¡Pero si lo estoy! —exclamó Harper señalando su boca—. Tengo un dolor de boca que es algo terrible, señor. ¡Aquí!

Abrió la boca con los dedos y Sharpe vio que Harper realmente tenía la encía superior enrojecida e inflamada.

—¿Le duele?

—¡Es horroroso, de verdad! —Harper, percibiendo una grieta en la armadura de Sharpe, se entusiasmó describiendo el dolor—. Es más bien una punzada, señor. Va y viene y va y viene, como el redoble de un tambor dentro de la cabeza. ¡Desesperante, eso es!

—Entonces vaya a ver a un cirujano esta noche —dijo Sharpe sin compasión— y que se lo arranque. Luego regrese al batallón al que pertenece.

El rostro de Harper se descompuso.

—¿De verdad, señor? ¿No puedo ir?

Sharpe suspiró.

—Preferiría tenerlo conmigo, sargento mayor del regimiento, antes que a una docena de hombres. —Esto era más que cierto. Sharpe no conocía a ningún hombre que luchara mejor, pero en Arcachon no podía ser—. Lo siento, Patrick. Además, usted es padre ahora. Ha de tener cuidado.

La mujer de Harper, española, había dado a luz hacía un mes a un niño al que habían bautizado con el nombre de Richard Patricio Augustine Harper. A Sharpe la elección del nombre de Richard le había turbado, pero Jane se había mostrado encantada cuando Harper le había pedido permiso para usar el nombre.

—Y le estoy haciendo un favor, sargento —continuó Sharpe.

—¿Y cómo es eso, señor?

—Porque su hijo seguirá teniendo padre dentro de dos semanas.

Sharpe se imaginaba la muralla, negra, vertical y mojada y aquella imagen hizo que la voz se le volviera cruel. Entonces se giró al abrirse la puerta.

—Querida.

La hermosa Jane, vestida con seda azul, sonrió encantada a Harper.

—¡Sargento mayor! ¿Cómo está el pequeño?

—¡Sencillamente estupendo, señora!

Harper había constituido una firme alianza con la señora Sharpe que parecía destinada a subvertir la autoridad del comandante Sharpe.

—E Isabella le da las gracias por la ropa.

—¡Le duele la boca! —exclamó Jane frunciendo el ceño con preocupación—. Tiene la mejilla hinchada.

Harper se ruborizó.

—Tan sólo es un dolorcito de nada, señora.

—¡Tiene que ponerse aceite de clavo! Hay en la cocina. ¡Venga!

Encontraron el aceite de clavo y luego Harper, desconsolado, se adentró en la noche.

—No puede venir —dijo Sharpe después de cenar, cuando Jane y él regresaban caminando por la ciudad.

—Pobre Patrick.

Jane insistió en detenerse en el alojamiento de Hogan, pero no había novedades. Lo había visitado antes aquel mismo día y le había parecido que el enfermo estaba mejor.

—Desearía que no te arriesgaras —dijo Sharpe.

—Me lo has dicho una docena de veces, Richard, y te prometo que te he oído todas ellas.

Se fueron a la cama y justo cuatro horas después, la patrona llamó a su puerta. Fuera era negra noche y hacía frío dentro de la habitación. La escarcha grababa unos dibujos en las ventanas pequeñas, dibujos que se resistían a fundirse a pesar de que Sharpe reavivó el fuego de la diminuta chimenea. La patrona había traído velas y agua caliente. Sharpe se afeitó y luego se enfundó su uniforme de fusilero, viejo y descolorido. Era el uniforme con el que luchaba, manchado de sangre y rasgado por balas y espadas. No entraría en acción con ningún otro uniforme.

Engrasó la llave de su fusil. Siempre entraba en batalla con un arma larga, aunque ya hacía diez años que era oficial. Sacó su pesada espada de caballería de la vaina y comprobó cómo estaba el filo. Le resultaba extraño irse a la guerra dejando a su mujer en la cama, más extraño aún era no marchar con sus hombres o con Harper, y este pensamiento le produjo un cierto desasosiego, pues no estaba acostumbrado a luchar sin Harper a su lado.

—Dos semanas —dijo—. Estaré de vuelta dentro de dos semanas. Tal vez menos.

—Parecerá una eternidad —dijo Jane fielmente, luego, con un temblor exagerado, retiró las sábanas y agarró la ropa que Sharpe había colgado junto al fuego para que se calentara. Su perrito, agradecido ante la oportunidad que se le brindaba, saltó dentro de la cálida cama.

—No tienes obligación de venir —dijo Sharpe.

—Por supuesto que voy a ir. Es deber de toda mujer ir a ver cómo su marido se embarca hacia la guerra.

Jane se estremeció de repente, luego estornudó.

Media hora después avanzaban por una callejuela que olía a pescado y el viento les azotaba la cara como un cuchillo. Unas antorchas llameaban en el muelle, donde el *Amelie* se elevaba sobre la marea ascendente.

Una línea oscura de hombres, cuyas armas relucían suavemente, avanzaba hacia el interior del mercante que iba a ser el transporte de Sharpe. El *Amelie* no era

ninguna joya de la flota mercante británica. Había empezado como barco carbonero, acarreando carbón desde el Tiñe al Támesis de espeso humo y sus maderas oscuras todavía apestaban mucho a polvo de carbón.

Los barriles, cajas y redes con provisiones eran lanzados a bordo bajo la oscuridad previa al amanecer. Las cajas con la munición de los rifles se apilaban en el muelle y junto con ellas había barriles de carne de buey recién sacrificado asquerosamente salada. El bizcocho se envolvía en lonas y se metía en cajas de pino resinoso. Había barriles de agua para la travesía, pedernales de repuesto para el combate y piedras amoladeras para las hojas de las bayonetas. Escalas de cuerda se enrollaban en los imbornales para que los fusileros, al llegar a la playa donde habían de desembarcar, pudieran descolgarse hasta las chalupas que enviaría el *Vengeance*.

Una mancha de color gris plateado anunció el amanecer y fue avanzando lentamente hasta que se dejó ver el agua sucia y llena de porquería del puerto. A bordo de la *Scylla*, una fragata amarrada en el puerto, unas luces amarillas en el camarote de popa indicaban sin duda dónde desayunaba el capitán de la fragata.

—Te he envuelto un queso. —La voz de Jane parecía débil y asustada—. Está en tu mochila.

—Gracias.

Sharpe se inclinó para besarla y de repente deseó no tener que irse. Una mujer, solía decir el general Craufurd, debilita a un soldado. Sharpe apretó a su mujer un instante y sintió sus costillas debajo de las capas de lana y seda, luego, de repente, su cuerpo delgado dio una sacudida y volvió a estornudar.

—Estoy pillando un resfriado.

Estaba temblando. Sharpe le tocó la frente y estaba muy caliente.

—No estás bien.

—Odio levantarme temprano. —Jane intentó sonreír, pero le castañeaban los dientes y volvió a temblar—. Y me parece que el pescado no me ha acabado de sentar bien esta noche.

—¡Vete a casa!

—Cuando te hayas ido.

Sharpe, aunque un centenar de hombres lo observaba, volvió a besar a su mujer.

—Jane...

—Querido, tienes que irte.

—Pero...

—Sólo es un resfriado. Todo el mundo se resfría en invierno.

—¡Señor! —El Dulce William saludó a Sharpe y se inclinó ante Jane—. ¡Buenos días, señora! ¡Qué energía!

—Ciertamente, señor Frederickson —respondió Jane estremeciéndose de nuevo.

—Todo el mundo está a bordo, señor —dijo Frederickson volviéndose hacia

Sharpe.

Sharpe quería quedarse con Jane, quería asegurarse de que no había cogido la fiebre de Hogan, pero Frederickson lo estaba esperando, los hombres sostenían las cuerdas con las que se retiraría la pasarela y no podía quedarse. Le dio un último beso a Jane y la frente le ardía como el fuego.

—Vete a casa, a la cama.

—Lo haré —dijo, temblando, encorvada y encogida para protegerse del viento glacial.

Sharpe se detuvo, quería decir algo memorable, algo que abarcara el incipiente y extraordinario amor que sentía por ella, pero no encontró las palabras adecuadas. Sonrió, luego se giró y siguió a Frederickson hacia la cubierta del *Amelie*.

La luz del día era tenue ahora, se filtraba a través del paisaje montañoso por detrás del puerto y convertía el agua en una plata veteada, borboteante y cabeceante. La plancha se batía contra las piedras del muelle.

Allá lejos, en el mar, como una montaña imposible que se elevara en la superficie de las aguas, una estructura ligera de velas grises y sucias atraía la luz del día. Era el *Vengeance* que se ponía en marcha. Era tremendamente enorme; una gran arma flotante que podía hacer que el aire temblara y el mar se sacudiera cuando lanzaba toda su andanada, pero no sería útil en las aguas frente al fuerte Teste-de-Buch. Éste, habrían de tomarlo hombres con armas en las manos.

—Está haciendo señales. —Tremgar, el capitán del *Amelie*, escupió por el costado—. Significa que nos vayamos. ¡Preparados, adelante! —gritó.

Una gavia se dejó caer de las vergas de la cercana *Scylla* y el movimiento, que sugería una marcha inminente, hizo que Sharpe se volviera hacia el muelle. Jane, envuelta en su gabán de color azul, todavía estaba allí. Sharpe la veía temblar.

—¡Vete a casa!

—¡Espere! ¡Espere! —gritaba una voz.

El acento era francés y el que hablaba era un hombre mal vestido, evidentemente un criado, que cabalgaba sobre un caballito y guiaba un caballo de carga con la rienda principal.

—¡*Amelie*! ¡Espere!

—Maldita sea —dijo Tremgar, que se había estado llenando la pipa con tabaco negro y ahora se la metía en un bolsillo de su gabán asqueroso.

Detrás del criado y el caballo de carga y, majestuoso como un obispo en una procesión, cabalgaba un hombre alto y elegante sobre un caballo grande y elegante. Su rostro era delicado y sensible, una capa blanca con broches de plata y un sombrero bicornio con hule lo protegían de la lluvia.

Se volvió a aparejar la plancha y el hombre, con un débil estremecimiento como si la peste del *Amelie* fuera demasiado para un caballero de gustos tan delicados,

subió a bordo.

—Busco al comandante Sharpe —anunció con acento francés al conjunto de oficiales que se habían reunido en la combés del barco.

—Yo soy Sharpe —contestó desde la cubierta de popa.

El recién llegado se giró dando un movimiento que hubiera resultado elegante en un salón de baile, pero que de alguna manera resultaba ridículo en la cubierta llena de golpes de un barco carbonero antiguo. Se sacó unos impertinentes de la manga y, con la ayuda de éstos, inspeccionó el uniforme hecho jirones del comandante Richard Sharpe. Hizo una reverencia, como sugiriendo que él tenía que haber sido el digno receptor de tal honor, entonces se sacó el sombrero impermeable y se dejó ver su cabello plateado y lustroso peinado hacia atrás y recogido con una lazada de terciopelo negro. Alargó un sobre sellado.

—Ordenes.

Sharpe, que había saltado desde la popa, rasgó el sobre.

Para el comandante Sharpe. El portador de esta nota es el conde de Maquerre. Le prestará toda la ayuda que esté en su poder.

Bertram Wigram, coronel.

Sharpe clavó la mirada en la cara delgada tan empolvada que parecía pálida. De repente recordó que Hogan, en sus desvaríos de enfermo, había mencionado el nombre de Maquereau, que significaba macarra, y se preguntaba si el insulto era un apodo para este hombre elegante y quisquilloso.

—¿Es usted el conde de Maquerre?

—Tengo ese honor, señor, y viajo a Arcachon con ustedes.

La capa de De Maquerre se había abierto y caído y dejaba ver el uniforme de los Chasseurs Britanniques. Sharpe conocía la reputación de ese regimiento. Los oficiales eran franceses leales al *anden régime*, mientras que la tropa estaba formada por desertores del ejército francés y todos ellos eran unos verdaderos sinvergüenzas. Sabían luchar cuando les daba la gana, pero no era un regimiento que Sharpe quisiera en su flanco en una batalla.

—¡Capitán Frederickson! ¡Cuatro hombres para subir el equipaje del francés a bordo! ¡Ahora mismo!

De Maquerre tiró de sus guantes de cabritilla y con botones.

—¿Tienen establos para mi caballo? Y la bestia de carga.

—Caballos no —dijo Sharpe agriamente.

Esa respuesta hizo que el conde de Maquerre lanzara un malhumorado ataque de protestas entre las que destacó sobre todo el nombre del duque de Angulema, Luis XVIII y lord Wellington.

Mientras tanto, un mensaje de indignación procedente de la *Scylla* quería saber por qué el *Amelie* no había largado amarras con la marea. Finalmente, Sharpe tuvo que ceder.

Eso significó un nuevo retraso, pues se hubo de engatusar a los dos caballos del conde para subir a bordo y una sección de los fusileros de Frederickson tuvo que ceder la bodega delantera para dejar sitio a las bestias. Los barriles y las cajas se llevaron arriba por la plancha.

—Yo, por supuesto —dijo el conde de Maquerre—, no puedo viajar en este barco. —¿Por qué no? —preguntó Sharpe.

Como única respuesta, Sharpe percibió un temblor en las ventanillas del francés. Aquello significaba un nuevo retraso; se envió un mensaje a la *Scylla* pidiendo si su excelencia el conde de Maquerre podía alojarse a bordo de la fragata, o mejor, del *Vengeance*.

El capitán Grant de la *Scylla*, sin duda presionado por el *Ventanee*, respondió con brevedad. El conde, disgustado, bajó al camarote que había de compartir con Frederickson.

Ya estaban a plena luz del día, las nubes se disipaban y dejaban ver la suciedad, amarilla y negra, que flotaba en el puerto gris. El cuerpo de un perro muerto golpeaba contra el casco del *Amelie* al tiempo que los cables delanteros se soltaron, la popa se quedó libre y, proveniente de arriba, se oyó el sonido amenazante de las grandes velas que se soltaban al poder del viento. Una gaviota emitió un grito solitario y áspero; los marineros creían que aquel sonido era el dolor de un alma ahogada.

Sharpe se quedó mirando a la muchacha de cabellos dorados envuelta en una capa azul y plateada y culpó al viento de las lágrimas que le brotaron en los ojos. Jane sostenía un pañuelo contra su cara y Sharpe rogó porque lo que había visto no fueran los primeros síntomas de la fiebre. Intentó convencerse de que Jane estaba bien y de que simplemente le había sentado mal el pescado de la noche anterior, pero maldita sea, pensó, ¿por qué tenía que visitar a Hogan?

—¡Vete a casa! —gritó a pesar de la distancia que los separaba.

Jane temblaba, pero se quedó. Observó al *Amelie* que se abría paso torpemente al otro lado del bar y Sharpe, volviendo a mirar al puerto, vio que la figura que sostenía el diminuto pañuelito blanco y le decía adiós se iba haciendo cada vez más pequeña y finalmente desapareció cuando una ráfaga de lluvia siseó sobre el mar encrespado.

El *Vengeance* sobresalía entre los otros barcos. El *Amelie* con las bombas en funcionamiento se dirigió hacia atrás mientras que la *Scylla*, rápida e impaciente, avanzó hacia adelante saltando con las ráfagas. Los bergantines se acercaron hasta situarse tras el *Amelie* y la costa de Francia se convirtió en tan sólo una mancha en el mar gris.

Una boya, embreada y negra, que indicaba sabe Dios qué peligro, se deslizó a

popa y de este modo se ponía en marcha la expedición a Arcachon, en medio del caos y la incertidumbre.

Capítulo 4

Durante todo el día el comandante Henri Lissan observó pasar los barcos. Lo hacía desde uno de los baluartes techados del fuerte y con la ayuda de un catalejo con el tubo de cobre que había pertenecido a su abuelo.

En el castillo no se había arbolado ninguna bandera. Uno de los pescadores locales, que tenía la confianza de Lissan, se había llevado su barquita hasta los bancos de Lacanau donde el bergantín británico había invitado al capitán a bordo. Le había servido ron, le habían pagado el pescado con monedas de oro y el pescador había informado con toda solemnidad al enemigo de que el fuerte estaba totalmente vacío; la guarnición lo había abandonado. Se habían dirigido al norte, dijo, para servir al Emperador y tan sólo una reducida milicia local hacía la ronda en las murallas. Si creían el embuste, Lissan conseguiría que los británicos se pusieran a tiro de sus pesados cañones. Tenía motivos para pensar que el ardid había cuajado pues el bergantín había cazado las velas y navegaba hacia el sur.

Ahora, en lugar del bergantín, una ancha línea de velas grises salpicaba el horizonte al oeste. El comandante Lissan calculó que las naves estaban a ocho o nueve millas mar adentro y se dio cuenta de que se trataba de un convoy británico que llevaba hombres, armas, caballos y municiones a su ejército en el sur.

Al ver aquello Henri Lissan se sintió solo. Su Emperador estaba muy lejos, él estaba solo en la costa de Francia y su enemigo navegaba con impunidad con un gran convoy, contra el que hubiera hecho falta una flota para crearle problemas. Pero ya no había flota francesa; la última la había destruido Nelson hacía nueve años y los barcos que habían sobrevivido se pudrían en los fondeaderos.

Algunos barcos corsarios, americanos y franceses, surcaban el océano, pero eran como perritos ladrando a los talones de un gran rebaño. Ni siquiera Cornelius Killick, con su espléndido *Thuella*, podría haber apresado un barco de aquel convoy. Killick podría haber esperado a un rezagado tal vez, pero sólo una flota hubiera podido romper aquella extensa línea de barcos.

Resultaba doloroso comprobar el poderío enemigo encontrándose uno tan desnudo, tan impotente. Las grandes bodegas de aquellos barcos contenían los medios que habían de llevar la muerte al ejército de Soult en el sur y Lissan no podía hacer nada. Podía ganar su batallita, si ésta se presentaba, pero no podía ser de ayuda en el gran combate.

Este pensamiento hizo que se reprendiera a sí mismo por falta de fe y, como penitencia, fue a la pequeña capilla del fuerte y rezó por un milagro. Tal vez el Emperador, que hacía marchar y contramarchar a sus hombres por las carreteras heladas del Norte, podía conseguir una gran victoria y romper la alianza que tenía a Francia rodeada; sin embargo el fuerte vacío era una muestra de la situación

desesperada del Emperador. Se había peinado Francia en busca de hombres, luego se había vuelto a peinar y muchos de los reclutas ya habían huido a los bosques o a las colinas para escapar de aquellos sargentos que venían a buscar muchachos, que no hombres, para los cañones.

El chasquido de unas botas, un grito y el chirrido de los goznes de la puerta que, aunque se engrasara a menudo, se empeñaba en chillar como un alma que penetra en el purgatorio, anunciaron la llegada de un visitante al fuerte. Lissan se metió el rosario en el bolsillo, se santiguó y se adentró en el crepúsculo.

—¡Cabrones! ¡Cabrones de mierda! Buenas tardes, Henri. —Cornelius Killick, con su rostro salvaje enfurecido, saludó al comandante—. ¡Cabrones!

—¿Quién?

—¡Burdeos! ¡No hay cobre! ¡No hay roble! ¿Qué se supone que he de hacer? ¿Pegar papel para tapar los malditos agujeros?

—¿Tal vez desee un poco de vino? —sugirió Lissan diplomáticamente.

—Tomaré vino.

El americano siguió a Lissan al interior del alojamiento del comandante, que semejaba más una biblioteca que la habitación de un soldado.

—¡Ese cabrón de Ducos! Me gustaría hincarle el culo con los dientes.

—Yo creía —dijo suavemente Lissan— que el de la funeraria de Arcachon le había dado algo de madera de olmo.

—¿Dado? ¡El cabrón nos hizo pagar el triple de lo que vale! Y no me gusta navegar con un barco cuyo culo está hecho con madera de muerto.

—Ah, superstición de marinero.

Lissan vertió vino en unas copas de cristal que llevaban el escudo de armas de su familia. El último conde de Lissan había muerto en la guillotina, sin embargo Henri nunca había estado tentado de hacer uso del título que era, con todo derecho, suyo.

—¿Ha visto todos esos grandes mercantes dirigiéndose hacia el sur?

—Durante todo el día —dijo Killick con desaliento—. Hágase con uno de éstos y tendrá una pequeña fortuna. No tanto como si fuera un barco de las Indias Orientales, por supuesto. —Se acabó la copa de vino y se echó un poco más—. ¿Le he hablado del barco de las Indias que apresé?

—Por supuesto que sí —dijo cortésmente Henri Lissan—, tres veces.

—¿Y su bodega iba quizá cargada de sedas? ¿De especias? ¿De tesoros del lejano Oriente? ¿De plumas de pavo real y zafiros? —Killick dejó ir una risotada—. No, amigo mío. Iba cargada hasta la borda de salitre. Salitre para hacer pólvora, pólvora para mover balas, balas para matar a los británicos. ¿No es típico de nuestros enemigos, eh, proporcionar los medios para su propia destrucción? —Se sentó junto al fuego y se quedó mirando el rostro delgado y culto de Lissan—. ¿Así qué, amigo, vienen los cabrones?

—Si quieren los quechemarines —dijo Lissan suavemente—, tendrán que venir aquí.

—Y el tiempo —dijo el americano— les dejará desembarcar a salvo.

La larga costa de Vizcaya, que podía llegar a retumbar con gran oleaje, estaba esta semana de buen humor. Las olas rompientes fuera del canal tenían una altura de cuatro o cinco pies, suficiente para espantar a marineros de agua dulce, pero no lo bastante altas para impedir que los botes de las naves desembarcaran.

Lissan, todavía con la esperanza de que su engaño persuadiera a los británicos de que no había necesidad de desembarcar hombres en la costa del Sur, reconocía sin embargo la posibilidad.

—Efectivamente.

—Y si vienen por tierra —dijo Killick con crueldad— le derrotarán.

Lissan echó una mirada al crucifijo de ébano que estaba colgado entre sus estantes llenos de libros.

—Tal vez no.

El americano parecía no darse cuenta de la súplica que Lissan alzaba al Todopoderoso.

—Y si toman el fuerte —continuó—, tendrán el mando de toda la albufera.

—Así es.

—Y capturarán el *Thuella*. —Killick dijo esto en voz baja, pero en su mente veía su bella nave capturada por marineros británicos. Llevarían el *Thuella* a Inglaterra como trofeo y una goleta elegante de Nueva Inglaterra, hecha para cazar los vientos de los océanos vacíos, se convertiría en un barco costero dedicado al comercio—. ¡Por Dios que no lo capturarán!

—Haremos cuanto podamos —dijo Lissan inútilmente, aunque no sabía cómo iba a resistir a un ataque británico la dotación de cuatro cañones; ciertamente era un problema cuya solución exigía un milagro. Lissan no dudaba de que sus cañones podían causar daños, pero una vez los británicos descubrieran que los cañones eran insuficientes para defender el fuerte, harían desembarcar a sus soldados de infantería de marina y lo rodearían. Y Lissan, cuyo Emperador había codiciado sus hombres, no podía defender la muralla que daba al mar y la que daba a tierra al mismo tiempo.

La triste noticia dejó al americano en silencio. Miraba fijamente el pequeño fuego, con su cara de halcón frunciendo el ceño y cuando por fin habló su voz resultó extrañamente indecisa.

—¿Y si luchamos?

—¿Usted? —preguntó Lissan sin poder ocultar su sorpresa.

—Podemos combatir, Henri. —Killick sonrió burlonamente—. Y tenemos esos malditos cañones de doce en nuestra bodega. —De repente le invadió el entusiasmo, agarró un mapa de Lissan que estaba sobre la mesa y lo sujetó en las esquinas con

libros—. ¿Desembarcarán al sur de la punta de Arcachon?

—Sin duda.

—Y tan sólo hay dos rutas que puedan tomar para ir hacia el norte. ¡Los senderos junto a la playa o la carretera!

El rostro de Killick se iluminaba al pensar en la acción y Lissan vio que el americano era un hombre que disfrutaba mucho con los problemas simples de la guerra. Lissan había conocido a otros hombres como él; hombres valientes que se habían hecho famosos por toda Francia y habían escrito páginas de historia con su amor por la acción violenta. Se preguntaba qué pasaría con tales hombres cuando la guerra acabara.

—Usted es un marinero —dijo Lissan suavemente— y luchar en tierra no es lo mismo que una batalla naval.

—¡Pero si los cabrones no nos esperan, Henri! ¡Si los cabrones se creen que están a salvo! ¡Entonces les tendemos una emboscada! —Killick estaba seguro de que sus hombres, artilleros cualificados, podrían manejar la artillería francesa y veía, en su esperanzada imaginación, la metralla machacando las filas de los soldados de infantería británicos que avanzaban—. ¡Por Dios, que podemos hacerlo, Henri!

Lissan alzó levemente la mano para detener aquel flujo de entusiasmo.

—Si realmente quiere ayudar, capitán Killick, entonces meta a sus hombres en el fuerte.

—No.

Killick sabía muy bien lo que los británicos le harían a la tripulación de un barco corsario capturado. Si Killick luchaba para salvar el *Thuella* había de tener una retirada a salvo en caso de que fuera derrotado. Sin embargo, en su plan, consistente en tender una emboscada a los británicos cuando se acercaran al fuerte, no veía ninguna posibilidad de derrota. La infantería de marina enemiga se vería sorprendida, desollada por la metralla y el *Thuella* estaría a salvo.

Henri Lissan, con la mirada fija en el mapa, se preguntaba si el plan del americano era un esbozo del milagro por el que él había rezado. Si los británicos no capturaban el fuerte, no podrían hacerse con los quechemarines y sin los quechemarines se verían atrapados ante los ríos que fluían con las aguas caudalosas del invierno.

Atrapados. Y tal vez el Emperador, que desollaba a sus enemigos del norte, se dirigiría hacia el sur e infligiría al ejército británico una gran derrota.

Wellington, que había vencido a todo mariscal o general francés contra el que había combatido, nunca se había enfrentado al genio del Emperador. Lissan se preguntaba si este americano grande y bien parecido había encontrado la pequeña solución que retendría a los británicos el tiempo suficiente para permitir que el Emperador viniera hacia el sur y les diera a los malditos una lección militar. Entonces

una punzada de realismo le obligó a considerar la posibilidad de una derrota.

—¿Qué hará usted, amigo mío, si ganan los británicos?

Killick se encogió de hombros.

—Desarbolan el *Thuella* y hacer que parezca un barco naufragado y rezar para que los británicos no le hagan caso. ¿Y usted, comandante, qué hará?

Lassan sonrió con tristeza.

—Quemar los quechemarines, por supuesto.

Con ese acto, condenaría a los doscientos hombres que formaban las tripulaciones y sus familias a la penuria. El alcalde y el cura le habían rogado que protegiera las barcas, que incluso en caso de derrota francesa, darían vida y alimento a las comunidades de la costa de Vizcaya, pero en caso de derrota Lassan cumpliría con su deber.

—Esperemos que no se llegue a eso —dijo Lassan.

—No llegaremos. —Killick blandió su cigarro y dejó ir una calada de humo como la que hacía la mecha de una granada de mortero—. ¡Es una idea brillante, Henri! Así que dejemos que los cabrones se acerquen, ¿eh?

Bebieron por la victoria bajo el anochecer invernal mientras, lejos, en dirección sur, por donde surcaba un gran convoy, Richard Sharpe y su reducida fuerza se dirigían hacia el norte para librar una batalla.

Durante la noche nevó. Sharpe permaneció junto a los flechastes embreados en la cubierta de popa del *Amelie* y observó los copos que se arremolinaban contra la luz. El fuego de la galera todavía estaba encendido y lanzaba una gran capa de color rojo vacilante sobre el trinquete. Su humo se desviaba hacia el norte, hacia las luces del *Vengeance*.

El *Amelie* navegaba bien. Así lo decía el timonel, incluso el capitán Tremgar, que salió de su litera a las dos, estuvo de acuerdo.

—Nunca había visto a este maldito navegar tan bien, señor. ¿No puede usted dormir ahora?

—No.

—¿Quiere un poco de ron?

—No, gracias.

Sharpe sabía que el capitán del mercante pretendía ser amable con él, pero no quería que el sueño se mezclara también con la bebida.

Permaneció solo junto a la baranda. Algunas veces, cuando el barco se inclinaba por una ráfaga de viento, una linterna lanzaba un rayo reluciente sobre el mar liso y acuciante. La nieve se arremolinaba y desaparecía. Una hora después de la breve conversación con Tremgar, Sharpe vio una lejana y diminuta chispa de luz, muy roja, al este.

—¿Otro barco? —le preguntó al timonel.

—¡Santo Dios, no, señor! —El viento, brillante gracias a la nieve se llevaba la voz del timonel y se la devolvía a Sharpe entrecortada—. ¡Aquello es tierra!

¿Una cabaña? ¿La hoguera de un soldado? Sharpe nunca lo sabría. La chispa brillaba con luz tenue, algunas veces incluso desaparecía, y luego volvía a parpadear y avanzar a paso de tortuga por el oscuro horizonte. A la vista de aquella luz lejana y anónima Sharpe sintió la inquietud de un soldado en el mar. Su imaginación, que le acosaba en el combate, veía el *Amelie* naufragado, vio las aguas frías y grises sobre las maderas rotas y entre ellas los cuerpos de sus hombres girando como ratas en un tonel. Aquella chispita roja era lo único que estaba a salvo, lo único que era seguro, y se dio cuenta de que preferiría estar a cien millas adentro tras las líneas enemigas y en suelo firme, que a bordo de un barco en un mar traicionero.

—¿No puede dormir? Yo tampoco.

Sharpe se giró. La figura fantasmagórica del conde de Maquerre, cuyo cabello era tan blanco como la gran capa que se abrochaba con plata en el cuello, se dirigió hacia él. El conde dio un traspies pues la proa del *Amelie* tropezó con una ola mayor y el hombre tuvo que agarrarse al brazo de Sharpe.

—Disculpe, comandante.

Sostenido por Sharpe, el conde apoyó su trasero en uno de los pequeños cañones con que se había dotado al *Amelie* para su protección.

El conde, con el cabello exageradamente liso para aquellas horas de la mañana, se quedó mirando al este.

—La France —dijo con reverencia, incluso con amor.

—San Juan de Luz es Francia —dijo Sharpe en un intento descortés de mostrar que la compañía del conde no era bienvenida.

El conde de Maquerre no hizo caso del comentario y se quedó observando la diminuta chispa, como si fuera el mismísimo grial.

—Llevo fuera, comandante, dieciocho años —dijo con entonación trágica—. Esperando que la libertad renazca en Francia.

La nave volvió a descender en picado y Sharpe entrevió una espiral de agua gris que desapareció con la misma rapidez con que se había iluminado. La nieve se fundía en su cara. Todo el mundo hablaba de libertad, pensó. Los monárquicos y los antimonárquicos, los republicanos y los antirrepublicanos, los bonapartistas y los borbones, todos llevaban de aquí para allá la palabra como si fuera un genio atrapado en una botella y ellos fueran los únicos que poseyeran el sacacorchos del mundo. Sin embargo, si Sharpe descendiera a la bodega y despertara a los soldados que dormían con tanta suciedad e incomodidad en el apestoso *Amelie* y preguntara a cada hombre qué era lo que quería en la vida, sabía que, además de que lo tomarían por loco, no oiría la palabra libertad. Querían a una mujer por compañera, querían bebida barata,

querían un fuego en invierno y buenas cosechas en verano y querían un trozo de tierra y una cantina de propiedad. La mayoría no conseguiría lo que deseaba.

Pero tampoco Sharpe. De repente tuvo una visión clara y sobrecogedora de Jane que yacía enferma, sudando con los fríos temblores de la fiebre mortal. La imagen, tan extraordinariamente real bajo aquella noche helada, le hizo estremecerse.

Intentó sacarse aquella visión de la cabeza, luego se dijo que Jane no sufría más que un malestar de estómago y el frío del invierno, pero la superstición de un soldado se apoderó de repente de la imaginación de Sharpe y sintió, con absoluta certeza, que se alejaba en barco de una esposa moribunda. Quería aullar su sufrimiento bajo la noche oscura y nevada, pero allí no había auxilio. No lo había en ningún lado. Ella se estaba muriendo.

—Maldita libertad suya —dijo Sharpe violentamente.

—¿Comandante? —inquirió el conde, al oír la voz de Sharpe sin entender sus palabras, moviéndose a lo largo de la barandilla.

Jane estaría muerta y Sharpe regresaría junto al montón de tierra fría de su tumba. Quería llorar por esa pérdida.

—¿Ha dicho algo *monsieur*? —insistió el conde.

Sharpe entonces se giró hacia el conde. El fusilero había estado ensimismado en sus pensamientos, pero ahora se concentraba en el aristócrata alto y pálido.

—¿Por qué está usted aquí?

—¿Aquí, *monsieur*? —preguntó De Maquerre a la defensiva—. Por el mismo motivo que usted. ¡Para llevar la libertad a Francia!

Los instintos de Sharpe se pusieron alerta. Intuía que un nuevo jugador entraba en acción, un jugador que iba a aportar confusión a los asuntos de la expedición.

—¿Por qué? —insistió.

De Maquerre se encogió de hombros.

—Mi familia es de Burdeos, comandante, me ha llegado una carta, pasada a escondidas, en la que se afirma que los ciudadanos están preparados para rebelarse. Se me ha ordenado que descubra cuánta verdad hay en esa carta.

Maldita sea, pues sus instintos tenían razón. Se suponía que Sharpe había de descubrir la disposición de los franceses, pero Wigram, sabedor de que Sharpe le daría una respuesta pesimista, había enviado a este aristócrata en el último momento. Sin duda De Maquerre le daría a Wigram la respuesta que quería; la respuesta que les conduciría a la locura. Sharpe se echó a reír agriamente.

—¿Usted cree que dos compañías de fusileros pueden hacer que Burdeos se declare en rebelión?

—No, *monsieur* —contestó el conde de Maquerre e hizo una pausa cuando el golpe de una ola hizo que el barco diera un bandazo.

—Creo que dos compañías de fusileros, con la ayuda de algunos soldados de

infantería de marina, pueden retener el fuerte de Arcachon hasta que se lleven más hombres al norte con los quechemarines. ¿Acaso no es ese el motivo por el que se reúnen las barcas? ¿Para una invasión? ¿Y dónde mejor para ello que en Arcachon?

Sharpe no contestó. Elphinstone le había ordenado que frustrara las ambiciones de despacho de Wigram, pero ahora este francés presumido le dificultaría la tarea. Resultaría más simple, pensó Sharpe, lanzar al hombre por la borda ahora.

—Pero si la ciudad de Burdeos está lista para una rebelión —De Maquerre era felizmente ajeno a los pensamientos de Sharpe— entonces podemos derrocar el régimen ahora, comandante. Podemos provocar una insurrección en las calles, podemos humillar al tirano. ¡Podemos terminar con la guerra!

Una vez más, Sharpe no contestó, y el conde se quedó mirando la chispita de luz entre la fría oscuridad.

—Por supuesto —continuó el conde—, si consigo levantar la ciudad contra el ogro, espero que sus tropas vengan en mi ayuda inmediatamente.

Sorprendido, Sharpe se dio la vuelta y miró el pálido perfil del conde de Maquerre.

—Yo no tengo tales órdenes.

El conde también se volvió y le mostró a Sharpe el par de ojos más pálidos y fríos que se pudiera imaginar.

—Usted tiene órdenes, comandante, de ofrecerme toda la ayuda que esté en su poder. Llevo un encargo del príncipe regente y un encargo de mi rey. Cuando se le ordene, comandante, usted obedecerá.

Sharpe se libró de responder pues se oyó el sonido metálico y discordante de la campana de la nave. Se preguntaba, irritado, por qué los marineros no daban la hora como la demás gente y se empeñaban en producir mensajes gnómicos, de significado indeterminado, con sus campanas. Se oyeron unos pasos sobre la cubierta cuando cambió la vigilancia. La linterna de la bitácora llameó con brillo cuando se levantó la tapa.

—Su primera obligación, comandante —prosiguió el conde sin hacer caso de las figuras oscuras que subían por las escalas de la cubierta de popa—, es desembarcar mis caballos sanos y salvos.

Para Sharpe ya era demasiado.

—Mi primera obligación, señor, se debe a mis hombres. Si usted no consigue desembarcar sus caballos entonces se quedarán aquí y yo no voy a levantar un maldito dedo para ayudarle. Buenos días.

Se alejó indignado por la cubierta; aquel gesto quedó deslucido porque se tambaleó cuando el *Amelie* chirrió al tomar un nuevo rumbo, obedeciendo a unas luces que de repente llamearon en la popa del *Vengeance*.

El amanecer avanzaba lentamente desde el este gris. Paró de nevar y Sharpe vio,

en la penumbra, que no había cuajado en tierra, que estaba ya sorprendentemente cerca. Un bergantín cercano a la costa y unas banderas de señalización brillaban en la verga de mesana.

—Ayer no estaba —dijo el Dulce William, señalando con la cabeza el bergantín que hacía señales y con aspecto de haber dormido asquerosamente bien. Le llevaba a Sharpe un tazón de té.

—Debe de haber estado fisgoneando la fortaleza. ¿Ha dormido profundamente?

—No he dormido.

Sharpe acunaba el tazón y sorbió un poco del líquido caliente y amargo. La costa parecía estéril; dunas de arena gris detrás de la espuma y más allá de las dunas se veían las formas oscuras de pinos raquíuticos. No había casas a la vista. Lejos, tierra adentro, se veían las siluetas de las colinas bajas y encorvadas y, hacia el norte, un promontorio de terreno ensombrecido que sobresalía y se metía en las aguas desapacibles.

El capitán Tremgar señaló hacia el cabo.

—La punta de Arcachon.

Dejó a los dos oficiales de fusileros y gritó órdenes a través de un altavoz. Sharpe oyó el tremendo estruendo que producían los cables de las anclas al ser enrollados y sacados a latigazos de escobenes. Las velas, que un momento antes estaban infladas por el viento, ondearon como monstruosas alas de murciélago cuando los gavieros enrollaron la lona tiesa en las vergas. El *Vengeance*, que surgía enorme bajo la luz de la mañana, ya estaba anclado y echaba al mar sus primeros botes.

—¡Cristo en la cruz! —soltó el Dulce William con repentina ira.

Observaba los botes que se apiñaban junto al *Vengeance*.

Sharpe sacó su catalejo del bolsillo de los pantalones y extendió los tubos de marfil. El catalejo era un regalo del Emperador de los franceses a su hermano, el rey de España, pero el regalo se había perdido en el saqueo de Vitoria y ahora lo llevaba un fusilero inglés.

—¡Santo Cristo! —Sharpe repitió la blasfemia de Frederickson.

El *Vengeance* había echado al mar tres chalupas y cada una de ellas estaba llena de soldados de infantería de marina con chaquetas rojas.

—¡Debe de haber lo menos cien!

Observó que los hombres iban bajando con cuidado y entraban en las barcas que se mecían. El mar, milagrosamente, estaba en calma esta mañana, con su movimiento propio pero sin llegar a ser cabrillas. Sharpe levantó el catalejo renegando, porque los pequeños vaivenes del *Amelie* le hacían difícil rastrear con el catalejo y vio más soldados con chaqueta roja que esperaban en la cubierta principal del *Vengeance*.

—¡Ese cabrón no nos necesitaba en absoluto!

—No para tomar ese fuerte, tal vez —dijo el Dulce William encendiendo un

cigarro—, pero una fuerza de fusileros bien instruidos resultará más que útil para marchar sobre Burdeos.

—¡Maldito sea!

Ahora Sharpe lo entendía. Wigram había enviado a De Maquerre para llevar a cabo su plan. Contra viento y marea, Wigram y Bampfylde querían tomar Burdeos y Sharpe estaba atrapado en el centro. Observó las chalupas llenas que avanzaban hacia la rompiente de las olas y sintió una rabia amarga contra Bampfylde que había mentido respecto a la enfermedad, para poder contar con unos fusileros adiestrados y ejecutar así su descabellado plan. Incluso el sol, que se dejaba ver entre las nubes por primera vez en semanas, era incapaz de mitigar la ira de Sharpe.

—A mi entender —dijo Frederickson— le quería a usted personalmente.

—¿A mí?

—Probablemente tenga una gran opinión de sus capacidades —dijo Frederickson secamente—. Si el célebre comandante Sharpe fracasa, ningún hombre esperaría que el capitán Bampfylde tuviera éxito. Por otro lado, por supuesto, ¿quién mejor que usted para asegurarse el éxito?

—Cabrón de Bampfylde —dijo Sharpe.

Las chalupas desembarcaron las tropas de chaquetas rojas y luego regresaron rompiendo contra la espuma. Los timoneles, luchando contra viento y marea, se sacudían como pequeñas marionetas al intentar librar a las pesadas barcas de la fuerza de la rompiente. No fueron al *Amelie* sino que se dirigieron al *Vengeance*, donde esperaban más soldados de infantería de marina para desembarcar.

La mañana transcurría. Un desayuno a base de pan untado en salsa de carne se repartió entre los fusileros que esperaban en la cubierta del *Amelie*. Aquella infantería de marina que ya estaba en la playa formó en filas y, para gran sorpresa de Sharpe, la mitad de una compañía abandonó la orilla y se dirigió al abrigo de los oscuros pinos. Se suponía que Sharpe estaba al mando de las operaciones terrestres, pero no lo tenían en absoluto en cuenta.

—¡Capitán Tremgar!

—¿Señor?

—¿Su barca me puede llevar a tierra?

Tremgar, un hombre de mediana edad envuelto en una chaqueta asquerosa de lona, golpeó su pipa contra la tapa de cobre del armario de bitácora, a causa de eso, llena de pequeñas abolladuras.

—No tengo órdenes para hacer eso, comandante.

—¡Le estoy dando las órdenes!

Tremgar se giró. Una de las chalupas se alejaba del *Vengeance* y llevaba, en lugar de infantería de marina, a un grupo de oficiales de marina con capas azules. Tremgar se encogió de hombros.

—No veo por qué no, comandante.

Tardaron veinte minutos en bajar la lanchita del *Amelie* al agua y otros cinco transcurrieron antes de que Sharpe estuviera sentado con incomodidad en la bancada de popa. El conde de Maquerre, que vio la oportunidad de escapar de aquella nave apestosa, insistió en compartir la lancha. Se había cambiado el uniforme británico por un traje de tela marrón.

Desde la cubierta del *Amelie* el mar parecía benigno, pero aquí, en la lanchita, se levantaba y amenazaba y hacía que un terror helado recorriera la espalda de Sharpe. Los remos lo salpicaban, las olas se lanzaban hacia la borda y Sharpe esperaba que en cualquier momento el botecito de remos zozobrara. El conde, envuelto en su capa, parecía mareado.

Sharpe se giró. El casco del *Amelie*, manchado de sal y de brea, quedó atrás. Un cocinero echaba por la borda un cubo de bazofia y las gaviotas, chillando como espíritus malignos, se abalanzaban desde el aire entre las vergas y se peleaban por los restos.

El conde, ofendido por la indiferencia que le había mostrado Sharpe esa madrugada, no dijo ni una palabra. Lentamente, un movimiento de remo tras otro, los cuatro hombres fueron alejando la pequeña nave del *Amelie* y el murmullo de la espuma, como el rugido de una batalla lejana, fue creciendo.

Sharpe palpó sus armas instintivamente. Su fusil tenía el cañón tapado para protegerse de las salpicaduras de agua de mar, y la llave estaba envuelta en un trapo viejo. Resultaba difícil manejar su espada en aquella barquita. Una oleada levantó la barca y la lanzó adelante hacia el rompiente de las olas, que era como una espuma azotada por el movimiento brusco del viento, luego el bote se dejó caer en un valle de agua gris y transparente salpicada de algas marinas flotantes.

Éste era el momento peligroso. El momento en que los barquitos habían de ir desde el mar hasta la rompiente de las olas en la orilla. Años atrás, en una playa como ésta en Portugal, Sharpe había visto unas chalupas que habían volcado en la rompiente y habían despedido al agua mortífera a los hombres que llevaban como si fueran marionetas. Recordaba que los cuerpos habían llegado a la playa blancos e inflados, con los uniformes reventados por la carne hinchada y que unos perros habían estado incordiando a los cadáveres durante días.

—¡Remad! —gritó el contramaestre—. ¡Remad, cabrones!

Los hombres remaron y, como un vagón cargado de balas de cañón, la barca luchó ola arriba. Los remos se doblaban con el esfuerzo, luego el inmenso poder del mar agarró el yugo de la chalupa y ésta empezó a avanzar, sin impedimento alguno, y el contramaestre gritó a los hombres que retiraran los remos mientras inclinaba todo su peso en la caña del timón que estaba detrás de Sharpe.

Los gritos del contramaestre eran como un bramido prolongado que se mezclaba

con el rugido de las olas. El mundo era blanco y gris, surcado de color verde botella en el centro, donde la ola rompía y hacía avanzar la diminuta barca. La mano derecha de Sharpe, con la que se agarraba a la borda, era de un blanco frío y pálido, luego la proa de la chalupa descendió, cayó y el agua salpicó las orejas de Sharpe con briznas blancas y heladas. El grito seguía retumbando en sus oídos y sintió el pánico de un hombre que se ve atrapado en un peligro que le resulta incontrolable.

La proa descendió, la barca se estremeció, tembló y, de repente, se empezó a deslizar por entre el agua borbotante, bajo la cual crujía la arena.

—¡Ahora! —gritó el contramaestre—. ¡Ahora, salvajes!

Y los remeros saltaron por la borda, el agua se arremolinaba a la altura de sus rodillas, y empezaron a tirar de la barca para llevarla hasta la playa.

—Ve, comandante. Ha sido fácil —dijo el contramaestre con calma.

Sharpe, intentando no mostrar el terror que había sentido, dio un paso por encima de las bancadas. Los dos remeros que quedaban sonrieron burlescamente al ver que avanzaba inseguro y le ayudaron. Otra ola rompió y ascendió por la orilla, levantó la barca y la hizo zozobrar; Sharpe cayó sobre un negro enorme que se echó a reír al percibir el apuro del soldado.

Se levantó, se puso en equilibrio en la proa y luego saltó sobre la ola que regresaba. Ninguna tierra firme, ninguna tierra exuberante del pueblo más pacífico y verde de Inglaterra le hubiera hecho sentirse mejor que aquélla. Fue chapoteando hasta la arena seca y exhaló un agradecimiento silencioso por verse finalmente a salvo cuando sus botas crujieron sobre las algas, las conchas y los trozos de madera que indicaban la altura de las mareas en invierno.

—¡Comandante! —le gritó una voz. El teniente Ford, el ayudante de Bampfylde avanzaba sobre la arena pegajosa—. Bienvenido a tierra. ¿No se ha precipitado, señor?

—¿Precipitado? —respondió Sharpe, mientras quitaba la tela de su fusil, gritando para que se le oyera entre el ruido del viento y de la espuma.

—No se le ha ordenado que desembarque, señor.

Ford hablaba con respeto, pero Sharpe estaba seguro de que al joven teniente lo había enviado Bampfylde para que le soltara una reprobación. El mismo capitán, resplandeciente, vestido de azul, blanco y oro, dirigía los asuntos cincuenta yardas playa adentro.

—Permítame que le recuerde, teniente —dijo Sharpe—, que los actos en tierra están bajo mi mando.

El conde de Maquerre, con la cara gris después de habérsela empolvado, se cepilló la capa y luego se dirigió por la arena hacia Bampfylde.

Ford le echó una mirada al conde y luego a Sharpe.

—Ya ve, señor —el teniente no podía ocultar su turbación—, que nuestra

infantería de marina se ha recuperado milagrosamente.

—Eso parece.

Debía de haber cientos de soldados en la playa y Sharpe había visto al menos otros cincuenta marchando tierra adentro.

—El capitán es de la opinión —Ford se había situado cuidadosamente en una posición que le impedía a Sharpe dirigirse hacia Bampfylde— que podemos ocuparnos del asunto nosotros mismos sin riesgo.

Sonrió, como si hubiera traído espléndidas noticias.

Sharpe se quedó mirando al teniente, joven y nervioso.

—¿El asunto?

—La captura de la Teste-de-Buch —respondió Ford todavía sonriendo como si pudiera envenenar a Sharpe con sus buenas noticias.

Sharpe miró fijamente a Ford.

—Me está usted cerrando el paso, teniente.

—¡Oh! ¡Le ruego me disculpe, señor! —dijo Ford haciéndose a un lado.

Bampfylde recibía al conde de Maquerre con evidente familiaridad, pero, al ver que Sharpe se acercaba, le hizo un gesto al francés de que esperara, entonces se dirigió rápidamente hacia el fusilero.

—¡Buenos días, Sharpe! ¿Muy listo, eh?

—¿Listo, señor?

—¡El tiempo! Dios sonrío a los hombres de mar.

Una ráfaga de viento levantó unos granos de arena y chocaron contra sus altas botas.

—El teniente Ford, señor, me dice que no requieren mis servicios.

—No en la Teste-de-Buch, ciertamente. Uno de nuestros bergantines interrogó a un pescador ayer, Sharpe. ¡Parece ser que los gabachos han abandonado el fuerte! ¿Qué le parece, eh? Han dejado algunas defensas, pero no veo por qué hemos de molestarle con escoria de ese tipo. Yo creo que lo más prudente, comandante, es que se dirija usted tierra adentro.

—¿Tierra adentro, señor?

—¿No tenía prevista una emboscada en la carretera principal? Pero le quiero de regreso aquí, con su informe, el jueves por la mañana. ¿Está claro?

Sharpe miró por detrás de aquel Bampfylde rechoncho y seguro y vio a la infantería de marina que formaba sobre la arena. Estaban en orden ligero, habían dejado las mochilas y los gabanes en el *Vengeance*. También parecía que estaban en plena forma y al verlo Sharpe se enojó.

—¿Sus hombres se han recuperado de forma milagrosa, capitán?

—¿Verdad que sí, comandante? —respondió Bampfylde con el mejor de los humores y sonriendo—. Una *ruse de guerre*, comandante. ¿Lo entiende?

Sharpe contuvo su ira.

—¿Una *ruse*, señor?

—No queríamos que los agentes enemigos de San Juan de Luz adivinaran nuestros planes. Probablemente habrán informado de que la infantería de marina está enferma y que una escasa fuerza de soldados, apenas los suficientes para rodear un rebaño de ovejas y mucho menos para marchar sobre Burdeos, ¿eh? —Bampfylde percibió la incredulidad de Sharpe y sonrió—. Tengo más infantería de marina a bordo, Sharpe, por si son necesarios.

—¿Para tomar Burdeos? —inquirió Sharpe con tono burlón.

—Si Maquereau dice que se puede hacer, lo haremos. Cabalga directo a Burdeos, Sharpe. Un tipo valiente, ¿eh? Su consejo resultará inestimable, por supuesto, pero Maquereau será el que juzgue el fracaso o el éxito.

Bampfylde, a punto de conseguir el éxito, intentaba por todos los medios resultar afable.

—¿Maquereau, señor?

—Ah, el conde de Maquerre. No debe usar su apodo, Sharpe, no es educado —dijo Bampfylde riendo—. Pero está a punto de vivir grandes acontecimientos, comandante. Me estará agradecido por esta oportunidad.

La gratitud de Sharpe se ahogaba en rabia. Bampfylde había mentido en consecuencia. Había querido contar con Sharpe y sus fusileros para sus sueños de gloria y, ahora, en una fría playa francesa, se encontraba expuesto a la locura contra la que le había advertido Elphinstone.

—Pensaba, señor, que la decisión respecto a Burdeos era una responsabilidad mía.

—Y le hemos reservado a usted esa decisión. ¿No me puede negar que De Maquerre será un testigo más convincente? —Hizo una pausa al percibir la ira de Sharpe—. Naturalmente aceptaré su consejo, comandante. —Bampfylde abrió la tapa de su reloj como para mostrar que Sharpe le estaba reteniendo—. ¡Regrese el jueves, comandante! Es cuando Maquereau nos traerá las noticias de Burdeos. ¡Y recuerde! Rapidez y sorpresa, comandante. ¡Rapidez y sorpresa!

Bampfylde se giró para irse pero Sharpe lo llamó.

—¡Señor! ¿Se creen ustedes al pescador?

Bampfylde mostró su desagrado.

—¿Es asunto suyo, Sharpe?

—¿Va a enviar piquetes delante, señor?

Bampfylde cerró de golpe la tapa de su reloj.

—Si deseo lecciones respecto a las operaciones de fuerzas militares, comandante, entonces las pediré a mis superiores, no a mis inferiores. Mis barcas irán a recoger a sus hombres ahora, comandante Sharpe, y yo le deseo un buen día.

Bampfylde se alejó. No necesitaba a Sharpe para capturar el fuerte, así que no quería que su victoria quedara deslucida si su nombre aparecía junto al de Sharpe en el parte que enviaría al almirantazgo. Ese parte ya iba tomando cuerpo en la cabeza de Bampfylde, un parte que sería impreso en la *Naval Gazette* que trataría, con una modestia que resultaría impresionante por su evidencia, de una fortaleza tomada, de una bahía despejada y de una victoria conseguida. Pero la pequeña victoria no resultaría más que un susurro comparada con la gloria que se anunciaría a bombo y platillo cuando Burdeos cayera. Así, Bampfylde fue caminando por la arena crujiente y pegajosa y su cabeza se iba llenando de sueños triunfales y de los sueños más dulces de una victoria, que eran la fama y riqueza inconmensurables.

Capítulo 5

Cornelius Killick escupió los posos de café en el fuego que había encendido bajo los pinos. El viento era helado, pero al menos no llovía, aunque Killick sospechaba que aquel momento de calma en el mal tiempo no iba a durar.

Algunos de sus hombres dormían, otros se agarraban a los mosquetes y otros jugaban a cribbage o a los dados. Estaban nerviosos, pero se consolaban al ver a su capitán alegre y confiado.

La confianza de Killick era todo apariencia. Estaba tan nervioso como cualquiera de sus hombres y lamentaba haberse ofrecido de forma impulsiva a defender los accesos por tierra al fuerte. No es que el americano temiera un combate, pero una cosa era luchar en el mar, donde él conocía el significado de cada ventolina y donde podía usar sus habilidades al timón del *Thuella* para crear confusión entre sus enemigos, y otra cosa muy distinta era enfrentarse a un combate en tierra firme. Era, tal como diría su teniente irlandés, un caballo de otro color, y Cornelius Killick no estaba seguro de que le gustara aquel color.

Detestaba el hecho de que la tierra fuera una plataforma tan rígida para el combate. Un barco movía los cañones mucho más deprisa que las ruedas y no había dónde esconderse en el mar. Allí, bajo el viento limpio, un combate era abierto y franco, mientras que aquí cualquier arbusto podía ocultar a un enemigo. Killick era bien consciente de que nunca había recibido instrucción, ni siquiera había vivido una batalla en tierra, sin embargo le había hecho la oferta al comandante Lissan, así que, bajo aquel viento helado, se estaba preparando a ofrecer batalla si la infantería británica venía.

Sin embargo, aunque Cornelius Killick tenía dudas que mermaban su confianza, también tenía estímulos que le compensaban. Tenía con él seis cañones de doce que habían sacado de la bodega del *Thuella* y habían montado en sus cureñas. Su solidez proporcionaba a Killick un consuelo extraño. Los cañones, tan bellamente diseñados y de aspecto tan funcional, ofrecían una promesa implícita de victoria. El enemigo vendría con mosquetes y se enfrentaría a estas armas que Napoleón llamaba sus «bellas hijas». Eran Gribeauval del doce, bestias asesinas del campo de batalla, enormes.

Para utilizar esos cañones Killick contaba con sesenta hombres; todos ellos instruidos en su uso. El americano sabía bien qué destino correría con los británicos la tripulación de un barco corsario capturado, así que no había ordenado a sus hombres que presentaran batalla, si no que los había invitado a ayudarlo. Tal era la fe que tenían en él y tanto su aprecio, que tan sólo doce hombres habían declinado la invitación. Así pues, Killick se encontraría rodeado este día de voluntarios, todos combatientes. Cómo, se preguntaba Killick, podían vencer a hombres como aquéllos

unas tropas impresionadas, conducidas por oficiales arrogantes y petimetres.

El viento sacudió los pinos y se llevó el humo del fuego hacia el pueblo. No había nadie a la vista en las lejanas murallas del fuerte, tampoco había bandera alguna.

—Tal vez los cabrones no vengan hoy.

El teniente Docherty se sirvió algo de café turbio.

—Tal vez no.

Killick se inclinó hacia el fuego y encendió un cigarro. De repente sintió que se veía forzado a aquella lucha para no perder su barco. No era capaz de enfrentarse a la pérdida del *Thuella*.

—Pero si finalmente vienen, Liam, les arrancaremos la piel a esos cabrones.

Ésa era la tercera baza de Killick; contaba con la sorpresa que implica una emboscada.

Una hora más tarde llegó el primer mensaje proveniente de la punta de Arcachon. Killick había apostado a cuatro exploradores, cada uno de ellos montado en un caballo de tiro, y la noticia que llegó era que habían desembarcado soldados de infantería de marina y ya estaban avanzando por el laberinto de senderos que bordeaba la playa.

—¿Le han visto? —preguntó Killick al capitán que trajo el mensaje.

—No —respondió el hombre, menospreciando lo que pudieran haber visto los soldados.

Killick se puso de pie y dio unas palmadas.

—¡En marcha, muchachos! ¡En marcha!

La tripulación del *Thuella* había esperado con los cañones en un lugar a medio camino entre los senderos de la playa y la carretera que iba tierra adentro. Ahora Killick sabía qué ruta tomaban los británicos y por tanto había que llevar los cañones en dirección oeste para cortar ese camino.

Llegaron otros mensajes mientras se desplazaban los cañones. Ciento cincuenta soldados de infantería de marina habían desembarcado; no tenían ni artillería ni caballos y todos ellos se dirigían hacia el norte. Otros hombres habían seguido a la infantería a tierra, pero se habían quedado en la playa. Los cuatro exploradores regresaron al lugar de la emboscada.

El sitio lo había elegido Henri Lissan y lo había hecho bien. Los cañones se dispusieron en los límites de un pinar; éste cubría una cresta llana y daba a una extensión de arena situada al borde de las dunas de la playa. Había dos cabañas en aquel arenal, pero ambas se habían incendiado hacía pocos años y sus ruinas carbonizadas eran lo único que destacaba en aquella área por la que había de marchar la infantería.

El emplazamiento de los cañones también ofrecía protección a los hombres de Killick. Los cañones de doce quedaban ocultos por los pinos, de manera que los

proyectiles surgirían de la oscuridad de repente. Y aunque la infantería de marina contraatacara e hiciera frente a la lluvia de fuego que la azotaría en diagonal y en dirección al mar, habrían de ascender una loma de arena que medía seis pies de altura y tan empinada que era preciso ayudarse con las manos para subirla.

Veinte hombres regresaron en busca de las gualderas de los cañones, mientras el resto preparaba los grandes cañones para el combate. Había que cambiar los cañones sobre las cureñas de la posición de avance a la posición de combate, luego había que sujetar los muñones y embutir la pólvora y la metralla dentro de las bocas frías. La metralla se preparó con las existencias sacadas del polvorín del *Thuella*; cada fardo de balas envueltas en lona saldría impulsado por cuatro libras y cuatro onzas de pólvora francesa que iba en una bolsa de sarga encajada en la recámara del tubo. Metieron unos punzones por los fogones para reventar las bolsas de pólvora y luego introdujeron unos tubitos delgados llenos de pólvora bien fina para que el fuego llegara a la carga.

Killick se inclinó en la recámara de un cañón. Entrecerró los ojos y miró por las miras tangentes, buscó el blanco y luego giró un cuarto de vuelta la palanca de latón del tornillo elevador. Satisfecho, se dirigió a cada uno de los demás cañones y fijó la vista en las miras e imaginó la maraña mortal que iba a tener lugar en el arenal. El terrible poderío que prometían aquellos cañones, ahora todavía mudos, proporcionó a Killick una gran confianza.

—El comandante le da las gracias, Cornelius —dijo el teniente Liam Docherty que había advertido al comandante Lissan del desembarco de los británicos—. Le desea que disfrute con el encuentro.

Killick dejó ir su risotada sonora como anticipándose a la victoria.

—Tardarán más de seis horas en llegar aquí, Liam —hizo una pausa para encender un cigarro—, pero mataremos a esos hijos del diablo cuando lleguen, ¿eh?

—Por supuesto.

Para Liam Docherty la batalla que se avecinaba constituiría una pequeña venganza contra los británicos por la forma salvaje en que habían sofocado la rebelión de los Irlandeses Unidos. El padre de Docherty había muerto ahorcado como rebelde en Irlanda, colgado de cualquier manera junto a un riachuelo negro con la misma ceremonia que se ofrecería a un perro rabioso muerto, y la madre del muchacho, que lo había criado en América, no le había dejado olvidar aquello. Y Liam Docherty no lo había querido olvidar. Se imaginaba a los casacas rojas adentrándose en el claro y disfrutaba pensando en la sorpresa brutal que constituirían los disparos de los seis cañones.

Algunos aldeanos, sintiendo curiosidad por los extraños sucesos que sucedían en el sur, se habían situado en los árboles para observar cómo se preparaban los americanos. Cornelius Killick les dio la bienvenida. Durante la noche le había

invadido el miedo, había imaginado un desastre, pero ahora, que el avance del enemigo se presentaba con claridad y la situación de la emboscada era propicia, se sintió convencido del éxito y le agradaba que esta victoria fuera a tener espectadores y testigos.

—Me pregunto qué dirían en Marblehead si nos vieran ahora —le dijo alegremente a Docherty.

Liam Docherty pensó que poca gente en Marblehead se sorprendería con esta nueva aventura de Killick. Cornelius Killick siempre había tenido reputación de ser un granuja temerario.

—¿Tal vez le pongan su nombre a una calle?

—¿Una calle? ¿Y por qué no a la maldita ciudad?

Tan sólo faltaba hacer una cosa y se hizo con la debida solemnidad. Cornelius Killick desenfundó la gran bandera que había traído del *Thuella*. Sus barras y estrellas habían sido cosidas por un grupo de damas de Marblehead y luego la había bendecido un ministro presbiteriano que había rogado para que la bandera viera muchas matanzas de los enemigos de la república. En este día, se prometió Killick, lo haría. La bandera, caída a falta de viento y bajo los árboles, avanzaría con el primer disparo y se erguiría orgullosa mientras los artilleros hacían su trabajo y el enemigo iba cayendo.

Cornelius Killick y los hombres del *Thuella* estaban preparados.

Extrañamente, la playa quedó desierta cuando la infantería hubo partido. El viento era frío cuando los hombres de Sharpe avanzaron tambaleándose por entre la espuma, arrastrando las mochilas, los gabanes y las armas hasta las dunas.

—Otra barca, señor —dijo Frederickson innecesariamente.

Sharpe gruñó. Las nubes habían vuelto a ocultar el sol y la tierra que le dejaba ver su catalejo era poca. En una colina lejana parecía que había un sendero que serpenteaba hacia arriba, pero no había ni pueblo ni iglesia a la vista que se correspondiera con el esquemático mapa que Frederickson desplegó sobre la arena.

—El capitán dijo que estaban a tres millas al sur de la punta de Arcachon, aquí.

Sharpe conocía el mapa de memoria y no se molestó en echarle una mirada.

—No hay caminos que vayan al este. La ruta más rápida para nosotros es hacia arriba hasta Arcachon para desde allí tomar la carretera de Burdeos.

—¿Siguiendo todas las pisadas de la playa?

—Dios, no. —A Sharpe no le importaba si no volvía a ver a Bampfylde—. Tomaremos la carretera hacia el interior. —Se giró. El conde de Maquerre estaba desconsolado en el borde que dejaba la marea y observaba cómo descargaban a sus dos caballos, cada uno con una larga cuerda, sin delicadeza alguna. Ahora a los caballos les tocaría nadar, atados a la barca del *Amelie* y el conde temía perderlos.

Frederickson seguía mirando el mapa.

—¿Cómo va usted a impedir que Bampfylde invada Francia?

—Negándome a creer a ese cabrón presumido —dijo Sharpe señalando con la cabeza al francés—. Tenía que haberlo lanzado por la borda la pasada noche.

—¿Yo podría tener un accidente con el fusil? —se ofreció solícito Frederickson.

Era un pensamiento muy alentador en aquella fría mañana, pero Sharpe sacudió la cabeza en señal de negación y luego se volvió para observar un grupo de fusileros que lidiaba con víveres entre la espuma.

—Podemos echar por la borda las malditas escalas —dijo Sharpe con amargura.

Se preguntaba cómo pensaba Bampfylde atravesar los fosos y las murallas de la Teste-de-Buch sin escalas, pero decidió olvidarse de aquel problema, pues resultaba irrelevante en ese momento. La misión de Sharpe consistía en dirigirse hacia el interior, tender una emboscada a un convoy militar en la carretera principal que iba hacia el sur y procurar descubrir qué ambiente había en Burdeos según lo que le dijeran los hombres que capturara.

—Repartiremos los víveres entre los hombres. Lo que no podamos llevar lo dejamos.

—Sí, señor. —Frederickson dobló el mapa y se lo metió en el morral—. ¿Me dejará que dé la orden de marcha?

Pero Sharpe no contestó. Estaba observando a un grupo de fusileros sentados que se resguardaban del viento glacial en un pliegue de las dunas de arena.

—¡Vosotros! —gritó—. ¡Aquí!

Los rostros de los fusileros, con la inocencia con la que se recibía la ira de un oficial, se giraron para mirar a Sharpe, pero uno de los hombres se puso de pie, se sacudió la arena de la chaqueta verde y se dirigió hacia los dos oficiales.

—¿Lo conoce? —preguntó Sharpe furioso girándose hacia Frederickson.

—No —contestó Frederickson mintiendo.

Sharpe miró hacia el hombre al que había gritado.

—¡Usted maldito tonto estúpido!

—Señor.

—¡Santo Dios! ¿Le hago sargento mayor del regimiento y qué hace usted? ¡Lo desperdicia!

La mejilla de Patrick Harper estaba más hinchada a causa del dolor de boca y, como si eso lo explicara todo, se tocó la hinchazón.

—Ha sido esto, señor.

La respuesta aplacó la ira de Sharpe. Se quedó mirando al enorme irlandés quien le respondió con una sonrisa burlona.

—¿Su boca? —preguntó Sharpe amenazante.

—Fui al cirujano para que me extrajera el diente, de verdad, señor, y me dio un

poco de ron para el dolor y yo creo que tomé algún trago de más, señor, y lo siguiente que sé es que estoy en un barco, señor, y el cabrón todavía no me ha tocado la muela, de verdad que no, señor, y la única explicación que le encuentro, señor, es que en mi estado ebrio algún alma caritativa supuso que yo era uno de los hombres del capitán Frederickson y me subió al *Amelie*.

Harper hizo una pausa en su mentira fluida y preparada.

—Era en verdad lo último que quería, señor. ¡Se lo juro!

—Cabrón mentiroso —dijo Sharpe.

—Quizá, señor, pero Dios sabe que le digo la verdad.

Patrick Harper, encantando tanto con la hazaña como con la explicación, sonrió burlonamente a su oficial. Aquella sonrisa expresaba la auténtica verdad, que los dos hombres siempre habían luchado juntos y que Harper estaba determinado a que siguiera siendo así. La sonrisa también implicaba que el comandante Richard Sharpe se las arreglaría para evitar que la ira justificada del ejército cayera sobre la cabeza inocente de Harper.

—¿Así que todavía no le han arrancado el diente? —preguntó Sharpe.

—Así es, señor.

—Entonces se lo voy a arrancar ahora —dijo Sharpe.

Harper dio un paso atrás. Era cuatro pulgadas más alto que Sharpe, que medía seis pies, y tenía una musculatura propia de su talla, llevaba colgado al hombro un fusil y su temible arma de siete cañones, pero en su cara amplia e hinchada apareció de repente una mirada de auténtico terror.

—No me va a arrancar el diente, señor.

—Desde luego que sí. —Sharpe se giró hacia Frederickson—. Busque unas tenazas, capitán.

La mano de Frederickson se dirigió instintivamente hacia su morral, luego se detuvo.

—Preguntaré a los hombres, señor.

Harper palideció.

—¡Señor Sharpe! ¡Señor! ¡Por favor!

—¡Cállese!

Sharpe se quedó mirando al enorme irlandés. En realidad era un alivio que Harper estuviera allí, pero el ejército era el ejército y el alivio no se podía traicionar.

—Es usted un maldito tonto, sargento mayor del regimiento. ¿Y su hijo?

—Todavía es demasiado joven para luchar, señor.

Harper sonrió burlonamente y Sharpe tuvo que desviar la mirada para no sonreír también.

—¡No hay tenazas, señor! —dijo Frederickson como decepcionado, aunque Sharpe sospechaba que el Dulce William no se había esforzado mucho por

encontrarlas—. ¿Quiere que nos pongamos en camino, señor?

—Tierra adentro. ¡Harper!

—¿Señor?

—Incorpórese a la compañía del capitán Frederickson y asuma el rango que él crea conveniente.

—¡Señor!

Como bestias de carga, los fusileros se echaron al hombro mochilas, cantimploras, armas, gabanes y víveres. Se adentraron en el bosque en dirección este y luego hacia el norte por el camino vecinal que se extendía entre las pocas aldeas marismeñas de aquella costa yerma.

No era siquiera un camino, tan sólo un sendero, surcado por las rodadas, que serpenteaba entre malezas y pinos y pasaba bordeando grandes ciénagas donde unas aves zancudas aleteaban bajo el viento invernal mientras pasaban los fusileros. Los casacas verdes avanzaban deprisa, como los habían instruido, y siempre, un cuarto de milla por delante, los piquetes hacían una señal a Sharpe indicando que el camino estaba despejado.

Resultaba extraño estar tan dentro de Francia. Ésta era la tierra de Bonaparte, la tierra del enemigo, y entre Sharpe y Burdeos, más aún, entre Sharpe y París, no había tropas amigas. Un único escuadrón de caballería enemiga podría convertir este avance en picadillo y sin embargo los casacas verdes avanzaban imperturbables y sin ser vistos.

—Yendo a este paso —dijo Frederickson— vamos a adelantar a la infantería.

—Yo también lo he pensado —dijo Sharpe sutilmente.

El hombre con el parche en el ojo miró fijamente a Sharpe.

—No estará pensando en tomar...

—No —interrumpió Sharpe—. Si Bampfylde quiere tomar el fuerte, puede hacerlo. Pero si el mapa está bien hemos de acercarnos a Arcachon, así que podríamos echar una mirada al fuerte antes de girar hacia el este.

En señal de castigo, Patrick Harper cargaba con las mochilas y gabanes de los piquetes, pero el peso extra no afectaba su ritmo. El diente le molestaba; el dolor era terrible y le producía punzadas, pero no tenía otras preocupaciones en el mundo. Había seguido a Sharpe porque le resultaba impensable quedarse y que Sharpe se marchaba solo. Harper ya había vivido esta situación antes y como resultado el comandante casi se mata en el castillo de Burgos. Además, Jane Sharpe, cuando le proporcionaba el aceite de clavos, le había sugerido que viajara de polizón, Isabella había insistido en que permaneciera con el comandante y el capitán Frederickson había hecho la vista gorda ante la presencia de Harper. Harper sentía que estaba en el lugar adecuado; con Sharpe y una columna de fusileros avanzando hacia el combate.

Las chaquetas verdes y los pantalones oscuros se confundían con los pinos que

las nubes oscurecían. Los del 60 habían sido entrenados para terrenos precisamente como aquél, la América salvaje, y Sharpe, que se iba girando para observar a sus hombres, entendía lo bien que se había elegido el uniforme. A un centenar de pasos, un hombre inmóvil resultaba invisible. Por un momento, Sharpe sintió el orgullo repentino de ser fusilero. Los fusileros, creía él como un punto de su fe de soldado, eran simple e indiscutiblemente las mejores tropas del mundo.

Luchaban como demonios y resultaban más mortíferos porque estaban instruidos, a diferencia de otra infantería, para combatir de forma independiente. Estos hombres, en caso de peligro, no buscaban las instrucciones de un oficial o un sargento, sino que sabían exactamente, gracias a su adiestramiento, lo que debían hacer. En su mayoría eran hombres achaparrados y feos, desdentados y ojerosos, villanos y mal hablados, pero eran los reyes en el campo de batalla, y la victoria era moneda corriente para ellos.

Sabían combatir y marchar. ¡Dios, si sabían marchar! En 1809, avanzando hacia la carnicería de Talavera, la división ligera había recorrido cuarenta y dos millas montañosas en veintiséis horas y había llegado en orden, con las armas cebadas y dispuesta a luchar. Ahora estos hombres avanzaban. Lo hacían sin pensar, sin saber que el paso que llevaban de forma inconsciente era el paso de marcha más rápido de todos los ejércitos del mundo. Eran fusileros, los mejores entre los mejores, y se dirigían al norte: hacia la guerra.

Mientras que al oeste, en los senderos que bordeaban las dunas, la infantería de marina flaqueaba.

No era culpa de ellos. Llevaban meses con una dieta a base de galletas llenas de gusanos, carne podrida, agua mala y ron. Habían estado encerrados en los castillos de proa de las grandes naves que soportaban las tormentas del golfo de Vizcaya. No estaban endurecidos para marchar y la arena por la que caminaban les dificultaba la marcha y hacía que les escocieran los pies llenos de rozaduras. Sus mosquetes, todos ellos del pesado modelo del Servicio Naval, se hacían más pesados a cada milla que avanzaban. Las correas del pecho, blancas y tirantes, les oprimían los pulmones fatigados. El día era frío, pero el sudor les caía en los ojos y los músculos de las piernas les ardían como el fuego. Algunos de los hombres iban cargados con cuerdas y rezones que habían de utilizar para escalar la muralla del fuerte, en lugar de las largas escalas que Bampfylde había considerado innecesarias para la infantería de marina.

—Hagamos un alto.

El capitán Bampfylde no pensaba en sus hombres, sino en él mismo. Si ellos estaban fatigados, él sufría. Las botas hechas a mano le habían rozado el talón derecho hasta dejarlo en carne viva y tenía ampollas en los dedos gordos. La cinta de

cuero de su bicornio era como un aro de acero y los tirantes blancos le segaban la entrepierna.

El capitán lamentaba su audacia. Se había mostrado impaciente por conducir a sus hombres al combate y eso ya no se podía llevar a cabo desde la cubierta del *Vengeance* ni desde el alcázar de la *Scylla*. Esa fragata, al mando del capitán Grant, se adentraría en el canal de Arcachon para abrir fuego contra los pocos defensores que pudieran estar apostados en las defensas del fuerte. Mientras los defensores estuvieran ocupados con la fragata y mantuviera la vista fija en el mar, la infantería asaltaría las murallas vacías que dan a tierra. Era este asalto el que quedaría plasmado en la imaginación del público británico cuando apareciera impreso en la *Gazeta Naval*, no la vieja historia de un barco que bombardea una batería.

El capitán de infantería Palmer saludó a Bampfylde.

—Vamos atrasados, señor.

—Maldita sea, Palmer, si quiero su ayuda ya se la pediré.

—¡Señor!

Palmer era insensible a la ira de Bampfylde. Neil Palmer tenía diez años más que Bampfylde y demasiada experiencia para preocuparse por la petulancia de otro ambicioso capitán joven que se tomaba a mal la fama ganada por la pandilla de hermanos de Nelson.

—¿Envío piquetes, señor?

—¡Hágalo!

Bampfylde se dejó caer contra el tronco de un árbol. Quería quitarse sus preciosas botas y chapotear los pies en el mar, pero no se atrevía a mostrar tal debilidad ante sus hombres.

—¿Agua, señor? —El teniente Ford le ofreció una cantimplora.

—Usted primero, Ford.

Bampfylde sabía que tal comportamiento era el correcto y era un hombre ansioso de que consideraran su comportamiento heroico en todos los aspectos.

Se consoló pensando que aquella molestia suya resultaba un precio bajo por el renombre que ganaría en ese día. La infantería tal vez llegara tarde a la fortaleza, pero la fortaleza caería igualmente y las llagas de sus pies quedarían olvidadas bajo el resplandor de la gloria. Abrió su reloj, vio que ya habían descansado diez minutos, pero decidió que unos cuantos minutos más no podían hacer daño. Estiró las piernas cansadas, se echó el sombrero hacia delante y fue puliendo la noticia de la victoria que escribiría de noche.

Mientras, a cien yardas de distancia y situado sobre una elevación del terreno arenoso que formaba una cresta entre los delgados pinos, el capitán Palmer observaba el paisaje a través de un catalejo antiguo y pesado. Lejos, en dirección norte, más allá de las crestas de arena y coníferas, una tormenta cubría de neblina la tierra como si

fuera una gran cortina. La lluvia paró durante un breve instante y Palmer vio la figura oscura y malévolamente del fuerte en el horizonte, pero, como la lluvia volvió a cruzarse de nuevo en su visión, no estaba seguro de lo que había visto.

Dirigió el catalejo tierra adentro. A dos millas de distancia y de repente visibles allí donde los árboles daban paso a una extensión de terreno pantanoso y reluciente, vio las diminutas figuras de los fusileros con casacas verdes que avanzaban. Palmer sintió envidia. Hubiera deseado ser uno de ellos y no sentirse atado a las faldas de Bampfylde, pero entonces una orden como un ladrido proveniente de las dunas le hizo plegar el catalejo y regresar hacia sus hombres.

—Atacaremos —dijo Bampfylde a Ford y a Palmer— al anochecer.

—Sí, señor.

Ambos hombres sabían que la *Scylla* tenía órdenes de adentrarse en el canal dos horas antes de la puesta de sol, pero no había esperanzas de llegar a esa cita. Lo único que habían de hacer era avanzar, con los pies llagados y doloridos y consolarse con que la noche les traería la victoria, unos víveres provenientes de los barcos y un bendito descanso al abrigo de una fortaleza capturada.

En la Teste-de-Buch, el comandante Henri Lissan rezaba el rosario pero no podía borrar de su mente una línea de un ensayo de Montaigne que había leído la noche anterior. Decía algo referente a que toda la vida de un hombre no era más que un esfuerzo por construir una casa de la muerte y temía, sin dejar que ese temor afectara su comportamiento, que la Teste-de-Buch pudiera ser en ese día su casa de la muerte. Se dijo que tales temores eran totalmente naturales en un hombre que se enfrenta al combate por primera vez.

Se arrodilló en la diminuta capilla encalada que, en los primeros años de la Revolución, se había convertido primero en un Templo de la Razón y luego en un almacén. La lucecita roja de la Presencia Eterna, que el mismo Lissan había hecho colocar en este templo cuando se restauró al culto, le recondujo a la oración. Si hoy había de morir en este fuerte húmedo y miserable en un extremo de Francia, esa luz era una promesa segura de salvación. Bajo un sencillo crucifijo de madera había un altar con un frontal blanco. Era un frontal pascual, utilizado simplemente porque el fuerte no tenía ningún otro; sin embargo, de alguna manera la promesa pascual de resurrección le resultaba un consuelo al comandante mientras se ponía en pie.

Se dirigió al patio. La lluvia había dejado charcos en los adoquines y había dibujado vetas oscuras en las paredes interiores. El fuerte parecía estar extrañamente vacío. Lissan había enviado a las familias de la guarnición al pueblo para que ninguna mujer ni ningún niño pudieran recibir balas enemigas. La tricolor, que no había ondeado los días anteriores, estaba envuelta en la driza lista para ser izada cuando el primer cañón retrocediera de golpe en su cureña.

—¡Señor! —llamó el teniente Gerard desde la muralla del oeste.

Lassan subió por la rampa de piedra que facilitaba el traslado de los proyectiles calientes desde el horno a los cañones. No es que tuviera hombres suficientes para ocuparse del fuego, pero los disparos en frío habrían de ser suficientes para cualquier nave que intentara desafiar las angostas aguas del canal.

—Aquí, señor.

El teniente señaló en dirección al mar por donde se acercaba una fragata británica. Las gaviotas nuevas del barco de guerra eran tan blancas que brillaban mientras el viento hacía que el barco surcara hacia la entrada del canal.

—Ésa es la fragata que perseguía al *Thuella*, ¿no? —preguntó Lassan.

—Sí, señor —dijo Gerard—. La *Scylla*.

Detrás de la fragata había otros barcos. Lassan vio que uno era un barco de línea; una de las grandes naves que habían estrangulado las conquistas del Emperador. Lassan preferiría vomitar sus proyectiles contra aquella gran panza que contra la belleza frágil y esbelta de la fragata, pero el comandante haría blanco a lo que pudiera, en aquel día de combate por Dios y por el Emperador.

—Espere hasta que pase la marca exterior.

—Señor.

La *Scylla* se acercaba, con los dorados del mascarón de proa reluciendo, y Lassan sabía que la fragata había venido a hacerle mirar por un lado mientras la infantería se acercaba por detrás; pero tenía a un guerrero americano oculto en los bosques y Lassan había de confiar en aquel aliado inesperado. Sabía que ningún soldado podía pasar por donde estaba Killick sin disparar e incluso si los americanos se vieran obligados a replegarse, el ruido del combate le proporcionaría a Lassan la oportunidad de defender las murallas junto a la entrada de la fortaleza. De momento en aquella defensa sólo había tres hombres enfermos.

Si el ataque de la *Scylla* estaba bien sincronizado, pensó Lassan, la infantería había de estar cerca. Lassan miró hacia el sur, pero no vio nada hasta más allá del pueblo, luego se giró hacia el mar a tiempo para contemplar cómo el petifoque de la fragata temblaba mientras viraba hacia el canal. Al mismo tiempo, el gran pabellón de guerra de la *Scylla* se desenrolló en una verga.

Los hombres de Lassan se pusieron en cuclillas junto a sus cañones. Las mechas lanzaron humo gris al aire y Lassan se dio cuenta de lo secas que tendrían las bocas y lo débiles que se sentirían. En el pique de proa de la fragata veía a unos hombres apiñados alrededor de los cañones. Lassan sabía que los oficiales que estarían en los alcázares se habrían puesto sus mejores galas en honor del enemigo mientras, muy adentro en el vientre de la fragata, el cirujano estaría esperando junto a los escalpelos bien afilados.

La fortaleza aguardaba. Había un cabo apostado junto al mástil listo para, al

primer grito de los cañones, izar la bandera de Francia. Una gaviota, con las amplias alas quietas, se dejaba llevar por el viento sobre el canal.

Lassan se imaginaba a los casacas rojas de la infantería en el punto de mira de los americanos, entonces se olvidó de lo que sucedía al sur porque el elegante perfil de la fragata cambiaba y su proa penetraba adornada con grecas de espuma blanca del canal.

Pareció que la fragata se estremecía al toparse con toda la fuerza del reflujo de la albufera de Arcachon, luego las velas hinchadas la hicieron avanzar cabeceando y el largo bordón del bauprés de la *Scylla* partió en dos el palo de olmo embreado que marcaba el banco interior y el teniente Gerard, con su voz dura y orgullosa, dio la orden de disparar.

Los artilleros franceses llevaron las mechas a los fogones y la batalla de Arcachon comenzó.

Capítulo 6

El rugido de los cañones retumbó como un trueno sobre la tierra empapada por la lluvia. De forma instintiva, sin recibir órdenes, los fusileros se arrodillaron como para resguardarse de la artillería.

Sharpe se puso a correr. Su vaina metálica se batía en un costado, el fusil le resbaló del hombro y se quedó colgando del codo y la mochila le golpeaba en la espalda.

El sargento Rossner, a la cabeza del reducido grupo de piquetes que espiaba la ruta, estaba agachado junto a una maraña de tojos que bordeaba el camino en la cima de una suave elevación. Dejó ir un gruñido en alemán cuando Sharpe se dejó caer a su lado y luego levantó la barbilla a medio afeitado para indicar de dónde provenía el trueno.

Sharpe no necesitaba tal indicación. Un humo oscuro se elevaba sobre el paisaje a una milla y media delante de ellos y a su izquierda. Justo frente a él se tendían las aguas plateadas de la albufera de Arcachon; ésta aparecía por sorpresa gracias a la elevación del camino, pero Sharpe tan sólo observaba la fortaleza, que parecía medio enterrada en la arena, y la fragata de velas blancas que lanzaba su propia nube de humo blanco y se mezclaba con la bocanada de color más oscuro que provenía de la fortaleza.

—¿Infantería de marina, eh? —dijo el sargento alemán y para mostrar su indignación escupió al suelo.

Sharpe sacó su catalejo mientras Frederickson se acurrucaba junto a él. Desde allí el fuerte de la Teste-de-Buch no parecía gran cosa. Era una construcción baja rodeada por un glacis protector lleno de tierra y arena donde, tal como observaba Sharpe, los pequeños disparos de la fragata rebotaban como pelotas de cricket.

El humo proveniente de los cañones del fuerte se desplazó hacia el norte y dejó el canal libre para que los artilleros apuntaran. Tan sólo había cuatro cañones disparando, pero estaban servidos con destreza y rapidez, lo cual revelaba que las dotaciones estaban formadas por verdaderos artilleros. Maldito aquel pescador de Bampfylde, pensó Sharpe, pues la Teste-de-Buch presentaba una quietud mortal. Le estaba ocasionando daños a la *Scylla* y la fragata poco podía hacer contra sus murallas macizas.

Sharpe dirigió el catalejo hacia la izquierda. Se detuvo cuando vio a una masa de gente, vestida de oscuro, entonces se dio cuenta, al ver las pesadas faldas que llevaba la mayoría de la gente, que estaba contemplando a los aldeanos que, por turno, estaban observando la desigual batalla desde la cima de las dunas situadas junto al canal. Sharpe miró más hacia el sur, buscando los gabanes nuevos de la infantería de marina, entonces volvió a detener el recorrido del catalejo.

Vio otro grupillo de gente, pero éstos no observaban el combate de la fragata, sino que parecía que estuvieran agrupados en el borde de un conjunto de pinos oscuros. Algunos, pocos, habían avanzado hacia el norte para observar el combate en el canal, pero habían elegido una posición poco estratégica para ser testigos de una escena tan infrecuente en sus duras vidas.

—¿Por qué? —se preguntó en voz alta.

—¿Señor? —preguntó Frederickson.

Sharpe pensaba por qué algunos aldeanos, que podían ser testigos de una contienda que luego podrían explicar a sus nietos como si fuera un gran acontecimiento en la historia del pueblo, escogían un lugar tan extraño para observar el suceso. La mayoría de los aldeanos se había ido a las dunas para tener la mejor vista posible, sin embargo unos cuantos estaban allí apiñados en los límites del bosque. Se quedó mirándolos y atisbo una figura bajo las sombras de los árboles.

—¿William? Aquel bosque, donde está la gente, dígame qué ve.

Frederickson tomó el preciado catalejo. Se quedó mirando fijamente durante veinte segundos, luego sacudió la cabeza.

—¡Parece un maldito armón!

—¿Verdad?

Sharpe recuperó el catalejo y, al ver que su sospecha se veía reforzada con la confirmación de Frederickson, percibió con mayor claridad la forma de caja colgada entre las altas ruedas. Ya había visto antes esos objetos; los carros que cargaban la munición lista para los cañones franceses.

—Maldito Bampfyld —dijo mientras observaba la sombra detrás de los árboles—, se ha equivocado en todo. El fuerte está defendido, no se trata de una maldita milicia y me apuesto la paga de un año que tienen una emboscada de mierda esperándolos.

Sharpe volvió a mirar al fuerte con el catalejo. Vio a los artilleros trabajando en el baluarte. Por encima de ellos, perezosa entre la brisa que amainaba, lucía la bandera tricolor, mientras que más cerca, en las murallas situadas por encima de la entrada al fuerte, no veía a nadie.

Bajó el catalejo un poquito. Resultaba difícil afirmarlo desde un lugar tan poco idóneo, pero parecía que los accesos al fuerte atravesaban un terreno accidentado de dunas movidas por el viento. Una cosa resultaba cierta; todos los ojos franceses estaban puestos en dirección al mar.

—Creo que deberíamos echarle el diente.

Frederickson sonrió burlescamente.

—¿Sin escalas? —dijo, no para desanimar a Sharpe sino para provocar la búsqueda de una solución.

Sharpe retiró el catalejo.

—Han dejado el puente levadizo bajado.

Allí donde la ruta de acceso atravesaba el foso interior había un puente de madera maciza suspendido con cadenas. Daba a una puerta cerrada. El hecho de que el puente levadizo estuviera bajado convenció a Sharpe de que había otra fuerza francesa oculta en el bosque. Si esa fuerza tenía que replegarse empujada por la infantería, sus caballos arrastrarían los cañones de campaña hasta llevarlos a salvo a su interior.

Sharpe cerró el catalejo y corrió las protecciones de latón sobre la lente. Lo que él planeaba resultaba arriesgado, incluso temerario, pero la infantería de marina avanzaba hacia una emboscada y el fuerte nunca volvería a estar tan desprotegido para un ataque sorpresa. Una vez los cañones ocultos abrieran fuego, la guarnición sabría que el enemigo estaba en la retaguardia y los hombres se apresurarían hacia las murallas que dan a tierra y colocarían sus mosquetes sobre las defensas.

La ruta ante ellos descendía hacia un molino de piedra situado junto a un riachuelo. Entre éste y el fuerte había prados pobres y pálidos y unos establos destrozados donde se alojaba un puñado de vacas. Más allá, podían verse los mástiles de una flota costera que se apiñaba cerca de otra aldea situada en el límite de la albufera. Los fusileros habían de atravesar el riachuelo, deslizarse por entre la escasa cobertura que ofrecían los prados y luego abrirse paso hasta la extensión arenosa que rodeaba al fuerte. Sharpe sonrió.

—A decir verdad, no sé cómo vamos a escalar la maldita muralla.

—¿Llamamos a la puerta principal? —sugirió Frederickson.

Sharpe metió el catalejo en la caja de latón que lo protegía y luego en un bolsillo.

—Envíe a dos hombres buenos hacia el sur para prevenir a Bampfylde. Luego desciendan la ladera en grupos pequeños. Orden abierto. Nos encontramos en el primer establo.

Tenía la sospecha creciente de que éste era un trabajo adecuado para un grupo reducido, un grupo muy reducido. Sharpe se volvió.

—¡Sargento Harper!

El enorme irlandés, sonriendo con anticipación, se acercó.

—¿Señor?

—Usted quería que lo mataran, así que venga conmigo.

—Sí, señor.

Sharpe y Harper iban a la guerra.

Los cañones de la Teste-de-Buch disparaban cargas de treinta y seis libras; cada disparo lo impulsaban diez libras y dos onzas de pólvora negra. Las bolas de hierro, que daban contra la *Scylla*, hacían astillas de roble como cerillas, arrancaban los cañones de las cureñas y sembraban la muerte entre la dotación.

Eran armas mortales que defendían el baluarte en forma de semicírculo que daba al mar. Cada uno estaba armado sobre un través y una superficie resbaldiza. El través estaba engoznado en la aspillera de la muralla del fuerte y giraba por la parte posterior de manera que la dotación podía hacer girar todo el tubo para dirigirlo a cualquier lugar dentro del arco de fuego indicado. Las ruedas del través, de hierro, habían horadado unas profundas guías en la piedra. Para esta batalla los cañones se habían girado justo para disparar hacia el sudoeste y los hombres de Lissan habían clavado unas clavijas de hierro dentro de los agujeros hechos en las ranuras curvadas para que los traveses no se balancearan y se descentraran con el rebufo del cañón.

El retroceso se veía amortiguado por la superficie resbaladiza. Un cañón de campaña, o el cañón de una nave, iba montado sobre unas ruedas y el golpe de la explosión del disparo en la recámara lanzaba el arma con fuerza hacia atrás. Después de cada disparo, la dotación tenía que volver a llevar el cañón hacia delante y volver a apuntar, mientras que las dotaciones se pasaban el tiempo dándole al escobillón y recargando. Pero con estos cañones no. Las grandes armas de Lissan también tenían ruedas, pero las ruedas iban encajadas sobre unas rampas de madera que se inclinaban arriba, hacia la parte posterior del través. El retroceso lanzaba los cañones hacia atrás y la gravedad los enviaba de nuevo hacia abajo hasta situarlos de nuevo en su sitio. Y así una y otra vez, y otra bala de hierro de treinta y seis hacía estremecer a la *Scylla* cuando los monstruos de Lissan vomitaban llamas y humo hacia el otro lado de las aguas del canal.

El humo de los cañones se dirigía hacia el norte, pero, por un extraño fenómeno que todos los artilleros conocían pero ninguno podía explicar, el disparo mismo de los cañones parecía amainar el viento. El humo se espesaba ante las aspilleras formando una niebla de olor apestoso que tapaba el blanco a los artilleros.

La niebla cegadora no importaba. Henri Lissan había pensado mucho en la ciencia de la artillería y había ordenado que se pintaran unas líneas blancas sobre los baluartes de granito. Unas líneas de diseño similar se habían pintado sobre el tejado del cuartel desde donde, sin que pudiera cegarlo el humo, un sargento observaba el blanco y gritaba el alineamiento.

—¡Tres! —chillaba.

—¡Tres! —gritaron los capitanes de artillería.

Y cuatro palancas arrancaron las clavijas de los agujeros taladrados y otras cuatro apalancaron los traveses hasta que la rueda de hierro estuvo alineada con la señal blanca del número tres, entonces se volvieron a meter las clavijas en los nuevos agujeros y los cañones, a pesar de la niebla que habían producido los disparos, lanzaron su munición con precisión mortal.

—¡Dos!

El grito le indicó a Lissan que el blanco se movía y adivinó, sin equivocarse, que

la fragata giraba para irse. Se dirigió hacia el sur, el humo de los cañones se alejó y el *Vengeance*, de dos cubiertas, levantó las cañoneras. Aquella batalla naval tenía lugar más allá de Cap Ferraty lejos de su alcance. Observaba. La gran nave, de cuadros blancos y negros, desapareció en una gran nube de humo, pero, tal como había sospechado Lissan, la andanada había caído en el mar.

—¡Sigán disparando!

—¡Uno! —gritó el sargento desde el tejado y las dotaciones apalancaron los grandes cañones mientras los muchachos corrían rampa arriba con más cargas. Una bala procedente de la fragata retumbó encima de sus cabezas, otra dio en la piedra de la aspillera más cercana a Lissan con un ruido que hizo que se le disparara el corazón, pero la mayoría de los disparos de la fragata caían inútilmente en la muralla del mar o en la parte sur del glacis.

—¡Se ha ido! —gritó el sargento.

—¡Alto el fuego! —gritó Lissan. El fragor se detuvo de repente.

El humo se fue disipando lentamente y dejó ver que la fragata, malherida, se había ido hacia el sur, fuera del alcance de los grandes cañones. Lissan pensó en utilizar algunos de los cañones de veinticuatro que estaban en las murallas del sur, entonces vio que los trinquetes rasgados por los disparos se volvían a hinchar de aire y se dio cuenta de que el capitán británico, cuya orden era mantener a los artilleros del fuerte ocupados, se dirigía de nuevo al canal. La visión de las velas rasgadas y los cables sueltos y rotos le hizo pensar que algunos de sus disparos habían sido demasiado altos.

—¡Bajen los cañones, teniente!

Lissan quería que sus disparos dieran en aquel casco frágil.

Los cañones de la *Scylla* estaban fuera, listos para disparar cuando la fragata virara, pero los cañones de caza de proa, de nueve y largos, retumbaban desafiantes. Las balas crujieron contra los baluartes de piedra sin causar daño y entonces el sargento situado en el tejado del cuartel volvió a tener al enemigo en su línea de fuego.

—¡Uno! —gritó el sargento.

—¡Disparen! —chilló Gerard.

Los grandes cañones dieron una sacudida hacia atrás y hacia arriba, las ruedas retumbaron al retroceder hacia abajo rodando y el humo, que apestaba a huevos podridos, salió lanzado de nuevo hacia el aire frío. La guarnición de Lissan podía ser destrozada por completo, tal vez ni siquiera tuviera dotación para cada cañón, pero cumpliría con su deber y mostraría a los británicos que un fuerte con pocos soldados todavía podía hacerles daño y que aún, por la gracia de Dios y en servicio del Emperador francés, podía ganar batallas.

El carro estaba hecho con trozos de madera frágil que se aguantaban con unos clavos torcidos y oxidados y con correas de bramante negro, delgado y deshilachado. Algunos de los radios de las ruedas estaban rotos.

Sharpe empujó el carro fuera del establo y escuchó el chirrido horrible del eje de madera que atravesaba los dos bloques de cedro sin engrasar. Supuso que el carro se utilizaba para llevar el heno al pueblo, que tal vez sirviera como paja en las camas del fuerte, pero había sido abandonado durante los meses helados y yacía en aquel establo, donde las arañas habían tejido gruesas telas en los radios.

—Puede servir —dijo Sharpe comprobando la solidez del fondo del carro—. Salvo que no hablamos francés.

—El Dulce William sí, señor —dijo Harper, luego, al ver la cara de Sharpe, rectificó—. El capitán Frederickson habla en gabacho, señor.

Un grupo de hombres armados que se aproximara al fuerte resultaba en principio hostil, pero dos hombres que empujaban un carro con un compañero herido no suponía amenaza alguna.

—Jesús —dijo Frederickson sobrecogido cuando, al llegar al establo, oyó los planes de Sharpe—. ¿Se supone que hemos de subir caminando y pedir un matasanos?

—Usted sugirió que llamáramos a la puerta —dijo Sharpe—. ¿Y por qué no?

Los fusileros seguían bajando la suave pendiente. Venían en grupos dispersos, repartidos en la formación en cadena con la que combatirían y no había peligro al frente. Sharpe dudaba que algún francés hubiera siquiera visto las oscuras sombras que descendían por la colina. Una vez en el terreno de abajo, al otro lado del riachuelo y ocultos por los fosos bordeados por setos de endrinos, los fusileros eran invisibles. El fuerte seguía tronando con sonoridad.

—Lo que necesitamos —dijo Sharpe— es sangre.

Calculaba que el fuerte no negaría la entrada a un herido de muerte, pero las heridas mortales solían estar llenas de sangre y al pensar en ella, ambos oficiales miraron instintivamente a Patrick Harper.

Éste les devolvió la mirada horrorizado, lo había entendido todo.

—¡No! ¡Santo cielo, no!

—Tiene que sacárselo, Patrick —dijo Sharpe con voz dulce y razonable.

—Usted no es un cirujano, señor. ¡Además! —De repente el rostro hinchado de Harper mostraba alegría—. No hay tenazas, señor, ¿lo recuerda?

El Dulce William se desabrochó el morral.

—Los barberos-cirujanos de Londres, mi querido sargento, pagarían seis chelines con seis peniques por una bolsa de diez onzas de dientes sanos extraídos de los cadáveres. Se sorprendería usted de cuántos londinenses que siguen la moda llevan dientes falsos extraídos de franceses muertos. —Frederickson extrajo unas tenazas de

aspecto horrible—. Son tan útiles para los saqueos...

—Dios salve Irlanda —dijo Harper con la vista clavada en las tenazas.

El capitán Frederickson sonrió.

—Lo va a hacer usted por Inglaterra, sargento Harper, por su amado rey.

—¡Cristo, no, señor!

—Desnúdese hasta la cintura —le ordenó Sharpe.

—¿Que me desnude?

Harper había retrocedido hasta un rincón del sucio establo.

—Necesitamos que su pecho quede empapado en sangre —dijo Sharpe como si fuera el procedimiento más normal del mundo—. En cuanto le sea arrancado el diente, Patrick, deje que la sangre le caiga por la piel. No llevará mucho tiempo.

—¡Oh, Dios en el cielo! —dijo Harper santiguándose.

—¡Si no duele, hombre! —Frederickson mostró sus dos dientes falsos y sonrió a Harper burlonamente—. ¿Lo ve?

—Eso se lo hicieron con una espada, señor. ¡No con unas malditas tenazas!

—Se puede hacer con una espada —dijo Sharpe amablemente.

—¡Oh, Santa María madre de Dios! ¡Cristo!

Harper al no ver en el rostro de sus oficiales más que intenciones malvadas se dio cuenta de que se tenía que revelar o sufrir.

—¿Me darán un traguito primero?

—¿Brandy? —dijo Frederickson alargándole su cantimplora.

Harper cogió la cantimplora, la destapó y se la llevó a la boca.

—No mucho —dijo Frederickson.

—No es su maldito diente. Con respeto, señor.

Frederickson miró a Sharpe.

—¿Quiere usted jugar a los cirujanos, señor?

—En realidad nunca he extraído un diente.

Sharpe, delante de los fusileros curiosos que se habían apiñado para observar la turbación de Harper, mantenía un lenguaje formal.

Frederickson se encogió de hombros.

—Necesitaríamos un sacaclavos, por supuesto, pero las tenazas van bastante bien para los cadáveres. Ojo que tiene truco.

—¿Truco?

—No tire. —Frederickson fue ilustrando sus palabras con unos movimientos de las tenazas oxidadas—. Empuje la muela hacia la mandíbula, gire de un lado, del otro, y luego extraígala. No cuesta nada.

—¡Jesús! —exclamó el gran sargento irlandés, que se había quedado tan blanco como el papel de un cartucho.

—Yo creo —dijo Sharpe con cierto recelo— que como el sargento Harper y yo

llevamos juntos tanto tiempo debería hacerlo yo. ¿Empujar, retorcer y estirar?

—Precisamente, señor.

Tardaron cinco minutos en persuadir a Harper y prepararlo. El irlandés no mostraba temor en las batallas; se había enfrentado con rostro impasible a la carnicería de una docena de campos de batalla y había salido victorioso, pero ahora, enfrentado a una fruslería como la extracción de un diente, estaba sentado aterrado y temblando. Se agarró al brandy de Frederickson como si fuera lo único que pudiera consolarlo.

—Señáleme el diente —le pidió Sharpe solícito.

Harper abrió la boca e indicó un diente en la mandíbula superior rodeado de la encía inflamada.

—Ahí.

Sharpe usó uno de los brazos de las tenazas y, con la mayor suavidad posible, dio unos golpecitos en el diente.

—¿Este?

—¡Santo Cristo! —chilló Harper y se apartó—. ¡Me va usted a matar, maldito!

—¡Su lenguaje, sargento!

Frederickson hacía esfuerzos por no reírse mientras que los otros fusileros sonreían con gran alegría.

Sharpe dio la vuelta a las tenazas. Estaban abolladas y oxidadas. Era un instrumento muy útil para el robo y sin duda ideal para hacerse con los dientes postizos de los cadáveres destrozados, pero Sharpe no era capaz de asegurar que fuera realmente adecuado para una operación quirúrgica.

—No será peor que tener un hijo —le dijo a Harper—. E Isabella no montó este número.

—A las mujeres no les importa el dolor —dijo el irlandés—. A mí sí.

—No agarre el colmillo tan fuerte —observó Frederickson amablemente— o lo puede romper, señor. Es un trabajo espantoso extraer los restos de un diente roto. Vi que le pasaba a Jock Callaway antes de Salamanca y casi le estropea la batalla. ¿Se acuerda de Jock, señor?

—¿El del 61? —preguntó Sharpe.

—Murió de fiebre al invierno siguiente, pobre chico.

Frederickson se inclinó para ver qué sucedía.

La palabra «fiebre» resonó en la cabeza de Sharpe como el toque de difuntos, pero no era el momento de pensar en eso.

—Abra la boca, sargento.

—¿Será suave? —preguntó Harper con voz huraña y rebelde.

—Será tan suave como un corderito recién nacido. Ahora, abra el buche.

La boca enorme con dientes amarillentos se abrió. El irlandés vigilaba y dejó ir un

débil quejido, un medio gemido, cuando Sharpe levantó las tenazas.

Lentamente, muy lentamente, haciendo todo lo posible para no darle un golpe al diente malo, Sharpe cerró las tenazas en la parte del diente que no quedaba oculta por la encía hinchada.

—¿No está mal, eh? —preguntó tranquilizador.

Agarró los brazos de las tenazas e hizo fuerza, pero no mucha, y sintió que el enorme hombre temblaba.

—¿Listo?

Tiró hacia abajo. Olía el aliento de Harper y sentía su temor. Lo compadecía. A Sharpe le habían tenido que arrancar un diente en la India y recordaba aquel dolor como el de cualquier herida de guerra. Tiró con fuerza. El diente no se movió, aunque Harper temblaba mientras intentaba hacer fuerza en dirección contraria a la de Sharpe.

—Más fuerte —murmuró Frederickson.

Sharpe tiró con más fuerza, las pinzas de metal se deslizaron hasta las encías inflamadas y las tenazas se soltaron mientras Harper chillaba y se agitaba.

—¡Cristo y toda su corte de santos! ¡Dios! —gritaba el sargento con las manos en la boca que chorreaba sangre—. ¡Santo Dios! —se lamentaba por el terrible dolor.

—Ha resbalado —dijo Sharpe disculpándose.

—¡Casi me mata, maldito! —Harper echó otro trago de brandy y escupió una mezcla de alcohol y sangre al suelo—. ¡Jesús!

—Tal vez debería probar yo —se ofreció Frederickson.

El teniente Minver, al igual que sus hombres, sonreía burlescamente.

—¡Malditos sean todos los oficiales! ¡Todos! —Harper estaba enfurecido ahora—. ¡Malditos cabrones asesinos!

Cogió las tenazas, abrió la boca y exploró con un dedo. Se estremeció. Sharpe se apartó. Los fusileros, ya sin reír, observaron cómo el enorme hombre de torso desnudo colocaba las tenazas sobre su diente. La gran mano se cerró y los ojos azules de Harper se abrieron. Tiró y Sharpe oyó un crujido claro, como el chasquido de un cartílago, entonces las tenazas giraron a derecha e izquierda. Harper gimió y de nuevo se oyeron los ruidillos de un tejido que se desprendía o un hueso que rechinaba.

Sharpe contuvo la respiración. Nadie se movía. Un niño de diez años podía haber hecho prisionera a aquella tropa en aquel momento y Harper, con el torso desnudo, temblando de dolor y frío, empezó a tirar.

La mano le temblaba. Una gota de sangre brotó en el labio inferior; luego otra, y enseguida un gran gemido y un chorro de pus y sangre, el enorme diente estaba extraído. Unos restos de sangre estaban adheridos a la raíz, pero una sangre de un rojo brillante chorreaba por el pecho de Harper en grandes riachuelos que humeaban bajo el aire frío.

—¡Llévenlo al carro! —ordenó Sharpe.

—¡Cristo en su gloria! —gritaba Harper.

El dolor le había llenado los ojos de lágrimas. Se puso en pie, tosiendo sangre; resultaba una visión temible. Lloraba, no por debilidad, sino de rabia y de dolor. Estaba manchado de sangre, chorreaba sangre caliente, tosía sangre y tenía el pecho y la cara empapados en sangre.

—Yo debería ir —le dijo Frederickson a Sharpe; creía que era una tontería que dos oficiales veteranos se arriesgaran al mismo tiempo.

Sharpe no hizo caso del consejo bienintencionado.

—Teniente Minver. Tan pronto como tengamos la puerta abierta, ¡cargue! ¡Las espadas preparadas!

—Señor.

El teniente, un hombre delgado, sonrió nervioso.

Harper estaba tumbado en el carro, temblando.

—Lleve a sus hombres al límite de la arena —dijo Sharpe mientras se quitaba la mochila, la faja de oficial, el cinturón con hebilla de serpiente, la casaca de fusilero y el chacó.

Frederickson hacía lo mismo.

—¿Sargento Rossner? Usted llevará este material.

—¡Señor!

Colocaron el arma de siete cañones de Harper, cargada y cebada, junto a su mano derecha manchada de sangre. Su fusil estaba en la parte izquierda del carro donde la espada de Sharpe, desenvainada, estaba al alcance de la mano. Sharpe quería dar la impresión de que eran tres hombres que llevaban a la víctima de un accidente del grupo de la emboscada. Sin embargo el éxito dependía de que los guardias franceses vieran sólo la horrible sangre de Patrick Harper.

Harper, tumbado boca arriba sobre el carro, corría el peligro de ahogarse con su propia sangre. Escupió un gran coágulo, giró la cabeza y volvió a escupir.

—¡Escupa sobre el pecho! ¡No la desperdicie! —dijo Sharpe.

Harper gruñó enfadado, luego escupió otro coágulo de sangre estupendo sobre su ombligo. Sharpe cogió una de las varas del carro, Frederickson la otra y Sharpe hizo una señal con la cabeza.

—En marcha.

Los disparos procedentes del fuerte se habían detenido; ello significaba, tal como sabía Sharpe, que la fragata estaba fuera de tiro o que se estaba hundiendo. No se oían ruidos provenientes del emplazamiento de la emboscada.

El carro chirriaba terriblemente al rodar por el sendero escabroso que conducía hacia la Teste-de-Buch, pasando al lado de raquítricos alisos. Más allá, detrás de las casas y pasadas las dunas, Sharpe vio algo blanco que temblaba y se dio cuenta de

que sólo podían ser los trinquetes de la fragata. Entonces escuchó el retumbar de un trueno y vio una nube de humo que le indicó que Grant había vuelto a abrir fuego. Al menos el capitán Grant cumplía con su deber. Incluso a costa de su barco y de sus hombres, hacía que dispararan desde el fuerte y su éxito se midió con el repentino chasquido de otro trueno procedente de los cañones de la fortaleza que volvían a disparar.

El eje del carro chirriaba como para despertar a los muertos, rebotaba sobre el camino desigual y Harper gemía. Con la mano derecha, surcada de chorritos de sangre, buscó a tientas su arma de siete cañones y Sharpe, al percibir aquel movimiento, se dio cuenta de que el enorme irlandés se estaba recuperando.

—Bien hecho, sargento.

—No pretendía ser desagradable con usted, señor —dijo Harper casi ahogándose con la sangre.

—Sí, lo pretendía —contestó Frederickson alegremente—. Cualquier hombre lo hubiera hecho. Ahora cállese. Se supone que se está muriendo.

Patrick Harper no dijo nada más mientras el carro tomaba una curva sobre un surco fangoso y luego ascendía por un sendero que llevaba directamente al puente que había sobre el foso interior del fuerte. Las ráfagas de viento traían la peste del humo de la pólvora. Del sur no provenía ningún sonido y Sharpe sabía que la infantería de marina todavía estaba lejos de Arcachon. Si había que evitarle mayor castigo a la *Scylla*, tendrían que hacerlo los fusileros.

Estaban ya al alcance de los cañones del fuerte, pero ningún artillero observaba desde las aspilleras.

—Corra —dijo Sharpe—. Corra como si se estuviera muriendo.

—Me estoy muriendo —gimió Harper.

Sharpe tenía que empujar con fuerza para alcanzar el paso de Frederickson y vio que aparecía una cabeza en la muralla de la fortaleza y la bandera tricolor ondeando entre el viento teñido de humo. Entonces el Dulce William, junto a él, empezó a gritar en francés y Sharpe se dio cuenta de que era una locura que tres hombres tomaran uno de los fuertes costeros de Francia, pero ahora se había comprometido y lo único que podían hacer era empujar, rezar, y luego luchar como soldados que eran; lo mejor que pudieran.

Capítulo 7

Se detuvieron como avergonzados sobre los tablones llenos de polvo de arena del puente levadizo. Las puertas no se abrieron, no podían avanzar más y Sharpe y Frederickson, jadeantes después de haber empujado el obstinado carro con el peso de Harper, levantaron la vista y miraron a un rostro perplejo que se asomó por las murallas.

Frederickson le gritó al centinela en francés, éste respondió y Harper, temiendo que de repente un mosquete estallara desde arriba, gemía terriblemente en el carro. La sangre que llevaba sobre el pecho se iba secando y convirtiéndose en una costra resquebrajada.

—Quiere saber —dijo Frederickson a Sharpe revelando sorpresa en la voz— si somos americanos.

—¡Sí! —gritó Sharpe—. ¡Sí, sí!

—*Attendez!* —dijo el guardia y su cabeza desapareció.

Sharpe se giró y miró por la pequeña angostura que formaba la ruta de acceso al penetrar en el glacis. Observaba el lugar donde estaban los aldeanos, junto a los árboles y también el sitio donde había apenas entrevisto la sombra del armón de un cañón entre los pinos.

—¿Son de los americanos esos cañones? —preguntó sorprendido.

—Deben de serlo —contestó Frederickson encogiéndose de hombros.

Sharpe se volvió, sus botas hacían un ruido hueco sobre los gruesos tablones del puente levadizo. A derecha e izquierda se extendía el foso interior lleno de agua. El foso de agua, alimentado por un riachuelo procedente del molino, parecía poco profundo pero no dejaba de ser un obstáculo para los hombres que intentaran asaltar la muralla, siniestra y tosca, que formaba el recinto del fuerte.

Los cañones del fuerte retumbaban a la izquierda de Sharpe, lanzaban humo y llamas hacia la fragata que se encontraba ahora más allá de Cap Ferrat. El combate se había convertido en un duelo de largo alcance, pues Grant toreaba a los del fuerte y, sin duda, maldecía a las fuerzas de tierra por su retraso.

—¿Qué hace el maldito gabacho? —intentaba adivinar Sharpe.

Harper temblaba. La luz se iba poniendo en el oeste, era un atardecer frío que indicaba que durante la noche helaría y el enorme irlandés estaba desnudo de cintura para arriba.

—Ya falta poco —dijo Sharpe, con más nerviosismo que consuelo.

De repente se oyó el tintineo de un cerrojo, un roce y luego una barra cayó al suelo con un ruido sordo.

—¡Cristo!

La voz de Frederickson mostraba el alivio que sentía al ver que su artimaña,

concebida con rapidez y que luego se había podido llevar a cabo por el mal de Harper, funcionaba.

—Esperen que hable yo.

Sharpe dijo estas palabras en voz baja al ver que los músculos de Harper, bajo la temblorosa capa de sangre seca, se ponían repentinamente tensos.

Los goznes de la puerta chirriaron como un alma atormentada. El teniente Minver, a doscientas yardas de distancia, estaría observando y vería que la enorme puerta se abría y tendría que ponerse ya en movimiento.

—¡Ahora! —dijo Sharpe.

El guardia francés estaba ansioso por ayudar al herido. El mismo guardia estaba herido, tenía la pierna enyesada, e hizo una señal al yeso como para explicar la lentitud con la que tiraba de la gran puerta de hierro.

Harper, estirado en el carro, no veía el yeso grueso que cubría la pierna del hombre, tampoco se dio cuenta de su sonrisa tranquilizadora y de bienvenida; tan sólo vio a un hombre vestido con una chaqueta enemiga, un hombre que atrancaba una puerta que había de abrirse, y Harper surgió de la calzada con una bayoneta en la mano derecha y el francés lanzó un gemido de horror cuando la hoja de veintitrés pulgadas, blandida como una daga larga, penetraba en su vientre. Sharpe vio que la sangre chorreaba como agua sobre el adoquinado de la arcada principal mientras empujaba con todo su peso la puerta medio abierta.

Harper clavó la bayoneta y tiró de ella, dejando al guardia sangrando y sacudiéndose sobre el puente levadizo. Le dio una patada al mosquete del francés hasta el interior del foso, luego fue en busca de su fusil y del arma de siete cañones que estaban en el carro. Frederickson, con la espada en la mano, arrastró el carro vacío hasta el interior del túnel que atravesaba las murallas. Nadie los había visto, nadie dio la voz de alarma; habían tomado la guarnición totalmente por sorpresa.

Sharpe retiró los cerrojos de ambas puertas. Llevaba el fusil colgado, la espada desnuda y esperaba que en cualquier momento se diera el grito de alarma o se oyera el disparo de un mosquete, pero los tres fusileros no habían sido detectados. Se sonrieron entre sí, nerviosos por el éxito conseguido, entonces sus oídos quedaron taladrados por el atronador pulso del aire; los cañones de la fortaleza disparaban contra la *Scylla*. Harper empuñó su fusil de siete cañones.

—Les voy a enseñar a esos cabrones cómo se dispara un cañón.

—¡Sargento! —exclamó Sharpe, pero Harper ya iba corriendo, con el arma montada, hacia el patio.

Sonó un disparo procedente de las dunas de arena y al mismo tiempo dos mosquetes estallaron por encima de Sharpe. Se dio cuenta de que debía haber otros guardias en el tejado de la entrada, hombres que podían ver el asalto de Minver que se aproximaba y Sharpe buscó un camino que le llevara a las murallas. A su derecha

había un portal con arco y se metió por él.

Se encontró en el cuartel de la guardia. En un armario barnizado y pulido, había ocho mosquetes colocados de pie. Sobre una mesa estaban esparcidos unos naipes ante una estufa de plomo negro que taponaba el humo procedente de un tubo de chimenea mal encajado. En el otro extremo de la estancia ascendían unas escaleras tras una arcada y, después de cambiar la espada por el fusil, Sharpe las ascendió deprisa.

Por encima, oía el traqueteo de las baquetas en los tubos. Las escaleras giraban en ángulo recto, el cielo encima de su cabeza era gris. Entonces, un rostro bigotudo, a tan sólo diez pies de distancia, se giró hacia donde se oían los pasos en la escalera y Sharpe apretó el gatillo de su arma y vio que el hombre retrocedía de un golpe. Más sangre.

Percibió un movimiento a su izquierda, cuando dejaba las escaleras, que le hizo girar en redondo. Un segundo hombre tiraba con desesperación de la baqueta para sacarla del cañón del mosquete y al ver que no conseguía sacarla, el francés se llevó el arma al hombro.

Sharpe se echó al suelo y rodó hacia la derecha.

El mosquete dejó ir su estampido y la baqueta, que podía haber empalado a Sharpe como un pincho, atravesó el patio dando una voltereta y cayó resonando contra la rampa de piedra.

—*Non! Non!*

El hombre se alejaba retrocediendo mientras Sharpe, ileso, se levantaba de las piedras con la espada en la mano derecha.

—*Non!*

El guardia soltó el mosquete, alzó las manos y Sharpe aceptó su rendición y lo lanzó por las murallas hasta el foso anegado que había veinte pies más abajo. Los fusileros de Minver, con los morrales, vainas, cantimploras y cuernos batiéndose al correr, ya estaban en el camino; los hombres más rápidos ya se acercaban al glacis.

Sharpe se volvió hacia el sonido de los cañones de la fortaleza. Veía una muralla vacía donde los cañones, grandes y fríos permanecían mudos. En el extremo de la muralla había un pequeño baluarte de piedra, poco más que un refugio techado para centinelas, y más allá estaba el baluarte semicircular que sobresalía a las aguas del canal de Arcachon y desde donde disparaban los pesados cañones. Los artilleros franceses, atontados, ensordecidos y medio cegados por sus propios disparos, todavía no habían visto la pequeña carnicería que había tenido lugar en la entrada. Limpiaban y cargaban sus armas enormes, atentos sólo a la fragata que se atrevía a desafiarlos.

Entonces una voz los desafió. Algunos se giraron. Los otros, perdiendo su ritmo de trabajo, se dieron la vuelta para ver qué era lo que les interrumpía.

Patrick Harper les había gritado con una voz que hubiera hecho enmudecer el

mismísimo infierno, era una voz acostumbrada a hacer formar a los batallones en las grandes plazas de armas sacudidas por el viento, y los artilleros miraron sorprendidos hacia abajo, al interior del patio, donde un gigante bañado en sangre sostenía un cañón pequeño en las manos.

—¡Cabrones!

Harper chilló, luego apretó el gatillo del arma de siete cañones. Las balas de media pulgada azotaron aquí y allí, en abanico y alcanzaron a la dotación del cañón de la izquierda. Cayeron dos hombres, luego Harper dejó el arma enorme y se descolgó el fusil del hombro.

—¡Patrick! —gritó Sharpe que había visto que un francés se arrodillaba en el tejado del cuartel con una carabina en la mano y que apuntaba hacia abajo—. ¡A cubierto!

Harper rodó hacia la derecha, miró hacia arriba y echó a correr.

Un oficial francés, al mando de la batería del cañón grande, se quedó mirando al gigante manchado de sangre, luego a Sharpe y el fusilero percibió una mirada de auténtica sorpresa en aquel rostro delgado y pálido. Frederickson, la espada en mano, atravesó el patio, sin preocuparse de la carabina que estaba arriba y gritando a los artilleros que se rindieran.

El oficial francés de repente se sacudió, como si despertara de una pesadilla real y gritó a sus hombres que abandonaran los cañones y agarraran las carabinas que tenían en los armarios junto a las aspilleras. Sharpe había olvidado que los artilleros franceses llevaban armas largas y le gritó a Frederickson que se pusiera a cubierto, entonces percibió que el francés que había en el tejado cambiaban la dirección del tiro.

Sharpe se apartó, sabía que el disparo apuntaba hacia él. Tuvo la visión fugaz de la llamarada con su aureola de humo y la bala de la carabina le azotó en la frente. Media pulgada más cerca y lo habría matado, habría muerto por los fragmentos de cráneo que le hubieran penetrado en el cerebro. Pero no había sido así y se tambaleaba, atontado y de repente la vista se cubrió de escarlata y él se retorció, cayendo mientras oía que la espada tintineaba al rebotar en las piedras de las murallas. Tenía la cabeza como si un atizador al rojo vivo le hubiera atravesado la cara. Estaba ciego.

Una despiadada punzada de dolor le atravesaba la cabeza y le hacía gemir. La ceguera le producía pánico y ese mareo le impedía levantarse. Se derrumbó contra la muralla y notó el gusto salado de la sangre en su lengua. Tanteaba inútilmente en busca de su espada caída.

Una orden en francés le hizo girar la cabeza a la izquierda, pero no veía nada. Las carabinas dispararon. Una bala pasó por encima de su cabeza, otra pegó contra la muralla que tenía junto a él. Entonces oyó el chasquido rápido de un fusil Baker, que

Sharpe había oído un millón de veces, sonó a su derecha y percibió un restregar de botas sobre la piedra; eran los fusileros que penetraban en el patio. Otro chasquido, un chillido y otro fusil Baker alcanzaba a una víctima. Entonces Frederickson empezó a dar órdenes.

Una descarga astilló el anochecer, echando chispas de los cañones de los fusiles, y la mitad de los casacas verdes avanzaron mientras sus compañeros los cubrían y las largas bayonetas con espadas fueron ascendiendo la rampa de piedra. Sharpe oyó que vitoreaban y se dio cuenta de que habían tomado el fuerte. Él estaba ciego.

Lentamente, con miedo, Sharpe levantó la mano hasta la cabeza que le zumbaba y se buscó el ojo derecho. Se fue rascando la sangre y vio un resplandor de luz. Tenía los ojos llenos de sangre, sellados con sangre y se escupió en una de las manos sucias y fue rascando en la sangre derramada para limpiarse el ojo derecho y de forma borrosa vio que los hombres de Frederickson registraban el baluarte con las bayonetas. Sintió alivio, como agua de primavera, al darse cuenta de que podía ver. Vio que el enemigo saltaba desde las aspilleras, abandonaba el fuerte y los cañones y vio que un disparo de la *Scylla*, que llevaba disparando en vano durante noventa minutos, le arrancaba la cabeza a un fusilero en las murallas occidentales. El cuerpo, chorreando sangre como un odre de vino, se derrumbó sobre los adoquines del patio.

—¡Retiren la bandera! —gritó Sharpe.

Estaba de rodillas y apoyándose con las manos en el suelo, la sangre le empapaba la camisa y le podía volver a cerrar el ojo derecho otra vez.

—¡La bandera!

El teniente Minver lo entendió, cortó la driza con su espada y la tricolor dejó de ondear. Esto haría que pararan los cañonazos de la *Scylla*.

—¡Cierren la puerta! —volvió a gritar Sharpe y el esfuerzo le produjo tal dolor en el cráneo que sollozó.

Sacudió la cabeza, como queriendo quitarse el dolor, pero le pinchaba como una aguja de fuego detrás de los ojos.

Una descarga potente se oyó al sur y Sharpe, con la cabeza dolorida a cada movimiento, se giró y vio la nube de humo procedente del bosquecillo.

—¡Capitán Frederickson! ¡Capitán Frederickson!

Frederickson subió las escaleras que llevaban a la parte superior de las murallas de tres en tres.

—¡Jesús!

Se inclinó junto a Sharpe e intentó limpiarle la sangre de la cara, pero Sharpe, todavía apoyándose en las rodillas y las manos, se apartó.

—La compañía de Minver a las murallas. Coja a la suya y haga callar a esos malditos cañones americanos —vio que Frederickson dudaba—. ¡Vaya!

Frederickson se fue y Sharpe, con un dolor terrible, se dio cuenta de que la *Scylla*

había dejado de disparar y que los cañones de campaña habían cesado su descarga cerrada. Se apoyó contra la pared, cerró el ojo bueno y dejó que le invadiera el dolor. Había capturado un fuerte.

Cornelius Killick podía haber cogido fácilmente a Nicolás Leblanc y haber retorcido el pescuezo al francés.

Era la fábrica de Leblanc, en St. Denis, cerca de París, la que elaboraba el nitrato de potasio que se mezclaba con carbón vegetal y sulfuro para hacer pólvora.

No es que Cornelius Killick hubiera oído hablar de Nicolás Leblanc, pero los americanos conocían la pólvora y él, en el instante en que sus cañones dispararon, se dio cuenta de que la pólvora francesa tan sólo servía para los fuegos del cuatro de julio. La culpa era del nitrato de potasio, salitre, pero eso tampoco lo podía saber Killick, lo que sí sabía era cuando un cañón tosía en lugar de retumbar. Había cargado los cañones como hubiera hecho con los suyos y como si estuviera utilizando pólvora americana, pero tenía que haber elevado los tubos para compensar la débil calidad de las cargas.

Había elevado los cañones ligeramente, sabedor de que los primeros disparos, con el metal frío, darían bajo, pero nunca se hubiera imaginado cuan bajo. El primer estallido de metralla, en lugar de sumir a los casacas rojas de infantería en una tormenta metálica y mortífera, se esparció por la arena. Algunas de las balas rebotaron hacia arriba, pero Killick no vio ni un solo cuerpo tocado por los proyectiles.

Killick renegó, pues sus problemas se multiplicaban. Los cabrones debían haberse enterado de que estaba allí. Había visto las primeras chaquetas rojas diez minutos antes y había esperado que penetraran sin sospecha en el claro. Pero habían bordeado los árboles del otro lado y Killick, cansado por el retraso, había disparado su primera descarga contra aquella fila de árboles. Y la había desperdiciado. Volvió a renegar.

Sus hombres estaban pasando las esponjas, metiendo las baquetas y volviendo a colocar los cañones en su posición. Un mosquete británico disparó y Killick oyó que la bala sobrevolaba los pinos. Luego surgieron más llamas de los arbustos situados en el extremo del claro y las balas de mosquete se incrustaron en el banco de arena o dieron en los árboles o hicieron caer borrajo de los pinos sobre los artilleros.

Killick echó a correr hacia la izquierda. Si la infantería lo iba a atacar vendrían por ahí, por entre los árboles, y el anochecer impedía que se vieran sus gabanes de color escarlata. Gritó a los hombres del cañón de la izquierda que lo giraran y cubrieran el acceso, luego se quedó contemplando la oscuridad creciente. No veía nada.

Cornelius Killick estaba nervioso. Sus hombres estaban nerviosos. Esto no era la guerra tal como él la conocía. Killick conocía otro tipo de guerra, allí donde el viento

favorecía al mejor hombre y donde los muertos iban al mar. No en este maldito valle de sombras donde el enemigo rondaba y se escondía, acechaba y mataba.

Una ramita crujió y Killick se volvió, pero sólo era Marie, una aldeana, que lo observaba con los ojos bien abiertos.

—Atrás —soltó Killick.

—El fuerte —dijo Marie.

—¿Qué pasa con el fuerte?

Killick escrutaba las sombras hacia el sur buscando una señal que revelara el movimiento del enemigo.

—No hay bandera —dijo Marie.

—¡La han derribado! —gritó Killick y luego se volvió hacia la muchacha porque los mosquetes británicos echaban chispas y la lejana línea de árboles se llenó de nubes de humo de pólvora—. ¡Atrás, Marie! ¡Atrás!

Los hombres de la tripulación del *Thuella* respondieron a los disparos usando los mosquetes franceses que se vendían en toda América. Si al menos los cabrones se dejaran ver, pensó Killick, entonces sus seis cañones los destrozarían.

—¡Liam! ¡Liam! —gritó.

—¿Señor?

—¿Ve usted algo?

Killick corrió hacia su batería principal pisando el borrajo seco de los pinos.

—Tan sólo su humo de mierda. ¡Cabrones, no se dejarán ver!

Un soldado, pensó Killick, sabría qué hacer en este momento. Tal vez debería hacer que los hombres se adentraran en el bosque con los alfanjes y los mosquetes preparados, ¿pero qué sentido tenía eso? Simplemente se convertirían en carne para los mosquetes de la infantería de marina. Quizás otra descarga, pensó, los provocaría.

—¿Liam? ¡Apunten alto y disparen!

—¡Señor!

Giraron los tornillos elevadores de cobre, las mechas tocaron los fogones y el fuego se deslizó hacia la pólvora gruesa que lanzó más metralla entre la maleza del otro lado del claro. Un pájaro graznó y se alejó aleteando de los árboles triturados, pero éste fue el único resultado visible de la descarga.

El humo se elevaba sobre el claro. El sentido común de Cornelius Killick le indicó que éste era el momento de correr sin parar. Había perdido su mayor arma, la sorpresa, y se arriesgaba a perder mucho más, pero no era un hombre que aceptara la derrota. Así que se imaginó una victoria. Tal vez, pensó, los cabrones se habían ido. No había mosquetes disparando ahora al otro lado del claro, no había chaquetas rojas que se movieran, no se veía nada. Quizá, sorprendidos y destrozados por las descargas de proyectiles, los cobardes habían dado la vuelta y se habían echado a correr. Killick se lamió el labio, calibró aquel pensamiento sorprendente y decidió

que podía ser cierto.

—¡Hemos derrotado a esos cabrones, chicos!

—No a estos cabrones.

Killick se giró con gran rapidez y entonces se quedó helado. De pie detrás de él había un hombre con un solo ojo cuyo rostro hubiera atemorizado a un diablillo de Satanás. El capitán William Frederickson, como guasa, siempre se quitaba el parche del ojo y los dientes postizos antes de un combate y la falta de esos elementos embellecedores, junto con el horror que producía la cuenca vacía, le otorgaban el rostro de un hombre salido de una tumba apestosa y podrida. Killick percibió con gran asombro que la voz del oficial de fusileros era extrañamente educada, detrás de él y moviéndose con rápida confianza, unos hombres con chaquetas verdes con largas bayonetas, se escurrían entre los árboles.

Killick se llevó la mano a la empuñadura de la pistola y el tuerto sacudió la cabeza.

—No me gustaría matarle. Siento una cierta simpatía por su República.

Killick dio su opinión respecto a esto último con una palabra corta y eficaz.

—Es la suerte de la guerra —dijo Frederickson—. ¡Sargento Rossner! ¡Quiero prisioneros, no muertos!

—¡Señor!

Los fusileros que aparecieron de repente por la retaguardia de los americanos con las armas preparadas no dieron ninguna oportunidad de lucha a la tripulación del *Thuella*. Docherty desenvainó su espada, pero la bayoneta de Taylor tocó al irlandés en el cuello y los ojos crueles del fusilero le mostraron al teniente lo que sucedería si levantaba el arma. Docherty la dejó caer. Algunos miembros de la tripulación del *Thuella*, al no poder retirarse por el claro que estaba cubierto por los mosquetes de la infantería, soltaron las armas y corrieron en busca de refugio con los aldeanos asombrados.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó Killick.

—El capitán Frederickson, Fusileros Reales Americanos. Debería usted entregarme su espada.

Killick dio brevemente su punto de vista respecto a tal sugerencia y Frederickson sonrió.

—Se la puedo quitar. ¿Tiene usted el mando?

—¿Qué?

La hostilidad que mostraba Killick hacía que Frederickson fuera más paciente.

—Si quieren ustedes luchar contra mis chicos, les aseguro que estarán encantados. Llevan combatiendo seis años y la única consolación que les ofrece nuestro ejército es el saqueo de los enemigos muertos.

—Mierda —dijo Killick.

No tendría lugar combate alguno, pues los fusileros ya se estaban uniendo a las dotaciones de los cañones. Uno de los cabrones de chaqueta verde, el que había hecho prisionero a Docherty, hacía un bulto con la bandera de las barras y estrellas. Killick vio que algunos de sus hombres se iban con los aldeanos, pero habían abandonado sus armas para que no los tomaran por combatientes. Cornelius Killick sintió la impotencia de ser un marino condenado a luchar fuera del mar. Hubiera llorado de rabia e impotencia y vergüenza al ver que retiraban su bandera. Así que, aferrándose a un rescoldo de dignidad, sacó la espada de la vaina y la ofreció por la empuñadura a Frederickson.

—Si hubiéramos combatido en el mar... —empezó a decir Killick.

—... yo sería su prisionero. —Frederickson acabó la frase con educación—. Y si me da usted su palabra de que no intentará escapar, puede quedarse con su espada.

Killick volvió a meter la espada en la vaina.

—Tiene usted mi palabra.

Frederickson cogió un silbato de plata que colgaba del cinturón y silbó seis veces.

—Es tan sólo para que nuestros amigos sepan que hemos cumplido con el trabajo. Abrió el morral y sacó el parche del ojo y los dientes postizos.

—¿Me disculpará mi vanidad? —preguntó Frederickson mientras se ataba el parche del ojo—. ¿Regresamos?

—¿Regresar?

—Al fuerte, por supuesto. Dado que es mi prisionero, le aseguro que recibirá usted un trato de caballero.

Killick se quedó mirando al fusilero, cuyo rostro, incluso con parche y dientes, resultaba poco tranquilizador. Cornelius Killick suponía que un oficial británico había de ser un cobarde altanero, todo aires, gracias y delicadezas, y se encontraba sorprendido al verse frente a un hombre que parecía tan curtido.

—¿Me da usted su palabra de que nos tratarán de forma adecuada?

Frederickson frunció el ceño, como si la pregunta resultara impropia.

—Tiene usted mi palabra de oficial. —Sonrió repentinamente—. No sé qué habrá para comer esta noche, pero sin duda habrá vino en abundancia. Estamos, después de todo, en el Médoc, y la cosecha de este año ha sido buena o al menos eso creo. ¡Sargento! —Se encogió de hombros como disculpándose y se dio la vuelta—. ¡Que se queden con las armas! ¡Volvemos al fuerte!

—¡Señor!

Cornelius Killick, que había anhelado tener tanto éxito en tierra como en el mar, acababa de conocer a un fusilero y lo único que podía hacer era encender un cigarro y consolarse pensando que, para un marinero, no era nada vergonzoso verse vencido en tierra. Pero fastidiaba igualmente, Dios, ¡cómo le fastidiaba!

Y la albufera de Arcachon, donde estaba varado el *Thuella*, había caído.

Henri Lassan, al ver que sus hombres estaban arrinconados en el baluarte y reconociendo el fuste de los temidos chaquetas verdes y sus largas y centelleantes bayonetas, se había dado cuenta de que no se podía luchar.

—¡Salten! ¡Salten! —gritó señalando el baluarte y hacia abajo a la franja de arena que rodeaba las murallas del oeste.

Allí, en la parte del fuerte que daba al mar, no había foso anegado pues el agua de las mareas resultaba mejor. Sus artilleros saltaron desde las aspilleras y cayeron sobre la arena. Lassan, al saltar, sintió una punzada aguda al pensar que perdía sus libros, pero la sacudida que recibió al aterrizar hizo que se olvidara de ello. Dos de sus hombres se torcieron el tobillo, pero los ayudaron a ponerse a salvo al abrigo de las dunas y Lassan condujo a sus hombres hacia el norte. Dos balas de fusil los siguieron, pero una orden como un ladrido ordenó el alto el fuego.

La fortaleza había caído, no a manos de la infantería de marina, sino de los casacas verdes, y Lassan se preguntaba cómo habían llegado tan silenciosamente y cómo habían atravesado las murallas sin su conocimiento; pero aquellas especulaciones resultaban inútiles en aquel momento en que él había fracasado.

Había perdido la Teste-de-Buch, pero todavía podía frustrar los planes de su enemigo. Suponía que había venido a por los quechemarines y Lassan, tambaleándose en la arena, iría a Le Moulleau y haría quemar las barcas.

La noche al caer trajo consigo una lluvia que fue llenando la arena de diminutos cráteres. El sendero serpenteaba entre dunas, pasaba por unas nasas abandonadas y por las costillas negras de barcos podridos. El pueblo pesquero estaba a dos millas al norte y Lassan veía la densa maraña de mástiles y vergas donde estaban varados los quechemarines siguiendo sus órdenes. Muchos de los patrones de las barcas vivían en ellas y esperaban y refunfuñaban hasta que los soltaran y les permitieran volver al trabajo.

Algunos restos de humo de los cañones se dirigían hacia el norte junto con Henri Lassan. La marea estaba cambiando. Diminutas olas bañaban los lechos donde crecían bien los mejillones y las ostras. Las mujeres ya no podrían llevarle las cestas de marisco y detenerse a cotillear sobre los precios en el mercado de Arcachon o a susurrar, con aparente sorpresa, las hazañas de cama del capitán americano. Lassan se preguntaba qué le habría sucedido a Killick, pero pensar en eso era tan inútil como saber cómo había caído la Teste-de-Buch. El comandante Henri Lassan, con una espada en la cintura y una pistola en el cinturón, tenía algo que hacer y se dirigió hacia el norte, entre la oscuridad, para llevarlo a cabo.

Y en Le Moulleau las tripulaciones de los quechemarines se rebelaban. Estaban reunidos al exterior del edificio de Aduanas, en desuso durante muchos años a causa del bloqueo de la Armada Real, pero todavía había dos hombres uniformados al

cargo, que abrieron su pesada puerta y escucharon el alboroto. Detrás de las tripulaciones estaban las estacas de madera que bordeaban los tinglados donde se abría el marisco y donde el murmullo crecía hasta convertirse en una protesta airada. Los barcos eran su sustento. Sin las barcas pasarían hambre, sus hijos pasarían hambre y sus mujeres pasarían hambre.

Los hombres de Lissan, azorados por el aprieto, miraban al suelo. En la fachada de las Aduanas ardían unas antorchas que lanzaban una luz roja en los rostros furiosos. Del sur llegaba lluvia. Lissan, un hombre amable y razonable, levantó las manos.

—¡Amigos míos!

Explicó para qué se necesitaban las barcas, cómo usarían los ingleses las naves para hacer un puente o para desembarcar a su ejército al norte del Adour.

—¿Qué será entonces de vuestros hijos? ¿Decidme?

No hubo respuesta, salvo el ruido de la marea y el siseo de la lluvia sobre las antorchas. Los rostros denotaban suspicacia. Lissan sabía que a los campesinos franceses no les gustaban las tropas francesas, pues el Emperador había decretado que podían hacerse con los víveres que quisieran y sin pagarlos. El mismo Lissan se había negado a obedecer ese decreto, pero la desobediencia había tenido que subvencionarla de su bolsillo. Algunos de estos hombres sabía que Lissan siempre había sido un oficial decente, pero ahora los amenazaba con el hambre.

—Los ingleses —gritó una voz desde el anonimato de la multitud— ofrecen veinte francos al día. ¡Veinte!

El murmullo volvió a empezar, creció y Lissan vio que iba a tener que usar la fuerza para impedir que esos hombres interfirieran en su deber. Había intentado darles razones, pero la razón era un arma muy débil frente a la codicia de los aldeanos, así que ahora había de ser cruel.

—¡Teniente Gerard!

—¿Señor?

—¡Prenderá usted fuego a las barcas! ¡Empiece por los amarraderos del sur!

Se elevaron unos abucheos y Lissan de forma instintiva se llevó la mano a la pistola, pero su sargento le tocó un brazo.

—Señor —dijo el sargento con voz triste.

Se oyó un crujido, luego otro. Se oyó el chirrido de un remo en el tolete, luego chapoteos y Lissan vio, en la oscuridad, las marcas blancas de unas hojas en contacto con el agua. Seguía observando y, en la brillante oscuridad donde la luz de las antorchas reflejaba en el agua, vio las sombras fantasmales de unas barcas pintadas de blanco. Ayudados por la marea, los británicos habían remado canal arriba y Lissan, mientras escuchaba las ridiculeces de sus compatriotas, vio que los marineros vestidos de azul, con alfanjes en las manos, salían como un enjambre de sus chalupas

hacia los quechemarines. Las tripulaciones francesas, dieron la bienvenida al oro inglés y aplaudieron.

Lassan se giró y se fue.

—Nos vamos hacia el este, teniente.

—Señor.

Henri Lassan con su pequeño grupo de artilleros, se alejó del pueblo. Iría siguiendo la costa sur de la albufera de Arcachon, luego se metería tierra adentro hasta Burdeos e informaría a sus superiores de que había fracasado y de que los británicos tenían las barcas.

Y así, la batalla de Arcachon, que había empezado con tantas esperanzas para sus defensores, acababa con una noche de frío, lluvia y derrota total.

Capítulo 8

Cinco franceses y un fusilero muertos yacían en la capilla del castillo, no por respeto, sino simplemente porque era el lugar más conveniente para dejar los cadáveres hasta que hubiera tiempo para enterrarlos. El teniente Minver agarró el frontal blanco del altar y ordenó a dos de sus hombres que fueran haciendo tiras con él a modo de vendas; después, y como un joven bien educado que era cuyos padres habían acostumbrado a no dejar una luz ardiendo en una habitación vacía, apagó la llama de la Presencia Eterna antes de regresar al patio.

El caos reinaba en la Teste-de-Buch. Los fusileros vigilaban las murallas, mientras que el patio era un hervidero de marineros e infantería de marina. Los seis cañones de campaña, con sus arzones, se habían arrastrado hasta el interior del fuerte y allí eran objeto de la curiosidad de los hombres del mar. La *Scylla*, con los flancos hendidos por el gran número de disparos, estaba varada bajo los cañones silenciosos.

Las mochilas y los suministros de la infantería se transportaban con un bergantín anclado bajo la *Scylla*, luego se subían por la muralla mediante un sistema de cuerdas y poleas. La infantería de marina avanzaba en orden ligero, pero había llegado al fuerte dos horas después que los fusileros de Sharpe.

—He de darle las gracias, comandante Sharpe.

El capitán Bampfylde entró cojeando, a causa de sus pies llagados, en la habitación donde un cirujano de la marina estaba vendando a Sharpe. Bampfylde se estremeció al ver tanta sangre en la cara y en la camisa de Sharpe.

—Querido, permítame que le diga cuánto lo siento.

El cirujano, un borrachín malhumorado, respondió en lugar de Sharpe.

—No es nada, señor. Las heridas de la cabeza sangran como un cerdo. —Acabó de vendar la cabeza de Sharpe y le dio una palmada—. Pero estoy seguro de que tiene usted la cabeza como un bombo.

Si el hombre se refería al dolor, tenía razón, y la palmadita amistosa no le había hecho ningún bien, pero al menos Sharpe había recuperado la vista tan pronto como le habían limpiado la sangre del ojo. Levantó la mirada hacia Bampfylde, cuyo rostro joven y rechoncho revelaba cansancio.

—El fuerte no estaba exactamente desierto.

—¡Pues lo parece!

Bampfylde se acercó a la mesa y examinó una botella de vino abandonada por la guarnición francesa. Sacó el corcho y se echó un poco en una copa. Lo olió, le dio unas vueltas, lo examinó y luego sorbió.

—Delicioso. Yo diría que un pelín joven. —Se vertió más vino en la copa—. ¿Ningún hueso roto, eh?

—He perdido a un hombre.

Bampfylde se encogió de hombros.

—¡La *Scylla* ha perdido dieciséis! —dijo como si quisiera indicar que la marina se había llevado la peor parte.

—¿Y la infantería de marina? —preguntó Sharpe.

—Dos hombres recibieron algún rasguño —dijo Bampfylde airado—. Siempre pensé que el claro era el lugar más probable para una emboscada, Sharpe. Sin embargo, si quieren coger a los que son como nosotros, tienen que ir a un buen paso, ¿eh? —Se echó a reír.

Bampfylde era un cabrón de mierda, pensó Sharpe. Los dos fusileros que había enviado Frederickson habían avisado a la infantería de la presencia de los cañones de campaña y el capitán Palmer ya le había dado las gracias a Sharpe por ello. Pero Bampfylde hablaba como si ambos hubieran detectado y derrotado la emboscada, mientras que aquel maldito no había hecho nada. Bampfylde apuró el vino.

—¿Algún americano ha escapado? —preguntó con un tono algo acusatorio.

—Eso creo.

A Sharpe no le importaba. Bampfylde tenía treinta prisioneros americanos para enviar a Inglaterra y seguramente eso era más que suficiente. El fuerte estaba tomado, los hombres de la *Scylla* se habían adentrado en el canal en busca de los quechemarines y ningún hombre hubiera esperado más de aquel día.

—¿Así que se adentrará por la mañana, Sharpe? —Bampfylde miraba la herida de Sharpe en la cabeza—. ¿Eso sólo es un rasguño, no? ¿Nada que le haga retrasar su reconocimiento?

Sharpe no contestó. Habían tomado el fuerte, Elphinstone tendría los quechemarines que le hicieran falta y el resto de esta operación era absurdo. Además, a él no le importaba si en Burdeos había descontento o no, lo único que le importaba era que Jane no muriera mientras él no estaba. Sharpe se volvió y miró al cirujano.

—¿Cuál es el primer síntoma de la fiebre?

El cirujano se estaba sirviendo vino.

—¿Amarilla, palúdica, Walcheren? ¿Qué fiebre?

—Cualquiera —gruñó Sharpe.

El cirujano se encogió de hombros.

—Piel caliente, temblores incontrolados, intestinos sueltos. No puedo afirmar que no tenga usted algún síntoma pirético, comandante.

Sharpe sintió un miedo atroz. Durante un momento tuvo la tentación de decir que su herida le incapacitaba y pedir que le devolvieran a San Juan de Luz en el primer barco.

—¿Bien, Sharpe? —Bampfylde se sentía ofendido porque Sharpe no había hecho caso a su pregunta—. ¿Se va a ir al interior?

—Sí, señor.

Sharpe se puso en pie. Cualquiera cosa antes que aguantar a ese capitán de marina engreído. Sharpe se dirigiría tierra adentro, tendería una emboscada en la carretera, luego regresaría y se negaría a participar en cualquier otra locura de Bampfylde. Sabía que tenía que secarse la espada si no quería que tuviera manchas de óxido por la mañana, pero estaba demasiado cansado. La noche anterior no había dormido, había marchado durante todo el día y había tomado una fortaleza. Ahora se iba a dormir.

Pasó ante Bampfylde y se fue en busca de una cama de campaña en una de las habitaciones vacías del cuartel. Allí, rodeado de las menudas pertenencias de un artillero que sus casacas verdes habían desalojado, se tumbó y se quedó dormido.

Ya era de noche, una noche fría. Los centinelas temblaban en las murallas y el foso lleno de agua tenía una fina capa de hielo. El viento había amainado, no llovía y las nubes se iban deshilachando y dejaban el cielo lleno de estrellas brillantes, frías y blancas sobre unos pantanos que brillaban con el agua helada.

Del otro lado de aquellas marismas silenciosas, y procedente de las aguas planas y plateadas de Arcachon, se elevaba una débil neblina, una neblina baja en una noche tranquila y de heladas allá en un fuerte donde la sangre derramada en una escaramuza se helaba y endurecía bajo la oscuridad.

En el patio de la Teste-de-Buch había unas antorchas encendidas. La respiración se convertía en vapor. La escarcha cubría el adoquinado de blanco y envolvía los cañones que había en las murallas.

Bampfylde había ordenado a los casacas verdes que descansaran y los reemplazó con infantería de marina, cuyos gabanes escarlatas y tirantes blancos parecían brillar bajo la noche estrellada.

Nueve prisioneros franceses, uno de ellos el sargento que había disparado a Sharpe desde el tejado del cuartel, estaban encerrados en un almacén vacío. Los barcos de Bampfylde los llevarían a las horribles prisiones del Támesis o a la nueva cárcel de piedra, que los prisioneros franceses habían construido en las salvajes regiones de Dartmoor.

Los demás prisioneros estaban encerrados en el almacén de bebidas que Bampfylde había ordenado vaciar de brandy y vino. Metieron a treinta hombres en un espacio en el que no cabían más de doce. Eran los americanos.

—¡Al menos dicen que son americanos! —Bampfylde, descalzo y con los pies apoyados en una caja de municiones, estaba sentado frente a un fuego que se había encendido en los antiguos aposentos de Lassan—. ¡Pero seguro que la mitad de ellos son desertores nuestros!

—Ciertamente, señor.

El teniente Ford sabía que los barcos americanos, tanto los de la marina como los

demás, estaban llenos de marineros que habían huido de la férrea disciplina de la Armada Real.

—Así que ajustemos las cuentas uno por uno. —Bampfylde hizo una pausa y dio un mordisco en un muslo de pollo que debía formar parte de la cena de Henri Lissan. Dejó el hueso limpio y luego lo lanzó al fuego—. Hable con ellos, teniente. Utilice a dos contraмаestres de confianza, ¿me entiende?

—Ajá, señor. —Ford lo entendía perfectamente.

—Al que le parezca a usted que es un desertor, póngalo en una habitación separada. Los verdaderos americanos pueden regresar al almacén.

—Ajá, señor.

Bampfylde se echó más vino. Debía de ser un vino joven pero era muy, muy esperanzados Hizo una nota mental para que llevaran todas las cajas al *Vengeance*. También había encontrado algunas copas de cristal, grabadas con un escudo de armas, que quedarían muy bien en su casa de Hampshire.

—¿Cree usted que estoy siendo exigente con los prisioneros americanos, Ford?

Ford así lo creía.

—Los van a ahorcar a todos, señor.

—Cierto, pero es importante que sean ahorcados de la manera apropiada. ¿Verdad que no podemos castigar a latigazos a un pirata? ¡Eso sería de lo más grosero! —Bampfylde se echó a reír.

Los tripulantes del *Thuella* sospechosos de ser marinos británicos y desertores se enfrentarían al peor de los destinos. Los colocarían en el bote de un barco y se les pasaría remando por todos los barcos al mando de Bampfylde. Delante de cada barco, bajo la mirada de las tripulaciones, los azotarían con el látigo de nueve colas, como aviso visible y sangriento del precio que había de pagar un desertor. Las correas llenas de nudos les desollarían la piel y la carne hasta dejarles los huesos al descubierto, pero esperarían a que volvieran a recuperar el conocimiento antes de colgarlos del peñol del *Vengeance*. A los otros, a los americanos, los ahorcarían en tierra, sin azotes, como vulgares piratas.

El teniente Ford estaba dubitativo.

—El capitán Frederickson, señor... —empezó algo nervioso.

—Frederickson. —Bampfylde frunció el ceño—. ¿Es el tipo con la cara de pordiozero, no?

—Cierto, señor. Dijo que eran sus prisioneros. Que les había garantizado un trato honroso.

Bampfylde se echó a reír.

—Tal vez cree que hay que colgarlos con una cuerda de seda. ¡Son piratas, Ford, piratas! Eso los convierte en asunto de la marina y le pedirá al capitán Frederickson que se guarde sus opiniones. —Bampfylde sonrió a su teniente para darle seguridad

—. Hablaré con el oficial americano yo mismo. Envíeme mi gabarrero, ¿eh?

La captura de Cornelius Killick le había proporcionado al capitán Bampfylde un gran placer. Los marinos americanos habían tomado el pelo a la Armada Real; habían ganado los combates barco contra barco con asquerosa facilidad y hombres como Killick se habían convertido en héroes populares para sus compatriotas. La noticia de su captura y de su muerte ignominiosa enseñaría a los republicanos que Gran Bretaña podía devolver los azotes si quería. Bampfylde sabía que sus Señorías del Almirantazgo se sentirían bien satisfechos con esta noticia. No eran muchos los enemigos que desafiaran a Gran Bretaña en los mares y la caída de uno solo, aunque éste fuera un pirata común, sería una victoria inusitada en aquellos días.

—Yo no soy un pirata —dijo Cornelius Killick cuando lo llevaron en presencia de Bampfylde.

Una divertida ironía se reflejó en el rostro carnosos de Bampfylde.

—Es usted un común y vulgar pirata, Killick, un criminal y como tal será colgado.

—Llevo la patente de corso de mi gobierno y bien lo sabe usted.

A Killick, al igual que al teniente Docherty, lo habían desposeído de su espada y tenía las manos atadas a la espalda. El americano estaba helado de frío, furioso e indefenso.

—¿Dónde están sus patentes de corso? —preguntó Bampfylde mirando inocentemente a Killick.

—Las tengo yo, señor.

El contramaestre de Bampfylde extrajo un grueso pliego de papeles que Killick llevaba en una bolsa impermeable en su cinturón. Bampfylde tomó los papeles, los desplegó y los leyó con escaso interés. El gobierno de Estados Unidos, de acuerdo con las leyes habituales, daba permiso al capitán Cornelius Killick para hacer la guerra a los enemigos de la República allí donde los encontrara y hacía extensible al capitán Killick toda la protección del gobierno de Estados Unidos.

—Yo no veo patentes de corso.

Bampfylde echó el documento al fuego.

—Cabrón.

Killick, como cualquier pirata, sabía que tales cartas ofrecían poca protección, pero a ningún capitán le gustaba perder sus papeles.

Bampfylde se echó a reír. Echó un vistazo a los otros papeles que eran los certificados de ciudadanía americana de los tripulantes del *Thuella*.

—¿Un nombre caprichoso para un barco pirata, *Thuella*?

—Es griego —dijo Killick desdeñoso— y significa «nube de tormenta».

—¡Un americano educado en los clásicos! —exclamó Bampfylde con burla—. ¡Qué milagros nos trae esta nueva centuria!

El contraamaestre de Bampfylde, el hombre que gobernaba la gabarra privada del capitán, le dio un codazo al teniente Docherty en las costillas.

—Éste no es americano, señor, es irlandés.

—¡Un irlandés! —sonrió Bampfylde—. ¿En rebeldía contra su propio rey, no?

—Soy ciudadano americano —dijo Docherty.

—Ya no —dijo Bampfylde y tiró todos los certificados al fuego donde produjeron una gran llamarada y luego se arrugaron—. Me huele usted a tufo irlandés. —Bampfylde volvió a mirar a Killick—. ¿Así pues, dónde está el *Thuella*?

—Ya se lo dije.

Bampfylde no sabía si creerse la historia de Killick de que el *Thuella* estaba varado, desaparejado e inservible, pero mañana los bergantines irían a registrar la albufera de Arcachon para asegurarse. Bampfylde también esperaba que al resto de la tripulación pirata se le diera caza y se les pudiera llevar ante la justicia.

—¿Cuántos hombres de su tripulación son súbditos británicos? —le preguntó a Killick.

—Ninguno —contestó amenazante. Un tercio de sus hombres había servido en la Armada Real y Killick sabía bien qué destino aciago les esperaba si eran descubiertos.

—Ni uno.

Bampfylde sacó un cigarro, lo cortó y luego tendió hacia el fuego un trozo de papel retorcido hecho con una página arrancada del libro *Ensayos* de Montaigne perteneciente a Lassan.

—Los vamos a colgar a todos, Killick, a todos. Podría alegar que todos ustedes son desertores, ¡incluso usted! —Se encendió el cigarro y luego dejó caer el papel encendido—. ¿Quiere que lo azotemos, Killick? ¿O prefiere decirme la verdad?

Killick, cuyo cigarro le había sido arrebatado por un soldado, observaba con envidia al capitán británico que daba una calada en el tabaco encendido.

—A la mierda, señor.

Había siete gabarreros, todos preferidos de su capitán y todos robustecidos por el tiempo pasado en los remos. También eran veteranos de incontables reyertas en tabernas portuarias y de las luchas que habían ganado cuando formaban parte de una patrulla de enganche, y dos hombres maniatados, por fuertes que fueran, no estaban a su altura.

Bampfylde observaba impasible. Para él, estos dos americanos eran unos piratas, pura y simplemente, que no llevaban un uniforme conocido y cuyo destino le traía tan sin cuidado como el de las ratas del *Vengeance*. Permitted que sus hombres les pegaran, observó cómo sangraban por los labios y las narices rotas y hasta que ambos hombres no estuvieron en el suelo con los rostros ensangrentados y las costillas magulladas no levantó la mano para detener la violencia.

—¿Cuántos de sus hombres, Killick, son desertores?

Antes de que Killick pudiera responder se abrió la puerta. Allí de pie y mostrando furia en su rostro estaba el capitán William Frederickson.

—¡Señor!

Bampfylde se giró en su silla y frunció el ceño a causa de la interrupción. No le importaba que el fusilero fuera testigo de la paliza, pero lo que ofendía a Bampfylde era que el hombre no hubiera tenido la mínima cortesía de llamar a la puerta.

—¿Es usted Frederickson, no? ¿Puede esperar?

Resultaba evidente que Frederickson hacía grandes esfuerzos por controlarse. Tragó saliva, se puso en posición de firmes y procuró que su rostro reflejara cortesía.

—Le he dado al capitán Killick mi palabra de caballero de que sería tratado con respeto y honor. Exijo que se cumpla con ello.

Bampfylde estaba realmente asombrado ante la protesta.

—¡Son piratas, capitán!

—He dado mi palabra —afirmó Frederickson con tozudez.

—Entonces yo, como superior, la he rescindido. —De repente la voz de Bampfylde se teñía de ira ante la impertinencia del soldado—. Son piratas y por la mañana colgarán del cadalso. Ésta es mi decisión, capitán Frederickson, mía, y si dice usted una palabra más al respecto, sólo una, entonces por Dios que lo pondré bajo arresto como ellos. ¡Ahora váyase!

Frederickson se quedó mirando a Bampfylde. Por un momento estuvo tentado de amenazar a Bampfylde con cumplir con sus palabras, luego, sin decir nada, se giró y salió de la estancia.

Bampfylde sonrió.

—Cierre la puerta, contramaestre. Bien ¿dónde estábamos, caballeros?

En el patio del fuerte, los carpinteros de la *Scylla* aporreaban unos clavos de seis pulgadas en unas vigas que, cuando el trabajo hubiera acabado, se levantarían para hacer un cadalso para que por la mañana Cornelius Killick, en lugar de bailar con la marina, bailara colgado de una cuerda.

Thomas Taylor, el fusilero de Tennessee que había cumplido con su deber sin murmurar ni protestar, detuvo al capitán Frederickson cerca de los afanosos carpinteros.

—¿Señor?

—Se detendrá, Taylor, se lo prometo.

Taylor, satisfecho al ver la ira en el rostro del capitán, se apartó. El aire que envolvía el fuerte era fantasmagórico, con una neblina que empañaba las estrellas y que helaba el rostro lleno de cicatrices de Frederickson. Había visto reflejada su propia ira en los ojos de Taylor y sabía que aquella noche se habían estrechado lazos de lealtad. «Se detendrá», se volvió a prometer, y luego fue a despertar a Sharpe.

Sharpe se despertó luchando en un sueño en el que veía a su mujer como un esqueleto con carne podrida presidiendo una merienda. Buscó a tientas su espada, se estremeció con una punzada de dolor en su cabeza vendada y luego reconoció la cara con el parche bajo la luz que llevaba Frederickson.

—¿Ya ha amanecido? —preguntó Sharpe.

—No, señor. Pero los están matando a palos, señor.

Sharpe se incorporó, Hacía un frío de demonios en la estancia.

—¿Que hacen qué?

—A los americanos.

Frederickson le explicó que a los marineros los llevaban a rastras en presencia de Ford, mientras que a los oficiales los recibía el capitán Bampfylde. El fusilero Taylor había despertado a Frederickson con la noticia y ahora Frederickson despertaba a Sharpe.

—Ya han encontrado a dos desertores.

Sharpe emitió un gruñido, la cabeza le iba a reventar de dolor.

—A los desertores los tendrán que ahorcar.

Su tono mostraba que tales hombres no merecían otra cosa.

Frederickson asintió con la cabeza.

—Pero yo le di mi palabra a Killick de que sería tratado como un caballero. Al pobre diablo están casi matándolo. Y los van a colgar a todos, dice Bampfylde, desertores o no.

—Oh, Dios. —Sharpe se calzó las botas, sin preocuparse de meter los pantalones por dentro. Se puso la chaqueta y se levantó—. Cabrón de Bampfylde.

—La página nueve, párrafo primero del Reglamento Real resultaría más apropiado, señor.

—¿Qué? —preguntó Sharpe, frunciendo el ceño.

—«Los capitanes a quienes se haya otorgado —citó Frederickson— el mando de barcos o navíos que no sean puesto, tendrán sólo el rango de comandantes mientras estén al mando de tales naves.»

Sharpe se abrochó la chaqueta y luego la hebilla, con forma de serpiente, del cinturón.

—¿Cómo diablos sabe usted eso?

—Me preocupé de mirar las páginas al respecto antes de partir, señor.

—Dios. ¡Lo tenía que haber hecho yo! —Sharpe agarró el chacó, se lo puso y lo condujo escaleras abajo—. ¡Pero está al mando del *Vengeance*! ¡Le otorga el rango y lo convierte en coronel!

—Pero no está a bordo —dijo Frederickson persuasivamente— y el *Vengeance* está a media milla mar adentro. Si está al mando de algo es de la *Scylla* y las fragatas

no son puestos.

Sharpe se encogió de hombros. Aquellas sutilezas resultaban dudosas a la hora de quitarle el mando a Bampfylde.

Frederickson bajaba con estrépito detrás de Sharpe.

—¿Y me permite que le recuerde el siguiente párrafo?

—Lo va a hacer igualmente.

Sharpe abrió una puerta de un empujón y penetró en la frialdad del patio. El aire le punzaba en las mejillas y le llenó los ojos de lágrimas.

—«Nada en este reglamento autoriza a ningún oficial de tierra a mandar ninguna de las escuadras o barcos de Su Majestad, ni a ningún oficial de marina a mandar en tierra». —Frederickson hizo una pausa, levantó los talones y golpeó los adoquines helados—. Tierra, señor.

Sharpe se quedó mirando a Frederickson. Los golpes de los carpinteros eran como pequeños cañones tronando y le producían mayor dolor de cabeza.

—Me importa un carajo, William, si ahorcan a Killick. De todas maneras los malditos americanos no deberían meterse en esta guerra de mierda y me importa un bledo si los colgamos a todos. ¿Pero usted ha dado su palabra?

—Así es, señor.

—Sí que me importa que se cumpla con su palabra.

Sharpe no se molestó en llamar a la puerta de Bampfylde, le dio una patada y el chasquido de la madera al girar y golpear contra la pared hizo que el capitán Bampfylde saltara alarmado.

Esta vez eran dos los oficiales de fusileros, ambos llenos de cicatrices, ambos con los rostros más duros que las culatas de un fusil y ambos mostraban una rabia que helaba la estancia calentada por el fuego.

Sharpe no hizo caso de Bampfylde. Atravesó la estancia y se inclinó hacia los hombres que estaban en el suelo y que habían recibido todavía más puñetazos y patadas desde que Frederickson se había ido. Sharpe se enderezó y miró al contramaestre.

—Desátelos.

—Comandante Sharpe... —empezó a decir Bampfylde, pero Sharpe se giró hacia él.

—¿Me haría el favor, capitán Bampfylde, de no interferir en mi ejercicio de mando en tierra?

Bampfylde lo entendió al instante. Conocía la cita del reglamento y sabía que había perdido la batalla. Pero una batalla no era una campaña.

—Estos hombres son prisioneros de la Armada.

—Estos hombres fueron capturados por el ejército, en tierra, donde luchaban para el ejército imperial francés. —Sharpe iba inventando a medida que hablaba—. Son

prisioneros míos, responsabilidad mía y ¡orden que los suelten!

Esto último iba dirigido al capitán de la gabarra que, asustado por el grito repentino, se inclinó hacia los hombres atados.

El capitán Bampfylde quería a estos americanos, pero quería sobre todo conservar su dignidad. Sabía que en una lucha por la prioridad, una lucha alimentada por interpretaciones legalistas del reglamento, apenas sobreviviría. También sentía un miedo terrible en presencia de aquellos hombres. Bampfylde conocía bien la reputación que tenían Sharpe y Frederickson y sus miradas de rufianes y sus rostros marcados con cicatrices sugerían que ésta no era una batalla que Bampfylde pudiera ganar por la fuerza. Más bien tendría que hacer uso de la sutileza y sabedor de ello, sonrió.

—Discutiremos su destino por la mañana, comandante.

—Por supuesto.

Sharpe, en cierto modo sorprendido por una victoria tan fácil, se giró hacia Frederickson.

—Mande a los otros americanos a un lugar de reclusión apropiado, señor Frederickson. Ponga a sus hombres de guardia. Luego desaloje las cocinas y dígame al sargento Harper que se reúna conmigo allí. Tráigalos —dijo señalando con la cabeza a los oficiales americanos.

En las cocinas, Sharpe le presentó una torpe disculpa.

Cornelius Killick, que estaba partiendo una barra de pan, frunció el ceño ensangrentado.

—¿Disculpa?

—Un oficial le dio su palabra y se ha faltado a ella. Mis disculpas.

Patrick Harper apareció por la puerta de la cocina.

—¿El capitán Frederickson dice que me requiere usted, señor?

—Para hacer de cocinero, sargento. Hay algo de sopa de los gabachos en el fuego.

—Un placer, señor.

Harper, cuya cara ya casi estaba normal y que parecía sorprendentemente recuperado de la cirugía que se había practicado él mismo, echó leña a la cocina. Afortunadamente la estancia estaba caldeada.

—¿Es usted irlandés? —preguntó el teniente Docherty de repente a Harper.

—Así es. De Tangaveane en Donegal y no hay lugar mejor en el mundo. Es sopa de pescado, señor —le dijo a Sharpe.

—¿Tangaveane? —El teniente de rostro delgado se quedó mirando a Harper—. ¿Entonces ha de conocer Cashelnavean?

—¿En la carretera hacia Ballybofey? ¿Donde el antiguo fuerte? —La cara de Harper se llenó de repente de una alegría mágica—. He hecho esa ruta más veces que yo que sé, de verdad.

—Cultivábamos la tierra en las laderas. Antes de que los ingleses nos la quitaran. —Docherty dirigió una mirada amarga y desafiante a Sharpe, pero el oficial inglés estaba apoyado contra la pared, aparentemente ajeno a todo aquello—. Docherty —le dijo Docherty a Harper.

—Harper. Había un Docherty —dijo Harper— que tenía una herrería en Meencrumlin.

—Mi tío.

—Dios salve a Irlanda. —Harper se quedó mirando asombrado al teniente—. ¿Y usted americano? ¿Lo oye, señor? Su tío le apañaba las sartenes a mi madre.

—Ya lo he oído —contestó Sharpe con acritud.

Él estaba pensando que se había arriesgado prácticamente en vano. Había salvado a aquellos hombres durante doce horas, no más, y había veces, pensaba, en que un soldado ha de saber ver cuándo no ha de luchar. Entonces recordó cómo Ducos, el francés, lo había tratado en Burgos y que un oficial francés había puesto en peligro su carrera para salvar a Sharpe por lo que se dio cuenta de que no hubiera podido vivir con su conciencia si hubiera permitido que Bampfylde continuara con la carnicería. Aquéllos podrían ser piratas, probablemente merecían aquella sogá, pero Frederickson se había comprometido. Sharpe se acercó a la mesa.

—¿Cómo van sus heridas?

—He perdido un diente —dijo Killick sonriendo para mostrar el agujero.

—Eso está de moda últimamente —dijo Harper ecuánime.

Sharpe se acercó una botella de vino y golpeó el cuello contra la mesa.

—¿Son piratas?

—Corsarios —dijo Killick con orgullo— y legalmente autorizados.

Frederickson entró temblando a causa del frío que hacía en el patio.

—He puesto al resto de los americanos en el cuartel de la guardia. Los vigila Rossner. —Miró a los americanos sentados—. Lo siento, señor Killick.

—Capitán Killick —dijo Killick sin rencor—, y gracias por lo que han hecho. Ambos. —Alargó un vaso metálico para que le pusieran vino—. Cuando nos cuelguen del extremo de una cuerda diré que no todos los británicos son unos cabrones.

Sharpe le sirvió vino.

—Le vi en San Juan de Luz —dijo.

Killick soltó una risotada que a Sharpe le recordó la forma de mostrar regocijo de Wellington.

—¡Aquel día fue espléndido! —dijo Killick—. ¡Les dimos bien!

Sharpe asintió con la cabeza, recordando la ira de Bampfylde en el comedor, mientras el capitán de marina observaba al americano.

—Así es.

Killick metió la mano en el bolsillo, se dio cuenta de que no tenía cigarrillos y se encogió de hombros.

—¿No hay nada en tiempos de paz que proporcione mayor alegría, no?

Sharpe no contestó y el americano miró a su teniente.

—¿Tal vez deberíamos convertirnos en verdaderos piratas en tiempos de paz, Liam?

—Si vivimos para ello —contestó Docherty mirando con acritud al fusilero.

—Por ser irlandés —le dijo Killick a Sharpe— tiene un sentido de la realidad anormal. ¿Nos van a ahorcar, comandante?

—Les estoy dando de comer —contestó Sharpe eludiendo la respuesta.

—Pero por la mañana —dijo Killick— los marineros nos reclamarán, ¿no?

Sharpe no dijo nada. Patrick Harper, junto al fuego, observaba a Sharpe y aprovechó la ocasión.

—Por la mañana —dijo suavemente— estaremos lejos de aquí, eso es.

Sharpe frunció el ceño porque al sargento le había parecido oportuno interrumpir, sin embargo en realidad había requerido la presencia de Harper porque el buen sentido del enorme irlandés era algo que él valoraba. Las palabras de Harper habían servido para dos cosas: primero, para advertir a los americanos de que los fusileros no podían controlar su destino, y segundo, para decirle a Sharpe que, al menos entre los casacas verdes, colgarlos no estaría bien visto. Los fusileros habían capturado a aquellos americanos, lo habían hecho sin derramamiento de sangre alguno y sentían amargamente que la armada decidiera de forma despótica ejecutar a unos adversarios cuya única falta había sido luchar con esperanzas poco realistas.

Nadie dijo nada. Harper, después de haber puesto su granito de arena, regresó junto al fuego. Docherty miraba la mesa manchada, mientras que Killick, medio sonriendo con su cara magullada, observaba a Sharpe y pensaba que allí había otro oficial inglés que no encajaba con la imagen que ofrecían las hojas informativas americanas.

Frederickson, quieto junto a la puerta, pensaba en lo parecidos que eran Sharpe y el americano. El americano era más joven, pero ambos tenían el mismo rostro duro, pero agraciado, y ambos tenían la misma temeridad en la mirada. Resultaría interesante, decidió Frederickson, ver si hombres tan similares se gustaban o se odiaban.

Sharpe parecía incómodo por el encuentro, como si no supiera qué hacer con un enemigo tan exótico y poco familiar. Se volvió hacia Harper.

—¿No está lista la sopa?

—No, a menos que la quiera fría, señor.

—¿El estómago lleno —dijo Killick— para que pesemos más al colgarnos?

Nadie respondió.

Sharpe pensaba que de mañana, cuando los fusileros hubieran partido, Bampfylde colgaría a aquellos americanos como reses en canal. Diez minutos antes, aquel pensamiento no le había preocupado. Cada día se colgaban hombres y un ahorcamiento era un entretenimiento de primera en cualquier ciudad con una población nutrida. A los piratas siempre se les había colgado y, además, estos americanos eran enemigos. Había razones suficientes, por tanto, para dejar que ahorcaran a la tripulación del *Thuella*.

Sin embargo, deducir esto, en frío, era una cosa, y era algo muy diferente mirar hacia el otro extremo de la mesa y aplicar aquel razonamiento gélido a unos hombres cuya única falta había sido buscar camorra con unos fusileros. Había soldados franceses que se habían hecho mayores en la guerra pero que dudarían a la hora de tenérselas con los casacas verdes, así que ¿había de ser ahorcado un marinero a causa de su optimismo? Además, y aunque Sharpe sabía que ésta no era una objeción razonable, le costaba ver como enemigos a unos hombres que hablaban su misma lengua. Sharpe combatía contra los franceses.

Sin embargo, la ley era la ley, y por la mañana las órdenes que tenía lo llevarían lejos del fuerte y lejos de Cornelius Killick que, abandonado a la merced de Bampfylde, sería ahorcado. Esto, decidió Sharpe, era cierto y por tanto, incapaz de ofrecer ningún consuelo, se echó más vino. Deseaba que Harper se apresurara con la maldita sopa.

Cornelius Killick, que entendía todas las dudas de Sharpe, reflejadas en su mirada preocupada, dijo una única palabra.

—Escuche.

Sharpe miró a Killick a los ojos, pero el americano no dijo nada más.

—¿Bien? —inquirió Sharpe frunciendo el ceño.

Killick sonrió.

—No se oye nada. No hay viento, comandante. No hay ni un soplo de viento ahí fuera, nada más que niebla y escarcha.

—¿Y?

—En mi tierra tenemos un dicho, comandante —el americano miraba sólo a Sharpe—, que si se cuelga a un marinero cuando no sopla el viento, su alma no puede ir al infierno. Así que se queda en la tierra para llevarse a otra vida como venganza. —El americano señaló a Sharpe—. ¿Tal vez su vida, comandante?

Killick no podía haber dicho nada más beneficioso para su causa. Sus palabras hicieron que Sharpe recordara a Jane, temblando a causa del sudor frío de la fiebre, y se dijo, con repentina autocompasión, que si no se la podía salvar, él preferiría coger la fiebre y morir con ella antes que estar en este fuerte frío y cubierto de hielo resbaladizo donde la niebla se enroscaba silenciosa por entre las piedras.

Killick, que observaba el rostro duro atravesado por una cicatriz, percibió que un

escalofrío recorría al fusilero. Intuyó que Docherty estaba a punto de hablar y, para que la situación no se enredara con la hostilidad irlandesa, le dio una patada a su teniente para que callara. Killick sabía que sus palabras habían abierto un rayo de esperanza y quería presionar con esta ventaja y habló con voz suave.

—El hombre que cuelga aun marinero en calma no encuentra la paz.

Sus miradas se cruzaron. Sharpe se preguntaba si las palabras del americano eran ciertas. Sharpe se dijo que era una tontería, una superstición tan infundada como cualquier talismán de los soldados, sin embargo aquel pensamiento había calado en él. Años atrás, habían maldecido a Sharpe, habían enterrado su nombre en una piedra y su primera mujer había muerto a las pocas horas de aquella maldición. Frunció el ceño.

—A los desertores hay que ahorcarlos. Es la ley.

Nadie dijo nada. Harper esperaba que la sopa hirviera y Frederickson estaba apoyado contra la puerta. Docherty se lamió los labios ensangrentados y Killick sonrió.

—Todos mis hombres son ciudadanos de Estados Unidos, comandante. Lo que fueron antes no es asunto suyo, ni de mi presidente ni de la maldita ley. ¡Todos tienen sus papeles de ciudadanía!

Killick no tenía en cuenta que Bampfylde había quemado los certificados.

—¡Dan esos trozos de papel a cualquiera, cualquiera! —dijo Sharpe con tono burlón—. ¡Si un burro pudiera apretar el gatillo lo convertirían en ciudadano de Estados Unidos!

—¿Y qué les dan ustedes a sus voluntarios? —Killick replicaba con el mismo desdén—. ¡Todo el mundo sabe que se perdona a un criminal si se alista en el ejército! ¿Espera usted que seamos más delicados? —Nadie respondió y Killick sonrió—. Y ahora le diré que ninguno de mis hombres desertó de la Armada Real. Algunos tal vez lleven anclas tatuadas, el acento de algunos quizá parezca británico y algunos tal vez tengan cicatrices en la espalda, pero le digo ahora que todos ellos, absolutamente todos, son ciudadanos libres de la República.

Sharpe miró aquellos ojos duros y brillantes.

—¿Me lo dice? ¿O me lo jura?

—Lo juro ante toda maldita Biblia de Massachusetts si me lo exige.

Ello significaba que Killick mentía, pero que mentía para proteger a sus hombres y Sharpe sabía que él mismo diría tal mentira por los suyos.

—Thomas Taylor es americano —observó Frederickson con suavidad—. ¿Le parecería a usted bien que lo colgaran?

Y si los dejaba ir, pensó Sharpe, la armada se quejaría al Almirantazgo y el Almirantazgo iría resoplando a la Guardia Real y la Guardia Real escribiría a Wellington y todos irían a por el comandante Richard Sharpe. Los hombres como

Wigram, los pesados que adoraban los procedimientos adecuados, le pedirían explicaciones y le infligirían un castigo.

Y si no dejaba ir a los americanos, pensó Sharpe, una muchacha podría morir, y cuando él regresara a San Juan de Luz le mostrarían la tierra húmeda y recién cavada de su tumba. En cierto modo, creía, con el fervor de un hombre que se agarraría a cualquier esperanza, que podía comprar la vida de Jane si no colgaba a un marinero en bonanza. Había perdido a una mujer a causa de una maldición; no podía volver a arriesgarse.

Estaba callado. La sopa hervía y Harper la retiró de las llamas. Killick, como si no le importara el desenlace de aquel encuentro, sonrió.

—Una calma total, comandante, y el hielo cubrirá nuestros rostros muertos como una máscara, simplemente porque luchamos como hombres por nuestro país.

—Si yo los dejara marchar —Sharpe hablaba en voz tan baja que incluso en aquella noche silenciosa, Killick y Docherty tuvieron que inclinarse para oírlo—, ¿me daría usted su palabra de ciudadano americano de que ni usted, ni ningún hombre de su tripulación, presente o ausente, empuñarían un arma contra Gran Bretaña durante el resto de esta guerra?

Sharpe esperaba la aceptación inmediata, incluso gratitud, pero el alto americano desconfiaba.

—¿Y si me atacan?

—Entonces corra. —Sharpe esperaba una respuesta que no venía y entonces, para su sorpresa, se encontró suplicando a un hombre que no eligiera que lo ahorcaran—. Yo no puedo impedir que Bampfylde los ahorque, Killick. No tengo poder para ello. No puedo escoltarlo estando en cautividad; estamos a cien millas tras las líneas enemigas. Así que la Armada tiene que sacarlos de aquí y la Armada los colgará, a todos. Pero deme su palabra y los soltaré.

Killick respiró intensamente el primer signo de la tensión que había vivido.

—Tiene mi palabra.

Sharpe miró al irlandés.

—¿Y usted?

Docherty se quedó mirando a Sharpe asombrado.

—¿Nos dejará marchar a todos? ¿A toda la tripulación?

—Eso he dicho.

—¿Y cómo sabemos que...?

Harper de repente habló en gaélico. Fueron palabras breves, ásperas y un misterio para todos los que estaban en la habitación, salvo para él mismo y Docherty. El teniente americano escuchó al enorme irlandés, luego miró a Sharpe con una repentina y anormal humildad.

—Tiene mi palabra.

Cornelius Killick levantó una mano.

—Pero si me atacan, comandante, y no puedo correr, entonces, ¡por Dios que lucharé!

—Pero no lo buscará.

—No lo haré —dijo Killick.

Sharpe, con la cabeza a punto de reventar de dolor, se reclinó. Harper llevó el caldero a la mesa y sirvió sopa en cuatro cuencos. Frederickson se acercó y se sentó, Harper se colocó junto a él y tan sólo Sharpe no comió. Se quedó mirando a Killick y de repente su voz mostró cansancio.

—¿Su barco está hundido?

—Sí —dijo Killick mintiendo.

—Entonces le sugiero que vaya a París. El ministro americano le podrá arreglar el regreso a casa.

—Ciertamente —contestó Killick sonriendo. Se llevó una cucharada de sopa a la boca—. ¿Así pues, comandante?

—Acaben la sopa, recoja a sus hombres y váyanse. Me aseguraré de que no tengan problemas en la puerta. Dejen sus armas, por supuesto, salvo la espada de oficial.

Killick se quedó mirando a Sharpe como si no pudiera creer lo que estaba oyendo.

—¿Nos vamos, sin más?

—Se van, sin más —dijo Sharpe.

Retiró la silla y se dirigió hacia la puerta. Entró en el patio, miró hacia arriba y se aseguró de que la bandera de la Unión, que los marinos habían izado hasta el extremo del asta, pendiera en aquella noche sin viento.

La calma era total, absoluta; ningún viento al que colgar a un marinero y por ello Richard Sharpe dejaría marchar al enemigo y diría que lo hizo por honor, o porque la guerra ya estaba tan cercana al fin que no había necesidad de más muertes o porque sencillamente hacerlo resultaba un placer.

Sintió que los ojos, antes cerrados por la sangre, se le llenaban de lágrimas; luego se dirigió hacia la puerta de entrada para asegurarse de que ningún hombre detendría a la tripulación del *Thuella* cuando se fueran. Su mujer viviría y Sharpe, por primera vez desde que el *Amelie* había zarpado, sintió que él, al igual que los americanos, era libre.

Capítulo 9

«Me place informar a los lores miembros del Almirantazgo —escribió el capitán Horace Bampfylde mientras hacía el borrador del primer parte al secretario del Almirantazgo. Dicho caballero no sólo informaría a los lores de la comisión, sino también al editor de la *Gazeta Naval* que estaba en una posición que le proporcionaría los honores al capitán Bampfylde— de que, juzgando oportuno que sus señorías reciban lo antes posible información de la derrota de las fuerzas francesas en la albufera de Arcachon, en el día de hoy he ordenado zarpar al cúter *Lily* con el presente parte.» El *Lily* estaba esperando fuera.

«Yo había averiguado —la pluma de Bampfylde rechinaba sobre el grueso papel—, a partir de la información de piquetes adelantados, que una fortificación con artillería, parapeto, foso y emplazamientos, en la que había seis piezas de artillería defendidas por mosqueteros, se oponía a la propuesta que yo tenía el honor de hacer.»

Bampfylde había decidido no revelar que el parapeto estaba defendido por marineros americanos, pues la victoria contra tales adversarios no se consideraría tan valiosa como un triunfo contra fuerzas de tierra francesas. Haría que los lores creyeran que se había enfrentado a una parte del ejército de Napoleón y lo había vencido.

Volvió a librar la batalla con tinta y pluma, no como había sucedido en realidad, sino como él estaba convencido de que tenía que haber ocurrido; ciertamente la manera que describía con precisión era lo que Bampfylde creía que hubiera sucedido si el comandante Sharpe no hubiera desobedecido sus órdenes y hubiera asaltado la Teste-de-Buch, en lugar de avanzar tierra adentro. La pluma hizo una pausa y Bampfylde se convenció de que le hacía un favor al comandante Sharpe al no mencionar la desobediencia del fusilero, y aún más, se convenció de que sería mejor, si el nombre de Sharpe no apareciera en absoluto en la descripción de la captura del fuerte. ¿Por qué sacar el tema del incumplimiento de órdenes de un oficial compañero?

«Avanzando con una fila de hombres, al mando del teniente de infantería de marina Fytch —Bampfylde iba resumiendo—, conseguí que el enemigo abriera fuego y así marcara la posición de la batería hábilmente oculta a mi fuerza de flanco, que estaba al mando del capitán Palmer. Los cañones se tomaron a punta de alfanje y espada. Debido a la temeridad y valentía magistral de que hicieron gala los hombres que estaban a mi mando, las pérdidas que sufrimos fueron insignificantes.»

Esto le parecía eminentemente justo a Bampfylde. Después de todo, los cañones los había tomado físicamente la infantería y no parecía necesario mencionar la minucia de que las dotaciones de los cañones ya estaban capturadas. Los cañones eran los cañones y junto con las banderas enemigas eran trofeos valiosos. Con este

pensamiento Bampfylde hizo una pausa. Ya se había apropiado de la bandera tricolor francesa que había ondeado en la Teste-de-Buch, pero su guardamarina no había encontrado la enseña americana. Habría que buscarla con diligencia, pensó Bampfylde, y se volvió a inclinar en sus escritos literarios.

«En aquel momento, la *Scylla*, del capitán Ducan Grant, estaba, por órdenes mías, manteniendo totalmente ocupados los cañones del fuerte con sus principales baterías. Distráidos, los defensores se vieron desconcertados con la repentina aparición, desde el bosque, de mi fuerza de tierra. Cuando lo consideré oportuno, avancé hacia la escalada. Es un gran placer y una inmensa satisfacción para mí dejar constancia a sus señorías del comportamiento tan valiente del teniente Ford, que con la mayor audacia, encabezaba el ataque. Al atravesar dos fosos, dos murallas y el recinto de la posición enemiga, el teniente Ford mostró un auténtico espíritu británico, al igual que la infantería de marina que nos siguió en el asalto.»

Bampfylde frunció el ceño, se preguntaba si no había exagerado un poco, pero era esencial que Ford, que tenía contactos importantes en Londres, se sintiera satisfecho con el parte. A Bampfylde, que seguía frunciendo el ceño, le interesaba que sus señorías se dieran cuenta de que Ford, descrito como tan valiente, estaba en todo momento al lado de Bampfylde y que el elogio tan generosamente descrito se considerara, en realidad, como concerniente al autor.

El capitán Bampfylde no estaba seguro de que el significado estuviera claro, sin embargo sabía que sus señorías eran hombres sutiles y tenía que confiar en su perspicacia. Volvió a repasar sus palabras para comprobar la verdad. Él y Ford en realidad habían atravesado dos fosos y dos murallas, todo ello gracias al puente levadizo que los fusileros de Sharpe habían capturado, pero la palabra «escalada» no haría ningún daño para sugerir una lucha desesperada.

«Atrapados en la retaguardia y con las defensas destrozadas, el enemigo se retiró a las galerías interiores de la fortaleza donde, con fuerza y determinación, la infantería que yo tenía el honor y la alegría de mandar, agotó al enemigo. Éste sufrió una gran carnicería antes de que se aceptara su rendición, con lo cual tuve el privilegio de izar la bandera de Su Majestad en el asta capturada.»

Ciertamente, Bampfylde había ordenado que se izara la bandera y eso daba la impresión de que había estado presente en la captura del fuerte.

Y con toda honestidad, se convenció Bampfylde, él había capturado la Teste-de-Buch. El plan había sido suyo, su ejecución, y, aunque los fusileros indudablemente habían llegado antes al fuerte y tomado posesión de la puerta de entrada y de las murallas, la infantería de marina, al explorar los túneles laberínticos y almacenes, había descubierto a seis artilleros franceses ocultos en una letrina. La existencia de tales hombres probaba que los fusileros no habían tomado posesión de toda la fortaleza y que habían sido los soldados de infantería, al mando de Bampfylde, los

que habían acabado el trabajo. El capitán Bampfylde estaba seguro de que su relato, que no tenía nada de injusto, era un ejemplo de objetividad generosa.

«Entre los prisioneros capturados estaban los hombres del barco corsario americano, *Thuella*, cuya tripulación incluía a algunos desertores de la Armada de Su Majestad.» El capitán Bampfylde se llenó de satisfacción al escribir esta línea. Mañana colgaría a esos hombres. Sharpe se iría y cuando ya se hubiera marchado el capitán Bampfylde mostraría a sus hombres cómo se trataba a la tripulación de un barco corsario.

Llamaron a la puerta. Bampfylde frunció el ceño por la interrupción pero levantó la mirada.

—¡Adelante!

—¿Señor? —Allí estaba el teniente Ford asombrado—. Los están dejando marchar, señor. A los americanos.

—¿Marchar? —inquirió Bampfylde mirando incrédulo a su teniente.

—Sí, marchar, señor. —Ford se encogió de hombros—. Órdenes del comandante Sharpe, señor.

Bampfylde se sintió invadido por un odio tan feroz y profundo que pensó que nunca llegaría a saciar ese sentimiento. Entonces entendió que tenía que intentarlo.

—Espere.

Metió la pluma en la tinta y la plumilla salió envuelta en vitriolo.

«Esos prisioneros, condenados por deserción o piratería, fueron soltados, sin mi conocimiento ni consentimiento, por el comandante Richard Sharpe, de Los Voluntarios del Príncipe de Gales, a quien habíamos conducido hasta la Teste-de-Buch junto con una pequeña fuerza, para operaciones en el interior. Todavía, con todos los deberes apremiantes que ha provocado esta victoria y ocupado en hacer partícipe de los premios que se extenderán a las naves de Su Majestad mañana, no he tenido la ocasión ni el tiempo de exigir al comandante Sharpe los motivos de esta... —Bampfylde hizo una pausa, luego se abalanzó— traición.» Pero estén seguros de que tales razones se investigarán y se comunicarán a sus Señorías, por su más humilde y obediente servidor, Horace Bampfylde.

Enarenó el informe, lo dobló y luego lo selló. Ford lo envolvería en papel encerado, luego lo llevaría al *Lily* a la espera de los vientos que llevarían el mensaje a Londres para mayor gloria de Horace Bampfylde y para la merecida condena del comandante Richard Sharpe.

La neblina se espesaba lentamente, al igual que el hielo se espesaba en las marismas. No hacía viento cuando el amanecer plateaba la albufera de Arcachon y cuando Cornelius Killick, con sus hombres, acababan su avance helado hacia el pueblo de Gujan donde estaba varado el *Thuella*.

Liam Docherty estaba asombrado por los acontecimientos de la noche. Primero, un inglés le había salvado la vida, luego, cuando se iba del fuerte, un fusilero con rostro salvaje le había lanzado un fardo a las manos. Ese bulto resultó ser la bandera del *Thuella* y, para Docherty, una prueba más de que alguna fuerza sobrenatural le había dado protección a la tripulación del *Thuella* en aquella noche fría y tranquila.

Cornelius Killick se tomó su liberación con mayor cautela, como si supiera que su tiempo en aquella tierra todavía no hubiera terminado.

—Nunca ha habido dicho alguno, Liam, de que colgar a un marinero cuando no hay viento pudiera traer venganza. Pero parecía una tentativa que valía la pena, ¿eh? —Se echó a reír—. ¡Y funcionó! —Levantó la vista hacia su goleta varada, sabiendo que se necesitaban días de trabajo antes de que se pudiera poner a flote—. Lo apañaremos con la madera de olmo y que sea lo que Dios quiera.

—Al menos los cabrones no nos encontrarán entre la neblina —dijo Docherty con optimismo.

—Si no se levanta viento.

Killick se quedó mirando por encima del saladar que había al otro lado de la cala y vio que la blancura lentamente progresiva se iba espesando hasta convertirse en un velo vaporoso que podría ser la salvación de su goleta.

—Pero si le prendemos fuego —dijo lentamente— los británicos no podrán.

—¿Prenderle fuego? —inquirió Docherty horrorizado.

—Baje los masteleros. Saquen el bauprés. Que parezca un casco, Liam. —Killick, a pesar de no haber dormido, estaba invadido de repente de una energía terrible—. Luego, prenda fuegos de humo en la bodega. —Se quedó mirando el elegante bulto que era el casco volcado—. Dele brea. Que parezca abandonada, quemada y destrozada.

De este modo, si los británicos veían un casco sin mástil, volcado y rezumando humo creerían que el *Thuella* no se podría recuperar. No sabrían que unos hombres se ocupaban con cuidado de mantener humo en los fuegos o que los masteleros, los cañones y las velas estaban a salvo en tierra.

—¡Hágalo, Liam! ¡Ahora, rápido!

Killick sonrió burlonamente a sus hombres y la esperanza les invadió, luego se dirigió a la pequeña taberna donde el comandante Henri Lissan, empapado y desconsolado, se acurrucaba ante un fuego.

—¿No se va a quedar con nosotros, Henri?

Lissan se preguntaba qué destino le esperaba a su pequeña y valiosa biblioteca. Sin duda la quemarían. Los británicos, desde la perspectiva pesimista de Lissan, eran totalmente capaces de quemar libros y resultaba de lo más sorprendente que hubieran soltado a los americanos.

—¿Cómo se llamaba el oficial?

—Sharpe.

Killick, con alivio, había encontrado algunos de sus cigarros entre el equipaje almacenado en Gujan. Encendió uno y comprobó que la bruma se espesaba y se convertía en niebla.

—¿Sharpe? —inquirió Lissan, frunciendo el ceño—. ¿Un fusilero?

—Casaca verde, en cualquier caso.

Killick observaba cómo Lissan garabateaba en una libretita. El oficial francés, que había hecho un alto en Gujan para descansar en su viaje hacia el este, quería saber todo lo que Killick pudiera decirle respecto a la fuerza británica y el americano consideró la petición, y decidió que dar esa información no rompía la promesa que le había hecho a Sharpe.

—¿Tiene importancia quién sea?

—Si es el hombre que yo creo, sí. —Parecía que Lissan estaba abatido por su derrota—. Ha conocido usted a uno de sus soldados más famosos.

—Él ha conocido a uno de los marinos más famosos de América —dijo Killick, contento.

Se preguntaba si esa calma anormal presagiaba tormenta. Vio que el lápiz de Lissan se detenía y suspiró.

—Déjeme pensar. Yo calculo que unos cien fusileros, tal vez algunos más.

—¿Infantería de marina? —preguntó Lissan.

—Al menos un centenar —dijo Killick encogiéndose de hombros.

Lissan miró por la ventana, vio la niebla y se dio cuenta de que había de encontrar un caballo, cualquier caballo, y llevar esas informaciones a los que pudieran hacer buen uso de ellas. Los británicos habían llegado, habían conseguido su victoria, pero todavía no se habían ido de Arcachon, así que Lissan iría a Burdeos y allí buscaría a los hombres que pudieran organizar la venganza contra un fusilero.

La niebla se retorció por entre las murallas bajas de la Teste-de-Buch y las defensas quedaban totalmente oscurecidas desde el patio donde Sharpe, al amanecer, hacía formar a sus fusileros.

—No es que esté muy satisfecho con usted —dijo indeciso el capitán Palmer.

Sharpe replicó brevemente dando su opinión respecto al capitán Bampfylde y el duro soldado de infantería sonrió.

—He de entregarle esto —dijo Palmer entregando a Sharpe un documento sellado.

Sharpe supuso que el papel era una protesta o represión por parte de Bampfylde, pero simplemente era un recordatorio de que el comandante Sharpe había de estar de regreso en la Teste-de-Buch el mediodía del jueves. No había duda de que Bampfylde no quería enfrentarse a Sharpe en persona y a Sharpe no le importaba. Le dolía la

cabeza, algunas veces sentía como una cuchillada de terrible dolor y no estaba de buen humor.

—Nosotros vamos con usted —dijo el capitán Palmer.

Había cincuenta soldados de infantería formados. También tenía dos de los arzones capturados, cada uno de ellos enganchado tras un par de caballos de carga que habían descubierto en el prado cercano al pueblo y que llevaban las mochilas y los víveres de los soldados de infantería de marina.

—Los hombres no están acostumbrados a la marcha —explicó Palmer.

—¿Viene usted con nosotros? —preguntó Sharpe sorprendido.

Palmer negó con la cabeza.

—Se supone que vamos a la caza de los americanos.

—Si tienen algo en la cabeza —dijo Sharpe—, estarán bien lejos.

La puerta del fuerte chirrió al abrirse, las botas resonaron sobre el adoquinado y la reducida fuerza que tenía que cortar la ruta de aprovisionamiento se puso en marcha entre la fría blancura de la niebla. Si su mapa estaba bien, Sharpe calculaba que les esperaba todo un día de marcha. Primero seguiría la carretera principal, guiándose por los surcos bajo la niebla cegadora, hasta el puente que había en un pueblo llamado Factice. Allí girarían en dirección sudeste y seguirían el río Leire hasta alcanzar la ruta de aprovisionamiento. Un día en la carretera para provocar el caos que pudiera y luego un día de vuelta.

Una vez más los fusileros dejaron atrás a la infantería de marina. Poco a poco el ruido de los tirantes de los caballos fue quedando atrás y los hombres de Sharpe avanzaban en medio de una niebla húmeda, blanda y pegajosa como si estuvieran atravesando una nube silenciosa.

No se movía nada en Arcachon. La niebla casi oscurecía las construcciones, las contraventanas permanecían cerradas, pero el camino llevaba directo a la plaza del mercado.

—Quiero darle las gracias —dijo Frederickson— por las acciones de la pasada noche.

Sharpe llevaba rato perdido en ese dolor privado que le proporcionaba su cabeza. Tuvo que ponerse a recordar los acontecimientos de la noche, luego se encogió de hombros.

—De nada.

—Dudo que Bampfylde considere que no es nada.

Sharpe respondió con una sonrisa respetuosa. Una punzada de dolor hizo que se estremeciera.

Frederickson percibió el estremecimiento.

—¿Está usted bien, señor?

—Estoy bien —dijo cortante.

Frederickson avanzó unos pasos en silencio.

—Dudo que el capitán Palmer encuentre a los fugitivos con esta niebla —dijo con el tono de quien quiere claramente cambiar de tema.

—Bampfylde tiene los quechemarines —dijo Sharpe—, ¿qué diablos quiere?

—Quiere la goleta americana como premio en metálico. ¿Ha conocido a algún capitán de marina que no quisiera un premio en metálico? —preguntó Frederickson con desdén—. Los de la marina libran una batalla y se pasan los diez años siguientes litigando por el reparto del botín. ¡La Armada ha hecho que la abogacía se haga rica!

Era una antigua queja del ejército. Un capitán de marina podía hacerse rico con la captura de un mercante enemigo desarmado, mientras que un soldado libraba una veintena de combates terribles y no veía nunca ni una moneda por muchos almacenes que capturara. Sharpe no podía quejarse mucho, pues Harper y él se habían hecho ricos gracias al campo de batalla, pero persistía la costumbre envidiosa de los soldados veteranos de despreciar a la Armada por legalizar el robo. El ejército también premiaba en metálico; una silla de montar, conseguida en una batalla, reportaba tres chelines y nueve peniques, pero tal suma repartida entre una compañía de infantería no hacía rico a ningún hombre, ni hacía engordar a los abogados. Sharpe sonrió forzado y alimentó el resentimiento de Frederickson.

—No debe usted ser grosero con la Armada, William; ellos son los héroes, ¿lo recuerda?

—Malditos.

Frederickson, como el resto del ejército se tomaba a mal que la Armada recibiera tantas aclamaciones en Gran Bretaña, mientras que el ejército era despreciado. La queja celosa, tan bien practicada y reconfortante, mantuvo a Frederickson voluble durante toda la marcha de la mañana.

Por la tarde, los fusileros se alejaron de la niebla que quedó tras ellos como una gran nube sobre la albufera de Arcachon. Volutas de neblina, como escoltas del banco de niebla, seguían elevándose sobre el paisaje llano y pantanoso y al otro lado la carretera se deslizaban por un terraplén.

Patos silbadores, cercetas y agachadizas levantaban el vuelo y se alejaban de los hombres que avanzaban. Harper, que amaba los pájaros, los observaba, aunque no tan de cerca como para no ver la cuerda retorcida de una trampa para anguilas. Había dos anguilas dentro que cortaron con la espada de una bayoneta y las repartieron entre los fusileros.

Hacía frío, pero la marcha los calentaba. Al final de la tarde, vieron dos pueblecitos y llegaron a un puente de tablones podridos sobre un pobre riachuelo.

—Supongo que esto debe ser Factice —dijo Sharpe observando el mapa—. Sabe Dios.

Envió al teniente Minver con seis hombres a descubrir los nombres de los pueblos

más cercanos y con ellos una bolsa de francos franceses de plata para comprar la comida que pudieran proporcionar los aldeanos. Las monedas de diez francos de plata eran falsas, hechas por orden de Wellington por falsificadores reclutados entre las filas del ejército. Wellington insistía en que todas las provisiones de Francia se pagaran con monedas buenas, pero los campesinos franceses no querían la plata española, sólo la francesa, así que había hecho fundir una y hacer la otra. El contenido en plata era bueno, las monedas no se distinguían de las que estaban acuñadas en París y todo el mundo quedaba contento.

—Son tremendamente pobres, señor. —Minver regresó con cinco barras de pan, tres anguilas y un cesto de lentejas—. Y éste es el río Leire, señor.

—¿Carne, no?

Frederickson estaba indignado. Cada fusilero llevaba en la mochila raciones de carne de buey secada para tres días, pero Sharpe sabía que a Frederickson le gustaba mucho el cerdo.

—Carne no —dijo Minver—. A menos que la escondan.

—Por supuesto que la esconden —dijo Frederickson mordazmente—. ¿Quiere que vaya yo, señor? —preguntó mirando deseoso a Sharpe.

—No. —Sharpe miraba el camino que habían hecho y, a lo lejos, apareció un grupo de chaquetas rojas. Tenía frío, le dolía la cabeza muchísimo y ahora tenía a la infantería de marina detrás—. ¡Maldita sea!

—Esperaba que estuviera usted aquí, señor —dijo Palmer saludando a Sharpe.

—¿Esperaba?

—Si Killick se ha ido tierra adentro, lo cual parece probable, lo mejor es que le sigamos a usted. O que vayamos con usted —añadió Palmer sonriendo burlesco.

Sharpe se dio cuenta de que el capitán no había tenido la intención de perseguir a Killick, sino que tan sólo quería formar parte de la expedición de Sharpe. Tender una emboscada en una carretera principal de Francia era para el capitán Palmer un bocado de auténtico soldado, mientras que perseguir a un puñado de fugitivos casi sin armas, por una zona pantanosa y fría, era simplemente una pérdida de tiempo. El teniente de Palmer, un joven delgado llamado Fytch, rondaba junto a sus superiores para poder escuchar la decisión de Sharpe.

—¿He de suponer, capitán —dijo Sharpe con cuidado—, que le han dado carta blanca respecto a la búsqueda del capitán Killick?

—Ciertamente, señor. Me dijeron que no regresara hasta que no encontrara al sinvergüenza. En cualquier caso, hasta el jueves.

—Entonces no puedo impedir que me acompañe, ¿no? —Cincuenta mosquetes resultarían terriblemente útiles, siempre que la infantería pudiera seguir el paso de los fusileros—. Avanzamos hacia allí.

Sharpe señaló en dirección sudeste hacia las húmedas praderas que bordeaban el

Leire.

—Sí, señor —asintió Palmer.

Avanzaron, y si no hubiera sido por el dolor de cabeza punzante y perforador, Sharpe se hubiera sentido un hombre feliz. Durante tres días era libre para causar confusión, para llevar la guerra, que los franceses habían extendido por toda Europa, hacia el corazón de la mismísima Francia. Interrogaría respetuosamente a sus prisioneros, pero Sharpe ya sabía que no recomendaría un avance hacia Burdeos y, si De Maquerre regresaba con tal consejo, Sharpe, como oficial superior en tierra, prohibiría aquella locura. Se sentía aliviado, se sentía libre, era un soldado al que habían desatado para librar su propia guerra; con ese fin y reforzado por cincuenta soldados de infantería con los pies llagados, avanzó hacia el sudeste para tender una emboscada.

—Yo esperaba una respuesta a mi carta —dijo Ducos—, no esperaba en absoluto que viniera en persona.

El conde de Maquerre estaba helado de frío. Había cabalgado a través de los helados pantanos y por las colinas bajas pero llenas de viñedos donde el viento era cortante como una hoja de hielo; y todo para ser recibido de aquella manera en una estancia espaciosa que iluminaban seis velas sobre una mesa de malaquita.

—La noticia que traigo es demasiado importante para enviarla por carta.

—¿De qué se trata?

—Un desembarco. —De Maquerre se puso en cuclillas junto al fuego y colocó sus delgadas manos cerca de las pequeñas llamas—. En Arcachon. El fuerte probablemente ya haya sido tomado y van a embarcar a más hombres en dirección al norte la próxima semana. —Se dio la vuelta para observar el rostro delgado de Ducos—. Entonces marcharán sobre Burdeos.

—¿Ahora? ¿Con este tiempo?

Ducos señaló hacia la ventana sin cortinas, contra cuyo negro cristal el viento lanzaba una lluvia helada. Aquella misma mañana Ducos había encontrado tres gorriones muertos de frío en el balcón de su alojamiento.

—¡Nadie es capaz de desembarcar con este tiempo!

—Ya han desembarcado —dijo De Maquerre—. Yo iba con ellos. Y una vez ocupen la albufera de Arcachon tendrán aguas tranquilas para desembarcar una fuerza mayor.

El conde intentaba avivar las brasas brillantes, para conseguir unas llamas más fieras, entonces relató que se suponía que había de regresar junto a Bampfylde con noticias que alentaran los planes británicos.

—Si les digo que la ciudad se rebelará, entonces enviarán sus tropas hacia el norte.

—¿Cuántas?

—La Primera División.

Ducos recortó la mecha de una vela humeante.

—¿Cómo sabe todo esto?

—Gracias a un hombre llamado Wigram, un coronel...

—... del mando de la Primera División Británica.

Los conocimientos que tenía Ducos del enemigo eran enciclopédicos y a él le encantaba demostrarlo.

—Un hombre meticuloso.

—Ciertamente —De Maquerre tembló con violencia—, y un hombre que ofrecería indiscreciones por tener una compañía aristocrática. ¡Incluso un aristócrata francés! —De Maquerre se echó a reír y luego se volvió hacia la mesa—. Hogan está enfermo.

—¿Mucho? —El interés de Ducos iba en aumento.

—Morirá.

—Bien, bien.

Pierre Ducos observaba sus mapas. Había conseguido la respuesta que había buscado con tanta desesperación, pero, como un hombre al que le han presentado un regalo de precio incalculable, empezó a dudar de la generosidad del que se lo ofrecía. Supongamos que la noticia se la hubieran colado a De Maquerre como engaño. Supongamos, después de todo, que los británicos planearan un puente que atravesara el Adour, pero quisieran que los franceses concentraran sus tropas en Arcachon. O supongamos que la fuerza invasora llegara a tierra por la boca del Gironda. La respuesta no le había proporcionado alivio, sino más dudas.

—¿Cuántas tropas están ya en tierra?

—Tres compañías de infantería de marina, dos de fusileros.

—¡Eso es todo! —soltó Ducos.

—Creen que es suficiente —dijo De Maquerre—. Planean tomar la fortaleza y luego tender una emboscada en la carretera principal.

—Ambiciosos ellos —dijo Ducos en voz baja.

—Tienen a un cabrón ambicioso que lo hace. —De Maquerre dijo con saña—. Un verdadero cabrón. Sería un placer enterrarlo.

—¿Quién?

Ducos hizo la pregunta por cortesía. Su atención se fijaba en el mapa donde su dedo iba siguiendo la línea delgada que era el curso del río Leyre. Si planeaban tal emboscada entonces tendría lugar en el tramo de ruta más cercano al lugar donde habían desembarcado los británicos.

—Comandante Richard Sharpe, de los Voluntarios del Príncipe de Gales. Es realmente un fusilero. Sabe Dios por qué lucha en un batallón de línea.

—¿Sharpe?

Algo en la voz de Ducos hizo que De Maquerre se girara.

—Sharpe.

El rostro de Ducos mostró un espasmo, se retorció de odio y desapareció con la misma rapidez que había aparecido, pero resultó sin embargo una rara muestra del auténtico hombre que se escondía tras la máscara de prudencia.

Richard Sharpe. El hombre que se había burlado de Ducos, que una vez le había roto las lentes y que había destrozado todos sus cuidadosos planes en España.

Sharpe. Un bruto, un bárbaro salvaje cuya espada le había desmontado tantas intrigas elaboradas y elegantes. Sharpe, a quien Ducos había abandonado a su suerte en el castillo de Burgos y que había llenado una pequeña habitación con sangre, de la que Ducos había huido horrorizado. Sharpe.

—¿Lo conoce? —preguntó De Maquerre dubitativo.

¿Conocerlo? ¿Que si Ducos conocía a Sharpe? Si Pierre Ducos fuera un hombre supersticioso, y él se enorgullecía de no serlo, hubiera creído que Sharpe era su demonio personal. ¿Cómo si no surgía ese fusilero tan a menudo para arruinarle los planes?

Pues Ducos era un hombre que trazaba los planes con gran cuidado, casi matemáticamente. Era un soldado cuyo rango no estaba en relación con su responsabilidad, un hombre reservado que tiraba de los hilos de la política y del ejército, de la policía y del espionaje, todo ello para la gloria del Emperador. Ahora en Burdeos, Ducos era el responsable de defender el flanco sur de Francia previendo los planes del enemigo y, por una vez, la mención del nombre de Sharpe le producía alivio.

Si a Sharpe lo habían enviado a Arcachon, no había duda de que la noticia que traía De Maquerre era cierta. Wellington no malgastaría a Sharpe para distraer al enemigo. Le habían puesto en las manos a su enemigo. Sharpe estaba condenado.

El júbilo que le produjo a Ducos este pensamiento hizo que se dirigiera hacia la ventana. Se veían algunas luces en la ciudad que el comandante tanto despreciaba. Los comerciantes de Burdeos estaban sufriendo el bloqueo británico, sus almacenes y muelles estaban vacíos y sin duda darían la bienvenida a una victoria británica si ésta volviera a llenarles el estómago y las cajas fuertes.

—Lo ha hecho usted bien, conde.

De Maquerre agradeció el cumplido encogiéndose de hombros.

Ducos se giró.

—Márchese usted mañana. Busque a Sharpe. Yo le diré dónde y dele la orden de ir a Burdeos.

—Si obedece —dijo De Maquerre dubitativo.

Ducos se echó a reír; era un sonido extraño, como un gañido.

—¡Lo persuadiremos! ¡Lo persuadiremos! Luego vaya a Arcachon y dé exactamente el mensaje opuesto. ¿Lo entiende?

De Maquerre, acurrucado junto al fuego, sonrió lentamente. Si le decía a Bampfylde que no iba a haber rebelión en Burdeos, desmontaría las esperanzas británicas de un desembarco, mientras que al mismo tiempo dejaría a Sharpe abandonado en Francia. De Maquerre asintió con la cabeza.

—Entiendo.

Ducos volvió a repetir su risotada extraña. La media brigada del general Calvet estaba acuartelada en Burdeos de camino hacia el sur para unirse al ejército de Soult. Medio batallón ya había partido con lo más pesado de los pertrechos, pero Calvet debía tener todavía al menos dos mil hombres que podrían destruir a Sharpe en Arcachon. Ducos destrozaría las esperanzas británicas de marchar sobre Burdeos y él perseguiría a su enemigo, su enemigo más odiado, hasta la muerte en los pantanos de Francia. La venganza, dicen los españoles, es un plato que se come frío y esta venganza, en este invierno, sería tan fría y dura como ningún hombre, ni siquiera el implacable Pierre Ducos, pudiera desear.

Capítulo 10

Poco iban a poder dormir aquella noche los fusileros y la infantería de marina. El amanecer era frío, muy frío. Jirones de neblina se elevaban sobre los prados blanquecinos a causa de la escarcha.

Sharpe se despertó con unas punzadas de dolor en la cabeza vendada. Se sentó apoyando la espalda contra un sauce desmochado y se notó un piojo en la axila que debía provenir del *Amelie*, pero estaba demasiado cansado y tenía demasiado frío para buscarlo.

—Jesús, Jesús, Jesús. —Frederickson, castañeando de frío, se agachaba junto a Sharpe—. Ayer no pasó nada.

Allí, sombrío entre la neblina, a unas cien yardas corriente arriba, un elegante puente de piedra con urnas labradas que marcaban los límites de los pretilos, se tendía sobre el Leire. Cerca del puente y en la orilla oeste, por la que Sharpe y su reducida fuerza habían avanzado la noche anterior, había una casa de piedra de la que salía un hilo de humo que atormentaba los sentidos con su promesa de fuego cálido.

—Es la casa de un portazguero —dijo Frederickson— y el muy cabrón no nos dará café.

Sin duda, reflexionó Sharpe, los portazgueros de Francia serían tan desatentos como sus colegas ingleses. Había algo en aquel trabajo que rezumaba malhumor.

—Si tuviéramos suficiente pólvora podríamos destrozar el maldito puente.

—No la tenemos —dijo Frederickson en vano.

Sharpe se puso en pie. Frederickson había hecho la última guardia y sus piquetes estaban apostados en los márgenes del prado, donde la reducida fuerza había pernoctado. Había resultado un vivaque miserable. Algunos de los soldados de infantería se habían guarecido bajo la escasa protección de los armones, pero la mayoría de los hombres de Sharpe simplemente se había envuelto en los gabanes, había utilizado como almohada las mochilas y temblaban mientras avanzaba el amanecer.

Una vaca, en la otra orilla, mugía suavemente y observaba a dos hombres que caminaban junto al río. Una vaca en un pasto en febrero sugería un clima más suave que el de Inglaterra, pero hacía un frío terrible. Un cisne, bello y como un fantasma, apareció bajo el puente, seguido al poco tiempo por su pareja y ambas aves, sin hacer caso del movimiento anormal en los campos, se deslizaron suavemente corriente abajo.

—La comida —dijo Frederickson.

—No me ha gustado nunca su sabor —dijo Sharpe—, sabe a plantas acuáticas.

Una repentina punzada en la cabeza le hizo estremecer. Se preguntaba si el cirujano de la marina se habría equivocado y si la herida no sería más importante que

un mero rasguño de bala de carabina. Creía recordar que Johnny Pearson de los Buffs había recibido una herida de ese tipo en Busaco, que no era nada, y luego se había quedado muerto una semana más tarde.

Una valla de madera desvencijada, descuidada y cubierta por estalactitas blancas de la escarcha, cortaba el empinado terraplén que resguardaba la carretera principal de Francia hacia el sur. Sharpe se subió a la calzada que estaba formada por una piedra blanca que se había ido apisonando bien hasta quedar lisa, pero que a pesar de ello estaba llena de surcos y de charcos helados. No crecían malas hierbas, lo cual indicaba que era frecuentada. Hacia el sur, allí donde la carretera desaparecía entre la neblina, vio las siluetas de unas casas, una iglesia y algunos chopos altos y desnudos. Allí el río describía una curva, y sin lugar a dudas aquel pueblecito era donde la antigua carretera atravesaba el río, mientras que este puente, más nuevo y ancho, se había construido en los prados que rodeaban el pueblo, para que los ejércitos apresurados no tuvieran que vérselas con las estrechas calles medievales en su ruta hacia España. Por aquella calzada, durante los últimos seis años, se habían acarreado cañones, hombres, municiones y caballos, espadas, sillas de montar y todas las incontables trivialidades de la guerra para alimentar a los ejércitos franceses. Y carretera abajo, pensó Sharpe, aquellos mismos ejércitos marcharían derrotados.

—¿Qué hay en la ciudad?

Frederickson sabía que la pregunta de Sharpe significaba qué fuerzas enemigas habría en la ciudad.

—El portazguero dice que nada.

Sharpe se volvió y miró hacia el norte.

—¿Y por allí?

—Unas hayas un cuarto de milla arriba y una granja. Ya irá bien.

Sharpe gruñó. Confiaba totalmente en Frederickson, y si Frederickson decía que las hayas y la granja eran el mejor lugar para una emboscada, Sharpe sabía que no tenía sentido buscar otro lugar.

Un chillido fuerte, un batir de alas y un reniego repentino indicaron que los cisnes iban a servir para la comida. El capitán Palmer, rascándose la entrepierna y bostezando, subía por la valla.

—Buenos días, señor.

—Buenos días, Palmer —dijo Sharpe—. ¿Cree que hace frío?

Palmer no contestó. Los tres oficiales se dirigieron hacia la casa del portazguero que quedaba señalada con una verja blanca que cruzaba la carretera. Un tablón pintado de blanco y negro, al igual que en Inglaterra, anunciaba las tarifas de peaje. Había un vado a la derecha del puente, pero el vado estaba medio bloqueado con cantos rodados para que ningún carruaje o carro pudiera librarse del pontaje.

El portazguero, con pata de palo y calvo, estaba apostado con aspecto hostil junto

a la entrada. Le habló a Frederickson, quien, a su vez, habló con Sharpe.

—Si no tenemos el *laissez-passer*, hemos de pagar seis monedas.

—¿«Lesé-pasé»? —preguntó Sharpe.

—Yo le haría creer que somos tropas alemanas que luchan con Bonaparte —dijo Frederickson—. El «lesé-pasé» nos permite librarnos de todos los pontajes.

—Dígale que se vaya al infierno.

Frederickson transmitió los saludos del capitán Sharpe al portazguero, quien respondió lanzando un escupitajo a los pies de Sharpe.

—*Trois hommes* —dijo el hombre levantando tres dedos por si acaso aquellas tropas alemanas no lo entendían— *six sous*.

—A la mierda.

Sharpe levantó la aldabilla de metal pintado de negro que cerraba la entrada y, por encima de él, se oyó un chasquido y miró hacia arriba y vio a la mujer del portazguero que se asomaba por una ventana del piso superior. Era una mujer achaparrada, de una fealdad terrible, llevaba el pelo recogido con un pañuelo de muselina y blandía un trabuco de cañón de cobre que cubría a los tres oficiales.

—*Six sous* —dijo el portazguero estoicamente.

La vida de los portazgueros estaba llena de sorpresas y las tropas extrañas no les resultaban nada nuevo.

El capitán Palmer, que sentía un gran respeto por la reputación de Sharpe, estaba sorprendido de ver al fusilero que a regañadientes extraía una moneda de plata de diez francos. A continuación el portazguero regresó al interior, abrió la caja fuerte, buscó el cambio correcto y luego le dio a Sharpe un recibo con el cual, según explicó Frederickson, le reembolsarían la cantidad adecuada en el cuartel general de la zona, en Burdeos.

—No puedo dejar que ese cabrón nos haga pagar por todos —dijo Sharpe—. Mejor que desarmar a sus granaderos, William, haremos que atraviesen por el vado.

—Sí, señor —contestó Frederickson muy divertido con toda aquella transacción.

—¿Y no podríamos...? —empezó a preguntar Palmer dubitativo.

—No —contestó Sharpe—. Tenemos orden de no inquietar a los civiles, capitán. Ni robos, ni violaciones. Si alguien infringe esa orden será colgado. Por mí. Al instante. —El dolor de cabeza le había hecho hablar con mayor dureza de lo que pretendía.

—Sí, señor —respondió Palmer dominado.

Se dirigieron hacia el hayedo por el que Frederickson había patrullado durante la noche.

—Es el lugar adecuado —dijo Sharpe gruñendo— si hoy viaja alguien. Cosa que dudo.

Cualquier persona sensata se quedaría en casa con aquel día tan frío.

Las hayas estaban a la derecha de la carretera, la granja a la izquierda. La granja era un cuchitril miserable; una simple cabaña con las paredes de barro rodeada de hielo fangoso con dos graneros ruinosos donde vivían unas gallinas entre paja sucia.

Del otro lado de un seto bajo había una pocilga. Sharpe se giró y miró hacia donde la carretera pasaba entre las hayas y el seto de la granja.

—Utilizaremos su infantería allí, Palmer. Usted los detiene y los fusileros les matan.

Palmer, sin querer dejar ver que no entendía, asintió con la cabeza. Frederickson lo entendió al momento. Al hacer uso de la infantería, con la pesada potencia de fuego que les proporcionaban los mosquetes rápidos de recargar, como un tapón en una botella, Sharpe obligaría al enemigo a dispersarse hacia la derecha y la izquierda para desbordar el bloqueo de la carretera. En esos flancos se toparán con los fusileros ocultos. Sería rápido, sangriento y efectivo.

—¿Y si vienen del sur?

—Déjenlos.

Sharpe sabía que cualquier convoy en dirección norte viajaría vacío.

Tardaron dos horas en disponer la trampa. Nadie debía estar a la vista, así que la compañía de fusileros de Minver y la infantería de Palmer estaban como podían, embutidos en el interior de las exiguas construcciones de la granja. La compañía de Frederickson, con peor suerte porque Sharpe confiaba en su oficial, estaban en la zona más expuesta del bosque de hayas. Harper, con dos de los fusileros de Frederickson, estaba de guardia a media milla hacia el norte.

El granjero, con su mujer y su hija, estaban agazapados en un rincón de la cocina que estaba llena de grandes hombres apestosos y armados con los pesados mosquetes de la marina. La hija, con aspecto abandonado bajo su cabello sucio y greñado, parecía bella y atemorizada. La infantería de marina, que llevaba meses de abstinencia, la miraba deseosa.

—El más mínimo problema —avisó Sharpe a Palmer— y mato al responsable.

—Sí, señor.

Sharpe visitó a los fusileros que estaban en el pequeño granero. La pared externa, al igual que en Inglaterra, servía de museo del granjero. Había un armiño clavado en la madera, con la piel vieja y seca abierta por la escarcha. Allí había unos cuervos que se descomponían y una piel de nutria colgaba vacía. Los fusileros, a pesar del desayuno frío y la noche helada, sonrieron burlonamente a Sharpe.

Se dirigió hacia el norte siguiendo el seto vivo. Vio a dos hombres que paseaban por la carretera con un perro correteando entre sus talones. Un cuarto de hora después, una mujer llevaba una vaca escuálida hacia el norte, sin duda para vender la bestia en el mercado y conseguir dinero con el que pasar el invierno. Ninguno de ellos vio a los fusileros.

A Sharpe le resultaba extraordinario encontrarse allí, en la Francia profunda, sin verse amenazado. Tan sólo la Armada, suponía, podía hacer que tal cosa fuera posible. Los franceses, privados de su flota, no podrían nunca tender una trampa de ese tipo en una carretera de Hampshire. Pero Sharpe podía llegar hasta allí, atacar como una serpiente e irse con la siguiente puesta de sol, mientras la flotilla de Bampfylde, avanzando en la boca del canal de Arcachon, estaba tan a salvo como si estuviera anclada en el río Hamble.

Sharpe regresó hacia la granja. El día tan frío y lo vacía que estaba la carretera le hicieron dudar que viajara algún convoy. Le dolía mucho la cabeza y lejos de cualquier mirada, se estremeció de dolor y se frotó con cuidado la frente vendada.

Recordaba que Johnny Pearson simplemente se había inclinado ante un plato caliente de callos; sin aviso y ruido alguno, sencillamente cayó fulminado unos segundos después de haber dicho con alegría que era momento de sacarse la venda de la cabeza. Sharpe se apretó en la frente para ver si el hueso rechinaba. No era así, pero le dolía de mil demonios.

De vuelta al cuchitril de la granja, un caldero hervía en el fuego y los soldados de infantería habían puesto en común sus hojas de té y la pequeña estancia se había llenado de un olor hogareño. Sharpe percibió que la muchacha ofrecía a los extraños sonrisas tímidas. Sus ojos felinos eran verdes y sonreía cuando los hombres intentaban hablar con ella.

—Lleven algo de té al granero —ordenó Sharpe.

—Son nuestras hojas —dijo una voz proveniente del fondo de la habitación.

Sharpe se giró, pero nadie hizo caso de la objeción y llevaron té a los fusileros.

En el exterior, la escarcha se iba fundiendo. La neblina se despejaba y dejaba ver los chopos del norte, donde Harper estaba oculto en un foso. Una garza gris, enemiga de los pescadores de truchas, surcaba el cielo batiendo lentamente las alas hacia el norte.

Sharpe, a medida que la mañana avanzaba y los soldados de infantería seducían a la muchacha de ojos verdes con risitas tontas, decidió que el día estaba perdido. No vendría nada. Se dirigió hasta el lugar donde estaban los hombres de Frederickson y los encontró ocultos bajo los montones de hojas secas y le dijo al Dulce William que si no aparecía nada en las dos horas siguientes, empezarían a retirarse.

—Nos dirigiremos a Factice y alojaremos a los hombres esta noche.

De esa manera quedaría una distancia corta para marchar por la mañana hasta Arcachon, donde Sharpe insistiría en que se abandonara la tontería de tomar Burdeos.

Frederickson se sintió decepcionado al pensar que aquel viaje hubiera resultado en vano.

—¿No va a esperar usted hasta el anochecer?

—No.

Sharpe temblaba bajo su gabán. Estaba seguro de que no iba a venir nada, aunque en parte sospechaba que prefería que no viniera nada para poder iniciar el camino de vuelta a casa. Además, la cabeza le reventaba. Se dijo que necesitaba un médico, pero no se atrevió a confesar la envergadura de su dolor a Frederickson. Sharpe se esforzó en sonreír.

—No va a venir nada, William. Lo presiento.

—¿Tiene usted un presentimiento de confianza?

—No se equivoca nunca —dijo Sharpe.

El enemigo llegó a mediodía.

Harper y sus dos hombres llegaron con la novedad. Veinte soldados de caballería, más que cabalgando sus caballos acompañándolos, conducían seis vagones cubiertos con lonas, dos carruajes y cinco compañías de infantería. Sharpe, intentando no hacer caso de las punzadas que sentía en la cabeza, estudió el informe de Harper. El enemigo era fuerte, pero Sharpe decidió que el factor sorpresa anularía esa ventaja. Le hizo una señal a Palmer con la cabeza.

—Vaya.

Él corrió hacia el granero y ordenó a los fusileros de Minver que se situaran en sus posiciones ocultas.

—Si silbo «retirada» —dijo—, ya saben dónde han de ir.

—Por el puente. —Minver desenvainó su espada y se lamió los labios—. Y cubran la retirada.

Sharpe volvió sobre sus pasos, y Harper con él, hacia donde los soldados de infantería estaban agazapados detrás del seto.

—¿Ve el hito? —le dijo Sharpe a Palmer.

Palmer asintió con la cabeza. A cincuenta yardas carretera arriba había un hito que tenía los números de las millas garabateados encima y luego se había sobreescrito en kilómetros, recientemente introducidos en Francia. La piedra indicaba que estaban a 43 kilómetros de Burdeos, una distancia que no era nada para Sharpe.

—No nos moveremos hasta que lleguen a esa piedra, ¿entendido?

—Sí, señor —contestó Palmer, palideciendo sólo de pensar que tenía que dejar que el enemigo se acercara tanto, pero no objetó nada.

Lo normal hubiera sido que todos los presentimientos de Sharpe, algunos pesimistas, se hubieran desvanecido a la vista del enemigo, pero el dolor en la cabeza lo mantenía distraído. Quería tumbarse en un lugar oscuro, quería olvidarse de todo durmiendo; intentaba ahuyentar el dolor pero allí estaba, atormentándolo y se obligó a centrar la atención, en lugar de en su cabeza, en la caballería que surgía de entre los últimos jirones de neblina. A través de su catalejo vio que los caballos estaban delgados a causa del invierno. El ejército británico, en su diminuto rincón de Francia, ni siquiera se había llevado a la caballería del otro lado de los Pirineos, a sabiendas de

que hasta que los pastos primaverales no hubieran engordado a los caballos, la caballería resultaría más una carga que una ayuda. Pero los franceses siempre habían sido más descuidados con sus monturas.

—Si se les acerca un caballo —dijo Sharpe a los soldados de infantería que, pensó, tal vez no hubieran tenido experiencias con la caballería—, golpéenle en todo el morro.

Los soldados, temblando al abrigo del seto, sonrieron nerviosos.

Detrás de la caballería, chirriando como es típico en esos carros, avanzaba el transporte pesado por la carretera. Cada uno iba tirado por ocho bueyes. Detrás de los carros iba la infantería y tras la infantería los dos carruajes con las ventanas y las cortinas bien cerradas para protegerse del frío.

Sharpe se metió el catalejo en el bolsillo. Sabía que en el bosque de hayas, los hombres de Frederickson estarían preparando sus fusiles cargados. Esto era como disparar a unos peces en un barril, pues el enemigo, en su propio terreno, avanzaría con los mosquetes descargados y distraído. Estarían pensando en los amores que habían dejado atrás, en el alojamiento de la siguiente noche y en el enemigo que les esperaba lejos, bien lejos, al final de la larga carretera.

Un oficial francés de caballería, con el casco de bronce protegido con lona y una capa negra sobre su llamativo uniforme, de repente se subió a la silla. Espoleó el caballo para que se situara a la cabeza del convoy, sin duda alguna atraído hacia la ciudad del otro lado del río donde las bodegas estarían abiertas y los fuegos ardiendo en hogares de ladrillo.

—Maldita sea —dijo Sharpe para sí.

El hombre vería la emboscada y la pondría en marcha cincuenta yardas antes de lo previsto. Pero nada iba según lo planeado en la guerra y la desventaja había que asumirla y luego olvidarla.

—Ocúpese de ese cabrón, Patrick. Espere a que nos vea.

—Sí, señor —respondió Harper mientras con el pulgar colocaba el percutor de su fusil.

Sharpe miró a Palmer.

—Cuando yo dé la orden avanzamos. Dos filas.

—Sí, señor.

—Ni gritos, ni vítores.

Las tropas francesas y españolas lanzaban vítores mientras avanzaban, pero el silencio de un ataque británico era una cosa siniestra e inquietante. Los soldados de infantería, pálidos, estaban bien agachados. Uno se santiguó, mientras que otro, con los ojos cerrados, parecía que estaba rezando en silencio.

El oficial francés puso el caballo al trote. El hombre llevaba un cigarro que despedía humo y su cara ancha parecía alegre en aquel paisaje empapado y neblinoso.

Echó una mirada a la granja, se inclinó para soltar la capa de los estribos de cuero donde se había enredado al montar y entonces vio a los casacas rojas con los cinturones blancos cruzados, allí donde se habían ocultado los soldados de infantería en la sombra del seto, que todavía estaba blanca por la escarcha.

Se quedó tan sorprendido que siguió avanzando, con la boca abierta para hacer una pregunta y cuando todavía estaba a unas quince yardas del seto, Harper disparó.

La bala de fusil dio contra una coraza oculta por la capa. La bala, que golpeó el acero en ángulo recto, atravesó la armadura y se desvió hacia arriba, atravesando la garganta del francés hacia su cerebro. La sangre, brillante como el atardecer, empezó a manar de la boca abierta del hombre.

—¡En línea! —chilló Sharpe—. ¡Adelante!

El caballo, aterrado, retrocedió.

El francés, que sorprendentemente todavía sostenía el cigarro, cayó hacia atrás sobre la silla de montar. Estaba muerto, pero sus rodillas todavía agarraban las ijadas del caballo y cuando la bestia hundió sus pezuñas, el cadáver cayó hacia delante como en grotesca obediencia a los soldados de infantería que iban saliendo del foso y formaban una línea doble que atravesaba la carretera.

—¡Adelante!

El caballo se giró y parecía que el francés muerto sonreía a Sharpe con una sonrisa inyectada en sangre antes de que el caballo diera vueltas para liberarse de aquella carga. El cuerpo se inclinó hacia la izquierda y cayó, pero la bota del hombre estaba bien cogida al estribo y el cuerpo muerto se vio arrastrado, rebotando, detrás del caballo desbocado.

—¡No disparen! —advirtió Sharpe a los soldados—. No quería que ningún hombre nervioso desperdiciara un disparo de mosquete. Desenvainó la espada. ¡Doble!

La caballería restante se había detenido, horrorizada. Los carros, con su enorme peso, todavía avanzaban pesadamente. La infantería parecía ajena al tiro que había abierto la emboscada.

La infantería de marina ascendió corriendo por la carretera que estaba manchada con grandes charcos de sangre. La bota de Sharpe aplastó el cigarro caído del oficial de caballería muerto.

Dos jinetes tiraron de unas carabinas que tenían en las pistoleras de la silla.

—¡Alto! —gritó Sharpe.

Estaba apostado en un lado de la carretera.

—¡Primera línea, de rodillas! —Esto no era realmente necesario, pero una línea con la rodilla en el suelo siempre tranquilizaba a las tropas novatas y Sharpe sabía que esta infantería, a pesar de toda su buena voluntad, tenía poca experiencia en el combate en tierra.

—¿Capitán Palmer? Disparen bajo, por favor.

Palmer, con un alfanje en la mano, se quedó sorprendido por la repentina cortesía que mostraba Sharpe al permitirle dar la orden de disparar. Se aclaró la garganta, calculó la distancia hasta el enemigo, vio que un puñado de caballería se subía a las sillas y se desparramaba por los arcones y gritó la orden.

—¡Fuego!

Las balas de cincuenta mosquetes salieron expulsadas de cincuenta cañones.

—¡Recarguen! —gritó un sargento.

El teniente Fytch, con una pesada pistola con la empuñadura de bronce en la mano derecha, jugaba excitado con las balas que tenía a sus pies.

Harper se había ido hacia la derecha para esquivar la nube sucia y amarillenta de humo de mosquete. Vio seis caballos caídos pataleando contra las piedras del camino. Dos hombres habían caído, mientras que otros dos se arrastraban hacia el bosque de hayas. Uno de los bueyes del primer carro chillaba de dolor.

Sonó una carabina, luego otra. Atrás, hacia la retaguardia del convoy, la infantería francesa se apresuraba por los arcones, con los oficiales gritando. Los carros tirados por bueyes, con los frenos chirriando, vibraban al intentar detenerse en seco.

Harper buscaba a los oficiales. Vio a uno, un jinete con el sable desenvainado, que chillaba a sus hombres que formaran una línea y cargaran.

Harper tardó veinte segundos en recargar el fusil Baker. Otra descarga de la infantería salió despedida, causando esta vez menores daños porque los casacas rojas, sin poder ver a causa del humo de sus mosquetes, disparaban a ciegas. Harper llevaba el fusil al hombro, apuntó al oficial y apretó el gatillo.

La pólvora negra se encendió, restos de llamas le saltaron a las mejillas, luego se descolgó el fusil de siete cañones y saltó de lado otra vez. El oficial se giró y se alejó, agarrándose el hombro con una mano, pero una media docena de jinetes avanzaban, con los sables desenvainados y espoleando con fuerza sus caballos.

—¡Cuidado con la caballería, señor! —gritó Harper a Palmer y luego, al oír las baquetas de madera de la infantería que seguían restregando en los cañones, disparó su descarga.

El impacto lo lanzó hacia atrás, pero el ruido del fusil de siete cañones, como una bala de cañón pequeña, pareció atontar el diminuto campo de batalla. Dos jinetes fueron arrancados de sus sillas, un caballo hizo un giro y tiró a su jinete y la pequeña amenaza de la caballería había terminado. Entonces, detrás de los caballos heridos y de algunos de los primeros muertos del día, las dos compañías de infantería francesa que iban a la cabeza aparecieron delante de los carros. Llevaban los mosquetes con las bayonetas caladas.

Frederickson abrió fuego.

La descarga, procedente de los flancos, desolló las filas de vanguardia de la

infantería y Frederickson iba chillando órdenes como si tuviera a más hombres al mando. Los franceses echaban miradas nerviosas hacia el hayedo cuando el capitán Palmer soltó su tercera descarga.

Los restos de neblina se iban haciendo más densos a causa del humo. El olor de la sangre se mezclaba con el de la pólvora.

Sharpe se había acercado a Harper. Los hombres de Minver, más lentos en el despliegue, disparaban desde la izquierda.

—¡No recarguen! —gritó Sharpe a la infantería de marina—. ¡Primera línea arriba! ¡Calen las espadas! —Había olvidado el dolor de cabeza ante la lucha entre la vida y la muerte.

—Las bayonetas, señor —murmuró Harper. La orden era sólo para los casacas verdes, que llevaban bayonetas con espadas.

—¡Bayonetas! ¡Bayonetas! ¡Palmer! ¡Capitán Palmer! ¡Avancen! ¡Ahora!

Sharpe percibió la totalidad de la batalla, la sintió de forma instintiva y se dio cuenta de que estaba ganada. Era una exultación, una excitación, un sentimiento, que ninguna otra experiencia terrenal era capaz de proporcionar. También podía acarrear la muerte y heridas tan terribles que harían estremecer a un hombre si le aparecieran en los sueños, pero la guerra también proporcionaba ese sentimiento superior de querer imponer la propia voluntad sobre el enemigo y de conseguir que un fracaso se torne en éxito.

Las fuerzas francesas eran tres o cuatro veces mayores que las de Sharpe, pero estaban aturcidas, desorganizadas y alteradas. Los hombres de Sharpe estaban acostumbrados a luchar, estaban preparados, y si atacaba ahora y se comportaba como si ya hubiera ganado, ese enemigo medio atontado perdería.

Sharpe miró a los soldados de infantería.

—¡Avancen! ¡Avancen!

La caballería se había ido, destrozada por el arma de siete cañones y por los grandes tiradores de Frederickson. Los caballos muertos o heridos yacían en los campos y los jinetes supervivientes habían huido para ponerse a salvo en los carros, que ofrecían algo de protección contra las balas. Delante de los carros, una chusma de infantería se preparaba para formar una línea y la infantería de Sharpe, surgiendo de entre el humo con los mosquetes y las bayonetas caladas, cargó contra ellos.

Sharpe sabía que si el enemigo resistía, la infantería de marina se vería masacrada.

Si el enemigo resistía, cada uno de esos soldados se enfrentaría a tres o cuatro bayonetas.

Tan sólo con que un oficial enemigo, uno de esos hombres con capa azul y a caballo, examinara la débil fuerza, la infantería estaría perdida.

—¡Carguen! —gritó Sharpe, como si el volumen de su voz fuera a aumentar el

número de hombres que se enfrentaran a la línea enemiga que, aunque era irregular, quedaba toda erizada con las hojas de las armas.

—¡Fuego!

Frederickson, el bueno de Frederickson, lo había entendido todo. Había hecho formar a los hombres de su compañía en filas, los había hecho salir de detrás de los árboles que le ofrecían protección, y ahora, a una distancia de sesenta yardas, lanzaba un descarga controlada de fuego de fusil contra el flanco de la infantería enemiga.

Esa descarga, junto con la de Sharpe, destrozó a los franceses. Justo cuando los franceses aterrorizados empezaban a darse cuenta de la debilidad de la fuerza que atacaba, apareció otro enemigo y otra voz que gritaba que cargaran y entonces, al ver las bayonetas, surgió el pánico, como sucedía siempre.

La infantería francesa, en su mayoría formada por reclutas jóvenes que no tenían el estómago habituado a la lucha, rompió filas y huyó. Un oficial los golpeaba con el canto de su sable, pero los franceses retrocedían corriendo. El oficial se giró, sacó una pistola, pero una bala de fusil se enterró en su estómago y se dobló hacia adelante, con los ojos abiertos. Uno de los fusileros de Frederickson agarró la brida en el momento en que el oficial caía de lado contra la fría tierra.

—¡Formen en la retaguardia del primer carro! —chilló Sharpe a Palmer mientras iban avanzando corriendo.

La línea de infantería de marina se iba rompiendo progresivamente porque los hombres tenían que ir sorteando a los muertos y moribundos que había esparcidos por tierra. Harper, que era incapaz ver sufrir a un animal, recogió una pistola francesa que se había caído y disparó entre los ojos a un caballo herido que chillaba.

El disparo de una carabina de un jinete que iba desmontado derribó a un soldado de infantería. Los hombres de Minver dispararon contra el jinete, seis balas le dieron a la vez, lo derribaron como una marioneta y de repente se quedó inmóvil y ensangrentado sobre la hierba blanquecina.

Bajo el primer carro había fugitivos. Uno todavía llevaba el mosquete y Sharpe, pensando que estaba cargado, le dio un golpe con la espada. El muchacho, aterrado, chilló, pero Sharpe seguía avanzando, escalando sobre los casacas azules muertos. Delante, envuelta en pánico, una masa de infantería se retiraba en desbandada. Un oficial, que surgió de un carruaje, les gritó y algunos, más valientes que el resto, aminoraron la marcha, se giraron y formaron una nueva línea.

—¡Capitán Frederickson!

—¡Los veo, señor!

Sharpe corrió detrás del carro. A la izquierda de la carretera, donde estaban ocultos los hombres de Minver, toda una compañía de infantería francesa estaba formada en tres filas.

—¡Los del 60! —Sharpe tuvo que gritar dos veces a Minver pues la descarga de

Frederickson ahogó sus primeras palabras—. ¡Ataque de flanco! ¡Ataque de flanco!

Los soldados de Palmer jadeaban. Algunos llevaban las bayonetas enrojecidas, y otros acuchillaban a los franceses que estaban acobardados bajo el pesado carro, pero Palmer y sus sargentos les hacían mantener la línea y les gritaban que cargaran los mosquetes.

La compañía francesa disparó primero.

La distancia era de setenta yardas, demasiada para los mosquetes, pero dos soldados cayeron derribados, un tercero se puso a chillar y los demás seguían metiendo las baquetas, la pólvora y las balas. Sharpe suponía que la infantería de marina usaba baquetas de madera, porque las de metal se oxidarían en el mar, luego se olvidó de semejante suposición pues más balas enemigas golpearon contra los pesados maderos de los carros. Los rezagados de la primera compañía se habían juntado con la tropa y los mosquetes de los franceses ya se inclinaban cuando el enemigo empezó a recargar.

—¡Apunten! —gritó Palmer.

—¡No disparen! ¡No disparen! —Sharpe tomó el mando al frente de la infantería. Con voz segura. Había un momento para enardecer a los hombres y un momento para calmarlos—. Que avance la infantería. ¡En marcha! ¡Adelante!

Sharpe llevaba a la infantería hacia el flanco izquierdo de los carros, dejando que Frederickson controlara la zona derecha de la carretera.

Los fusileros de Minver se dejaban ver en este flanco francés, eran hombres con casacas verdes que surgían de detrás de los árboles y de los edificios de la granja, hombres que avanzaban formando la cadena de tiradores, cada uno cubriendo a su compañero, y sus disparos fueron minando el flanco de la compañía francesa.

Un oficial francés miró de reojo y pensó en hacer girar una fila para sacudirse a los fusileros con una descarga controlada, luego miró más allá, hacia donde avanzaban los casacas rojas.

Aquella no era una carga loca, con intención de que cundiera el pánico, sino un avance lento y firme para demostrar confianza. Sharpe quería acortar la distancia, quería que esta descarga de mosquete fuera mortal. Observaba los movimientos del enemigo. Las baquetas, nuevas y de metal brillante, relucían al elevarse. Las oía cuando se introducían en los mosquetes que los soldados sostenían entre las rodillas dobladas.

—¡Infantería! ¡Alto!

Las botas de los hombres que avanzaban en la carretera crujieron al detenerse y emitieron un gran ruido.

Los hombres de Minver seguían disparando, sus balas daban vueltas constantemente procedentes del flanco. Las balas de las carabinas, que disparaban los jinetes desmontados, silbaban al pasar junto a Sharpe. Un buey, ajeno a la carnicería

que tenía lugar a su alrededor, orinó en la carretera y el olor del vapor le picó a Sharpe en las fosas nasales.

—¡De frente! ¡Apunten!

Sharpe quería que la cosa fuera lenta y segura. Quería que los franceses vieran cómo iba a ser su muerte antes de que llegara. Quería aterrorizarlos.

La línea de infantería de marina se giró un cuarto de vuelta a la derecha cuando los mosquetes regresaron a sus hombros. Uno o dos hombres que todavía no habían amartillado las piezas tiraron hacia atrás los pedernales y el sonido resultó amenazador. Sharpe se dirigió hacia el flanco de la formación y levantó su espada. Algunos de los franceses cebaban sus mosquetes, pero la mayoría miraba fija y nerviosamente la delgada línea de casacas rojas que parecía tan resuelta y salvaje. Sharpe los hizo esperar, dándole tiempo a su imaginación para que los atormentara.

Harper se situó junto a Sharpe. Llevaba el fusil cargado, apuntó y esperó la orden. Para Harper, aquellos franceses eran muchachos, campesinos que habían engrosado los ejércitos de Napoleón. No eran los veteranos bigotudos y experimentados que habían muerto en las crueles batallas de España, sino voluntarios sacados a desgana del colegio o de la granja para morir por una causa que de todas maneras estaba perdida.

Los voluntarios cebaron sus armas. Algunos se habían olvidado de sacar las baquetas de los cañones, pero no importaba.

—¡Apunten bajo! —gritó Sharpe con dureza. Sabía que la mayoría de tropas apuntaba alto—. ¡Apunten a sus bolas! ¡Fuego! —Bajó la espada.

La descarga salió disparada, el sonido de los mosquetes resultó ensordecedor cuando las pesadas armas rebotaron contra los hombros magullados. El humo, que apestaba a huevos podridos, se convirtió en niebla.

—¡Al suelo! —gritó Sharpe. Vio los rostros sorprendidos y su voz se elevó furiosa—. ¡Al suelo! ¡Al suelo!

Los soldados, extrañados, se tumbaron. Sharpe se arrodilló a un lado de la nube venenosa de humo de mosquete.

La compañía francesa se había estremecido al recibir la descarga. Al igual que un hombre al que le pegan un puñetazo en el estómago, pareció que la totalidad de la compañía se doblaba. Entonces, los oficiales y sargentos, gritando órdenes, volvieron a formar la fila a empujones y Sharpe vio que las últimas filas tenían que pisar a los que se retorcían y a los muertos que había dejado la descarga certera de la infantería de marina.

El mando francés no hacía caso de los fusileros que estaban en su flanco. Se ocuparían de ellos después de los casacas rojas.

—*Tirez!*

Por ser una compañía nueva, que no conoce la sangre, era una buena respuesta.

Sesenta o setenta mosquetes dispararon contra el humo, pero los soldados estaban en el suelo y los voluntarios dispararon alto.

—¡A por ellos! ¡A por ellos!

Sharpe se sentía triunfante. Esta compañía había sido el último peligro, pero lo había sorteado haciendo tumbar a sus hombres.

—¡De pie! ¡De pie! ¡Venga! ¡Griten, cabrones!

Este era el momento del ruido, el momento del terror.

Los soldados, que un segundo antes habían sido el blanco de una descarga controlada, se pusieron en pie y cargaron. Chillaban como si abordaran un barco enemigo. El teniente Fytch disparaba salvajemente con su pistola, luego intentó sacar su pesada espada de la vaina.

Los voluntarios, mirando a través del humo de sus propios mosquetes, vieron que el enemigo ileso avanzaba con largas bayonetas y, al igual que las dos primeras compañías a la cabeza del convoy, se derrumbaron.

Algunos eran lentos, y a éstos los soldados los cogían y los clavaban en el suelo con las bayonetas. Un oficial a caballo, furioso y con la cara roja, cargó contra los casacas rojas, pero Sharpe arremetió con su espada, cogió la grupa del caballo y la bestia se giró, mostrando los dientes. El oficial arremetió con su espada de infantería.

Las hojas chocaron y el golpe ascendió por el brazo de Sharpe. El caballo se encabritó y azotó con sus cascotes, tal como también le habían enseñado a hacer, pero Sharpe introdujo la espada en el morro de la bestia, tal como le habían enseñado a hacer.

El animal giró, el oficial sacó los pies de los estribos y, cuando el caballo cayó de lado, consiguió liberarse de él. El caballo se desplomó al perder el equilibrio, con los labios sangrando; luego se volvió a poner en pie como si nada.

—Ríndase —dijo Sharpe al oficial.

La respuesta, cualquiera que fuera, no significaba rendición. El francés extrajo la espada vibrante con una embestida experta. El caballo pacía en la hierba y el francés intentó alcanzar las bridas con la mano libre.

Sharpe embistió; sabía que el hombre contraatacaría, así que inmediatamente retrocedió. La hoja se dirigió hacia él, ensartó el aire y la pesada espada de Sharpe golpeó con fuerza la empuñadura de la espada, haciendo caer el arma. Sharpe retrocedió, levantó la rodilla y luego utilizó el horrible guardamano de hierro de su espada para pegarle al oficial en la cara.

—¡Ríndase, sapo cabrón!

El oficial estaba en la hierba, se había olvidado de la espada y con sus manos se agarraba la entrepierna. Jadeaba, gemía y Sharpe decidió que aquello era una rendición. De una patada envió la espada del hombre al foso, tiró hacia sí al caballo y se subió torpemente a la silla. Quería mayor altura para ver qué sucedía en aquel

pequeño, pero bien escogido, campo de batalla.

Los franceses habían huido. Una compañía se estaba organizando un cuarto de milla hacia el norte, pero no planteaban un problema inmediato. Algunos supervivientes todavía se aferraban a los carros, algunos habían muerto de algún golpe de bayoneta, pero la mayoría se iban como prisioneros. Los carros quedaron abandonados y Sharpe supuso que sus conductores, junto con otros fugitivos, habían huido al bosque de hayas.

—¿Capitán Palmer?

Palmer parecía extrañado de ver a Sharpe a caballo.

—Sí, señor.

—Un pelotón de hombres hacia el hayedo. Desaloje el lugar. ¡No se corte y asuste a los cabrones!

—Sí, señor.

—¡Capitán Frederickson! —Sharpe se retorció sobre el caballo, hacia el extremo de la carretera—. ¡Mantenga a la compañía ocupada! —Sharpe señaló hacia el norte—. Coja a la mitad de los hombres de Minver y apriételes, William, apriételes.

Había que apostar piquetes en los flancos y llevar a los heridos al abrigo de los carros, que debían ser registrados. Acercaron los dos carruajes, con los caballos temblando. Uno estaba vacío, en el otro había dos mujeres que estaban sentadas aterrorizadas, con frascos de sales olorosas abiertos.

—¡Póngales una guardia, capitán Palmer! Quite los arreos a los caballos.

Sharpe dejaría a las mujeres donde estaban, pero los caballos, al igual que los bueyes, los soltaría por los prados. Algunos hombres hubieran preferido matar a los animales, para impedir a los franceses que los usaran en el futuro, pero Sharpe no era capaz de dar esa orden.

Los bueyes se fueron lentamente, protestando por los pinchazos que les daban con las bayonetas. Una bestia, herida de bala de mosquete en la batalla, fue sacrificada y Sharpe observó cómo dos soldados cortaban la carne humeante, que resultaría una cena deliciosa para la noche.

Otros soldados de infantería se arremolinaron en los carros, arrancaron las cubiertas de lona y desataron las cuerdas. Tiraron los barriles y las cajas a los bordes de la carretera, donde estaban sentados los prisioneros, temblando y aterrados, bajo vigilancia.

La carnicería había durado veinticinco minutos de fuego, humo, engaño y sangre; había sido capturado un convoy francés, en tierra francesa y vigilado por medio batallón. Lo mejor, y aún más inexplicable, era que el dolor de cabeza de Sharpe había desaparecido por completo.

Capítulo 11

El teniente de infantería de marina Fytch, con quien Sharpe apenas había hablado desde que se habían adentrado en el país, llevó a los civiles hasta el comandante Sharpe. El teniente los conducía en manada a punta de pistola, hasta que Sharpe le dijo que apartara su maldito juguete. Fytch, con su ardor marcial ofendido por el fusilero, hizo un gesto señalando a los cuatro hombres corpulentos y preocupados que lo miraban.

—Son de la ciudad, señor. Los cabrones quieren rendirse.

Los cuatro hombres, todos ellos vestidos con buenas ropas de lana, sonrieron nerviosos al oficial montado. Todos llevaban la escarapela blanca, que era el símbolo del rey Luis XVIII en el exilio y por tanto un emblema de sentimiento antinapoleónico. Al ver la escarapela y la evidente disposición de los cuatro hombres a adherirse a una victoria británica, Sharpe recordó las esperanzas de Bampfylde. ¿Tal vez Burdeos, al igual que aquel pueblo, estaba maduro para una rebelión? Sharpe sabía que para entonces ya tenía que haber interrogado a un oficial francés capturado, pero su determinación a obedecer las órdenes que Elphinstone le había dado en privado, le habían hecho prescindir de ese deber.

—Pregúnteles amablemente —dijo Sharpe a Fytch quien evidentemente sabía algo de francés— si todavía quieren rendirse cuando entiendan que se irán de aquí esta tarde y tal vez no regresen hasta al cabo de varios meses.

El entusiasmo monárquico del comandante se evaporó rápidamente. Sonrió, se inclinó, señaló la escarapela nervioso y se retiró. Pero todavía quería asegurar al caballero inglés que cualquier cosa que la ciudad pudiera ofrecer a sus hombres estaría a su disposición. Tan sólo tenían que preguntar por el señor Calabord.

—Deshágase de él —dijo Sharpe—. ¡Con educación! ¡Y saque a esos malditos civiles del puente!

La gente del pueblo, al oír los chasquidos de los mosquetes, se había acercado a contemplar la batalla. El portazguero intentaba en vano hacerles pagar por el privilegio de una vista de tribuna.

El ruido de los fusileros de Frederickson provenía del norte y acosaba a los restos de la infantería alejándolos de la escena de su derrota. Dos de los carreteros y cuatro jinetes, con las manos en alto, fueron sacados a empujones del bosque de hayas y conducidos hacia donde estaban los desconsolados prisioneros. La infantería de marina amontonaba los mosquetes capturados.

Los soldados de infantería más afortunados hurgaban en los carros. La mayor parte del botín no era de utilidad para un saqueador. Había tinas de pintura amarilla y negra con la que los franceses pintaban las cureñas; los soldados las vertieron en la

carretera y se mezclaron con la sangre y los excrementos de los bueyes. Dos de los carros no contenían más que suministros de ingeniería. Había rollos de cable blanco de tres pulgadas, horquillas de zapa, sierras de corte transversal, martillos, tizas, raspadores, hachas, barrenas y tambores. Había cartuchos de repuesto para la infantería. En cada bolsa había un bloque de madera taladrado para contener los cartuchos. En otros carros había cadenas de arrastre, esponjas retorcidas, amortiguadores, tacos, casquillos y palancas. Había guirnaldas para armar las salvas e incluso algún instrumento de música, como uno que un soldado fue tocando orgulloso por entre los carros y sus diminutas campanitas montadas sobre una estructura de madera hacían un extraño sonido festivo en aquel día frío y sombrío. Otro hombre hizo sonar los platillos hasta que Sharpe le ordenó secamente que dejara los malditos címbalos.

En un carro había cajas con comida enlatada. Hacía poco que los franceses habían inventado ese proceso para la conservación de alimentos y a Sharpe le parecía un milagro que la comida permaneciera fresca durante semanas o incluso meses. Con las bayonetas hicieron fuerza a modo de palanca y abrieron las tapas. Cortaron los pollos en gelatina y el cordero asado en porciones y las caras de los hombres, ennegrecidas con el humo de la pólvora, se mancharon además de grasa. Sharpe aceptó un muslo de pollo y lo encontró delicioso. Ordenó que se apartaran dos docenas de latas para los fusileros de Frederickson.

Y en el centro, en dos carros, atados con tres cables y cubiertos por una doble envoltura de lona, había pólvora. Eran barriles de pólvora negra que estaban destinados a los morteros de Bayona y había también rollos de mecha rápida que se cortarían y convertirían en espoletas para los proyectiles.

—¡Teniente Minver!

—¿Señor?

—¡Estos carros! Arrástrenlos al puente. Quiero que atiborren la calzada de pólvora.

No sería una explosión científicamente controlada, de esas que Hogan le había enseñado a preparar hacía tiempo, pero podría debilitar mucho la estructura de piedra nueva con sus orgullosas urnas labradas y la intención de Sharpe era hacer que los avituallamientos de los franceses se retrasaran. Con el puente derruido, habría que dar un rodeo por la ciudad que causaría un retraso considerable.

—¡Y metan la carga de los otros carros alrededor!

Eso llevaría al menos dos horas. Mientras tanto las palas capturadas cavaban las tumbas en la tierra fría. Un jinete francés, con trenzas en las sienes, las llamadas *cadettes* fue el primero en ser enterrado. Los prisioneros franceses hicieron el trabajo para los veintidós franceses muertos, mientras que los soldados de infantería cavaron las tumbas de sus tres muertos.

—Enhorabuena, señor —dijo Palmer.

—Sus hombres lo han hecho bien, capitán.

Sharpe así lo creía. Se había sentido impresionado por la firmeza de aquellos soldados y por la rapidez con que habían recargado los mosquetes. Ambas cualidades hacían ganar las batallas y las batallas cambiaban el curso de la historia.

Patrick Harper, con un pollo en conserva en una mano, le llevó a Sharpe una bolsa de cuero que había sacado de un: carro abandonado.

—Son todo garabatos en gabacho, señor.

Sharpe echó una mirada a los papeles y sospechó que eran exactamente el tipo de cosa por lo que suspiraba Michael Hogan. Hogan tal vez estuviera ya muerto, pero los documentos resultarían una mina de oro para quienquiera que le hubiera sucedido en su trabajo.

—Guárdelos, Patrick.

Harper también se había quedado con una elegante pistola de plata grabada que se había lanzado al carro.

El sol, que una nueva nube y la neblina palidecían como un disco de plata, estaba bajo. Un viento frío, el primer viento desde que Sharpe había perdonado la vida a Killick, soplabla helado sobre las tumbas. Se oyó un grito procedente de la granja y unos vítores se elevaron. Los lanzaban los soldados de infantería que registraban el último carro donde habían encontrado botellas de vino metidas en serrín. Un cabo le llevó una a Sharpe.

—¿Señor?

—Gracias, cabo.

Sharpe le tendió la botella a Harper y éste rompió el cuello con la hoja de su bayoneta. Se volvió a oír el grito. Un grito de muchacha.

Sharpe soltó el vino y espoleó el caballo. Los prisioneros se hicieron a un lado cuando el caballo se zambulló en la orilla, saltó por encima de un foso poco profundo y después Sharpe estiró de las riendas de la bestia para girar a la derecha, se agachó para pasar bajo un manzano con las ramas desnudas y viró hacia la izquierda. Oyó unos pies tras él, pero Sharpe no vio más que un hombre que huía, que corría hacia el río y volvió a espolear el caballo.

El hombre era un soldado de infantería. Con una mano se agarraba la chaqueta roja abierta y con la otra se aguantaba los pantalones desabrochados. Miró por encima de los hombros, vio a Sharpe y torció hacia la derecha.

—¡Deténgase!

El hombre no se detuvo, se metió por un hueco que había en el seto de espinos y la chaqueta se le rasgó y se le fue de la mano. La abandonó y empezó a correr campo a través. Sharpe llevó a su caballo hasta el hueco, hizo que lo pateara y desenvainó la espada. El hombre se tambaleaba, perdía el equilibrio con las matas del prado,

entonces el plano de la pesada espada descendió dibujando una curva torpe y le dio en un lado de la cabeza. El soldado cayó, la espada no le había cortado, y Sharpe hizo que el caballo diera vueltas alrededor del hombre caído.

La causa de todo era la muchacha de la granja; la chica pálida y temblorosa y de ojos verdes que el hombre había arrastrado hasta el pequeño henil y había atacado. Ella estaba ahora sentada, temblaba y se tapaba el delgado cuerpo con los trozos de su ropa rasgada.

—Ella lo pidió —dijo el soldado, al que Sharpe traía de vuelta hacia el apestoso corral.

—¡Calla la boca! —Harper se había nombrado a sí mismo sargento de marina—. Ella no estaría chillando y usted no estaría huyendo, ¿no le parece?

—Vaya a buscarle algo de ropa —gruñó Sharpe a uno de los soldados que habían hecho un círculo alrededor del prisionero—. ¡Capitán Palmer! ¿Usted avisó a este hombre?

Palmer, pálido, asintió con la cabeza.

—¿Y bien? —Sharpe quería una respuesta verbal.

—Sí, sí, señor —respondió Palmer—. Pero la muchacha no ha sido violada, señor.

—Quiere usted decir que gritaba demasiado alto. ¿Pero ustedes conocen las órdenes, no? —La pregunta iba dirigida a todos los soldados que observaban con una hostilidad poco disimulada al oficial de fusileros que amenazaba con colgar a uno de sus compañeros. Se hizo silencio cuando Sharpe envainó la espada—. ¡Ahora de vuelta a sus obligaciones! ¡Todos! —Bajó del caballo de un salto.

El capitán Palmer, un sargento de marina, Harper y Sharpe se quedaron con el prisionero. La historia se empezó a conocer primero lentamente y luego con rapidez. Había habido intento de violación. La muchacha, dijo el soldado, lo había animado. Pero sus gritos y las magulladuras y los arañazos que tenía en sus delgados brazos no corroboraban esa historia.

—Matthew Robinson es un hombre serio, señor.

Palmer iba caminando con Sharpe hasta el extremo del corral. Sharpe vio que los fusileros de Minver habían conseguido llevar el primer carro de pólvora hasta el extremo del puente, pero, frente a la pendiente de la calzada, no podían avanzar más. Lo que estaban haciendo era llevar rodando los barriles de pólvora hasta la clave del arco.

—Usted conoce las órdenes —dijo Sharpe con frialdad.

—No volverá a pasar, señor —inquirió Palmer contrito.

—¡Sé perfectamente que no volverá a suceder! —soltó Sharpe con odio por verse metido en tal situación—. ¡Por eso vamos a colgar al cabrón!

—Yo creo que no es necesaria la muerte de Robinson para dar ejemplo, señor —

rogó Palmer.

—No se trata de que sea un ejemplo. —Sharpe se giró y señaló en dirección al granjero y su mujer—. ¡Lo hago por ellos! Si los franceses creen que somos salvajes, Palmer, lucharán contra nosotros. ¿Usted sabe lo que es tener guerrilleros por la espalda cuando se está combatiendo? ¡A cada carro proveniente de la costa le haría falta la vigilancia de un batallón! ¡A cada uno! Así es como expulsamos a los franceses de España, capitán, no sólo machacando a los cabrones en las batallas, sino porque la mitad de sus ejércitos se dedicaba a proteger los carros de los campesinos españoles. ¡Campesinos como ellos! —Volvió a señalar al matrimonio francés.

—La muchacha no ha sufrido ningún daño, señor —insistió Palmer—. Y con nuestra actuación hemos demostrado que podemos ofrecer protección.

—Y la historia se va difundiendo —dijo Sharpe—. Que un hombre puede violar a una muchacha y que sus oficiales lo perdonarán.

Palmer se mantenía en sus trece.

—Si Robinson fuera uno de sus hombres, señor, uno de sus fusileros, usted...

—Sí —dijo Sharpe, cortante.

Sabía perfectamente que si él fuera Palmer y Bampfylde fuera el oficial que exigía la ejecución, Sharpe lucharía igual que Palmer por la vida de aquel hombre. Maldita sea, ¡sí! Años atrás, Sharpe incluso había llegado a defender al hombre más inútil de su compañía ligera en la misma situación.

Palmer percibió las dudas de Sharpe.

—Robinson luchó muy bien, señor. ¿Su mariscal de campo no rebaja los castigos si se muestra arrojo en la batalla?

Se sabía que Wellington había perdonado una media docena de ejecuciones porque los batallones de los prisioneros habían combatido bien. Sharpe renegó; odiaba tomar aquella decisión.

—Las órdenes son las órdenes, señor Palmer.

—¿Las mismas órdenes que nos mandan ahorcar a los corsarios y desertores, señor? —inquirió Palmer directo y desafiando la ira de Sharpe.

—Maldito insolente —dijo Sharpe sin convicción alguna, casi como una compensación por la debilidad que estaba mostrando—. Se disculpará usted ante la muchacha y sus padres. Deles esto. —Sacó dos monedas de plata de diez francos de la bolsa.

—Gracias, señor —dijo Palmer con una amplia sonrisa mientras cogía las monedas.

—No he acabado con él —advirtió Sharpe—. ¡Sargento mayor del regimiento: Harper!

Harper hizo ver que no se daba cuenta de que le restituían la graduación.

—¿Señor?

—Llévese al soldado Robinson y al padre de la muchacha a la parte trasera del granero. ¡Le quiero en el puente dentro de diez minutos!

—¿Me hace falta una cuerda, señor?

—No. Pero dele al padre una oportunidad.

Maldita sea pensó Sharpe, había vuelto a desobedecer las órdenes. Primero salvaba a un maldito americano, ahora a un soldado y ¿qué sentido tenían las órdenes si el sentimentalismo debilitaba a un hombre hasta el punto de llegar a incumplirlas?

—Gracias, señor —volvió a decir Palmer.

—No me lo agradecerá cuando vea lo que es capaz de hacer Patrick Harper a un hombre. Tendrá que llevarse a Robinson a casa.

—Mejor que enterrarlo, señor.

El incidente había puesto de mal humor a Sharpe y se sentía peor al haberse mostrado indulgente. Eran ya dos las veces que había revocado una ejecución y se preguntaba si tendría algo que ver con el hecho de que se hubiera casado con una mujer respetable. Los soldados veteranos afirmaban que el matrimonio debilitaba al hombre y Sharpe sospechaba que tenían razón. Su mal humor fue creciendo al ver con qué lentitud exasperante se iba metiendo la pólvora entre las barandillas del puente. El teniente Fytch había ordenado al portazguero y a su esposa que salieran de la casa y la mujer, que antes había amenazado a Sharpe con el trabuco naranjero, lloraba ahora por la pérdida de su hogar. Su marido, con la pata de palo, arrastraba sus pertenencias hasta la carretera.

Ya no se oían los fusiles de los hombres de Frederickson y Sharpe vio que la compañía se dirigía hacia el puente. Eso significaba que los franceses ya se habían ido, aunque sabía que el Dulce William habría puesto piquetes para que vigilaran si retornaban.

Con la ayuda de los soldados de infantería, los fusileros se apresuraban a colocar los explosivos. Los otros suministros, destinados al ejército de Soult, se amontonaron alrededor de los barriles de pólvora. Frederickson hizo sonar su silbato para llamar a los piquetes y el pelotón de hombres de Minver echaba del puente a los lugareños con empujones. Estaba oscureciendo y Sharpe se quería poner en marcha.

—¡Señor! —exclamó Patrick Harper que, en silencio había reaparecido en el puente y señalaba en dirección norte—. ¡Señor!

Aparecieron dos jinetes. No habían venido por la carretera, sino que, quizás advertidos por la retirada de la infantería, habían dado un buen rodeo atravesando los campos. Ahora, con unos pañuelos blancos en las puntas de las espadas como improvisadas banderas de tregua, galopaban sobre sus caballos hacia el puente.

Los caballos eran buenos, alimentados con maíz y con fuertes grupas. Ambos avanzaban sobre aquel terreno como purasangres y apenas jadearon cuando fueron refrenados junto a Sharpe, quien hizo señal a los cautelosos fusileros de la recién

llegada compañía de Frederickson.

El conde de Maquerre, vestido con su uniforme de *chasseur britannique* bajo una capa pálida, hizo una señal a Sharpe con la cabeza. El otro jinete era un hombre de mediana edad, delgado y vestido de civil. Su rostro reflejaba tal sorpresa y amable honestidad que el cansancio e indignación de Sharpe se desvaneció como la escarcha con el sol naciente. El hombre se mostraba tan calmado y sereno que Sharpe respondió instintivamente con una sonrisa a su saludo, que había consistido en un ligero asombro ante la carnicería que había en la carretera y una franca muestra de admiración ante el éxito de Sharpe.

Era francés, pero hablaba bien el inglés y su lealtad la anunciaban unas escarapelas blancas que llevaba no sólo sobre la capa marrón, sino también en el sombrero bicornio.

—Soy Jules Favier, ayudante del alcalde de Burdeos —dijo al descender de la silla—. Y estoy a su servicio, comandante.

El conde de Maquerre se quedó en el caballo. Su cara delgada, enrojecida por el frío, revelaba nerviosismo.

—Burdeos se ha levantado, comandante.

Sharpe alzó la mirada hacia el conde.

—¿Levantado?

Ésta era la noticia que más temía Sharpe, el estímulo que provocaría lo que Elphinstone había descrito como una locura.

—¡Se ha levantado a favor del rey! —dijo Favier contento—. ¡Los bonapartistas han sido expulsados! —Favier, cuya cara honesta y cortada por el frío rezumaba satisfacción, sonrió—. El levantamiento terminó cuando la guarnición se puso de nuestro lado. La bandera blanca de los borbones ondea, las defensas están en manos de súbditos de su cristiana majestad el rey Luis XVIII, que Dios salve.

—Así sea —dijo Sharpe.

Esa noticia explicaba que el conde de Maquerre pudiera vestir un uniforme enemigo en el interior de Francia, pero también significaba mucho, mucho más. Si era cierto que la tercera ciudad de Francia se había rebelado contra Bonaparte y había convencido a las tropas de la guarnición a renunciar a su lealtad hacia el Imperio, Sharpe estaba escuchando el final de esta guerra. Ello demostraría que Wigram y Bampfylde estaban en lo cierto. Sharpe sabía que lo que tenía que sentir era euforia, que todos los sacrificios habían valido la pena y que veintiún años de brutalidad implacable habían terminado con una paz que propiciaba la caída de Napoleón, pero lo único que le salió fue una sonrisa sardónica para responder al entusiasmo que mostraba Favier.

—Venimos en busca de su ayuda —dijo De Maquerre sin convicción, casi como si lo que decía le turbara.

Favier extrajo un papel de una alforja.

—Si quisiera usted aceptar esto, *monsieur*, de parte del Gobierno Provisional y monárquico de Burdeos —dijo entregándole un documento a Sharpe con una ligera inclinación.

El papel estaba escrito en francés y decorado con un sello recargado. Sharpe vio que su nombre estaba mal escrito, sin la «e» final.

—¿Qué es esto?

—¿No tienen a nadie que hable francés? —preguntó Favier con educación pero sorprendido.

—*Monsieur*, es un nombramiento que le convierte a usted en general de división de las fuerzas de su muy católica majestad, el rey Luis XVIII de Francia, que Dios guarde.

—Así sea —dijo Sharpe automáticamente—. ¿General de división?

—Desde luego —añadió de Maquerre desde su silla.

La idea había sido de Ducos; un soldado tan ambicioso como Sharpe no se resistiría ante tal señuelo.

Sharpe se preguntaba qué haría Wellington con aquel nombramiento e imaginó el macabro regocijo de los aristócratas al saber que le habían ofrecido semejante graduación a alguien que había sido soldado raso.

—Yo... —empezó a decir, pero Favier lo interrumpió.

—Nuestros ciudadanos han tomado Burdeos, *monsieur*, pero su confianza requiere la presencia de un aliado. En particular de un aliado tan famoso y temible como usted. —Favier suavizó aquella adulación con una sonrisa de honestidad—. Y una vez se sepa que las tropas aliadas están en la ciudad, la totalidad del campo se sublevará con nosotros.

Favier hablaba con un entusiasmo y una confianza de los que carecía totalmente el conde.

Sharpe pensó en el alcalde que ya había intentado rendirse. Sin lugar a dudas, Francia estaba llena de hombres y mujeres deseosos de renegar de su pasado napoleónico y de declararse a favor del lado ganador, pero Sharpe estaba igualmente seguro de que los partidarios fanáticos de Napoleón no estaban tan dispuestos a rendirse. Las fuerzas aliadas más cercanas a Burdeos, aparte de Sharpe, estaban a un centenar de millas de distancia y el mariscal Soult con un ejército francés cubría su avance.

—Yo no tengo órdenes de mi general —dijo Sharpe— que me permitan ayudarles. —Le devolvió a Favier el nombramiento.

—Usted tiene órdenes —dijo De Maquerre fríamente— de proporcionarme cualquier tipo de ayuda.

Pareció que Favier se molestaba con el tono hostil de De Maquerre. Sonrió a

Sharpe.

—Su mariscal de campo, creo yo, admiraría a un soldado que ha sabido aprovechar el momento.

—Tal vez.

—Y su reputación, *monsieur*, es la de un hombre que no teme los grandes riesgos.

Sharpe no dijo nada. Había recibido el encargo en secreto de Elphinstone de frustrar los planes de Bampfylde. Una parte de Sharpe, aquella parte que tantas veces había desafiado lo imposible, lo impulsaba hacia Burdeos, pero el soldado que llevaba dentro se imaginaba a sus hombres sitiados en aquella ciudad y rodeados por una población que, con una brigada de veteranos del ejército de Soult cerca, pudiera perfectamente decidir que el cambio de bando había sido prematuro.

—No puedo, señor. —Volvió a tender el nombramiento—. Lo siento.

La cara de Favier se llenó de decepción, sugiriendo que se sentía herido en su persona.

—Tengo entendido, comandante, que su expedición está al mando del capitán Bampfylde, de la Armada de Su Majestad británica.

Sharpe se paró a pensar que en tierra Bampfylde ostentaba el mismo rango que él, aunque a bordo del *Vengeance*, Bampfylde tenía la graduación equivalente a la de un coronel, así pues, y conocedor de ello, Sharpe asintió con renuencia.

—Él está al mando, sí.

Favier se encogió de hombros.

—¿Le ofendería, comandante, si el conde y yo fuéramos en busca de la aprobación del capitán Bampfylde?

—No puedo impedirselo —dijo Sharpe descortés—, pero he de decirles que, dentro de una hora, iniciaré el camino de vuelta. Espero estar en Arcachon mañana a esta misma hora.

El conde de Maquerre, deseoso de emprender el camino ya, había hecho girar su caballo. Favier, dejando el nombramiento falso en manos de Sharpe, cogió las riendas de su caballo y se subió a la silla.

—Espero encontrarlo por la mañana, comandante, con órdenes que le hagan cambiar la marcha. ¡Dios salve al rey Luis!

—Así sea.

Sharpe observó que los dos franceses se dirigían con sus caballos hacia el vado. Cuando enfilaban los cantos rodados Favier se giró sobre la silla para decir adiós con la mano, luego espoleó el caballo.

—¿Qué querían? —preguntó Frederickson con curiosidad y sin ruborizarse.

—Hacerme general de división —dijo Sharpe. Rompió en pedazos el nombramiento y los tiró al río Leyre—. Dicen que Burdeos se ha levantado y declarado a favor del gordo Luis. —Sharpe vio que los jinetes desaparecían en el

atardecer. Era evidente que los dos hombres conocían un atajo hasta Arcachon, pues no siguieron la orilla del río como había hecho Sharpe la noche anterior—. Pretendían que fuéramos allí.

—¿Así que el maldito Bampfylde tiene razón? —Frederickson puso palabras a la sospecha que Sharpe no se atrevía a aceptar.

Pero Sharpe se preguntaba por qué el conde de Maquerre había dejado que el ayudante del alcalde llevara la voz cantante. Los aristócratas no suelen delegar en burócratas. Y por qué, si había tropas francesas en aquella carretera, aunque fueran tropas derrotadas, De Maquerre se atrevía a llevar con tanta tranquilidad el uniforme de *chasseur britannique*.

—Yo creo que mentían —dijo Sharpe— y yo no me voy a acercar a Burdeos.

El Dulce William se encogió de hombros.

—¿A lo mejor la guerra se ha acabado?

—Tal vez. —De repente una ráfaga de viento se levantó sobre los restos desperdigados del convoy francés. Unas diminutas llamas se encendieron en las lámparas del carruaje donde se refugiaban dos damas francesas—. Pero de todas formas volaremos el puente —dijo Sharpe— porque nadie nos ha dicho que no lo hagamos.

Era ya casi oscuro cuando la pequeña fuerza formada por los fusileros y los soldados de infantería de marina se reunía en los prados junto al río. Iban cargados con el botín, con trozos de los bueyes muertos, con el vino capturado metido ilegalmente en las mochilas y con las armas del enemigo que todo soldado gustaba de conservar, pero que inevitablemente tiraba a medida que la marcha se hacía más larga y pesada. La mayor parte de los caballos franceses supervivientes habían sido acorralados y embridados y se utilizaban para cargar las mochilas o los heridos, entre los cuales estaba el soldado Matthew Robinson cuyo rostro parecía que hubiera recibido el culatazo de un cañón de campaña. A los prisioneros franceses, con lo tirantes, cinturones y cordones cortados, los habían soltado al otro lado del río.

Sharpe miró a su alrededor por última vez. La mecha de acción rápida que se había capturado salía serpenteante de los explosivos, pasaba por la casa del portazguero, bajaba por la orilla, atravesando el seto espinoso y llegaba hasta el centro del prado. Los lugareños estaban bien resguardados, los prisioneros media milla carretera arriba y tan sólo los estúpidos bueyes estaban cerca de la pólvora. Sharpe hizo una señal con la cabeza a Minver.

—Enciéndala.

El pedernal golpeó contra el acero, las hebras se encendieron y la llama descendió hasta la mecha.

—¡Espere! ¡Espere! —gritaron una media docena de soldados de repente.

Minver miró a Sharpe, que asintió con la cabeza, y apagó la llama. Los hombres

miraban en dirección noreste, al otro lado del río y bajo la luz del crepúsculo Sharpe vio una silueta delgada, vestida de blanco, que corría frenética hacia el puente.

Era la muchacha esbelta de ojos verdes que había recibido arañazos y golpes cuando Robinson había intentado violarla. De forma desesperada, con sus faldas al viento, trepó por el pretil del puente, pasó sobre la pólvora y luego saltó al prado. Siguió corriendo y pasó delante de Sharpe, delante de la compañía de Frederickson que formaría la retaguardia y siguió corriendo hacia el hombre con la cara magullada que la había llevado a la fuerza al establo y le había rasgado la ropa.

—Dios santo —dijo Sharpe.

La muchacha tomó una de las manos de Robinson, mirándolo fijamente, y hablándole rápido en francés, pero la expresión de su cara era de adoración.

El capitán Palmer, tan sorprendido como Sharpe, se echó a reír.

—Cosa extraña, las mujeres. —Vio que la muchacha se subía para compartir la silla con Robinson—. Un muchacha soltera, señor, no quiere más que un marido.

—Y cuando tiene uno —dijo Sharpe con amargura— lo quiere todo. Hubiera sido mejor para ambos que hubiera hecho colgar al cabrón. —Miró a Minver—. Enciéndala, teniente.

El pedernal volvió a golpear el acero, la llama iluminó la mecha que estaba en la hierba, la pólvora se encendió, chispeó y corrió siseando hacia el puente.

—¡En marcha! —Sharpe se giró hacia su tropa cargada hasta los topes y señaló el camino a casa—. ¡En marcha!

—Es un casco, señor —dijo el teniente Tom Martin, del bergantín *Cavalier*, retorciendo su sombrero bicornio entre las manos.

—¿Un casco? —inquirió Bampfylde frunciendo el ceño.

Estaban en el antiguo cuartel general del comandante Lassan donde, debido a la falta de leña, el camarero de Bampfylde alimentaba el fuego de su señor con unos volúmenes tomados al azar de las estanterías. Los libros estaban escritos en francés, en consecuencia ilegibles, así que tanto el camarero como su amo consideraban que el daño que hacían a la posteridad era prácticamente irrelevante.

Martin soltó su sombrero y le mostró al capitán Bampfylde sobre el mapa dónde se había encontrado el *Thuella*. La goleta estaba en tierra, en la punta de una cala que formaba la marea hacia el pueblo de Gujan.

—Está desarbolada, señor, encallada y abandonada.

—¿Le ha disparado?

—Ajá, señor.

Martin, cuando finalmente la maldita niebla se había despejado, había divisado el *Thuella* a lo lejos en los bancos de arena. La marea estaba baja y seguía bajando, así que lo máximo que podía hacer era disparar de lejos. Dos o tres disparos habían

chocado contra los maderos del *Thuella*, pero a esa distancia y con cañones de tan poco calibre como los que llevaba el *Cavalier*, los daños serían leves.

—¿Abandonada, dice usted? —preguntó Bampfylde.

—Tocando fondo, vacía, desarbolada, quemada y humeando —fue soltando Martin con la esperanza de que tales palabras resultaran suficientes.

El barómetro iba descendiendo de forma amenazadora y todos los marineros experimentados querían estar en el mar antes de que la tormenta se iniciara, pero si el capitán Bampfylde creía que el *Thuella* todavía se podía salvar, entonces tal vez tuviera la tentación de quedarse en Arcachon y sólo Dios sabía el daño que podía causarle una tormenta a un bergantín en aquellas aguas cerradas.

—¿Humo?

—Parecía como si los americanos le hubieran prendido fuego, señor. Pero la madera debía de estar húmeda, porque no ha ardido del todo.

—Podía —dijo Bampfylde con acritud— haber enviado a una patrulla para quemarlo bien, señor Martin. De esa manera estaría seguro.

—Habían montado una batería en tierra, señor. Habían armado todos los cañones de frente al mar. —Thomas Martin se dio cuenta de que tal vez tenía que haber informado al capitán Bampfylde de la destacada acción que había sucedido anteriormente—. No respondieron al fuego, señor, pero los vimos.

Maldito Sharpe, pensó Bampfylde. El *Thuella* existía y su tripulación se había hecho una fortaleza en tierra y tardarían dos días en extirpar aquel nido de piratas. Bampfylde tal vez no tuviera esos dos días. El tiempo se estaba volviendo desabrido, amenazaba tormenta. Durante dos días la niebla había envuelto la bahía, y ahora, cuando finalmente se había levantado la niebla, todos los marinos prudentes aconsejaban a Bampfylde que le diera a su escuadrón espacio de maniobra.

—¿Pueden volver a ponerlo a flote?

—No, señor. A mí me da la impresión de que se han llevado todo lo que sirve y han abandonado el resto.

Al capitán Cornelius Killick le hubiera encantado oír semejante afirmación, pues había trabajado mucho para que diera esa impresión. Había volcado la goleta, había manchado los maderos y el cobre con brea para que parecieran manchas de hollín y había hecho encender hogueras con hierba húmeda para que figuraran restos de brasas en la bodega abandonada.

—Y han cortado el mascarón de proa —añadió Martin con esperanzas.

—¡Ah!

Este pequeño detalle complació a Bampfylde. Ningún marino quitaría el mascarón de proa de un barco si todavía le quedara vida.

—¡Parece que está acabado! ¡Y sin duda la tormenta lo acabará de rematar!

—Cierto, señor.

Martin se despidió y se fue de la estancia.

La tormenta, no el *Thuella*, era la principal preocupación de Bampfylde. El aire inmóvil se veía ahora revuelto por un viento extrañamente cálido y cada mirada al barómetro confirmaba que el mercurio se iba encogiendo en el interior del tubo de cuatro pies. La persistente existencia del barco corsario americano, aunque varado y abandonado, era una molestia, pero esto se veía paliado por el éxito que había conseguido Bampfylde al haber encontrado dos espléndidos bergantines franceses que eran ahora sus trofeos y ya estaban de camino a Inglaterra. Los quechemarines se habían ido al sur, los soldados de infantería constituían la guarnición del fuerte y, aparte de los americanos, el capitán Bampfylde podía estar satisfecho de su trabajo. Lo único que necesitaba ahora era que De Maquerre confirmara que Burdeos estaba listo para rendirse.

Pero el conde de Maquerre no había regresado y Bampfylde no se atrevía a zarpar hasta tener noticias de Burdeos. Si De Maquerre no regresaba hasta el jueves, la tormenta pillaría a la flotilla y haría falta un genio de la náutica para barloventear aquella costa poco profunda.

Pero al menos, si había de esperar hasta el jueves, Bampfylde podía enviar a los soldados restantes con chalupas a atacar a los americanos por los bancos de Gujan. Esto hizo que Bampfylde frunciera el ceño. Palmer tenía que haber registrado el pueblo de Gujan, así que ¿dónde estaba el maldito capitán de infantería de marina? ¿Capturado? ¿Perdido en la niebla? ¡Maldito hombre! Maldito una y mil veces. Bampfylde se quedó mirando el mapa. Si los dos bergantines cubrían la batería terrestre de Killick con fuego de cañón, los soldados podrían entrar con barriles de pólvora, peblendas y farolillos de papel para prender fuego al *Thuella* hasta abrasarle las costillas. Si el tiempo aguantaba. Sí.

Subió hacia las murallas de la Teste-de-Buch donde caía una lluvia cálida, pesada y amenazadora que agravaba sus temores. El viento del este, pensó, iría mejor. Sacaría bien sus barcos hacia el ancho mar donde se encontrarían más a salvo en caso de tempestad, pero el viento del oeste lo destruiría y por muchos que fueran los informes jactanciosos nada perdonaría a un capitán que perdiera su 74 en una costa de sotavento. Bampfylde miró en dirección norte, las diminutas luces centelleaban en un pueblo. Si De Maquerre llegaba por la mañana, Bampfylde dejaría una guarnición en el fuerte, haría zarpar a su flotilla aguas adentro para capear el temporal y luego regresaría para encabezar el avance hacia el Burdeos en revuelta. La tormenta podría retrasar ese momento glorioso durante dos días, pero también acabaría con la goleta herida americana.

Sin embargo, durante la amenazadora noche del mercurio en descenso, las esperanzas de gloria del capitán Bampfylde se vieron truncadas sin piedad. El teniente Ford despertó al capitán a las dos y media.

—¡Señor!

Bampfylde, despertando de un sueño, percibió que el viento era más fuerte, soplabla como lo había hecho antes de que se posara la niebla.

—¿Qué hay?

—El conde de Maquerre, señor. Con un hombre de la alcaldía de Burdeos. Dicen que traen noticias urgentes.

Urgentes o no, Bampfylde quiso vestirse adecuadamente y pasó media hora antes de que, con las galas de capitán de navío, recibiera a los dos franceses. Tanto Favier como De Maquerre mostraban el cansancio de dos hombres que habían cabalgado sobre buenos caballos hasta dejarlos medio muertos, que tenían todos los huesos cansados y estaban empapados. Sus nuevas produjeron al capitán Bampfylde un escalofrío.

—Han cogido al comandante Sharpe —dijo De Maquerre.

—¿Cogido? —fue lo único que dijo Bampfylde.

—Los bonapartistas —continuó Favier— sabían que usted venía, capitán. Desplegaron una brigada. Se ha retrasado, pero mañana a mediodía estará aquí.

—¿Una brigada? —Bampfylde, que se había ido a dormir felicitándose por el éxito de su expedición, se quedó mirando a Favier—. ¿Una brigada francesa?

Favier se preguntaba de qué otro tipo iba a ser.

—Naturalmente, *monsieur*. Han derrotado al comandante Sharpe, a la infantería de marina que iba con él y ahora vienen a capturarlo a usted.

Bampfylde se sentía abrumado.

—¿Infantería de marina?

Parecía que sólo era capaz de articular pocas palabras ante aquella avalancha de noticias.

—Infantería de marina —dijo Favier, compasivo.

¡Así que ahí es donde había ido Palmer! ¡A lucirse con los fusileros! Bampfylde le hubiera arrancado las tripas a Palmer y se las hubiera colgado del pescuezo, pero Palmer estaba ahora prisionero. O muerto.

—¿Vienen aquí? ¿Una brigada?

Favier asintió con la cabeza.

—Le advertimos, corriendo un gran riesgo. Burdeos estaba agitado, ¿entiende?, y nuestro alcalde hubiera dado apoyo al regreso del rey Luis, pero ¡ay! —Favier se encogió de hombros—. El tirano vuelve a aplastarnos y nosotros, como siempre, nos hemos de someter.

Bampfylde, al ver que sus sueños de gloria se desvanecían, se quedó mirando al conde de Maquerre.

—¡Pero usted aseguró que Burdeos no disponía de tropas de combate!

—Ahora las tiene —dijo De Maquerre en tono grave.

—¿Y Sharpe está cautivo? —acertó a preguntar Bampfylde.

—O muerto. Fue una carnicería horrorosa —dijo Favier frunciendo el ceño—. Los hombres del general Calvet son veteranos de Rusia, capitán, y tales fanáticos son despiadados. No piensan en otra cosa que en beberse la sangre de sus enemigos. Si yo le contara. —Favier se encogió de hombros, como si las historias fueran demasiado horribles para un capitán de marina.

—¿Y vienen hacia aquí?

—Sin duda. —De Maquerre se preguntaba cuántas veces más tendrían que decirlo para que aquel tonto los creyera—. A mediodía, mañana.

Repitió la mentira. Tenía dudas de que las tropas de Calvet llegaran a Arcachon en las siguientes cuarenta y ocho horas, pero Ducos quería que a Sharpe le quedara cortada la ruta de huida y la premura del temor bien pudiera hacer que Bampfylde se diera prisa en la evacuación.

Bampfylde miró consternado a los dos franceses. Sus esperanzas, alimentadas por el coronel Wigram, de encabezar un desembarco con éxito que se adentraría hacia Burdeos se estaban desvaneciendo, pero de momento, Bampfylde tenía otras preocupaciones más urgentes. Se giró y le dio un golpe al barómetro y la columna de mercurio descendió sensiblemente.

—Vendrán ustedes con nosotros, por supuesto.

Jules Favier, coronel del ejército francés y uno de los hombres de mayor confianza de Ducos, sintió que le invadía el júbilo. ¡Había funcionado!

—No puedo, *monsieur*. Mi familia está en Burdeos. He de partir, temo por su vida.

—Por supuesto.

Bampfylde se imaginaba a los guerreros, curtidos en la carnicería de Rusia, entrando a cuchillazos en la fortaleza.

—Yo no tengo nada que hacer aquí. —De Maquerre quería desesperadamente permanecer en Francia, pero Ducos había insistido en que regresara con el ejército británico para ir proporcionando noticias de cualquier plan que reemplazara el del desembarco en Arcachon—. Así que zarparé con ustedes, capitán.

Bampfylde volvió a golpear el barómetro como para confirmar la mala noticia. Iba a haber tormenta, una tempestad devastadora, pero esta mezcla confusa de noticias había acabado con la última necesidad de permanecer en Arcachon. Miró al conde.

—Salimos con la marea de la mañana.

El cansancio de Favier desapareció repentinamente. El plan de Ducos había resultado mejor de lo que Favier se hubiera atrevido a pensar, gracias a un viento gruñón y a un barómetro que iba descendiendo. Y gracias a algunas mentiras bien dichas, un fusilero se encontraría aislado en Francia y bien amordazado. Sharpe.

Capítulo 12

Jules Favier dormía. Ya no importaba si Sharpe había dado la vuelta hacia Burdeos o si se dirigía a la costa; de cualquier manera el fusilero se había quedado varado y el plan británico de acabar con la guerra asestando una estocada mortal en el vientre de Francia había fracasado.

Se levantó viento mientras Favier dormía. Chillaba sobre las murallas, a veces se convertía en un leve gemido y luego volvía a soplar con un frenesí temible. Las aguas del canal, normalmente demasiado cerradas para que nada excepto la marea las agitara, formaban cabrillas con la primera luz del amanecer. La nave más pequeña de la flotilla levaba las anclas y pasado el cabo, la gran proa del *Vengeance* se estremecía al cortar las aguas y formaba penachos de espuma blanca que se elevaban con las ráfagas de viento.

Las barcas, una tras otra, se adentraban remando en el canal. Los suministros se llevaban desde el fuerte; lo vaciaban de alimentos y vino. A dos soldados los enviaron a acorralar una vaca, cosa que hicieron con dificultad, y empujaron a la pobre bestia hacia el fuerte donde le dispararon, la descuartizaron de cualquier manera y metieron las piezas ensangrentadas en barriles, sería la carne de los marinos. Cortaron el asta de la bandera y los soldados de infantería y los marineros recibieron la orden de usar el profundo pozo de la guarnición como letrina para que el agua salobre quedara sucia. Dos marineros, hombres fornidos con músculos endurecidos por años de servicio, llevaron unas hachas hasta las entradas principales del fuerte y las redujeron a astillas y luego les prendieron fuego. El puente levadizo se elevó hasta donde ardían las puertas para que quedara reducido a cenizas.

El oficial de navegación del *Vengeance*, con un ojo en el barómetro y el otro en las nubes bajas que corrían sobre sus cabezas y que a veces dejaban ir algún chaparrón sobre los maderos encendidos de la puerta, aconsejaban rapidez, pero Bampfylde estaba decidido a hacer ese trabajo bien. Las noticias del conde de Maquerre significaban que no se podía llevar a cabo ningún desembarco en Arcachon; por lo tanto el fuerte sería abandonado, pero no antes de que quedara inservible para los franceses. Teste-de-Buch quedaría abandonado.

Se ordenó a unos hombres que fueran a las murallas y allí clavaron a martillazos unas estacas de hierro en los fogones de los enormes cañones de treinta y seis. Recortaron las estacas y las aplanaron para que no quedara ningún extremo del que se pudiera tirar para extraerlas. Unas cuadrillas de marineros, con poleas, tacos y cuerdas procedentes del *Cavalier*, sacaron los enormes cañones de las pendientes y los lanzaron al canal. Los cañones de veinticuatro, como los seis cañones de campaña que se tenían que haber entregado a Baltimore, también se atravesaron con estacas, los quitaron de las cureñas y los tiraron al foso anegado. Metieron las cureñas de los

cañones de doce por la puerta que ardía y luego lanzaron unas lámparas de señales, hechas con salitre, sulfuro y antimonio, entre las cureñas para que la llama prendiera más.

Los soldados de infantería que habían permanecido en la Teste-de-Buch fueron los primeros en abandonar la fortaleza inservible. Los llevaron a remo hasta el bergantín y de camino fueron tirando a las aguas del mar los mosquetes que habían cogido en la armería del fuerte. El conde de Maquerre, después de despedirse con emoción del recién despertado Favier, se fue a la *Scylla*.

Hacia las diez de la mañana solamente un puñado de marineros quedaba en tierra. Colocaron las mechas en los polvorines del fuerte y en un montón de barriles de pólvora que se habían dispuesto en las cocinas debajo del bloque del cuartel. Pusieron la munición de fusil sobrante, que Sharpe había dejado para cuando regresara, encima de ese montón. Jules Favier, que había llevado a su caballo a salvo del otro lado del puente levadizo antes de que empezara la destrucción, tendió la mano a Bampfylde.

—Dios salve al rey Jorge, capitán.

—Dios salve al rey Luis.

Favier hizo uso de una escala naval para descender por las murallas del oeste, luego se abrió camino por la arena hasta donde estaba atado con una cuerda su caballo. Por última vez se despidió con la mano del capitán Bampfylde que, rodeado por sus acólitos, se dirigía al bote que le esperaba. Un teniente se detuvo, se giró hacia el extremo de la mecha y Favier vio el centelleo que se produjo cuando el pedernal tocó el acero.

Se hizo una pausa cuando el fuego consumía la mecha de acción rápida de estambre que se había empapado con una solución líquida a base de pólvora molida, alcohol de vino y cola de pescado. A Bampfylde lo llevaban a remo sobre el mar encrespado hacia el *Cavalier*. Unas gotitas de lluvia se clavaban en la arena y las gaviotas, revoloteando sin esfuerzo, surcaban el viento que soplabá desde las colinas hacia el mar. Favier montó sobre su caballo.

La mecha de acción rápida, silbando centelleante, se precipitó hacia una tronera de la Teste-de-Buch. El primer bergantín había levado su ancla y ya estaba, con las velas tensadas, luchando hacia la boca del canal. De la *Scylla*, el *Amelie* y el *Vengeance*, con las velas arrizadas, ya sólo se veían los palos.

El capitán Bampfylde se subió a la inclinación de los costados del *Cavalier*. La guardia de portalón del bergantín pitó, se levó el ancla y el teniente Martin ordenó que se cazaran bien las velas. Tenía que llevar al capitán Bampfylde al *Vengeance* y la operación con aquel tiempo requería una buena dosis de saber náutico.

Bampfylde, anticipando su sonrisa como un guardiamarina sin curtir, estaba en la barandilla de la pequeña toldilla del *Cavalier*.

—¡Qué cuadro, Ford!

—Ciertamente, señor.

Ford abrió su reloj y vio que todavía faltaba una hora para mediodía, la hora en que había de llegar la brigada francesa. Ahora se encontrarían una fortaleza destruida.

Los dos hombres esperaron. La lluvia que golpeaba contra la cangreja del *Cavalier* producía un sonido acorde con el temblor de los excitados dedos de Bampfylde.

El teniente Ford estaba nervioso.

—Tal vez, señor, la lluvia...

Pero, mientras estaba hablando, el fuego de la mecha llegó hasta la pólvora.

Un fogonazo, blanco, afilado y recto como una espada, atravesó la nube baja desde el mismo centro de la Teste-de-Buch. Le siguió una humareda; un humo grasiento que arrojaba llamas rojas con violencia.

Entonces vino el ruido; el retumbo, estruendo, martillazo de los polvorines que explotaban; y entre ese ruido ensordecedor, pudo oírse otro rugido proveniente de los explosivos del cuartel que habían prendido fuego. El capitán Bampfylde aplaudió con deleite mientras las piedras, tejas y maderos saltaban por los aires.

La última llama se desvaneció y se vio reemplazada por un horrible humo sucio cargado de cenizas, que la lluvia empapó. Desde el mar podían verse aún unas pocas llamas que vacilaban brillantes sobre las murallas indemnes, luego, las ráfagas de lluvia las hicieron desaparecer. Bampfylde, satisfecho de su trabajo, sonrió.

—La nación francesa se ve despojada de una fortaleza, Ford. Eso es un consuelo para nosotros.

—Ciertamente, señor.

Bampfylde se giró.

—Usaré su camarote, señor Martin. Pida que me traigan café o, si no es posible, un té.

—Cómo no, señor.

Los bergantines giraron allí donde los fondos arenosos marcaban el límite del Cap Ferrat y se adentraron en el mar bajo las ráfagas de lluvia. La costa quedó desierta, su fuerte vacío y destrozado, el escuadrón se había ido.

La última visión que tuvo Sharpe del puente sobre el Leyre fue el de la pólvora explotando en llamas y humo, el de piedras cayendo del pretil y salpicando en el agua poco profunda, el de las ventanas del portazguero reventando hacia el interior y el de cuatro piedras de las urnas derribadas. El puente seguía en pie, pero estaba debilitado y ningún artillero se atrevería a dejar que los pesados cañones pasaran por aquel camino de piedra hasta que un ingeniero competente, amante de la vida, se ofreciera como voluntario para permanecer debajo del arco ennegrecido mientras los cañones fueran rodando por encima de su cabeza.

Los fusileros y los soldados de infantería acamparon a tan sólo cinco millas,

dejaron la orilla del río y se dirigieron a una casa enorme que se erguía en un amplio jardín de césped y lagos. La casa permaneció cerrada a pesar de todos los golpes que dieron en las puertas y, aunque Sharpe vio unas sombras recortadas por la luz de unas velas, que cerraban las contraventanas en el piso superior, no apareció nadie que preguntara a los soldados quiénes eran. Un escudo de armas esculpido sobre la puerta principal hacía suponer que la casa había sido, y tal vez aún fuera, morada de unos aristócratas.

Había un granero en la parte posterior de la casa que resultaba un vivaque más que adecuado. Había paja, leña para el fuego, y bendito refugio contra la lluvia que había empezado a azotar a ráfagas en el jardín.

Sharpe comió pollo enlatado con el queso que Jane le había preparado y regó ambos con algo del vino que habían cogido del convoy de la emboscada. Frederickson se agazapaba junto a él en el fondo del granero, lugar que se había designado como territorio de los oficiales.

—Ella ha dicho —dijo Frederickson a Sharpe— que no pretendía gritar. Se llama Lucille. Es bastante atractiva, ¿no cree?

—No es fea —admitió Sharpe.

Observaba a la muchacha pálida que estaba sentada tímidamente con su hombre en el otro extremo del granero.

—¡Pero Robinson es un soldado de infantería de marina! ¡No se pueden llevar a las mujeres en el barco!

—Ella dice que él ha pagado por ella. Veinte francos. —Frederickson chupeteó un hueso de las alas—. Ése es un buen precio por una novia en estos parajes.

—¡Fui yo el que pagué eso! —protestó Sharpe.

—Entonces supongo que es suya —dijo Frederickson echándose a reír.

—¿Qué va a hacer? ¿Despedirla con un beso en Arcachon? ¿Ya sabe que es un soldado de infantería de marina?

—Yo se lo dije —dijo Frederickson.

Sharpe se encogió de hombros. Cualquier tropa que atravesara el campo acababa con una cola de mujeres, pero una cosa era ser soldado, arraigado en la tierra, y otra bien diferente ser un soldado de infantería de marina que no podía ofrecer un hogar a una esposa.

—¿Pueden enviarla en barco a Inglaterra? —preguntó Sharpe a Palmer.

—No. —Palmer estaba limpiando el oído de su pistola—. De todas maneras, Robinson ya está casado. Tiene una mujer y dos críos en Portsmouth. —Sopló el polvo que había en el fogón.

—Supongo que cuando haya acabado con ella —dijo Frederickson— haría mejor en irse con uno de mis hombres. Podemos introducirla a escondidas en el *Amelie*.

Nadie puso reparos. Era una solución bastante normal para un problema rutinario

y siempre había hombres dispuestos a quedarse con una mujer abandonada o viuda. Sharpe recordó que después de Badajoz se había encontrado a una mujer llorosa que acababa de perder a su marido en la horrible carnicería de aquel combate. No lloraba por la pérdida, sino porque había aceptado de forma precipitada la proposición de matrimonio de otro hombre y luego un sargento le había pedido lo mismo y éste hubiera resultado mejor partido.

Sharpe durmió siete horas, se despertó en la oscuridad anterior al amanecer oyendo el siseo de la lluvia sobre el tejado de madera. Los sargentos despertaron a sacudidas a los dormilones con las botas y las primeras llamas se encendieron para hervir agua.

Sharpe salió al exterior y se apoyó contra la pared del granero donde Frederickson se reunió con él.

—Se ha ido —dijo el Dulce William.

Sharpe bostezó.

—¿Quién se ha ido?

—Robinson. Se ha largado con su Lucille. Otro herido de Cupido.

—Maldita sea.

—A Palmer tampoco le ha gustado. —Frederickson se abrochaba los pantalones.

—¿Los piquetes vieron algo?

—Dicen que no. —Frederickson caminaba junto a Sharpe hacia una hoguera en la que el sargento Harper preparaba té—. ¡Buenos días, sargento! Supongo —Frederickson se giró para mirar a Sharpe— que los piquetes miraron hacia otro lado.

La infantería de marina había hecho la guardia de la última noche.

—O vaya usted a saber —dijo Harper—. Lo que yo he llegado a ver.

—Debería usted escribir sus memorias —dijo Frederickson alegremente. Echó una mirada al paisaje mojado por donde Robinson había desaparecido—. No lo volveremos a ver...

Así fue. El amor había dado con tanta fuerza en el blanco como la bala de un mosquete disparada contra un batallón y un hombre corría hacia su libertad, mientras Sharpe se adentraba con su tropa en el amanecer manchado de lluvia, marchando hacia los barcos, marchando hacia su propia mujer con quien se había casado con tan poca premeditación como el soldado Robinson había mostrado en su deserción, y en marcha hacia su hogar.

Primero Sharpe pensó que un barco debía haber prendido fuego a sus amarras, luego pensó en un almiar ardiendo, luego supuso que Bampfylde tenía que haber quemado el pueblo. Finalmente, bajo el vendaval que soplaba contra su tropa que avanzaba con dificultad por la carretera de la zona pantanosa, vio que no había mástiles en el canal y que el humo, gris y brumoso bajo la luz del atardecer, provenía

de la fortaleza.

—Santo Dios —dijo Frederickson.

—¡Dios salve a Irlanda! —exclamó Harper mirando fijamente el hueco que había sido la entrada al fuerte—. ¿Los han capturado?

—Los franchutes todavía estarían aquí.

Sharpe se giró y miró hacia el pueblo, hacia los árboles del sur, pero no se movía nada en aquel paisaje. Había unos cuantos aldeanos observándolos, pero nada más.

—¡Se han ido! —dijo Palmer horrorizado.

Era una pesadilla. Tardaron unos minutos en confirmar que verdaderamente no había barcos, ni uno, que no se escondía ni un solo mástil tras las dunas de arena, que no quedaba ningún bergantín en el canal y que ninguna fragata luchaba contra las aguas del cabo. Los habían abandonado.

La puerta de entrada al fuerte se había convertido en unos escombros humeantes, mezclados con los restos carbonizados de cureñas. El puente levadizo había quedado reducido a unas cadenas que pendían, requemadas por el fuego y a unas vigas de madera ennegrecida que habían caído de través en el foso, sobre los cañones de doce que estaban medio hundidos en el agua turbia.

Dos de los soldados atravesaron el foso y uno levantó al otro hasta la plataforma de piedra donde estaba engoznado el puente levadizo. Los dos hombres desaparecieron en el interior del fuerte y regresaron con las vigas de madera que habían de servir de cadalso para los americanos. Los maderos eran lo bastante largos para salvar el hueco del foso y, de manera tan precaria, después de soltar a los caballos en el prado, Sharpe y sus hombres entraron en la Teste-de-Buch. Todavía se aguantaban sus murallas de granito y los despachos estaban intactos, pero poco más estaba en pie.

No había cañones. No había pólvora. Las arcadas que conducían a los polvorines estaban reventadas. El cuartel era un montón de cenizas húmedas. Frederickson, desconfiando al ver que el cubo del pozo estaba en su sitio, olió el agua.

—Sucia.

Sharpe subió hasta la muralla más alta y escrutó el mar con su catalejo. El océano era una masa vacía, cabeceante y gris que el viento azotaba con salpicaduras blancas. Vacío. El reguero entrecortado, carbonizado y mojado que había dejado una mecha rápida al quemarse mostraba el lugar donde la habían colocado. Soltó un reniego.

—¡No volveremos a ver a esos gabachos! —dijo Harper.

—Maquereau.

Sharpe dijo el apodo en voz alta, recordando sus sospechas, pues el aristócrata se había mostrado nervioso en su último encuentro. No es que importara ahora. La triste verdad era que, con menos de doscientos hombres y con no más munición que la que los hombres llevaban en sus morrales, se encontraba abandonado en la costa francesa

a cien millas de distancia de un lugar seguro. Sus fusileros podían cubrir esa distancia en cuatro días, ¿pero podrían los soldados de infantería de marina? ¿Y qué decir de los heridos? Y Sharpe sabía que si los cogían estarían acabados. Incluso a la mal montada caballería francesa le sabrían a poco los ciento setenta hombres.

Esos hombres se derrumbaban en el patio y parecían todavía más abatidos con los azotes del viento y de la lluvia.

—¡Capitán Palmer! —gritó Sharpe entre la turbonada—. ¡Quiero que encuentre alojamiento para todo el mundo! Despejen las galerías. Envíe una patrulla a cortar leña.

Los mantendría ocupados. Unos hombres podrían construir una nueva pasarela sobre el foso y otros cortar pinos para que hicieran de barricada en el hueco de la arcada. Tales trabajos forestales resultarían lentos con las bayonetas, pero eran mejor que ninguno. Un grupo extrajo dos de los cañones de doce del foso y los dejaron caer dentro de dos cureñas que estaban más abrasadas que quemadas. Los cañones grandes, los que alcanzaban a los barcos y yacían en las aguas poco profundas de los límites del canal, eran demasiado pesados para poder arrastrarlos.

—¡Teniente Fytch! Registre absolutamente todas las habitaciones. Traiga cualquier cartucho, bala o barril de pólvora.

A algunos hombres los enviaron a cocinar, otros fueron a las murallas donde hicieron guardia al anochecer. El viento rugía, la lluvia caía a chorros por las piedras de los muros pero las hogueras ardían en las galerías horadadas bien adentro en la piedra de las murallas y la carne de buey cocinada en cazos de hierro salía de los escombros de la cocina. Frederickson utilizó los arzones para recoger barriles en el pueblo y los llenó con agua limpia procedente de un riachuelo.

—No sabemos lo que ha sucedido —explicaba Sharpe a los oficiales en el cuartel general de Lissan donde todavía quedaban algunos libros sobre las estanterías— así que no tiene sentido especular. Bampfylde se ha ido. Nosotros estamos aquí.

—¿Y quién hay en Burdeos? —preguntó Frederickson lentamente.

—Sabe Dios. Si son los hombres de Bonaparte entonces hemos de creer que oirán hablar de nosotros y vendrán a por nosotros. Quiero que dos de sus mejores hombres, William, hagan ese camino a caballo por la mañana. Que eviten problemas, que observen y regresen al anochecer con las noticias que sean. Y quiero que interroge a los aldeanos mañana.

—Sí, señor.

Sharpe miró a Palmer.

—Usted lleve mañana a sus hombres a todos los pueblos vecinos y a Arcachon. ¡Registren todas las casas! Traigan todo grano de pólvora y pedazo de plomo que encuentren.

Palmer asintió con la cabeza.

—¿Y la orden de no causar problemas a la población?

—Denles pagarés. Traigan también comida. Todo lo que encuentren.

Frederickson lanzó otro trozo de pino al fuego que chisporroteó con la resina.

—¿Cree que nos quedaremos aquí?

—No podemos dirigirnos hacia el sur, no si los gabachos nos vienen detrás y yo prefiero estar tras unas murallas que en campo abierto. Además, si la Armada regresa a por nosotros es mejor que nos quedemos allí donde pueda encontrarnos.

Esto era lo que le parecía más probable a Sharpe, que este tiempo hubiera hecho que los barcos se hicieran a la mar y que, tan pronto como el mar se calmara y el viento se hiciera más suave, las grandes velas volverían a aparecer. Sin embargo, otros pensamientos más reflexivos le sugerían otras cosas. ¿Por qué Bampfylde había inutilizado el fuerte? ¿Por qué no había dejado a un puñado de soldados en la plaza? ¿Y por qué no había dejado ninguna nota clavada en una puerta? Estas preguntas le indicaban a Sharpe que el capitán Horace Bampfylde había huido. Había abandonado sus inmaduros planes de invadir Francia y se había escabullido. Cuanto más pensaba en ello, menos probable le parecía que las velas de la flotilla de Bampfylde volvieran a aparecer.

—Y si nos quedamos aquí, caballeros, tal vez tengamos que luchar.

Fytch y Minver parecían algo pálidos, mientras que Frederickson esbozó una sonrisa, luego se rió y finalmente se santiguó sobre su casaca verde descolorida.

—Tal como diría Patrick Harper, Dios salve a Irlanda.

—¿No deberíamos tener una bandera? —preguntó Minver.

—¿Una bandera?

—Por si un barco de la Armada pasa, señor. Algo que puedan reconocer.

—Ocúpese. Corten una nueva asta mañana.

Reinó el silencio durante unos segundos. El fuego ardía con fuerza y luego se iba apagando. El teniente Fytch sonrió nervioso.

—¿Tal vez ha llegado la paz?

—Tal vez a la luna le crezcan alas y nos suelte algo de artillería —dijo Sharpe— pero hasta que alguien con uniforme británico me diga que deje de luchar, voy a retener esta plaza y ustedes me van a ayudar a hacerlo.

—Sí, señor.

—Así que a trabajar.

En el exterior soplaba un vendaval, chillaba sobre las aguas y hacía que las rachas de lluvia azotaran. Sharpe y Frederickson corrieron a refugiarse en uno de los pequeños baluartes donde se pusieron cómodos para observar los movimientos vacilantes que traicionaban a los centinelas. Ambos oficiales tenían trabajo que hacer, pero habían ido instintivamente a aquel lugar para decir lo que no se podía decir abiertamente.

—¿Usted diría —preguntó Sharpe en voz baja— que tenemos novecientos cincuenta pies de muralla aquí?

Frederickson dio una calada a su cigarro.

—Yo diría que alguno más. ¿Quizá mil?

—Eso son más de cinco pies de muralla para cada hombre. —Sharpe lo había estado calculando y odiaba el resultado—. Si vienen, William, y atacan por todas partes a la vez, nos van a crucificar.

—Los gabachos no atacan nunca por todas partes a la vez —dijo Frederickson despectivamente.

Cogió el cigarro de Frederickson y dio una calada honda que penetró en sus pulmones.

—¿Se acuerda de la Entrada de Dios?

—Allí ganamos. —Frederickson volvió a coger el cigarro que le daba Sharpe.

—Así es —dijo Sharpe—. ¿Me pregunto qué ha sido de aquellos americanos?

—Se habrán largado si tienen algo en la cabeza. Cabrones con suerte, seguramente tienen una prostituta cada uno en París.

—Si pudiéramos encontrar una barca mañana —dijo Sharpe especulando.

Frederickson despachó sin rodeos tal sugerencia.

—¿Con este tiempo? ¿Y sabe usted manejar una barca? Aunque el mar estuviera en calma en unos minutos tendríamos el culo en el agua.

—Los soldados de infantería de marina deben saber cómo navegar.

—Esos no saben —dijo Frederickson—. Además cualquier barca en la que cupiéramos la habría requisado Bampfylde. Recuerde que es un oficial de marina. Tiene el deber patriótico de hacerse rico.

Sharpe se encogió de hombros en la oscuridad.

—¿Vamos a tener que retener esta plaza, no es así? Vencer a los cabrones y luego arrancarle las tripas a Bampfylde.

Estas últimas palabras fueron dichas tan salvajemente que incluso Frederickson se estremeció.

Sharpe se tocó la cabeza y se quitó la venda que llevaba ahí desde que habían capturado el fuerte. Lanzó la maldita venda en la oscuridad.

—Por dos monedas, William, me dirigiría hacia el sur mañana. Dígame qué posibilidades tenemos.

—Es una zona vacía —dijo Frederickson— con pocos lugares donde esconderse. Y los heridos nos harían ir lentos.

—Así que nos quedaremos. Usted se pondrá al mando de las murallas este y sur y le daré la mitad de la infantería de marina: harán de tropas de choque. Palmer puede contar con la compañía de Minver y la restante infantería para estas murallas. Quiero seis de sus mejores hombres. Voy a tomar los mismos de cada compañía.

—¿Usted, Harper y lo mejor del resto? —Frederickson sonrió.

—Por si hay un punto sensible. —Sharpe se levantó—. Intente dormir un poco, William. Mañana probablemente sea un día largo.

—¿Y el último pacífico durante un tiempo?

—Si los gabachos saben que estamos aquí, sí —Sharpe dio una palmada contra el granito del baluarte—. ¿Un lugar asqueroso para morir, no?

—Les enseñará a combatir contra nosotros.

—Sí. —Sharpe se echó a reír, se alejó y luego se detuvo. Su voz surgió de la oscuridad—. ¿Qué quiere decir Teste-de-Buch, William?

—No lo sé. Pero sé lo que quiere decir *Tete de Buche*. A Sharpe le parecía lo mismo.

—¿Qué?

—Zoquete, tarugo, idiota.

—Maldición.

A Sharpe le pareció divertida la coincidencia, pues sólo un tarugo se encontraría en esta circunstancia, sin embargo por la mañana ese tarugo tenía que preparar a sus soldados para combatir y, no sólo para eso, también para ganar. Aquí, en el límite de Francia, en los peores días del invierno, tenía que convertir una derrota en victoria y retener el fuerte.

Capítulo 13

El comandante Pierre Ducos cabalgó a lo largo de la línea que formaban los reclutas mal vestidos, mojados y abatidos. Unos pocos, unos pocos preciados, eran veteranos que proporcionaban fuerza a la tropa, pero la mayoría de aquellas caras eran de jóvenes cansados y aterrados. No era de extrañar, pues el día anterior a algunos de esos jóvenes los habían atacado salvajemente y su relato se había propagado con pesimismo por el resto de la media brigada.

—El enemigo contaba con un batallón —explicaba nervioso un jefe de batallón francés a Ducos—, además con tiradores.

—Había menos de doscientos hombres, coronel —dijo Ducos con voz implacable—. Ustedes eran seiscientos.

¡Santo Dios, pero cómo despreciaba Ducos a los soldados! Todos unos fanfarrones, hasta que el enemigo los dejaba sin aliento, después de lo cual aseguraban que el enemigo los superaba en número o que el sol los había deslumbrado o que tenían la pólvora húmeda. Sólo Dios sabe por qué los políticos recurrían a los soldados como último instrumento de la política; era como apostar en una pelea de gallos para decidir el futuro de los imperios.

—Y ahora coronel, se va a enfrentar a esos pocos enemigos con algo más de dos mil hombres. ¿Cree usted que será suficiente? —preguntó Ducos con inquietud burlona.

—Están tras unas murallas —dijo el coronel, nervioso.

—En una fortaleza que está destrozada —dijo Ducos con mordacidad—, carece de cañones y tiene muy poca munición para los mosquetes.

Pierre Ducos sentía un gran placer al saber que Richard Sharpe se encontraba abandonado y atrapado. Desde luego, hubiera sido mucho más elegante si Favier hubiera convencido a Sharpe para que avanzara en dirección a Burdeos atravesando el campo abierto, pero el truco del falso nombramiento había fallado y Ducos admitía que Favier y De Maquerre habían actuado bien. El escuadrón de barcos se había ido y Sharpe estaba desconsolado. Habían evitado la amenaza de un desembarco británico y en unas pocas horas el comandante Richard Sharpe se encontraría rodeado de bayonetas y amenazado por dos baterías de artillería. El comandante Henri Lissan también avanzaba con las tropas de sitio y, aunque el comandante estaba deshonorado por haber perdido su mando, había recibido la promesa de que se le restituiría si su íntimo conocimiento de las defensas de la Teste-de-Buch permitían que el general Calvet volviera a ganar el fuerte costero con rapidez.

Al menos, se consolaba Ducos, el general de esta media brigada conocía su oficio. Calvet era un viejo soldado de Francia, un veterano de las guerras revolucionarias y un hombre duro que había ascendido desde la tropa. Se había

forjado un nombre en Rusia donde, en medio de la retirada del gran ejército, había mantenido a su brigada unida. Otros hombres habían muerto de hambre o de frío y acuchillados por los cosacos, pero los hombres de Calvet, temiendo más a su general que al enemigo o al clima, se mantuvieron en su sitio. Se decía que la esposa de Calvet dormía con una almohada rellena con el cabello cortado a los cosacos que su marido había matado con su propia espada. Resultaba un rasgo curioso de imaginación teniendo en cuenta que era un hombre conocido por luchar de forma directa, honrada y sangrienta. El general Calvet era un bruto, un carnicero, un hombre duro en una profesión sangrienta y Ducos, si hubiera creído en Dios, le hubiera dado gracias por tener tal instrumento en sus manos.

Jules Favier, de nuevo vestido de uniforme y de buen humor, avanzaba con su caballo junto a Ducos.

—Calvet —dijo como si fuera una leve advertencia— no ha luchado nunca contra los ingleses.

—Los ingleses —respondió Ducos— nunca han luchado contra Calvet.

El coronel Favier admitió aquella certeza y luego levantó la vista al cielo.

—Los marineros dijeron que habría tempestad.

—Se equivocaron —dijo Ducos.

Y era cierto, durante toda la noche había tronado y retumbado y soplado viento con fuerza, pero la mañana se había presentado calmada y con viento racheado. El sol relucía de forma intermitente en los charcos que crecían con las acequias desbordadas. La caballería se había ido hacia el sur atravesando esos campos, por si Sharpe decidía dirigirse a un lugar a salvo por la costa, pero Ducos estaba seguro de que el fusilero se quedaría en la fortaleza aguardando con la esperanza de que sus barcos regresaran.

—Calvet se lo cargará —dijo Ducos esbozando una sonrisa extraña en su cara de erudito cansado.

Las ruedas de los cañones retumbaban más fuertes que el trueno sobre el puente de tablones en Fature, luego las tropas se encontraron en la zona pantanosa. La albufera de Arcachon se extendía con su amplitud a la derecha y la fortaleza de la Teste-de-Buch estaba a un día de marcha por delante.

Calvet, Ducos y un justo castigo iban a por un fusilero.

Durante la noche un relámpago con sus ramificaciones en zigzag tan anchas que abrazaron todo el cielo del norte, había descendido hacia las aguas del canal y las había alumbrado con una luz de acero que había destellado y luego desaparecido. El viento había jugado con el fuerte pero, al amanecer, que se mostró con jirones de nubes, el viento extrañamente había dejado de soplar y el aire era de repente cálido. Patrick Harper, raspando con una navaja de afeitar desafilada su barba incipiente,

afirmó que incluso había un toque de primavera en el aire de febrero.

—El pequeño cumple hoy dos meses —le dijo a Sharpe.

—Y mejor le iría si se hubiera quedado con el batallón —gruñó Sharpe.

—¡En absoluto! —exclamó Harper con un buen humor implacable—. Los barcos vendrán, señor, ya lo verá.

A uno de los heridos lo situaron en las murallas del oeste para vigilar la llegada de tales barcos, mientras que a otro lo colocaron en las del este para observar al enemigo. Dos de los alemanes de Frederickson, hombres de confianza, fueron enviados tierra adentro con caballos capturados a la caballería para recabar noticias. Otro, un cabo silencioso de rostro curtido, fue enviado al sur con el mejor de los caballos capturados.

—Siento perderlo —dijo el Dulce William— pero si lo consigue en tres días entonces tal vez pudiéramos sobrevivir.

Al hombre, un voluntario, lo enviaban para que intentara deslizarse por entre las líneas enemigas y consiguiera informar al ejército británico de la situación apurada en que se encontraba Sharpe. Éste dudaba si volverían a ver a aquel hombre, pero no había que descartar la posibilidad de que enviaran unos barcos hacia el norte en misión de rescate.

El tiempo en calma y cálido elevó los ánimos de los hombres. Los uniformes, empapados tras los esfuerzos de los últimos días, se colgaron a secar en las murallas, proporcionándole a la Teste-de-Buch un aspecto doméstico. Los soldados de Palmer, desnudos de cintura para arriba, cogieron hachas y podaderas de los aldeanos y fueron a los bosques donde derribaron un árbol tras otro y los arrastraron hasta el fuerte para que sirvieran de combustible y para las barricadas. Destrozaron las barcas pequeñas y llevaron los maderos al interior de las murallas. Acarrearon cualquier tipo de recipiente que pudiera contener agua, desde los barriles hasta los cazos de la cocina, hasta un almacén vacío y chamuscado para tenerlos a salvo.

No era momento para preocuparse por la opinión de los franceses. Registraron las casas en busca de comida, pólvora y armas. Llevaron jamones y pancetas ahumadas hasta el fuerte, sacrificaron el ganado y tomaron las provisiones de trigo para el invierno, patéticamente ocultas, que transportaron en pesados sacos por la carretera arenosa.

En uno de los merlones, ese trozo de parapeto que media entre dos cañoneras, se sujetó con fuerza un tronco de pino desnudo. Era el árbol más alto que habían encontrado en el bosque y ahora, de su extremo afilado, ondeaba una burda bandera.

No era la bandera de la Unión, pues los hombres de Minver no habían encontrado bastante tela azul para hacerla. Era pues la bandera de Inglaterra; la cruz roja de san Jorge hecha con las mangas de los uniformes de la infantería de marina y cosidas en un campo blanco que anteriormente había servido de mantel en casa del inspector de

aduanas de Le Moulleau. Una cruz roja sobre blanco, la bandera del hombre que había matado al dragón, y aunque pocos de los hombres de Sharpe se mantendrían leales a Inglaterra, ya que procedían de Alemania, Irlanda, Escocia, Gales o España, la bandera resultaba extrañamente reconfortante. Flotaba entre las ráfagas de viento como una señal en un mar vacío.

La preocupación de Sharpe eran las defensas. Había cuatro murallas y en las esquinas del fuerte unos baluartes más altos, poco más que garitas para abrigo de los centinelas, pero los baluartes de hecho impedían el movimiento rápido de una muralla a la siguiente. Un soldado que quisiera ir de la muralla norte a la del este tenía que atravesar las dos entradas del baluarte noreste y para que el tránsito fuera más rápido, Sharpe había hecho que sujetaran varios trozos de pino y luego los había tendido como una pasarela en diagonal entre las esquinas.

El patio no era cuadrado, las construcciones que se protegían bajo la muralla le daban una forma irregular. El cuartel quemado ocupaba la esquina noreste mientras que los despachos de la guarnición y los alojamientos de los oficiales estaban en el sudeste. En el espacio entre unos y otros se habían puesto barricadas, de forma rudimentaria, pero consistente, con un amasijo de pinos sin podar. Si el enemigo penetraba en el patio se enfrentaría a un grueso seto de pino erizado.

La mayor preocupación de Sharpe era la munición. El teniente Fytch, que tenía la misión de contar los cartuchos que le quedaba a la infantería de marina, informó tristemente de que cada hombre apenas tenía para treinta disparos. Los fusileros, que siempre llevaban más cuando entraban en combate, tenían más de sesenta, pero la cantidad total de cartuchos que había en el fuerte no llegaba a los nueve mil. Un batallón disparaba tal cantidad en los primeros cinco minutos de una batalla y Frederickson, haciendo unos cálculos improvisados en un baluarte con el pedernal de un fusil sobrante, gruñó.

—Calculo que tenemos suficiente para una batalla de dieciocho minutos. Después de esto les tendremos que lanzar bolas de betún.

—Tenemos la pólvora de los cuernos.

Sharpe se refería a la pólvora fina que cada fusilero llevaba en un cuerno. Se reservaba para los disparos especiales, cuando la puntería se podía ver perjudicada por la pólvora más gruesa de los cartuchos, pero Sharpe sabía que, aunque se pudieran encontrar más balas, la pólvora extra no sería suficiente para más de seiscientos y setecientos cartuchos.

Así que enviaron a más hombres a buscar pólvora. Los aldeanos tenían escopetas para cazar patos, por lo tanto tenía que haber pólvora en la zona y Sharpe dio permiso a los hombres para que derribaran muros en busca de municiones ocultas. Pensó que se daría por satisfecho si llegara a multiplicar por dos sus municiones, así que había que buscar otras maneras de matar franceses.

El teniente Fytch puso a una docena de hombres a afilar estacas de pino que primero habían clavado en el lecho del foso con agua. Las estacas, a las que se sacaba punta con cuchillos y bayonetas, quedaban ocultas bajo las aguas en aquellos lugares que Sharpe pensó que estarían más expuestos al asalto de los franceses. Por encima de las estacas, amontonados sobre las murallas, estaban los restos de mampostería que se habían caído con las explosiones que Bampfylde había provocado. Si caía una piedra de la construcción mataría a un hombre con tanta efectividad como cualquier bala, sin embargo la mampostería amontonada resultaba un arma patética contra cualquier fuerza proveniente del este.

—Tal vez no vengan —dijo Patrick Harper.

—Se supone que no hay muchas tropas en esta área —dijo Sharpe esperanzado.

—¿Supongo que serán los fantasmas con los que luchamos hace dos días? —preguntó Harper inocentemente—. Y tal vez no necesitemos a este cabrón —añadió, dando un golpecito en la recámara de uno de los dos cañones de doce que se habían rescatado del foso.

Harper se había empeñado en hacer que los cañones funcionaran. En aquel momento no había siquiera suficiente pólvora para disparar un cañón, pero Harper rezaba para que se consiguiera reunir suficiente material en el pueblo. Como muchos soldados de infantería, se sentía fascinado por los cañones y quería con desesperación hacer que al menos uno de los cañones fuera capaz de disparar una bala. Con una ternura que resultaba sorprendente en un hombre tan enorme, y con una tenacidad que Sharpe ya conocía, Harper utilizaba una lezna para ir extrayendo trocito a trocito la punta de hierro metida en el fogón.

—¿Se puede extraer? —preguntó Sharpe.

Harper hizo una pausa como sugiriendo que el trabajo se podría llevar a cabo si los oficiales no se empeñaran en hacer preguntas tontas, luego se encogió de hombros.

—Extraeré la punta a este cabrón aunque me lleve todo el día y toda la noche, señor.

Por la tarde Sharpe deseó fervientemente que los cañones pudieran arreglarse, pues el teniente Minver había dado con oro, o casi. En la cámara acorazada de las aduanas de Le Moulleau había encontrado ocho barriles de pólvora negra.

—Es un material malo —dijo Minver indeciso.

Sharpe cogió un puñado de pólvora con la mano derecha. Era vieja, olía a humedad y era del peor tipo de pólvora negra; provenía de los restos de pólvora más fina y estaba adulterada con carbón molido, pero seguía siendo pólvora. Puso una pizca en la cazoleta de su fusil, hizo chasquear el pedernal y la pólvora burbujeó.

—Mézclela con la otra pólvora capturada. Y bien hecho.

En la capilla se hizo un laboratorio donde tres hombres iban arrancando páginas

de los libros que quedaban de Lissan, retorcían el papel y formaban burdos cartuchos que rellenaban con la pólvora ordinaria. Les faltaban balas, pero Frederickson tenía a un pelotón de hombres robando el plomo de la iglesia de Arcachon y el sargento Rossner reavivaba el fuego en el horno que anteriormente había calentado los proyectiles franceses y el teniente Fytch tenía una pistola que venía completa con un molde para hacer balas. Aunque de calibre ligeramente inferior al de los mosquetes o fusiles serían eficaces. También se habían recuperado algunas balas que no estaban estropeadas en el cuartel donde, suponía Sharpe, Bampfylde había hecho explotar su munición sobrante.

Llegó más pólvora de Arcachon y de los pueblos de Le Teste, Pyla y Le Moulleau. Había bolsas de cuero con pólvora, cajas de pólvora y barriles pequeños de pólvora. Había incluso mosquetones, seis trabucos naranjeros, ocho escopetas para patos y una pistola de duelo que tenía otro molde para balas.

Los hombres estaban atareados y como siempre la actividad los satisfacía. Cuando unos gritos anunciaron que Patrick Harper había conseguido devolver su utilidad a uno de los cañones de doce, aquella satisfacción creció y se convirtió en una confianza que desvirtuaba lo desesperado de la situación. Harper empezó con el segundo cañón de doce.

—¿A menos que quiera usted que trabaje en uno de esos cabrones grandes? —le preguntó a Sharpe esperanzado.

Sharpe dijo que no. No tenía suficientes hombres para extraer uno de los enormes cañones de treinta y seis del canal, ni podía contar con la pólvora que necesitaba una de esas enormes bestias. Incluso aquellos cañones de campaña menores, si los dos se pudieran disparar, no se podrían usar más de una o dos veces. Eran armas tan sólo para una emergencia.

—¡Señor! —El herido que vigilaba la parte de tierra le hizo una señal a Sharpe con la mano—. ¡Visita, señor!

Sharpe corrió a la puerta, atravesó el precario puente de tablones y vio a un hombre alto, de pelo largo que avanzaba hacia la explanada.

Era Cornelius Killick, y al ver al americano Sharpe se sorprendió. Había creído que Killick se habría ido hacía tiempo tierra adentro, sin embargo allí estaba el capitán corsario como si sencillamente fuera a dar un paseo vespertino. Sharpe se encontró con el americano pasado el glacis.

—Pensaba que se habría ido a París, señor Killick.

Killick no hizo caso de las palabras de bienvenida de Sharpe y se quedó mirando el trabajo que se llevaba a cabo para poner una barricada en la entrada ennegrecida.

—Parece que esté usted a la espera de problemas, comandante.

—Quizá.

—¿Se encuentra varado? ¿Un Robinson Crusoe moderno?

—Tal vez.

Killick se echó a reír ante las respuestas evasivas de Sharpe y luego dejó que lo sacaran del fuerte.

—Yo también estoy haciendo algunas reparaciones.

—¿De verdad?

—Le estoy poniendo un culo de madera de olmo a un barco de roble. —El americano sonrió burlescamente—. El *Thuella* no estaba tan mal como yo pensaba. ¿Quiere usted un pasaje, comandante Sharpe?

—¿A América? —preguntó Sharpe divertido.

—Hacemos un whisky estupendo, comandante —dijo Killick con persuasión— ¡y estupendas mujeres!

—Si usted lo dice, pero no de todas maneras.

Los dos hombres se dirigieron a las dunas de arena junto al canal, donde el americano abrió una bolsa de cuero y le ofreció a Sharpe una ostra.

—¿Ha comido alguna vez ostras crudas, comandante?

—No.

—Tal vez sea mejor que no lo haga. Quizá me acuse usted de romper mi palabra de no combatir contra los ingleses. —Killick se echó a reír, abrió una concha con un cuchillo y se llevó la ostra a la boca—. Así que tiene problemas.

—No puedo negarlo.

Killick se sentó y después de unos instantes de duda Sharpe se sentó junto a él. Sospechaba que el americano había ido hasta allí con alguna intención, aunque Killick quería que la visita pareciera casual. El propósito podía ser simplemente espiar los preparativos que hacía Sharpe, pero Killick no se había esforzado realmente en entrar en el fuerte y parecía satisfecho con la atención que le prestaba Sharpe. El americano iba tirando las conchas vacías a la arena.

—Algunos de mis hombres, comandante, al ser menos civilizados que yo, no están contentos conmigo. Todo por culpa de mi juramento, me entiende. Si no podemos luchar, no podemos ganar dinero.

—¿Por eso lucha usted?

Killick se encogió de hombros.

—Es un negocio, comandante. El *Thuella* me costó ciento sesenta y tres mil dólares. Ya ha dado beneficios, pero ¿conoce usted a algún comerciante que se contente con poco beneficio? Y si mis hombres no obtienen recompensa, pasan hambre y no están contentos.

—Pero están vivos —observó Sharpe irónicamente.

—Ahí está —admitió Killick—. Pero su orgullo se siente herido. Se han tenido que agazapar en Gujan mientras un bergantín británico lanzaba unas descargas contra su barco y yo no les dejaba responder. Ahora me acusan de cobarde, de falta de

patriotismo, de cabrón, ¡incluso de ateo! ¡A mí! —El tono de Killick sugería que podía soportar perfectamente las acusaciones de su tripulación.

—Lo siento.

Killick dirigió a Sharpe una mirada detenida y pensativa.

—¿Supongo que no me va a liberar usted de mi promesa?

Sharpe sonrió por la inocencia con que se planteaba la pregunta.

—¿Por qué diablos debería hacerlo?

—No se me ocurre una buena razón —dijo Killick alegremente—, salvo que me fastidia. ¡Oh, fue justo! Lo reconozco. Y volvería a hacerlo si me salvara por unos años más, pero me fastidia. Ésta es mi única guerra, comandante, y soy terriblemente bueno. —Esta afirmación no era una bravuconada, sino una realidad y a Sharpe le hizo recordar aquella noche en San Juan de Luz que en aquel hombre grande y seguro había puesto en ridículo a la Armada. Killick se encogió de hombros—. Quiero que me libere del juramento. No me deja dormir por las noches, me concome, me fastidia.

—La respuesta sigue siendo no.

Killick asintió con la cabeza como si ya supiera que no cambiaría la mente de Sharpe, pero había hecho el esfuerzo.

—¿Por qué lo han abandonado esos cabrones?

—No sé.

El americano levantó un ojo al cielo.

—Tal vez ha sido cosa del tiempo. Yo pensaba que iba a desencadenarse una tempestad, pero la maldita cosa ha desaparecido. Tiempo extraño aquí, comandante. ¿Espera que regresen?

—Tal vez.

—Pero hoy no han venido, amigo, así que algo me dice que tiene usted problemas. —Killick sonrió leve pero amigablemente—. ¿Está usted entre la espada y la pared, no?

—Tal vez.

El americano se echó a reír.

—Siempre podría usted enrolarse en mi tripulación, comandante. Sólo tiene que llevar a sus hombres a Gujan y yo les firmo el papel. ¿Quiere usted ser ciudadano americano?

Sharpe se echó a reír. Era una burla sin maldad y provenía de un hombre que a Sharpe le gustaba instintivamente. Si Killick hubiera sido británico, pensó Sharpe, y hubiera vestido una chaqueta verde, hubiera resultado un fusilero fantástico.

—¿Tal vez quisiera usted que sus hombres se unieran a los fusileros? Podría hacerle cabo para empezar.

—Me parece que ya he tenido bastante combate en tierra —confeso Killick con una honestidad no carente de tristeza. Echó una mirada melancólica hacia el mar

abierto y luego, tras una pausa, volvió a mirar a Sharpe antes de decirle—: Sentiría mucho verle derrotado, comandante.

—No tengo intenciones de que así sea.

—Y soy consciente —continuó el americano como si Sharpe no hubiera hablado— de que me ha salvado usted la vida. Así que aunque usted no me libere del juramento, considero que estoy en deuda con usted. ¿No es así, comandante?

—Si usted lo dice.

Sharpe hablaba con la cautela de un hombre que desconfía del enemigo que le ofrece un obsequio. Pero este enemigo sonreía, chupaba una ostra, luego lanzaba las conchas a la arena que Sharpe tenía delante.

—Solían recoger toneladas de estas cosas de la bahía. ¡Toneladas! Las llevaban a un sitio en el fondo del canal —Killick señaló con un pulgar hacia el norte— y las quemaban, comandante. Las quemaban. Dejaron de hacerlo hace unos años porque ya no podían acarrearlas, pero hay un granero de piedra lleno de ellas. Todo lleno. —Killick sonrió.

Sharpe frunció el ceño, sin entender.

—¿Lleno de qué?

—¡Comandante! Podría traerle pantalones, pero no se piense que se los voy a poner. —Killick abrió otra ostra con su espada, luego se encogió de hombros—. Siempre pienso que voy a encontrar una perla dentro de estas malditas cosas y nunca es así. Lissan estaba muy sorprendido de que nos salvara usted la vida, comandante. —Esta última frase fue pronunciada de forma fortuita, como lo de las ostras.

—¿Lissan? —preguntó Sharpe.

—Era el comandante de esto. Un tipo escrupuloso. ¿Por qué lo hizo, comandante? Era evidente que la pregunta era seria y Sharpe se pensó bien la respuesta.

—Me cuesta hacer ahorcar a la gente, incluso los americanos.

Killick se rió entre dientes.

—¿Remilgado, eh? Yo tenía la esperanza que me lo hubiera ganado yo. Todo aquel cuento de no colgar nunca a un marino cuando no hay aire. —Killick sonrió burlonamente, complacido con su inteligencia—. Era una tontería, comandante. Me lo inventé.

Sharpe se quedó mirando al americano. Durante días Sharpe había creído con toda la fuerza de que era capaz una superstición que ser indulgente con Killick le había salvado la vida a Jane. ¿Y ahora era una tontería?

—¿No es cierto?

—Ni una palabra, comandante. —Killick estaba encantado con la sorpresa que mostraba Sharpe—. Pero se lo agradezco igualmente.

Sharpe se puso de pie.

—Tengo cosas que hacer. —Sus esperanzas se tornaban desesperanza—. Le

deseo buenos días.

Killick observó la figura alta que se alejaba.

—¡Recuerde, comandante! ¡Conchas de ostra! ¡A medio camino entre aquí y Gujan, y eso no es una tontería!

Sharpe entró en la fortaleza. Quería hablar con alguien. De repente todos los preparativos que había hecho contra el sitio parecían inútiles, despreciables y patéticos. Los rastrillos, traídos de los pueblos, parecían instrumentos débiles para derribar las escalas. Los dos cañones que Harper había arreglado eran juguetes para aplastar a un monstruo. La tala hecha con pinos era una menudencia, un obstáculo no mayor que una valla. Jane se estaba muriendo. Sharpe no era capaz de pensar en otra cosa.

—¡Señor! —Frederickson subía corriendo por la rampa de piedra—. ¡Señor!

Sharpe, que estaba sentado en una de las troneras que daban al canal, levantó la mirada.

—¿William?

—Dos mil cabrones, más dos baterías de artillería.

Los fusileros que Frederickson había enviado a caballo acababan de regresar con las malas noticias.

Sharpe volvió a mirar hacia abajo, se preguntaba para qué habían servido las líneas blancas que había en la muralla, cada una con un número.

—¿Señor? —inquirió Frederickson frunciendo el ceño.

Sharpe volvió a levantar la cabeza.

—¿Dos mil, dice usted?

—Al menos.

Sharpe hizo un esfuerzo por ocuparse de la novedad.

—¿A qué distancia?

—Tres horas.

—Llegarán cuando oscurezca —dijo Sharpe en voz baja. De todas maneras no le importaba si eran dos o veinte mil.

—¿Señor? —Frederickson estaba extrañado con el comportamiento de Sharpe.

—Dígame —dijo Sharpe de repente poniéndose en pie—, ¿qué pasa cuando se queman conchas de ostra?

—¿Conchas de ostra? —Frederickson frunció el ceño ante aquella pregunta extraña—. Se obtiene cal viva, por supuesto.

—¿Cal? —se dijo Sharpe como si no pudiera sumirse en lástima de sí mismo. Tenía hombres que defender y un enemigo al que enfrentarse—. ¿Deja ciega a la gente?

—Así es —dijo Frederickson.

—Entonces tenemos tres horas para ir a buscar alguna.

Sharpe volvía a la normalidad. Siguió adelante con las instrucciones de Killick y ordenó que se llevara uno de los arzones al norte.

Dos horas después, cuando la luz ya no era más que un arbol al oeste en el horizonte, ocho barriles de cal viva se transportaron hasta el interior de la fortaleza. Al igual que la pólvora de las aduanas, era vieja y estaba húmeda después de haber estado almacenada tanto tiempo detrás de los hornos de cal y estaba amontonada formando pedazos del tamaño de un puño de color blanco sucio, pero Frederickson llevó los barriles a la galería donde los hornos de cocinas se encendieron y con una palanca quitaron las tapas de los barriles para que el polvo pudiera empezar a secarse.

—Es un arma asquerosa, —le dijo a Harper.

—Es una guerra asquerosa —Harper deshizo uno de los pedazos—. Y si los gabachos deciden no combatir, señor, siempre podemos pintar este maldito sitio de blanco.

Proveniente del patio exterior se oía el ruido de piedras que silbaban en contacto con el acero; eran las bayonetas que se afilaban. El trabajo se iba realizando con la obsesión y la meticulosidad de hombres que saben que una preparación cuidadosa podía inclinar la fortuita balanza de la vida y la muerte a su favor. Sharpe, al oír el siseo del acero, intentó adivinar lo que debía de estar planeando su enemigo.

Los franceses, decidió, serían principalmente tropas nuevas. Llegarían cansados con la oscuridad y se dirigirían al pueblo en busca de abrigo y agua. Sin embargo, su general sabría que un ataque nocturno por sorpresa le podría proporcionar una victoria rápida. Si Sharpe fuera el general reuniría a los veteranos y los enviaría en silencio hacia el norte, desde donde, mientras los defensores estuvieran distraídos con el ruido provocado por las tropas en el pueblo, estos veteranos atacarían.

Así que Sharpe tenía que dar primero.

Salvo que, sentado al anochecer, Sharpe se sentía asaltado por grandes dudas. Ciento setenta hombres, desesperados por la falta de munición, se enfrentaban a una fuerza diez veces superior. El enemigo traía cañones y Sharpe sólo tenía los dos de doce que estaban cargados, al igual que las escopetas de caza, con trocitos de piedra y metal. Era una locura luchar aquí, sin embargo resultaba impensable rendirse sin combatir.

El capitán Frederickson, con la cara manchada de negro por las raspaduras de hollín húmedo procedentes de la chimenea de la cocina se puso de cuclillas junto a Sharpe.

—He escogido a una docena de hombres, señor. Incluido Harper.

—Bien. —Sharpe intentaba infundir entusiasmo a su voz, pero no lo conseguía—. No entiendo, William, por qué los cabrones combaten contra nosotros. ¿Por qué no dejan que nos pudramos aquí? ¿Por qué desperdiciar hombres con nosotros?

—Sabe Dios, señor. —A Frederickson obviamente no le importaba. Sólo preveía un combate extraño—. Querrá usted algún prisionero, sin duda.

—Resultaría útil, William. —Sharpe miró hacia el este pero no había señal alguna de las tropas francesas que se acercaran—. Me gustaría ir con ustedes.

—No puede, señor.

—No.

Éste era uno de los sacrificios del mando; que Sharpe tenía que delegar. Años atrás, no hubiera deseado nada más que ir a la cabeza de una incursión contra el enemigo, pero ahora había de permanecer en la fortaleza donde la guarnición, nerviosa, pudiera ver su comportamiento calmado y cogiera confianza.

Fue caminando con Frederickson hacia la esquina noreste del fuerte donde, con la ayuda de una red de pesca colgada de una tronera, los fusileros descendieron hacia la arena que la noche teñía de sombras. El metal brillante de sus armas y de sus uniformes se había ennegrecido al igual que sus caras. No llevaban mochilas, ni cantimploras, sólo munición, bayonetas y armas de fuego. Eran los mejores hombres de Sharpe y si los perdía esta noche perdería esta batalla.

Cuando desaparecieron en la oscuridad, Sharpe se giró y se puso a caminar, sintiéndose de repente solo, hacia las murallas del este. Allí esperó, escrutando tierra adentro, hasta que al final se oyeron unos sonidos en la oscuridad.

—¿Señor? —Era un centinela nervioso.

—Ya lo oigo, chico.

Sharpe oía el tintineo de cadenas, los golpes de las ruedas, el ruido de la artillería que era arrastrada por caballos. También oía el tronar suave de las botas. Los franceses llegaban.

Durante un buen tiempo no fue capaz de ver al enemigo. No había luna y la tierra estaba a oscuras. Oía los ruidos, oía las voces que se elevaban al dar órdenes, luego se vio el destello de una linterna, y otra, y lentamente, Sharpe fue distinguiendo la masa más oscura que parecía adentrarse en el pueblo por el sur.

El enemigo había llegado y la segunda batalla de Arcachon estaba a punto de empezar.

Capítulo 14

El general Calvet estaba sentado en un cuchitril en un pueblacho en un extremo miserable de la cada vez más miserable Francia.

—¿Dice usted que Sharpe es bueno?

—Tiene suerte —dijo Ducos con desprecio.

—El Emperador —dijo Calvet— le dirá que un soldado necesita más suerte que inteligencia. ¿Ha ido ascendiendo desde la tropa?

—Como usted, general —contestó Ducos.

—Entonces ha de ser bueno. —Calvet se frotó las manos con regocijada anticipación. La cara del general era ancha, marcada con cicatrices, quemada con manchas de pólvora como si fueran tatuajes oscuros. El bigote era de veterano, negro y tupido—. ¡Favier! ¿Usted que ha luchado contra los ingleses, qué tal son?

Favier sabía que era el momento de decir la verdad, no bravuconadas.

—Faltos de imaginación en el ataque, sólidos como una roca en la defensa y rápidos con los mosquetes, mucho.

—Pero esos bergantes están faltos de munición. —El general había oído que los británicos habían registrado los pueblos de la zona en busca de pólvora. Calvet se sentó junto a una mesa llena de hendiduras con un mapa, dibujado por el comandante Lassan, junto a un trozo de pan y uno de queso que eran su cena—. Así que cuanto más rápidos sean con los mosquetes, antes acabarán con la pólvora. —Calvet se fijó en el mapa. Un foso doble, uno de ellos con agua, rodeaba los tres lados del fuerte, pero el cuarto, el que daba al canal, no tenía foso anegado. El baluarte principal estaba en los bajíos de la marea, pero la mitad norte de la muralla oeste lindaba con arena hasta la salida del foso. Ése era el lugar vulnerable.

La salida del foso era la compuerta de un dique pequeño de mampostería situado en la esquina noroeste del fuerte. Ese dique haría las funciones de puente hasta la base de las murallas y la estrategia de ese ataque consistía en hacer que los defensores tuvieran que descuidar la vigilancia en ese lugar.

—¿Atacará usted esta noche? —preguntó Ducos con impaciencia.

—No sea usted idiota, hombre. ¡Eso es lo que ellos esperan! ¡Tiene a sus hombres en alerta! Ellos pasarán una mala noche y yo peor, pero no atacaré.

Calvet percibió en el rostro de Ducos su desaprobación y, conociendo el siniestro poder que a veces ejercía Ducos sobre el Emperador, se dignó a explicarse.

—Tengo tropas nuevas, Ducos, poco más que granjeros. ¿Ha atacado usted alguna vez de noche? ¡Es el caos! ¡Un verdadero desastre! Si repelen nuestro ataque, y así será, conocerán la derrota y a un recluta nuevo siempre hay que darle primero una victoria. ¡Lo hace invencible! No. Atacaremos mañana. Los ingleses no habrán dormido, estarán nerviosos como vírgenes en un cuartel de granaderos y los

aplastaremos. —Calvet se reclinó en la silla y sonrió a todos los que estaban en la habitación—. Mañana por la noche tendremos al comandante Sharpe como invitado para la cena.

Un ayudante encendió una vela nueva.

—Si está vivo, señor.

—Si no lo está, nos lo comeremos. —Calvet se echó a reír—. Nos comimos a bastantes hombres en Rusia. La carne humana sabe a raya, ¿lo sabía usted, Ducos? La próxima vez que coma raya, recuérdelo.

—Gracias, señor —dijo Ducos sin sonreír.

—Nalgas de cabo hervidas, bien sazonadas con pimienta —reflexionó Calvet—. He cenado peor. ¿Qué alcance tienen sus malditos fusiles?

—Doscientos pasos —dijo Favier— pero pueden ser un incordio hasta cuatrocientos.

—Entonces pondremos obuses aquí. —El pulgar de Calvet manchó las señales de lápiz que indicaban la situación del pueblo en el mapa—. Los quiero acostados como morteros.

—Por supuesto, señor —dijo el coronel de artillería.

—Y los otros cañones aquí. —El pulgar volvió a golpear y dejó un resto de queso junto al molino de agua—. Hagan troneras en las murallas, pero no abran fuego esta noche. Esta noche quiero a los mosquetes avanzando por el glacis. Muchos. Mantengan a los cabrones preocupados. Quiero ruido, disparos, gritos. —Miraba a uno de los coroneles de su batallón—. Elijan un lugar diferente cada pocos minutos, que no sea regular. Ya saben cómo hacerlo.

—Sí, señor.

—Hagan que gasten algunas de sus preciadas municiones. Pero aléjense de este lugar. —Calvet señaló el dique—. Quiero que esto lo dejen solo.

—Sí, señor.

—Y al amanecer no quiero que nadie esté a la vista. —Calvet se puso de pie. Era un hombre enorme, con una tripa como un barril de pólvora para obús. Extendió los brazos, bostezó y se dirigió al colchón de paja que yacía junto al fuego—. Ahora voy a dormir, así que salgan. Despiértenme a las cinco.

—Sí, señor.

—Cuando atacemos —la voz que retumbaba del general detuvo la salida de los oficiales uniformados— lo haremos con rapidez y eficacia. Cualquier hombre que me decepcione tendrá que explicarse, solo, ante mí. —Levantó un puño del tamaño de una bala de cañón—. Ahora largo y hagan que los cabrones se pasen la noche dando saltos.

Las olas iban rompiendo y lamían la playa a la entrada del canal, el viento hacía vibrar las ramas de los pinos y gemía sobre las murallas y los hombres elegidos del

mejor batallón francés se dirigieron a su tarea nocturna mientras los otros dormían. Mientras, el general Calvet, con la cabeza sobre una mochila y las botas listas junto a su cama, roncaba.

—¡No disparen! —chilló Sharpe, un sargento lo repitió y luego corrió por la muralla del sur.

Seis o siete disparos de mosquete se habían oído procedentes del glacis, las balas sisearon sobre sus cabezas y dos soldados y un fusilero habían devuelto los disparos instintivamente.

—¡No disparen —dijo Sharpe— a menos que reciban la orden de disparar o a menos que los cabrones estén subiendo por las murallas! ¿Me oyen?

Ninguno de los tres hombres contestó. Agazapados bajo las defensas, recargaron sus armas.

Sharpe envió a Fytch por las murallas con el aviso de que ningún hombre había de disparar. Sharpe supuso que los franceses intentaban provocar un fuego defensivo para ver qué partes de la muralla respondían con mayor fuerza. Que lo adivinen los cabrones.

Había sesenta hombres en los antiguos despachos de la guarnición, totalmente armados pero se les había dicho que intentaran dormir lo que pudieran. Cuando se iniciara el ataque, y Sharpe no lo esperaba hasta las horas más avanzadas de la noche, esos hombres podrían estar en las murallas en minutos.

Él se puso en cuclillas en una tronera. Notaba el viento frío sobre la costra de sangre de su frente y el gemido que soplaba en sus oídos le impedía oír bien. Le pareció percibir el ruido de una bota o de una culata de mosquete en el glacis, pero no estaba seguro. Fuera lo que fuera, era demasiado leve para presagiar un verdadero ataque. Sharpe se había acuclillado al otro lado de las defensas de la fortaleza, con la garganta seca y un miedo creciente y conocía el alboroto repentino que provoca una masa de hombres avanzando para escalar. Se oirían las escaleras avanzando a trompicones, el tintineo de los equipos, el raspar de cientos de botas, pero él no oía nada, salvo el viento, y no veía nada, salvo la oscuridad.

Fue hacia la muralla este y se puso en cuclillas junto al sargento Rossner.

—¿Hay algo?

—Nada, señor.

El sargento alemán tenía el chacó boca arriba y medio lleno de cartuchos. A su lado había un hato de heno. Si se produjera un ataque, encendería el heno y luego lo lanzaría por encima de las murallas para iluminar los blancos. No se permitía luz alguna en el patio o en los muros de la Teste-de-Buch, pues podría recortar las siluetas de los defensores y favorecería a los tiradores franceses.

Sharpe iba de un sitio a otro, se ponía en cuclillas para hablar con los hombres,

les ofrecía vino de su cantimplora y siempre les transmitía el mismo mensaje. No había nada que temer de los disparos fortuitos o de los gritos que a veces se oían en la oscuridad. Los franceses intentaban crispár los nervios de los defensores y Sharpe hubiera hecho lo mismo. Una vez se oyó un sonido de pies concentrados, gritos y una ráfaga de mosquetes que se estrelló contra los muros, pero no aparecieron ningunas sombras al otro lado del glacis. De la oscuridad provenían vítores e insultos, más disparos, pero los hombres de Sharpe, una vez vencido el primer miedo, aprendieron a no hacer caso de los sonidos.

En el antiguo cuartel general del comandante Lassen dos soldados, uno que había sido ayudante de un cirujano y otro que había sido aprendiz de carnicero, disponían las herramientas de carpintería, navajas y costureros sobre una mesa. No tenían grapas, pero había un caldero con brea hirviendo con la que cauterizar un muñón. No tenían vino alcanforado, ni solución alguna de acetato de plomo, pero tenían un barril de agua salada para limpiar las heridas y un cazo lleno de telarañas con las que se podrían rellenar los cortes profundos. Patrick Harper, el enorme irlandés, había recomendado el uso de gusanos para limpiar las heridas, pero la dignidad de su orgullo profesional no permitía a los dos soldados aceptar aquella panacea. Escuchaban los disparos en la noche, sorbían el brandy que se suponía que había de suavizar el dolor de los heridos y se preguntaban cuándo les iba a llegar el primer herido.

El capitán Palmer, intentando dormir allí donde los sesenta hombres se mantenían en reserva, sabía que no se descansaría mucho aquella noche. Los disparos de mosquete y los gritos repentinos llegaban muy amortiguados a los antiguos despachos, pero no tanto para no causar inquietud en los hombres.

—Ojalá llegaran los cabrones —murmuró un soldado.

Palmer pensaba lo mismo. Era mejor enfrentarse a ello, pensó, que esta maldita espera.

Un fusilero español situado en la muralla sur fue a por Sharpe.

—¿Lo oye usted, señor?

Sharpe escuchó. Muy débil, pero inequívoco, llegaba el sonido de picos y palas cavando en la tierra, luego el ruido de una palanca sobre piedra.

—Están formando una batería —dijo el español.

—¿En el pueblo? —inquirió el fusilero.

Sharpe volvió a escuchar.

—Eso diría yo.

—Entonces es que están a tiro —dijo el español golpeando su fusil.

—Largo alcance —dijo Sharpe, dubitativo.

—No para Taylor —dijo el español.

El tirador americano era una leyenda entre los hombres de Frederickson.

Pero Taylor, esa noche, estaba entre la oscuridad; había salido con Harper y Frederickson, se había ido a sembrar el terror entre los hombres que intentaban mantener despierta una guarnición con el griterío, se había ido a matar.

Los hombres no dejaban escapar ni un sonido. Estaban estirados para que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad.

El cielo no era tan oscuro como la tierra. No había luna, pero las estrellas que se desparramaban entre nube y nube podían revelar las siluetas y por ello los fusileros estaban tumbados en la arena boca abajo, inmóviles.

Eran los mejores. Cada hombre era un veterano, cada uno de ellos había luchado en más batallas de las que se pudieran recordar y cada uno había matado y había traspasado ese punto en que el hombre se sorprende de haber dado muerte a otro ser humano.

William Frederickson, cuya pasión era la arquitectura del pasado y que estaba tan bien educado como cualquier otro hombre del ejército de Wellington, consideraba la muerte como una necesidad lamentable, pero inevitable, de su profesión. A Frederickson le hubiera satisfecho que las guerras se pudieran ganar sin matar, pero hasta el momento la humanidad no había concebido cosa tal. Y la guerra, creía él, era necesaria. Para Frederickson el enemigo era la personificación de las ambiciones imperiales de Napoleón, el enemigo de lo que él más quería, y como no era tan tonto ni tan ciego para ignorar su humanidad, era sin embargo una humanidad que se dirigía en esta dirección con la orden de matar. Por tanto, resultaba necesario matar con mayor rapidez y eficiencia que el enemigo.

Thomas Taylor, el americano de Frederickson, consideraba la muerte algo tan corriente como una comida o una mujer. Era parte del estar vivo. Desde joven tan sólo había conocido la crueldad, el dolor, la enfermedad, la pobreza y la muerte y no veía nada extraño en ninguna de esas cosas. Si lo había hecho insensible, también le había proporcionado el orgullo de sobrevivir en el valle de la sombra. Era capaz de matar con un fusil, un cuchillo, la hoja de una bayoneta o con las manos y era bueno con todas las armas. Era un hombre de gran resentimiento y poco remordimiento* Tenía resentimiento por un destino que lo había sacado de su propia tierra, que lo había condenado a un ejército que no amaba, pero su orgullo no le permitía ser un mal soldado.

Para Patrick Harper matar era la profesión de un soldado y un acto que provocaba tanto pesar como orgullo. Por naturaleza, el irlandés era un hombre amable y pacífico, pero había una rabia en él que brotaba en la batalla y lo convertía en un guerrero tan temible como cualquiera de los que se mencionan en las canciones irlandesas. Sólo un combate era capaz de hacer brotar esa ira.

A veces, pensando en los hombres que había matado y en cuyos rostros había

visto la última emoción de vida, Harper hubiera deseado retirar la estocada, desclavar la bayoneta o no haber apretado el gatillo, pero siempre era demasiado tarde. Otras veces, cuando echaba una mirada a los hombres que guiaba, se sentía orgulloso de ser de lo mejor, de que sus hazañas se celebraran y de que nunca se hablara de él con desdén. El amaba a los hombres junto a los que luchaba y sus muertes le hacían daño, así que luchaba por ellos como un demonio. Era un soldado, y bueno, y ahora estaba tumbado en la arena y atento a los chaquetas verdes que estaban a su izquierda y a su derecha y de los ruiditos que provenían de las dunas que tenían allí delante.

Durante una hora o más los franceses habían estado disparando contra el fuerte, provocando a los defensores, pero siempre desde una distancia segura. Lo habían estado haciendo hacia las murallas sur y este y ahora unas figuras oscuras se veían en el terreno yermo del norte donde estaban los hombres de Frederickson.

El Dulce William hizo chasquear la lengua suavemente, levantó una mano para que su silueta se recortara en el cielo oscuro y lentamente hizo una señal para avanzar hacia el norte.

Trece sombras se movieron en la arena. Tenían las caras y las manos tiznadas y las armas oscurecidas. Llevaban los fusiles colgados bien tensos a la espalda pues Frederickson, conocedor del valor del miedo que penetra en el corazón del enemigo, quería que la matanza de esta noche fuera silenciosa. Usarían las hojas, no las balas, y los trece hombres se movían con el silencio y la destreza que presagia la muerte. Todos los fusileros habían estado en aquel mismo terreno a la luz del día y, aunque las dunas parecían diferentes bajo el manto de la noche, el conocimiento que tenían era una ventaja de la que carecían sus enemigos.

Un pelotón de diez franceses estaba reunido bajo el pliegue de una duna que daba al glacis. Eran uno de los seis grupos que estaban fuera aquella noche y disfrutaban con su trabajo. Parecía que ningún peligro los amenazaba ni siquiera disparos de mosquete fortuitos provenientes de las oscuras murallas que se veían por encima del glacis. Durante la primera hora de su excursión, andando por una oscuridad desconocida, habían avanzado con cautela y nerviosos, pero el inocente silencio de la noche había adormecido sus temores y los había vuelto valientes.

A cincuenta yardas a la izquierda, el pelotón del teniente Piellot de repente chilló como un salvaje y disparó contra el fuerte. Los hombres que estaban al abrigo de la duna sonrieron burlescamente. Su oficial susurró que podían descansar un poco y un sargento se tapó la cabeza con el gabán y, bajo la capucha oscura, se encendió la pipa.

A cinco yardas de distancia, sin ser visto, Thomas Taylor iba avanzando por la arena sobre sus codos. En la mano derecha, ennegrecida con betún para botas, llevaba una espada de bayoneta de veintitrés pulgadas que había afilado hasta conseguir igualarla con una hoja de afeitar.

El oficial francés, un capitán de fusileros, trepó gateando hasta la parte más alta

de la duna sin prestar atención a los ruidos que hacía la arena que caía como en cascada. El teniente Piellot hacía suficiente alboroto como para despertar a los muertos y la risita y las voces apagadas de su propio pelotón no le preocupaban. Se quedó mirando la fortaleza y creyó ver una figura moviéndose en las murallas. De noche los ojos juegan malas pasadas y fijó la mirada en el lugar donde pensaba que había visto movimiento y decidió que estaba equivocado. Deseaba que los ingleses se rindieran con rapidez. El capitán, que tenía a su prometida en Reims y a su amante en Burdeos, no disfrutaba con la idea de morir por el Emperador escalando inútilmente aquella fortaleza destartada.

Los hombres de Piellot dispararon una descarga y el ruido resonó en las dunas en dos oleadas; la primera proveniente de los mosquetes y la segunda procedente del eco de la muralla de la fortaleza. El pelotón gritó unos insultos, los hombres restregaron los cañones calientes con las baquetas y el capitán se dio cuenta de que no tenía sentido que sus chicos asustaran al enemigo mientras los hombres de Piellot no abandonaran su entretenimiento. Se deslizó por la arena, dijo a sus hombres que se relajaran, pero de repente le agarraron los pies y le tiraron de ellos con fuerza, el capitán resbaló por la duna hacia abajo, espatarrado y debatiéndose hasta que una bota le golpeó en el vientre, una rodilla le cayó sobre el pecho y una voz siseante en un buen francés le dijo que a menos que se quedara muy callado el cuchillo que tenía en el cuello lo rajaría hasta la columna. El capitán se quedó pero que muy callado.

No veía nada, pero oía gruñidos y refriegas. El mosquete de uno de sus hombres disparó al aire y bajo el resplandor rojo del tubo del arma, el capitán percibió unas sombras negras que se levantaban y caían, unas hojas chorreando y de repente un olor a sangre fresca se le metió por la nariz. Carne y acero, una hoja restregó un hueso al retirarse, los hombres respiraban con fuerza, luego hubo una pausa en la matanza.

—Uno. —Frederickson, arrodillado junto al capitán, susurró la palabra bajo aquel repentino silencio.

—Dos —siseó Harper.

—Tres —dijo un alemán de Mainz que iba contando los franceses que mataba en combate.

—Cuatro —dijo Thomas Taylor.

—Cinco —replicó un joven del que se decía que había acuchillado a su madre en Bedford y luego había huido al ejército antes de que lo pillara la ley.

—Seis —dijo un español reclutado en Salamanca que vino a engrosar las filas tan mermadas con la guerra.

Así hasta trece. Todos los hombres de Frederickson estaban presentes, ninguno estaba herido y, del enemigo, tan sólo quedaba vivo el capitán francés.

Ese capitán, sintiendo que ya había mostrado valor insuficiente aquella noche, se llevó la mano hasta el cinturón donde llevaba la pistola. Un cuchillo le apretó la

garganta.

—No se mueva —le dijo una voz.

El capitán se quedó helado.

Frederickson recorrió con su mano el cuerpo del capitán y encontró una pistola y una espada y las desató. Se metió la pistola en la chaqueta y luego usó el cuchillo para cortar el morral con la munición del francés. Los fusileros se apropiaban de los cartuchos de los muertos. Las balas de los mosquetes franceses, al ser ligeramente más pequeñas que las británicas, se podían usar en las armas de los soldados de infantería de marina y de los fusileros, mientras que las balas capturadas a los británicos resultaban inútiles para los franceses.

—¿Sargento mayor Harper? —Frederickson se separó de su cautivo—. Llévase a este cabrón. —El Dulce William, sin hacer caso de las convenciones de esta guerra, primero amordazó al oficial—. ¿Tommy? ¿John? Vayan con Harper. —Frederickson trataba a Harper como sargento mayor del regimiento.

Veinte minutos más tarde tiraban del oficial francés atado con el lazo de una cuerda hasta las murallas de la cara este, seguido por nueve preciadas cajas de munición y Harper y su escolta tardaron otros diez minutos en regresar junto a Frederickson. Se dieron a conocer con el grito del chotacabras, les respondieron igual y continuaron hacia el este donde les esperaban más franceses en la oscuridad.

—Dice, señor —el teniente Fytch hacía de intérprete—, que no va a haber un ataque esta noche.

—¿Así es? —Sharpe miraba fijamente al oficial francés cautivo que temblaba en un rincón de la habitación.

Sharpe no lo culpaba. Al capitán francés lo habían llevado a la enfermería improvisada para responder a unas preguntas y sin duda el hombre creía que las filas de tenazas, sierras, sondas y hojas de afeitar las iban a usar con él. Cada borboteo y eructo lento de la brea hirviente hacía que el capitán Mayeron se estremeciera.

—Pregúntele quién está al mando —ordenó Sharpe.

Iba escuchando a medias la consiguiente conversación mientras exploraba las pertenencias de Mayeron. Tenía un reloj bueno con la tapa de plata grabada que marcaba las tres y cuarto de la madrugada. Había un fajo de cartas, atadas con una cinta verde, todas estaban escritas en Reims y firmadas por Jeanette. Había una pintura en miniatura dentro de una cartera de piel y seguramente era de la misma Jeanette que sonreía con afectación a quien la observaba. Había un pañuelo, un cuchillo, tres nueces, un tenedor y una cuchara sin lavar, un frasco de brandy, un cabo de lápiz y un pequeño diario forrado en piel que contenía bosquejos del paisaje y un retrato torpe a lápiz de una muchacha llamada Marie. En la misma página había un trozo de cartón sobre el que se habían pegado algunas flores secas y que había

firmado, evidentemente con amor, la misma Marie.

—Calvet —dijo Fytch—. Un general.

—Nunca he oído hablar de él. Pregúntele si Burdeos se ha levantado a favor del rey.

La pregunta provocó una respuesta larga e indignada que se tradujo con un simple no.

A Sharpe no le sorprendió la respuesta, pero quiso ahondar más.

—Pregúntele si ha habido algún tumulto recientemente en la ciudad.

El capitán Mayeron, animado por una erupción de las burbujas del caldero de brea, dijo que había habido algunos tumultos a causa del pan por Navidad, pero ningún problema político, salvo las usuales quejas de los comerciantes empobrecidos a causa del bloqueo. Y no, la guarnición no se había rebelado; y no, no creía que la población estuviera lista para rebelarse contra el Emperador. Pareció que esta última pregunta se la pensaba, se encogió de hombros, y luego la repitió.

Sharpe escuchaba la traducción y empezó a entender el engaño del conde de Maquerre. Hogan, en sus balbuceos causados por la fiebre, había hecho uso del nombre de aquel hombre, junto con el de Pierre Ducos, y ahora Sharpe sospechaba que él era una víctima de las maquinaciones del astuto francés.

¿Era así? En estas últimas horas, solo con sus pensamientos, Sharpe había empezado a sospechar una intriga más profunda y más secreta. ¿Por qué permitía Wellington que hombres como Wigram y Bampfylde abrigaran aquellos grandiosos planes de invasión? Ni los coroneles del estado mayor ni los capitanes de marina tenían autoridad para permitir tales aventuras, sin embargo no se había hecho callar a ningún hombre, salvo a Elphinstone que tenía su mismo rango. Wellington o el almirante del escuadrón del golfo de Vizcaya podían haber ordenado a ambos hombres que detuvieran sus planes, sin embargo les habían permitido que siguieran adelante con sus sueños de locura. ¿Y por qué había sido enviado a Burdeos el conde de Maquerre? Seguramente la respuesta era que Wellington quería que los franceses creyeran que iba a haber un desembarco en Arcachon. La presencia del general Calvet en Arcachon significaba que no podía presentar oposición a un puente que atravesara el Adour. Así que la víctima no era Sharpe, sino los franceses, sin embargo la traición de De Maquerre había dejado a Sharpe solo ante su destino en una fortaleza medio derruida.

El capitán Mayeron, temeroso del caldero de brea, habló de repente.

—Pregunta —tradujo Fytch— si se le puede canjear.

—¿Por quién? —preguntó Sharpe—. ¡No han cogido a ninguno de los nuestros prisionero! Devuélvale sus pertenencias y luego enciérrelo en la bodega.

Sharpe regresó a las murallas donde estaba la mitad de sus hombres y los envió a que durmieran un buen rato. El capturado capitán Mayeron había convencido a

Sharpe de que el enemigo al que se enfrentaba, aunque muy superior en número, estaba a medio instruir y era incapaz de llevar a cabo una escalada nocturna. El francés también había convencido a Sharpe de que no estaba atrapado en una trampa, sino que era una parte involuntaria de un complot mayor. Pero eso no era un consuelo, pues por la mañana los cañones franceses empezarían a disparar y llegaría el momento de la verdad.

Frederickson primero llevó su escuadrón hacia el este y luego hacia el sur atravesando la maraña de praditos. Le atraía un sonido metálico y rítmico que provenía de la dirección donde estaba el molino de agua.

Se detuvo al abrigo negro del establo donde Harper se había arrancado el diente. Se oía el batir de las alas de los búhos sobre sus cabezas, luego otra vez silencio salvo el anillo de picos o palancas que golpeaban contra las piedras del molino de agua.

Frederickson hizo una señal a sus hombres para que se escondieran y se quedó observando el molino. Un levísimo resplandor de luz dibujaba las puertas y ventanas y hacía suponer que había hombres trabajando dentro del gran edificio de piedra, a decir por la luz de las linternas.

—Están colocando cañones ahí —dijo Harper con un susurro.

—Probablemente.

La artillería situada en el molino quedaría protegida tras los muros de piedra del fuego de los fusiles y podría barrer los flancos sur y este de la fortaleza sitiada.

Frederickson se giró hacia el pueblo donde había ido el grueso de las fuerzas enemigas. Se percibían más luces medio protegidas entre las pequeñas construcciones, pero no veía movimiento alguno entre el pueblo y el molino. Se preguntaba cuántos piquetes vigilaban la gran edificación de piedra que se extendía sobre la corriente.

—¿Hernández?

El fusilero español de Salamanca apareció junto a Frederickson. Se movía con un silencio misterioso; un sigilo aprendido cuando era guerrillero y un sigilo muy apreciado por el capitán Frederickson. El español escuchó las rápidas órdenes que le daba su capitán, esbozó una sonrisa burlona y blanca en contraste con su piel ennegrecida y se fue en dirección sur. Frederickson creía que Hernández hubiera sido capaz de vaciarle los bolsillos al diablo.

Los otros fusileros esperaron veinte minutos. Un pelotón francés disparó desde el glacis, lanzó insultos en dirección a las murallas pero ningún defensor respondió con un disparo. Un perro ladró en el pueblo, luego gañó como si le hubieran dado una patada para que callara.

Frederickson olió a Hernández antes de verlo, o mejor olió a sangre, luego oyó dos golpazos y el español se hizo visible saliendo de las sombras.

—Hay cuatro hombres en el sendero que va del molino al pueblo —susurró

Hernández— y había dos vigilando el puente.

—¿Había?

—Sí, señor —contestó Hernández señalando hacia el suelo y eso explicaba los dos golpazos que habían anunciado su regreso.

—¿No les ha cortado la cabeza, verdad, Marcos? —preguntó Frederickson con tono reprobatorio.

—Sí, señor. Ahora no pueden dar la voz de alarma.

—De eso no cabe duda.

Frederickson se alegraba de que la oscuridad encubriera los horrores que había a sus pies.

Condujo a su pelotón hacia el sur, siguiendo el sendero que había reconocido Hernández, un sendero que llevaba a un puentecito junto al molino. Una vez en el puente estarían lo bastante cerca para ver las sombras de los hombres que trabajan en el interior de la edificación. Un grupo de hombres, haciendo uso de palancas, almádenas y picos, estaba abriendo unas troneras en el grueso muro exterior del molino, mientras que los otros quitaban la maquinaria del molino para que quedara espacio para los cañones.

—Había veinte cabrones franceses dentro —susurró Hernández.

—¿Cañones?

—No los he visto.

Una de las linternas protegidas se elevó y un hombre se inclinó para encender un cigarro. A Frederickson le pareció que veía la sombra de un cañón de campaña francés en un lugar apartado del molino, pero resultaba difícil decir el lugar exacto a causa de las siluetas. Aun así, Frederickson sabía que al menos veinte hombres trabajaban dentro y otros cuatro franceses estaban cerca del molino. El Dulce William tenía trece hombres, pero los suyos eran fusileros. Parecía que la suerte era entonces contraria a los franceses, en cuyo caso no tenía sentido esperar, así que Frederickson, con la espada desenvainada, condujo a sus hombres al ataque.

El general Calvet no estaba excesivamente preocupado, estaba incluso divertido.

—¡Así que es bueno! Eso le convierte en un enemigo valioso. Me tomaré otro huevo.

Se oyó el chasquido de otro fusil y otro chillido delataba que algún tonto se había dejado ver en el extremo norte del pueblo.

—¡Cuatrocientos pasos! —Calvet miró a Favier.

—Tienen algunos tiradores —dijo Favier disculpándose.

—No he entendido nunca —Calvet partió un trozo de pan con el que mojar la yema del huevo— por qué el Emperador no usa fusiles. ¡A mí me gustan!

—Son lentos de carga —se aventuró Favier.

—Dígaselo a ese pobre cabrón que va camino de los cirujanos. —Calvet dio escuetamente las gracias a su criado que le servía otro huevo de la sartén al plato—. ¿Dónde está el beicon?

—Los británicos se lo llevaron todo al fuerte.

—Así que ellos toman beicon para desayunar y yo no —gruñó Calvet, luego miró a Ducos que estaba sentado en un rincón con una pluma y una libreta—. Dígale a su amo, Ducos, que hemos perdido a treinta y cuatro hombres, tenemos seis heridos y un cañón de doce chamuscado. Hemos perdido dos armones de munición. ¡No es una gran pérdida! Recuerdo una noche contra los rusos en Vilna. ¡A dos tenía yo en esta espada! Uno detrás del otro como pollos en un espeto. Y el que estaba delante sonreía burlonamente e iba chapurreando en su lengua bárbara. ¿Se acuerda? —Se giró para mirar a su ayudante—. ¿Con cuántos cañones nos hicimos?

—Con cuatro, señor.

—Pensaba que habían sido seis.

—Fueron seis —dijo con rapidez el ayudante.

—¡Seis cañones! —dijo el general encantado—. ¡Y Sharpe ni uno la pasada noche! ¡Ni uno! ¡Tan sólo chamuscó una cureña!

El molino había ardido, pero los muros de piedra todavía estaban intactos y estaban colocando los cañones detrás de las troneras ya acabadas y chamuscadas. Calvet reconocía que las tropas británicas habían trabajado bien de noche. Habían eliminado a los hombres del molino, habían hecho explotar los armones, pero podían haberlo hecho mejor. Sharpe, a tenor de Calvet, había cometido un error. Tan sólo había enviado fuera una pequeña fuerza y aunque había cometido una carnicería, no había provocado el gran daño que hubiera conseguido una fuerza mayor. Calvet se reía entre dientes.

—Se pensaba que íbamos a atacar, así que dejó a la mayoría de hombres en casa. —El general recogió con la cuchara la mitad del huevo frito y se lo metió en la boca, luego siguió hablando a pesar de tener la boca llena—. Así que lo único que hemos de hacer es sorprender a ese cabrón listillo, ¿no? —Se limpió la barbilla de yema de huevo con la manga y luego miró a Favier—. Vaya a hablar con ese Sharpe. Ya sabe lo que hay que decir.

—Por supuesto, señor.

—Y dígale que le agradecería algo de beicon. Que sea bien graso.

—Sí, señor —contestó Favier—. Probablemente quiera algo de brandy a cambio.

—¡Déselo! Lo recuperaré al final del día, pero me apetece beicon bien graso para comer. Bien, caballeros.

Calvet dio un golpe sobre la mesa para mostrar que los cumplidos habían terminado y que el sitio, propiamente dicho, podía empezar.

Capítulo 15

En el momento en que el coronel Favier se quitó el sombrero, Sharpe reconoció al hombre con el que había hablado en el puente sobre el Leyre. Favier sonrió.

—Mi general le envía felicitaciones.

—Dígale cuánto lo siento.

El cabo francés que sostenía la bandera blanca de tregua estaba situado junto al caballo de Favier y éste recorría las murallas con la mirada. No se veía a nadie más que a Sharpe. Favier sonrió.

—Mi general informa que ha quedado usted noblemente y que puede retirarse con todos los honores. —Favier gritaba mucho más de lo necesario para que Sharpe lo oyera, quería que la guarnición oculta escuchara también su oferta—. Se les encarcelará, por supuesto, pero serán tratados como adversarios valientes y honorables.

—Le daré una respuesta —dijo Sharpe— a mediodía.

Favier, que conocía todas las reglas de este juego, sonrió.

—Si no tenemos una respuesta en diez minutos, comandante, supondremos que rechazan la generosa propuesta. ¿Mientras tanto podríamos sacar a nuestros muertos del campo norte?

—Pueden enviar a seis hombres sin armas y una carreta ligera. Debería saber que el capitán Mayeron es nuestro prisionero.

—Gracias.

Favier tranquilizó a su caballo que de repente se alejaba del camino que atravesaba el glacis.

—Y usted debería saber, comandante, que sus barcos creen que está usted derrotado y cautivo. No volverán a por ustedes. —Esperó una respuesta, pero Sharpe no dijo nada. Favier sonrió—. Usted y sus oficiales están invitados a comer con el general Calvet.

—Le daré una respuesta junto con la otra —dijo Sharpe.

—Y el general Calvet le pide un favor. Agradecería que le dieran un poco de beicon. Le ofrece esto a cambio. —Favier levantó una botella negra y rechoncha—. ¡Brandy!

Sharpe sonrió.

—Dígale al general que tenemos toda la comida y bebida que necesitamos. Cuando venga a por las respuestas le daré el beicon.

—¡Qué pena que tengan que morir hombres valientes! —Volvía a gritar Favier—. ¡Por nada!

Ocho minutos más tarde Sharpe respondió a Favier lo que los franceses esperaban, rechazaba las condiciones y lanzó una pierna de beicon envuelta en

muselina que el portador de la bandera tuvo que recoger del antepecho de la contraguardias. Favier dijo adiós amigablemente con la mano, luego dio la vuelta sobre su caballo.

Hacia el norte, un carro seguía recogiendo a los muertos que los hombres de Frederickson habían dejado en las dunas. Sharpe quería que los reclutas franceses vieran aquellos cadáveres y que temieran la noche. Los franceses podrían gobernar de día, pero sus fusileros podían convertir los alrededores de la Teste-de-Buch en una pesadilla.

Sin embargo, en los diez minutos siguientes a la marcha de Favier, Sharpe percibió que el francés había sembrado un cierto miedo en sus propios hombres. El teniente Fytch, aunque dócilmente, quería saber si tenían alguna esperanza al luchar.

—¿Quién manda en el mar, teniente? —preguntó Sharpe.

—¿Gran Bretaña?

Sharpe señaló hacia el mar.

—Eso es territorio nuestro. En cualquier momento, teniente, aparecerá un barco. Cuando llegue el momento, estaremos a salvo. ¿Cómo se sentiría usted si nos rindiéramos y una hora después apareciera un escuadrón?

El simple hecho de que se planteara la pregunta ya era causa de preocupación. Sharpe no temía por la moral de sus fusileros, pero la infantería de marina no había luchado contra los franceses y, privados de sus barcos, sentían que el miedo les roía la confianza.

—Hemos enviado un mensaje hacia el sur, la Armada patrulla por esta costa, tan sólo tenemos que resistir.

—Sí, señor.

Sin embargo, a decir verdad, Sharpe hubiera compartido el atisbo de desesperanza que dejaba ver la pregunta del teniente. No había barcos a la vista, aunque las aguas del otro lado de Cap Ferrat no presentaban más que un suave chapoteo deslumbrado por el sol. Esperó en las murallas, preguntándose qué sorpresas planeaba el general francés y se encontró considerando lo que le había propuesto Favier: la rendición.

Sharpe se dijo que estaba atrapado, en desventaja numérica y con provisiones de alimentos, agua y municiones limitadas. Cuando una de esas cosas se agotara, estaba condenado.

Sin embargo, convertirse en prisionero significaba que los llevarían lejos de aquella parte de Francia, que se dirigirían al norte hacia la oscura ciudad de Verdún y estaría todavía más lejos de Jane. Había dicho a sus hombres que luchaban con la esperanza del rescate, pero había mentido.

Los pensamientos atormentados de Sharpe se vieron interrumpidos por Frederickson que ascendía por la rampa.

—Pensaba que estaba durmiendo —dijo Sharpe.

—He dormido tres horas.

Frederickson dirigió la mirada hacia el mar. Estas murallas del este eran las más seguras, la única parte que no cubrían las fuerzas francesas y los dos oficiales se inclinaron en una tronera y se quedaron mirando las olas.

—Hay algo que tenía que haberle dicho —dijo Sharpe indeciso.

—Siente usted una pasión contra natura por mi belleza —dijo Frederickson mientras soplabla sobre un tazón de té—. Lo entiendo.

Sharpe sonrió agradeciéndole la lealtad.

—Jane.

—Ah. —Frederickson, dejó la broma, se giró y apoyó el trasero contra la piedra—. ¿Y bien?

—Tiene la fiebre.

El único ojo de Frederickson examinó a Sharpe.

—Estaba bien la noche anterior...

—Los síntomas aparecieron a la mañana siguiente.

Frederickson dejó ir un suspiro.

—Ojalá fuera capaz de expresar cuánto lo siento, señor.

—No es eso —continuó Sharpe, turbado y algo incoherente—. Creo que estoy aquí luchando porque no puedo soportar dejarla. Si muere y yo no estoy allí. ¿Lo entiende? Si me rindo —señaló levemente hacia el norte—, me llevarán lejos de ella.

—Lo entiendo.

Frederickson sacó un cigarro del bolsillo. Tan sólo le quedaban seis y se los racionaba él mismo, uno al día. Lo encendió y aspiró el humo hacia sus pulmones. Observaba a Sharpe, sabía lo que quería escuchar, pero era incapaz de expresarlo y estaba poco dispuesto a hacerlo. La presencia de tres fusileros le salvó de la respuesta; llevaban un barril de cal hacia uno de los baluartes.

Frederickson no conocía a Jane. Tan sólo la había visto una vez y había descubierto a una muchacha de sorprendente belleza, pero eso no la convertía en especial. Muchas chicas, más o menos, eran hermosas. Marine Robinson, la muchacha de ojos verdes, por quien Robinson se arriesgaba a morir como desertor, resultaría tan linda como cualquier muchacha de la sociedad si estuviera aseada y vestida de forma apropiada y se le enseñaran las tonterías de salón. Frederickson se había dado cuenta de que Jane era una persona dulce, sonriente y agradable, con una personalidad vivaz, pero tales cosas eran normales en las jóvenes que quieren casarse. Cualquier padre medianamente normal en Gran Bretaña y deseoso de que su hija se casara con alguien de las mejores clases se aseguraba de que su hija se adornara con tales atractivos. Y en cuanto a la inteligencia, cosa que Jane parecía tener, desde el punto de vista de Frederickson la mayor parte de la humanidad femenina tan bienaventurada desperdiciaba sin remedio ese don con novelas baratas, chismorreos y

la religión evangélica.

Así que sufrir por una muchacha, como era evidente que Sharpe estaba sufriendo, no le afectaba en absoluto a Frederickson. Admitía que Jane Sharpe tal vez un día demostrara estar por encima de la media, incluso pudiera demostrar que tenía una distinción y un carácter que sobrevivirían a su belleza perecedera, y sin duda Sharpe veía estas posibilidades en ella, pero Frederickson, que no la conocía, no. El Dulce William no entendía que se pudiera sufrir angustiosamente por una esposa, ni siquiera entendía que un soldado tuviera esposa. Las prostitutas llenaban ese hueco, así que Frederickson sabía que no podía decir nada que resultara de consuelo a su amigo. Y sin compasión alguna, le hizo una pregunta.

—¿Si muriera usted esta mañana, Dios no lo quiera, tomaría yo el mando?

—Sí —constestó Sharpe. Sabía que el ascenso de Frederickson era anterior al de Palmer.

—Entonces yo —dijo Frederickson con fuerza— lucharía contra los cabrones.

—¿Por qué?

—¡Por qué! —exclamó Frederickson mirando a Sharpe sorprendido—. ¡Porque son unos miserables! ¡Porque son unos malditos gabachos! ¡Porque mientras estén luchando contra nosotros no podrán dirigirse hacia el sur y provocarles quebraderos de cabeza a Wellington! ¡Porque los ingleses tienen el deber divino de limpiar el mundo de franceses! ¡Porque es por lo que me pagan! ¡Porque no tengo nada mejor que hacer! ¡Porque Napoleón Bonaparte es un asqueroso gusanito que se arrastra en su propio excremento! ¡Porque nadie me ha dado la orden de rendirme sencillamente porque la suerte no está de nuestro lado! ¡Porque no quiero vivir bajo dominio francés y cuantos más cabrones mate, antes lo entenderán! ¿Necesita más? —Observó a Sharpe—. ¿Si no estuviera usted casado, se rendiría?

—No.

—Así que el matrimonio le ha debilitado. Lo hace, ya lo sabe. Agota a un hombre. —Esbozó una sonrisa burlona para mostrar que no quería que lo tomara en serio, aunque hubiera hablado con total convicción—. Lo siento por Jane, de verdad. Pero su lucha no está aquí, la de usted sí.

—Sí. —Sharpe se sentía avergonzado. Quería explicarle a Frederickson lo de la superstición que lo había impulsado a llevar a cabo la emboscada y cómo Killick, inconscientemente, se había aprovechado de él, pero no era capaz de decir nada—. Lo siento.

—Necesita usted un buen combate —dijo Frederickson alegremente—. No hay nada como una buena lucha para elevar los ánimos. Y dentro de dos semanas, amigo mío, abriremos una botella y nos avergonzará haber mantenido esta conversación.

—Sí. —Sharpe había esperado algo de compasión y no había encontrado ninguna—. Han venido a parlamentar.

—Así he oído.

—Han dicho que a Bampfylde le han dicho que estamos derrotados. Por eso la Armada se largó.

—Listo. —Frederickson soltó humo al viento.

Era De Maquerre, pensó Sharpe. Tal vez Hogan sabía que De Maquerre era un traidor, pero no lo sabía nadie más. Pero ahora lo sabía Sharpe y se prometió, si sobrevivía al sitio, que iría a por el francés. Entonces el primer proyectil estalló y los dos hombres se giraron hacia la explosión aunque los cascos de la vaina del proyectil, saliendo del humo zumbando y efervesciendo, salpicaron a su alrededor.

Un obús no era más que un cañón de tubo corto que se utilizaba para disparar proyectiles. La pérdida de precisión que ocasionaba el pequeño tubo se compensaba con el diámetro de la explosión del proyectil.

En combate eran apropiados para lanzar obuses por encima de tropas amigas. Por ello, al revés que los cañones de tubo largo, se disparaban con un ligero ángulo de elevación.

Sin embargo, el general Calvet no quería usar una trayectoria baja. Quería que sus cuatro obuses dispararan como morteros, casi en vertical, de manera que los proyectiles cayeran en picado y mortalmente dentro de los límites de las murallas de la fortaleza.

Así que había que sacar con gran esfuerzo cada cañón de ochocientos ochenta de su cureña y colocarlo en un lecho de maderos especialmente fabricado. Los maderos procedían de las casas del pueblo y se apalancaron y serraron. Les hicieron unas muescas para los gorriones de los obuses y luego los calzaron bien con cuñas de madera. Ahora, apuntando arriba al cielo, los proyectiles describirían un arco bien por encima de las murallas. O al menos así era en teoría.

Los problemas, aparte del desplazamiento y ajuste de las vigas de madera después de los martillazos de cada disparo, eran de dos tipos. Primero, el artillero tenía que calibrar con precisión la cantidad de pólvora que lanzaría la bala al interior del patio de la Teste-de-Buch. Un cuarto de onza de más mandaría el proyectil mucho más allá del enemigo. Segundo, había que calcular la duración del vuelo de la bala y elegir el tipo de mechas apropiada. Era una ciencia que se desarrollaba con el instinto y los primeros intentos del coronel de artillería francesa fueron un tributo a su experiencia.

Ordenó que se usaran cinco onzas de pólvora, mucha menos que la que necesitaría un mortero para la misma distancia y eligió una mecha media. El primer cañón, al disparar el primer tiro experimental, golpeó contra las vigas de madera y una cuña salió disparada, pero el coronel, al observar el diminuto rastro de humo procedente de la mecha ardiendo, vio que el proyectil describía un arco suave hacia el fuerte, luego caía cada vez más deprisa y provocaba una explosión en el mismo

centro del enemigo.

El obús era una esfera de hierro colado llena de pólvora. Cuando la mecha ardía en dirección a la pólvora, el obús explotaba y los fragmentos de hierro salían disparados silbando y cubrían un círculo mortal de veinte yardas de diámetro. Los proyectiles caían casi en vertical.

—¡A cubierto! —gritó Sharpe entre el humo.

Dos hombres estaban a tierra, uno chillando y agarrándose el vientre, el otro sin conocimiento.

Un segundo obús dio contra las murallas, rebotó y descendió poco a poco por la rampa de piedra. Sharpe esperó la explosión.

Un tercer proyectil atravesó las vigas de los despachos de la guarnición y explotó en el piso superior. El teniente Fytch que salió disparado por la puerta como un conejo perseguido por un hurón gritaba pidiendo agua.

El cuarto obús fue a meterse en las cenizas y maderos ennegrecidos del cuartel quemado y lanzó aquellos restos al aire con la gran explosión.

—¡Tenemos uno muerto, señor!

Un fusilero señaló el segundo obús que se había quedado descansando en la rampa. No salía humo, pero Sharpe había visto cosas de esas que explotaban de forma inexplicable.

—¡Manténganse alejados!

Hubo una pausa, durante la cual, Sharpe sabía que el enemigo estaba volviendo a alinear los cañones y metía pólvora negra en los tubos fregados. Sharpe estaba furioso consigo mismo. Por algún motivo no había pensado en la posibilidad del fuego de mortero y el impacto lo había atontado.

—Supongo —dijo Frederickson— que vamos a tener que resistirlo durante un tiempo.

—Eso imagino.

Pero el laboratorio de pólvora estaba amenazado, al igual que la habitación del cirujano y Sharpe llamó a gritos al teniente Minver para que organizara un grupo que los trasladara a un lugar más resguardado en las galerías de piedra.

Seis hombres iban corriendo con agua sucia procedente del pozo y entregaban los cubos en el interior de los despachos, donde otros hombres luchaban contra el fuego. Dos soldados de infantería cargaron con el herido hacia la enfermería mientras un fusilero arrastraba al muerto a un lado del patio. Sharpe vio, con aprobación, que recuperaban la munición del muerto.

Dos cañones más dispararon, esta vez con un sonido diferente y Sharpe se giró de golpe y vio que dos de los cañones de doce del enemigo, las «bellas hijas» de Napoleón, estaban bien dispuestos en el molino chamuscado. Disparaban botes de metralla, probablemente para limpiar las murallas de defensores, y las pesadas balas

daban contra la piedra o silbaban sobre las cabezas.

—¡Fusileros! ¡Vigilen a esos cabrones!

A los artilleros, quinientas yardas al sudeste, tan sólo se les veía a través de una ventana del molino, aunque el humo de sus cañones proporcionaba un escudo protector contra la puntería de los fusileros. Entonces, con un ruido atronador, los otros seis cañones de doce, algunos dentro del molino y los otros protegidos por un muro de piedra situado a lo largo de la corriente, abrieron fuego.

Un obús descendió chillando, explotó a cinco yardas por encima de los adoquines del patio y un fragmento de la vaina le dio en la cabeza a uno de los hombres que se había agazapado en busca de refugio detrás del horno. La fabricación de balas se había visto interrumpida por el ataque y el plomo fundido, volcado por la explosión del obús, se vertía lentamente sobre la cara del muerto.

Otro proyectil aterrizó en las murallas del este y lanzó a un fusilero al interior del patio. El siguiente obús pasó de largo y reventó en el foso seco del norte, mientras que el último de esta segunda descarga, con la mecha húmeda, rebotó, dio varias vueltas desprendiendo humo y Patrick Harper, que surgió casualmente de una galería, paró el movimiento giratorio con su bota, se chupó el dedo índice y el pulgar, luego se agachó y arrancó la mecha ardiendo.

—¡Buenos días, señor!

—Buenos días, sargento mayor. Gracias por lo de la pasada noche.

Harper aguzó el oído para oír bien los sonidos de la mañana.

—No parece que haya desanimado a los cabrones, señor.

Sharpe dejó justo una docena de hombres en el abrigo que ofrecían los baluartes, en su mayoría fusileros, y los demás se metieron bien a salvo en las galerías del fuerte. Los despachos tendrían que quemarse.

Sharpe se quedó en las murallas al igual que el capitán Palmer, pero Frederickson recibió la orden de ponerse al abrigo. Las balas de los botes de metralla traqueteaban y rascaban contra las piedras, rebotaban dando vueltas desde el glacis y hacían jirones la bandera improvisada. Una vez un artillero francés se dejó ver al lado del molino, cuatro fusiles chasquearon, pero el hombre, haciendo un gesto de burla, saltó y se puso a salvo.

Había que resistir a los obuses. Caían con una frecuencia horrible, ya no se espaciaban en tandas de cuatro porque cada cañón francés, que ya había cogido su ritmo, disparaba a su propia velocidad. Algunas veces dos o tres caían juntos, otras veces había una pausa de unos treinta segundos en que no caía ninguno, pero la mañana se estaba convirtiendo para Sharpe en un retumbo sin fin. Una y otra vez sonaban las explosiones, retumbaban y rugían, y el humo con olor a podrido agriaba el aire y las llamas se reavivaban en el cuartel destruido e igualaban a las llamas que se alzaban por encima de las murallas procedentes de los despachos. Seis hombres,

conducidos por Minver, habían ayudado a trasladar la enfermería improvisada a un almacén, mientras que otros seis, guiados por Harper, rescataron el laboratorio con su preciosa carga de cartuchos a medio fabricar.

Un joven soldado de infantería, agazapado junto a Sharpe en la dudosa seguridad que ofrecía el baluarte del sudeste, se estremecía cada vez que un obús explotaba.

—Cabrones —decía—, cabrones.

Los fragmentos de las vainas de los proyectiles escarbaban en la piedra; un trozo entró por la puerta del baluarte y cayó todavía humeante a los pies de Sharpe.

—Cabrones —dijo el soldado.

Un proyectil dio contra el tejado del baluarte y el ruido que produjo fue como el chasquido de una almádena. Sharpe oyó el chirrido del proyectil al deslizarse por la piedra del tejado hacia el foso y se dio cuenta de que si explotaba fuera de las troneras el hierro segaría aquel marco como el cuchillo de un carnicero, pero el obús explotó dentro del foso.

—Cabrones —dijo el soldado.

La fortaleza se estremecía con las explosiones, el aire latía con ellas y los adoquines se chamuscaban con ellas. Uno de los cañones de Harper, tan amorosamente restaurado, fue arrancado de su cureña. Un cadáver, alcanzado en el vientre por la explosión de un obús, salpicó los muros de carne y sangre. Una de las pasarelas que había hecho poner Sharpe para sortear los baluartes fue arrancada de sitio y lanzada contra los escombros del cuartel. Otra, en la esquina sudeste, la quemaron las llamas que ascendían desde los despachos de Lissan.

Los cañones de doce, al no ver movimiento en las murallas, empezaron a disparar balas y los martillazos resonaban como campanas discordantes por toda la Teste-de-Buch. A quinientas millas, sin obstáculos, los artilleros no podían fallar. Sus disparos de hierro sobrevolaban el glacis y golpeaban contra las murallas y las piedras, con poca argamasa, empezaron a moverse.

—Cabrones.

Los nudillos del soldado, que se agarraba a la culata de su pesado mosquete, estaban blancos.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Sharpe.

El soldado que tendría unos dieciséis años parpadeó.

—Moore, señor.

—¿De dónde es usted?

—Exminster, señor.

—¿Dónde está eso?

Sharpe iba oteando por la aspillera vigilando un ataque, pero al ver que el chico no contestaba se giró hacia él.

—¿Y bien?

—Cerca de Exeter, señor. En Devon.

—¿Granjeros?

—Mi padre tiene un pub, señor. El Stowey Arms.

Explotaron dos obuses, el aire se llenó de humo, trueno y el soplo caliente de las llamas y el soldado Moore, por una vez, no renegó.

—Un día —dijo Sharpe— usted y yo nos tomaremos unas jarras de cerveza en el Stowey Arms de Exminster y nadie se creará lo que les contaremos.

—Sí, señor —dijo el muchacho sonriendo.

—¿Es una buena taberna?

—La mejor, señor.

—¿Y la cerveza?

—Algo excepcional, señor. Mejor que la porquería que hay aquí.

—La cerveza francesa —dijo el comandante Richard Sharpe con tono autoritario— es meado de virgen. —Vio que el muchacho sonreía, tal como se suponía, y le dio una palmadita en el hombro—. Usted, soldado Moore, mire por ese agujero. Si no ve nada que se mueva, cante. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Confío en usted.

Sharpe, ocultando su terror que era bastante similar al de Moore, salió del abrigo que le ofrecía el baluarte. Se estiró la chaqueta y la espada, luego fue caminando por la muralla sur. Vio la destrucción en el patio, oyó que un disparo estremecía un merlón a unos seis pasos, pero siguió caminando con calma. Los hombres, protegidos en las arcadas que había en el patio o agazapados en los baluartes de las murallas, deberían verlo. Tenía que parecer calmado ante aquel terror, tenía que hacerles creer que los obuses y disparos, aunque potentes, no eran el fin del mundo. Recordaba que siendo un joven soldado observaba a sus oficiales y sargentos y creía que si ellos podían soportar aquellos sonidos mortíferos él también podría.

Se detuvo en la mitad de la muralla y miró hacia el sur. Tenía todos los síntomas del miedo. El corazón le golpeaba el costillar, el estómago se le hundía, tenía la garganta seca, sentía que un músculo le temblaba en el muslo y que no podía pararlo y sudaba, aunque el día era frío, la piel le escocía. Se dijo que no tenía que moverse de aquel punto hasta que hubiera contado hasta veinte, luego pensó que un hombre valiente contaría hasta sesenta.

Hacía aquello para que sus hombres lo vieran, no porque creyera que estaba a salvo. Un disparo rebotó en el cordón del pretil y Sharpe se dio cuenta de que los cañones de doce, con los tubos ya calientes, disparaban demasiado alto. Se percató de que los morteros eran menos frecuentes y menos precisos y supuso que los maderos se habían ido desplazando en la tierra arenosa. Llegó a cincuenta, decidió que estaba contando demasiado deprisa, así que volvió a empezar a partir de cuarenta.

—¡Señor! ¡Señor Sharpe!

Era Moore. El muchacho señalaba hacia el sudeste, tierra adentro, y Sharpe, mirando fijamente en aquella dirección, vio la masa de hombres que estaba parada detrás del pueblo y que ahora, con los tambores redoblando y los estandartes bien levantados, emergía y se hacía visible. Sharpe se dio cuenta, con gran sorpresa, de que los morteros habían dejado de disparar. Miró hacia los cañones de campaña y esas armas, las ocho, estaban en silencio. El humo se elevaba sobre los prados. Percibió que había un toque de primavera en el aire y algo hermoso en la forma en que el sol relucía sobre las aguas.

Sharpe se giró.

—¡Capitán Frederickson! ¡A sus puestos! ¡Todos!

Hizo sonar su silbato, observó a los hombres que salían corriendo de los túneles de piedra y luego se volvió a girar para ver lo que haría el enemigo.

Se acercaba el asalto.

El general Calvet, con una lonja de beicon en una mano y un reloj en la otra, sonreía burlescamente.

—¿Usted cree que ya habrán guarnecido las murallas, Favier?

—Estoy seguro, señor.

—Entonces dé la señal. Yo me vuelvo a comer.

Favier hizo una señal con la cabeza al trompeta, éste hizo sonar el instrumento y la infantería inmediatamente se sentó.

Los artilleros, que habían estado metiendo unas cuñas en el lecho de los obuses, recularon de un salto cuando le prendieron fuego y los tubos volvieron a golpear con fuerza.

—¡Al suelo!

Sharpe estaba furioso. Había caído en la trampa como si fuera un oficial recién salido de la escuela y había hecho que sus hombres salieran al exterior, justo lo que los franceses querían que hiciera y ahora los proyectiles se alzaban hasta el extremo de su arco, envueltos en humo, y luego se zambullían hacia el fuerte.

—¡Al suelo!

Los cañones de campaña disparaban, los proyectiles explotaban y la pesadilla de fuego, estallidos y de chillidos al alcanzar las cabezas y de llamas y de fragmentos siseantes volvía a empezar.

Un golpe seco, que dio en una aspillera, lanzó unos trozos de piedra a los ojos de un hombre. Un obús, que aterrizó en la muralla oeste entre dos soldados, le arrancó el vientre a uno y dejó al otro ileso pero chillando.

—Lo han hecho con habilidad —dijo Frederickson.

—Y yo he caído —dijo Sharpe con amarga indignación.

Frederickson oteó por una aspillera. La infantería francesa estaba junto al

riachuelo como si estuviera de vacaciones.

—Atacarán la puerta cuando vengan hacia aquí.

—Eso imagino.

—Cabrones seguros de sí mismos.

Los dos oficiales se agacharon cuando un disparo hizo que el polvo y la argamasa seca de las piedras se estremeciera por encima de ellos. El gran bloque de mampostería se había movido una pulgada por el golpe.

Sharpe se quedó mirando la muralla del otro extremo.

—¡Teniente Minver!

—¿Señor?

—¡Haga que se reparta pan y carne caliente!

Minver, horrorizado de que se le ordenara hacer frente al patio donde explotaban la mayoría de los obuses, asintió con la cabeza. Sharpe dejaría a sus hombres expuestos al peligro pues no tenía idea de cuándo se iniciaría el ataque de la infantería concentrada. Vendrían por el sudeste y los obuses seguirían disparando hasta que los franceses estuvieran prácticamente en las murallas. Los cañones de campaña, disparando muy cerca de la línea de avance, tendrían que cesar el fuego antes de que empezara el ataque.

Sharpe quería que llegaran. Quería oír el sonido *pas de charge* de los tambores, quería oír los gritos de los hombres que atacaban, el chasquido de los mosquetes, pues aquello sería preferible a esa espera impotente. De repente quería imitar al joven Moore e insultar inútilmente a los artilleros que sudaban y disparaban y restregaban y volvían a disparar.

Harper, que esperaba en la muralla oeste con el pelotón elegido por Sharpe, se dirigió hacia el soldado que chillaba y le dio un bofetón para que callara.

—Y haz a un lado esa porquería con una pala, chico —dijo señalando los intestinos desparramados del muerto—. ¿No querrás que vengan las moscas, no?

—¿Moscas en invierno?

—No seas caradura, chico. Hazlo.

Uno de los soldados de infantería que estaba con Harper parecía imperturbable ante el bombardeo. Iba pasando una piedra por el alfanje, una y otra vez hasta conseguir el corte perfecto de la hoja. Otro, apoyándose contra la inclinación del armón abandonado de uno de los cañones de Lissan, leía un librito con evidente fascinación. De vez en cuando levantaba la vista, veía que sus servicios todavía no eran requeridos y volvía a la lectura del libro. Al capitán Palmer, que vigilaba el norte y el este desde el puesto que tenía asignado, le pareció ver algún movimiento en las dunas pero cuando examinó el lugar con su catalejo tan sólo vio arena y hierba.

Durante media hora más continuó el bombardeo. Los obuses berreaban y explotaban, las llamas crepitan en las vigas que se desplomaban provocando una

lluvia de chispas en las ruinas de los despachos y las vainas de hierro escupían muerte hacia el interior de la guarnición. Los hombres temblaban. Miraban fijamente la piedra que tenían a una pulgada de su cara, maldecían a los franceses, a sus oficiales, a su suerte, a todo el mundo asqueroso que los había llevado al ojo de aquel infierno humano, hasta que al final, el sonido de las trompetas se escabulló levemente por entre el estruendo y los lejanos vítores revelaron que una masa humana avanzaba al ataque y que los hombres del fuerte, hombres vestidos de rojo y de verde y hombres con las caras sucias, se preparaban para combatir.

Capítulo 16

Dos soldados del pelotón de Sharpe calcularon los intervalos entre las caídas de los obuses y se precipitaron al patio para recuperar los proyectiles que no habían explotado. Había seis. Las mechas de dos no se habían encendido, otros dos las tenían a medio quemar, mientras que los dos restantes simplemente no habían explotado. Los cuatro que tenían las mechas aprovechables se llevaron al baluarte situado sobre la edificación de la puerta de entrada, donde el teniente Fytch se lamía los labios nervioso y toqueteaba la empuñadura de su pistola.

Se había repartido pan y carne, pero a la mayoría de los hombres le costaba masticar o tragar la comida. A medida que la columna francesa se acercaba y la amenaza de sus tambores se escuchaba con mayor fuerza, el pan quedó abandonado junto a los chacos vueltos boca arriba que servían para guardar los cartuchos.

Un obús que aterrizó en el foso salpicó de agua una aspillera. Un hombre se puso a reír nervioso. Un gorrión atrevido a causa del hambre del invierno picoteó en uno de los pedazos de pan apartados y luego se alejó volando.

El soldado Moore, por vigésima vez, levantó la tapa de la cazoleta para comprobar que tenía el mosquete cebado. Por vigésima vez vio que sí lo estaba.

Los tambores franceses se oían claramente en el interior del fuerte, tan sólo los interrumpían los disparos de los grandes cañones. Entre los intervalos de redobles se hacía una pausa que llenaban cientos de voces.

—*Vive l'Empereur!*

—Resulta divertido la primera vez —dijo Fytch.

—Yo lo he oído más veces de las que puedo recordar —dijo Sharpe con sinceridad— y cada una de las veces vencimos a esos cabrones.

Miró la columna, una gran masa de hombres que avanzaban implacablemente por la explanada arenosa. Eran columnas tan enormes y de aspecto tan invencible como las que habían aterrado a la mitad de las naciones de Europa y las habían llevado a la rendición, pero también constituían una formación diseñada para albergar tropas a medio instruir y a las que, por consiguiente, se podía atemorizar y vencer. Los tiradores franceses se iban desplegando por el glacis y uno de ellos disparó una bala que pasó a seis pulgadas de la cara de Sharpe. Un fusil chasqueó y Sharpe vio que el francés retrocedía tras la neblina que formaba el humo de su mosquete.

Sharpe había desplegado a todos sus fusileros en las murallas este y sur. Esperó a que el enemigo estuviera a doscientos pasos, entonces cogió aire.

—¡Fusileros! ¡Fuego!

Más de cien fusiles escupieron fuego.

Tal vez una docena de hombres que encabezaban la fila de vanguardia de la columna francesa se desplomaron. Inmediatamente, con un estremecimiento, la

columna pasó por encima de sus cuerpos. Un ligero murmullo pareció recorrer la columna mientras las siguientes filas se ocupaban de los muertos y heridos.

Los fusileros estaban concentrados en recargar; trabajaban con manos rápidas y con eficacia, atacaban la bala y la pólvora en los cañones limpios, volvían a apuntar, volvían a disparar, volvían a recargar.

A cien pasos Sharpe dio dos pitidos con su silbato. Los fusileros situados en las otras murallas regresaron corriendo a sus puestos.

Los cañones de campaña dejaron de disparar.

Todo parecía extrañamente silencioso. Los redobles y los gritos continuaban, pero la percusión ensordecedora de los cañones de doce había cesado. Los obuses, que todavía se disparaban, hacían un ruido más amortiguado. Se oían los chillidos de un herido procedentes de la enfermería y un soldado de infantería vomitó, sin motivo aparente.

—A esta distancia —Sharpe recorría la línea de soldados de infantería y hablaba con voz de sargento de instrucción— apunten dos pies por encima del blanco. — Echó una mirada al enemigo—. ¡Apunten!

Los hombres con casacas rojas empujaron sus mosquetes por encima de las troneras.

—¡Disparen! ¡Recarguen!

Un francés se arrastraba por la arena del glacis dejando un reguero de sangre.

Un soldado, alcanzado por la bala del mosquete de un tirador, retrocedió dando vueltas, se tambaleó y luego cayó en el interior de la tala de pinos que ardían.

—¡Fuego!

Un obús cayó junto a Sharpe y penetró en el patio dando vueltas; allí su explosión provocó una bola de humo sucio con llamas rojas.

—¡Fuego! —gritaba el teniente Fytch.

Apuntó con su pistola a un oficial francés a menos de cincuenta yardas y apretó el gatillo. El disparo le provocó un impacto en el brazo y le tapó la vista con el humo.

El mosquete de un soldado falló y éste lanzó el arma dentro del patio y cogió la de un muerto. La munición que quedaba en el morral del cadáver que había caído en las llamas de la tala empezó a explotar.

Los fusileros, sabiendo que la supervivencia dependía de la rapidez de su trabajo, ya no atacaban a fondo, sino que recargaban las armas golpeando las culatas en las murallas y luego disparaban hacia el hueco entre los desniveles del glacis. Las balas de los mosquetes y de los fusiles escupían contra el enemigo, pero la columna seguía avanzando. Sharpe, aunque ya lo había visto muchas veces, estaba otra vez sorprendido del castigo que había de aguantar la columna francesa. Tres soldados de infantería, equipados con las escopetas de los civiles que se habían requisado en los pueblos vecinos, lanzaban sus disparos contra la cabeza de la columna.

La estrategia del ataque resultaba ya clara.

En la vanguardia de la columna el general francés había colocado a los nuevos reclutas, granjeros, muchachos cuyas muertes no perjudicarían al Imperio, y había invitado a los británicos a masacrarlos. Ahora, empujados por los oficiales y los sargentos, los reclutas supervivientes se desperdigaban a lo largo de la contraguardia o se refugiaban en el foso seco y disparaban sus mosquetes contra el muro envuelto en humo que tenían por encima.

Detrás iban los veteranos. Veinte hombres o más acarreaban grandes hatos de ramas atadas con cuerdas y grandes colchones de madera que los protegían de las balas y que habían de lanzar al interior del foso, en el lugar que había ocupado el puente levadizo. Detrás de ellos, con rostros serios y bigotudos, venían los granaderos, las tropas de asalto.

Frederickson había encendido la vela de una linterna. Con una astilla tomó fuego de la vela y encendió el primer obús que no había explotado. Observó que la mecha siseaba, esperó hasta que el fuego penetrara en el agujero practicado en la vaina y luego, con un gruñido, la lanzó por encima.

—¡Fuego! —El teniente Fytch, con su pistola recargada, desperdició la bala contra un hato.

El proyectil rebotó en el camino, desapareció bajo la fila de vanguardia y luego explotó.

Se abrió un agujero entre los hombres que cargaban con los grandes bultos, pero tan pronto como el humo se levantó el hueco se llenó y un sargento francés iba dando patadas a los muertos y desechaba los bultos lanzándolos al foso.

—¡Patrick! ¡La puerta!

Sharpe había esperado hasta el último momento convencido de que la intensidad del fuego proveniente de las murallas contendría la vanguardia de la columna y ahora se preguntaba si no había esperado demasiado. Tenía pensado atacar con su propio pelotón, pero ahora prefería controlar esta lucha desde las murallas y sabía que cualquier ataque que estuviera encabezado por Harper se llevaría a cabo con brutalidad profesional.

—¡Fuego! —gritó Frederickson y una veintena de balas cayeron con ruido sordo.

Algunas levantaron polvo en el camino, una hizo girar a un francés, pero el resto pareció que era absorbido por la masa que empujaba y avanzaba en tropel luchando para alcanzar la protección del arco de entrada. Ese arco estaba bloqueado por unos pinos, pero la barricada se había ido derribando con los disparos y los atacantes que iban a la cabeza, lanzando las fajinas y saltando sobre ellas con pie incierto, veían unos huecos entre las ramas donde apoyar los pies.

Un hombre perdió el equilibrio en el puente improvisado y cayó sobre las estacas ocultas. Sus chillidos los acalló el agua que le entraba por la boca.

Otro obús explotó en el camino. Los silbidos de las balas, el ruido de los mosquetes al disparar y el restregar de las baquetas llenaban el aire.

—¡Ahora! —gritó Sharpe al sargento Rossner.

El sargento, oculto bajo las murallas en la esquina sudeste del fuerte, tenía una pala de madera de panadero y la introdujo en un barril de cal. Iba lanzando por el borde una palada tras otra de polvo blanco.

—¡Fuego! —gritó Frederickson.

El teniente Fytch, apuntando con su pistola, recibió un disparo en el pecho y retrocedió tambaleándose, con la sorpresa dibujada en el rostro y los tirantes manchados de sangre.

—Estoy...

No pudo decir lo que quería, empezó a jadear; cada exhalación era un gemido terrible y lastimoso.

—¡Déjelo! —gritó Sharpe a un soldado de infantería.

No era el momento de rescatar a los heridos. Era el momento de luchar o si no todos acabarían heridos.

—¡Todo el barril, sargento!

Rossner se inclinó, levantó el barril y lo vertió del otro lado de la muralla. Dos balas dieron en él, pero el polvo cayó, el viento se lo llevó y Sharpe observó que, como si fuera humo de los mosquetes, se elevaba sobre las tropas de asalto.

Algunos hombres, a salvo sobre el foso, se arrastraban con las manos cogidas a las ramas del arco de entrada.

—¡Fuego! —Harper chilló la orden a su pelotón y apretó el gatillo de su arma de siete cañones.

Las balas atravesaron la tala y derribaron a los hombres.

—¡Atraviesen a esos cabrones!

Harper soltó el arma y se descolgó el fusil. Incrustó su bayoneta entre dos ramas e hizo girar la hoja en el interior del brazo de un francés.

Los atacantes tosían, lloraban y se frotaban los ojos mientras la cal se iba extendiendo entre los granaderos.

—¡Fuego! —gritó Sharpe y una veintena de mosquetes martilleó contra la muchedumbre que estaba abajo.

Los reclutas que estaban en la contraguardia disparaban al fuerte, pero la mayoría disparaba alto. Algunas balas acertaban. Un cabo de infantería, alcanzado en el hombro, siguió cargando su mosquete a pesar del dolor.

—¡Los están venciendo! —Frederickson lanzó un tercer obús que explotó entre los hombres medio cegados. ¡Ahora maten a esos cabrones, mátenlos!

Los hombres cargaban tan rápido como sus manos cortadas y rascadas se lo permitían. Una bala tras otra era escupida contra la masa de franceses que seguía

avanzando empujada por las filas de retaguardia.

Sharpe disparó con su propio fusil contra aquel caos.

—¡Lancen vítores! ¡Que sepan que han perdido! ¡Vítores!

El teniente Fytch, con la boca llena de sangre, intentó vitorear pero murió.

—¡Fuego! —gritaba Frederickson por encima de los vítores.

La zona alrededor de la entrada estaba llena de llamas, humo y balas cargadas de muerte. Hombres chillando, hombres cegados, hombres sangrando, hombres arrastrándose.

—¡Fuego!

Los hombres de Harper, una vez estuvo despejado el espacio bajo la entrada, se arrodillaron con armas recargadas y dispararon a bocajarro contra los derrotados.

—¡Disparen, cabrones, disparen!

Harper cantaba con el entusiasmo de la batalla, estaba sumergido en ella, disfrutaba, escupía odio hacia unos hombres a los que no había visto nunca, hombres con los que se habría sentado a beber en un día de verano si la vida hubiera sido diferente; pero eran hombres que ahora se doblaban al recibir sus balas y manaban sangre brillante sobre un camino empapado en sangre.

—¡Fuego!

El último explosivo lo lanzaron lejos y explotó allí donde el camino se estrechaba; los hombres que estaban en la retaguardia de la columna, percibiendo que las filas de vanguardia se replegaban entre gritos y dolor, titubearon.

—¡Fuego!

Los fusiles escupieron fuego contra los reclutas que había en la contraguardia. Los muchachos granjeros, que cinco semanas antes no habían visto siquiera un mosquete, dejaban caer su sangre en la arena.

—¡Bravo! ¡Bravo! —gritaban los hombres con las bocas secas por la pólvora arenosa.

—¡Mantengan el fuego! ¡Hasta que se replieguen!

Los hombres tenían los rostros negros a causa de la pólvora. Les sangraban las uñas de arrancar los cartuchos y rasgarlos sobre los pedernales. Los dientes, cuya blancura destacaba en las caras ennegrecidas, sonreían en un rictus burlón. Les faltaba la respiración. Todo el mundo no era entonces más que unas yardas llenas de humo, apestando a fuego, en la que el hombre atacaba y cargaba, disparaba y mataba, atacaba y cargaba y otros hombres chillaban y algunos se arrastraban sangrando por las murallas y otro hombre resbalaba con los sesos desparramados y renegaba porque su mosquete se le caía al interior del patio.

Los franceses se replegaban pulgada a pulgada. Las balas chasqueaban contra ellos, se metían en la carne y los disparos seguían sonando. Ninguna tropa disparaba los mosquetes con mayor rapidez y a ninguna tropa le habían presentado semejante

blanco.

—¡Fuego!

Sharpe, con el fusil recargado, apretó el gatillo. El humo que producían las armas de sus hombres le ocultaba a los individuos, pero sabía dónde estaba el enemigo y su bala removi6 el humo al atravesarlo.

Harper, al no tener a la vista a ningún enemigo, gritó a sus hombres que dejaran de disparar. Apartó un pino a un lado, se agazapó y luego le hizo unas se6ales a Taylor.

—Munición.

Fueron hasta el borde del foso, se encontraron con los hombres a los que habían matado y les cortaron las bolsas de cartuchos. Lanzaron las bolsas por la arcada, regresaron y volvieron a bloquearla. No habían tenido tiempo de llevar el cañ6n que les quedaba a su puesto de combate y Harper, lamentando la oportunidad perdida, fue a comprobar que la mecha todavía se metía en el fog6n hasta la carga. Estaba bien, por lo que, tranquilizado, empezó el laborioso proceso de recargar el arma de siete ca6ones.

A un oficial franc6s, que iba galopando sobre su caballo por la explanada para ver por qué titubeaba el ataque, lo avistaron dos fusileros apostados en el baluarte sudoeste. Los dos dispararon. El hombre y el caballo dieron una sacudida, la arena se llenó de sangre escupida; entonces el caballo herido, chillando y sacudiéndose, arrastró a su amo muerto describiendo un gran círculo hacia la retaguardia de la columna.

—¡Fuego!

Frederickson gritó y más balas pesadas rasgaron el humo. La columna retrocedió más. Los tambores vacilaban, luego se hizo el silencio.

—¡Alto el fuego!

Sharpe veía que el enemigo se iba corriendo, y aunque hubiera deseado poder disparar hasta que el último enemigo se perdiera de vista, no tenía munición suficiente.

—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego!

Sintió la euforia salvaje de una batalla ganada, de un enemigo derrotado. El espacio que había ante la entrada al fuerte estaba lleno de muertos y heridos y manchado con una mezcla de cal y sangre.

—¡Dejen de disparar!

En aquel momento el verdadero ataque de Calvet empezó en la esquina noroeste de la Teste-de-Buch.

Del norte se acercaban unas nubes negras. El capitán Palmer las había observado, había visto una mancha gris de lluvia por debajo y calculó que aquella noche la Teste-

de-Buch volvería otra vez a agazaparse bajo el agua sucia. El golfo de Vizcaya, pensó, estaba haciendo honor a su reputación de tormentas repentinas y calmas agitadas.

Entonces empezó el ataque a la entrada del fuerte.

Los hombres que estaban en la muralla norte se giraron para mirar. Parecía como si un caldero hirviera en la entrada, un caldero que lanzaba humo al cielo.

Los mosquetes se habían fundido en un único chasquido sostenido. Los gritos lo iban interrumpiendo. Un olor a huevos podridos, la peste del humo de la pólvora, cubría el patio. Palmer vio que Fytch era alcanzado, lo vio caer, lo imaginó muriendo. La sangre que manaba de la boca del teniente fue goteando y luego, con una lentitud obscena, se adentró en la muralla interior.

Palmer vio que el grupo de Harper atravesaba el patio corriendo, pisoteando las inútiles talas quemadas, y que los hombres disparaban como poseídos al interior de la oscuridad del arco de la entrada.

El fuerte apestaba a sangre y humo, el olor de los soldados.

Palmer, agradeciendo que los obuses ya no cayeran dentro del fuerte, se giró hacia el norte. Unas gaviotas luchaban en la playa del canal a un cuarto de milla de distancia. No parecía que la lluvia estuviera cerca. Por debajo de las gaviotas que se zambullían y chillaban, dos hombres en un bote de remos disponían nasas de sauce trenzado.

Parecía que el ruido y la carnicería que envolvía la Teste-de-Buch les importaba bien poco.

El mar estaba vacío. Ni una sola vela gris les ofrecía alguna esperanza.

Palmer pensaba en la esposa que había dejado en Gravesend, en dos niños que pasaban hambre tres días de cada siete, en sus esperanzas para aquella familia cuando esta guerra acabara. Un huerto, pensó, lejos del mar y sin humo alguno, sería un sitio apropiado. Algún lugar con una cabañita, no demasiado grande, pero con una habitación donde pudieran dormir los niños, otra para él y Betty y una estancia donde sus pocos libros pudieran justificar el nombre de estudio. Un caballo, pues ningún caballero caminaba si podía ir a caballo, y quizá su suegro, que se había opuesto a que Betty se casara con un soldado de infantería, podría prestarle algo de dinero para que el soldado se convirtiera en hortelano.

—¿Señor? —Era un fusilero que estaba cerca de Palmer y miraba hacia el canal.

—¿Qué hay?

—Creo que he visto algo.

Palmer se quedó mirando, pero no vio nada y bajó la vista hasta las gaviotas que luchaban junto a las nasas.

Estaba seguro de que la débil salud de su hijo mayor se debía al hecho de vivir en una ciudad. Gravesend era un lugar sucio por el humo del carbón y en invierno la

niebla marina se posaba en el pecho del pequeño. Dos de los hijos de Palmer habían muerto de bebés y los habían enterrado en la fosa común, pues un oficial de marina no tenía dinero que gastar en grandes funerales para los recién bautizados. Un huerto sería un lugar ideal para crecer, pensó Palmer, un huerto con muchas manzanas y con perales que crecieran por las espalderas junto a un muro que calentara el sol.

Un vítor lanzado desde la puerta de entrada hizo que se girara. Los hombres que había en las murallas seguían disparando, pero aquellos vítores le indicaban a Palmer que aquella partida la tenían ganada. Sólo Dios sabía cómo, los soldados de infantería y los fusileros habían cargado y disparado frenéticamente. Los vítores se elevaron de nuevo y de repente se hizo un silencio anormal porque todos los mosquetes se habían callado y sólo se oía el viento suspirando sobre la piedra fría, los llores de los heridos y un grito repentino y sobrecogedor que provenía de la derecha de Palmer.

Echó a correr.

Trescientos franceses habían salido del pueblo antes del amanecer y habían ido avanzando a tientas en la oscuridad. Habían marchado formando un gran círculo este-norte-oeste y habían llegado, una hora antes de que despuntara el día, al extremo del canal al norte de la fortaleza.

Un centenar de aquellos hombres eran reclutas nuevos que habían de disparar los mosquetes cuando les dieran la orden.

Los otros doscientos eran los mejores hombres de la fuerza de Calvet. Estaban bajo el mando del capitán Briquet, cuyo nombre, que significaba sable, le daba fuerza y una extraña confianza. Henri Lassen los guiaba en el asalto y tenía en aquel ataque la oportunidad de su redención.

Briquet, aunque era un oficial joven entre las fuerzas de Calvet, se había ganado ya una reputación. Era valiente, cuidadoso y un gran agitador.

Su misión consistía en acercarse al fuerte una vez la batalla principal hubiera empezado. Contando con la cobertura que les daba el fragor y confiando en la distracción, planeaba acercarse a la parte inferior de la esquina vulnerable del fuerte, la noroeste. Lassen había asegurado que el acercamiento se podía llevar a cabo sin ser vistos porque las dunas de arena permitían ocultarse. Y Lassen tenía razón.

Una vez en el lugar, y oculto cerca de la fortaleza, un escuadrón suicida atravesaría el puente de mampostería del dique, colocaría las escaleras contra las troneras más cercanas y escalaría. Los hombres del pelotón, que iban a morir, iban encabezados por Briquet, quien esperaba ser comandante cuando el sol se ocultara.

Los reclutas, bajo las órdenes de los sargentos experimentados, azotarían las murallas derecha e izquierda del asalto con fuego de mosquete.

El pelotón suicida, al alcanzar las murallas, retendría una pequeña parte mientras que los otros veteranos, con más escaleras, inundarían la franja de arena que se

extendía entre el fuerte y el canal para colocar más escaleras. Briquet, sabiendo que las murallas que daban al canal serían las que estarían menos defendidas, se aprestaba a tomar aquella muralla. La rampa de piedra que Lassan había dibujado en su minucioso mapa los conduciría al corazón de la Teste-de-Buch.

Doscientos hombres, dijo Briquet, podían capturar aquel fuerte. No tardarían más de veinte minutos, si el primer intento tenía éxito.

Sin embargo, para que fuera así había que hacer que los centinelas británicos miraran a otro lado y en ese intento algunos hombres habían de morir en la entrada principal. Así lo había ordenado el general Calvet, pero el temor del capitán Briquet, pues era un hombre sediento de gloria, era que el ataque importante penetrara en la fortaleza antes que su pelotón suicida. Briquet sabía que el coronel que estaba al mando del ataque principal quería triunfar desesperadamente y no había siquiera un hombre que fuera avanzando con los tambores que no creyera que los británicos quedarían barridos de forma vergonzosa cuando las fajinas estuvieran en su sitio y los bigotudos granaderos merodearan por el foso.

La fuerza de Briquet, con cautela y cuidado, iba avanzando en dirección sur entre las dunas y el agua. Dos hombres, que colocaban nasas desde un diminuto bote, hicieron algunas señales cuando unas caras aparecieron en la esquina noroeste del fuerte.

Briquet escuchaba el caos que procedía de la entrada del fuerte. Ni una vez levantó la cabeza para mirar al fuerte, ni una vez se arriesgó a ser descubierto. Eso podía esperar hasta el último momento, la carrera encima del dique.

—Hasta aquí podemos llegar sin que nos vean —dijo Lassan.

Los disparos en la puerta principal se iban apagando y Briquet sabía que aquél era el momento y que no habría ya otro.

—*Vértex!*

Sus pies luchaban por mantener el equilibrio en la arena, un sargento lo levantó y de repente el fuerte surgió ante él. Briquet tuvo la impresión de que ningún hombre vigilaba las murallas, pero no se atrevía a buscar al enemigo pues había mucho que hacer. Vio el dique de piedra, exactamente como lo había descrito Lassan, y saltó la valla de madera que daba al mar; sus botas resonaron sobre la piedra, que estaba ligeramente cubierta de arena.

Se oyó un mosquete en algún sitio, luego otro, pero Briquet no prestó atención. Saltó por encima de las piezas oxidadas del mecanismo de la esclusa y se puso en pie con una mano en la pared de la fortaleza.

—¡Uno! —dijo señalando a la derecha—. ¡Dos! —señalando a la izquierda.

Las escaleras que se habían acarreado con tanto cuidado por el borde del canal avanzaron. Había cuatro hombres para cada escalera, dos plantaban los carriles en la arena y los otros levantaban las escaleras; los maderos crujían contra la mampostería.

Briquet hizo a un lado a un sargento de un gruñido y escaló la primera escalera como si lo estuviera persiguiendo alguien.

Por encima de él apareció un hombre sobrecogido, pero un disparo de mosquete procedente de abajo destrozó la cara del hombre y Briquet, salpicado por la sangre derramada, escupió al tiempo que su cabeza se alzaba hacia el borde de la tronera.

Lo alcanzó, se agarró al extremo superior del merlón y se impulsó hacia arriba. Dio un traspie con una vaina vacía, se incorporó y el sargento ya estaba a su lado.

Briquet desenvainó la espada, el acero bisbiseó en el cuello de la vaina.

—¡Sígueme!

Los hombres ascendían por las escaleras a manadas. Más hombres, vitoreando, seguían con más escaleras y Briquet, a la cabeza del ataque que avanzaba por la muralla oeste, supo que el fuerte era suyo.

Había conseguido que fuera un ataque sorpresa, había conquistado la muralla y sería comandante al caer el sol.

El capitán Palmer salvó la muralla norte. El pasaje hecho con pinos atados todavía estaba en su sitio, rodeando el baluarte; agarró las maderas, gruñó y luego empujó los pesados troncos de pino hasta el interior del patio. Ahora el único acceso era posible a través del baluarte que estaba bloqueado por un cañón con cal.

—¡Fuego!

Palmer, apretujado en el interior de la garita con cinco soldados, disparó por encima del tubo contra los uniformes azules que habían aparecido tan súbitamente en la plataforma.

—¡William! ¡Quédese!

Sharpe necesitaba a un hombre encima de la entrada. Si los franceses intuían que la nueva amenaza hacía que los defensores se retiraran, volverían a atacar y entonces haría falta un hombre como Frederickson para contenerlos.

—¡Infantería! ¡Infantería! —gritaba como si fuera un grito de guerra.

Sharpe se fue corriendo hacia la muralla oeste.

Los soldados de infantería de marina, instruidos en el sangriento abordaje de barcos enemigos, eran las tropas que necesitaba en aquel momento. Los fusileros podían defender la entrada, pero la infantería de marina podría mostrar su valía en el combate cuerpo a cuerpo.

Sharpe tiró su fusil, estiró de su pesada espada de caballería y la sacó de su vaina. ¿Cómo diablos habían conseguido los franceses escabullirse hasta el interior del fuerte? Una bala de mosquete golpeó contra el muro que tenía junto a él; la había disparado un francés situado en la muralla oeste. Sharpe veía que los uniformes rojos se apelotonaban en el lejano baluarte; eso indicaba que la muralla norte aguantaba. La misión de Sharpe y la de los soldados de infantería que corrían detrás de él era sacar

al enemigo de los baluartes del oeste.

El pasaje que atravesaba la esquina de las murallas había desaparecido, había ardidado, así que Sharpe tenía que conducir a sus hombres por el camino zigzagueante del baluarte. El enemigo lo sabía, sus mosquetes estarían esperando a los hombres que aparecieran por la estrecha entrada, pero no tenía sentido dejarse invadir por el miedo. Sharpe vio que un oficial francés, empuñando una espada, conducía a sus hombres a toda prisa por la muralla oeste y se dio cuenta de que se trataba de correr para ver quién alcanzaba el baluarte primero. Apretó a correr, con la munición de su morral botando, luego atravesó la puerta deprisa y frenó su velocidad golpeando contra la pared interior.

Frederickson, con los fusileros, envió una descarga a los franceses que habían ascendido por las escaleras. A aquella distancia, por el ángulo del fuerte, el disparo de un fusil resultaba mortal.

Los soldados se apretujaron en el interior del baluarte y Sharpe, confiando en que le seguirían, saltó por la entrada.

—¡Venga!

Apareció bajo la luz de invierno y vio un espacio vacío de cinco yardas después del cual, chillando y amenazando, la fila de vanguardia de los franceses cargaba contra él.

El enemigo era impetuoso. Iban corriendo y Sharpe acababa de aparecer procedente del obstáculo que era el baluarte. Éste era el segundo que producía un temor puro y desnudo, la visión del acero; Sharpe soltó un gruñido de desafío y dibujó con su espada un arco brillante y siseante para detener el avance impetuoso de los franceses.

—¡Bayonetas! —gritó Sharpe a los dos hombres que le habían seguido hasta las murallas. Detrás venían otros soldados empujando pero era Sharpe el que tenía que abrirles camino—. ¡Ahora, mátenlos!

Dio un salto hacia delante para anticiparse al ataque de los franceses. El oficial francés, un hombre bajito de fiero rostro, arremetió con su espada. Iba flanqueado por dos gigantes bigotudos con bayonetas.

La pesada espada de caballería, con una hoja de carnicero, apartó de un golpe el mosquete. La espada del oficial francés pasó de largo, pues Sharpe giró bruscamente, y un soldado se agarró instintivamente a su hoja y luego se puso a chillar pues Briquet la retiró y le cortó los dedos.

Sharpe golpeó al soldado que tenía más cerca con el guardamano de la espada y luego la dirigió hacia el oficial. Briquet, al percibir el destello del acero, se agachó, pero la bayoneta de un soldado de infantería le golpeó en las costillas y la pesada espada de caballería le dio en un lado del cuello y acabó con sus esperanzas de gloria.

Una bota golpeó a Sharpe en la ingle y le tocó en la parte superior del muslo. Su

espada se enredó al caer el oficial, pero la arrancó y la hizo avanzar con ambas manos hasta que la punta se encontró en la garganta de su asaltante.

Una bayoneta proveniente de la segunda fila de franceses intentó alcanzar a Sharpe.

Había hombres gruñendo y dando patadas y tajos a su alrededor. Olía su sudor, su aliento y necesitaba espacio. Un mosquete disparó con gran ruido pero resultaba imposible decir de dónde venía el disparo.

Los franceses, que eran más numerosos, presionaban y hacían que el puñado de británicos se replegara. Sharpe tenía media yarda de espacio detrás de él, retrocedió y soltó su grito de guerra al blandir la gran espada y arremeter de forma temible. Un hombre se agachó, Sharpe giró la muñeca para embestir, pisó con fuerza hacia delante y un francés gimió cuando la gran hoja se le metió en el vientre.

—¡Infantería! ¡Infantería!

Un soldado quedó postrado en el suelo tosiendo y sangrando pero otros dos consiguieron pasar por encima de su cuerpo y entraron en combate con bayonetas. Dos más venían detrás de ellos. Aquello era como luchar en los bajos fondos, algo que se aprendía de pequeño y que nunca enseñaban los sargentos de instrucción. Aquí los hombres se arañaban, se daban patadas y olían el aliento de los hombres a los que mataban.

Un soldado tropezó con el cuerpo del capitán Briquet y una bayoneta francesa arremetió contra su espalda. Inmediatamente otro soldado, chillando como un espíritu maligno, cargó con su espada contra la cara del francés. Los cuerpos formaban como una barricada, pero los soldados de infantería los empujaban a patadas hacia los restos humeantes de los despachos quemados y seguían arremetiendo con sus espadas mojadas.

Sharpe utilizaba la espada para obligar a los hombres a retroceder. Miraba al enemigo a los ojos y aunque no lo conocía, le sonreía. Acometía, paraba, asaltaba, acometía y cada acción era como un reflejo. Dieciséis años de batallas se concentraban en aquel momento.

Un mosquete explotó cerca de Sharpe y la bala golpeó contra su pecho. Un teniente francés, con sangre en la cara y en la chaqueta, se escabulló de la fila de vanguardia del enemigo y arremetió con su espada delgada y flexible hacia la cara de Sharpe. Sharpe desvió la espada y atacó con su pesada arma contra los ojos del oficial.

—¡Adelante! ¡Adelante!

Estaban resistiendo. Una docena de soldados de infantería estaba ya en las murallas y los franceses, detenido el ímpetu de su primera carga, no se fiaban de las bayonetas. Algunos de los franceses, al ver el camino bloqueado, regresaron en manada a los baluartes semicirculares donde habían estado situados los cañones de

treinta y seis. Otros bajaron corriendo por la rampa de piedra hacia el patio.

Frederickson se había llevado a una docena de fusileros a medio camino de la muralla sur y los estaba instruyendo como si estuvieran en Shorncliffe. Apunten, carguen, disparen, apunten, carguen, disparen. Y cada descarga azotaba a los franceses que seguían subiendo en manadas por las escaleras hacia las murallas.

Los franceses que estaban en las defensas, al oír unos vítores cuando sus camaradas bajaban en tropel por la rampa, cedieron terreno a Sharpe. Si se tomaba el patio, no habría necesidad de luchar contra aquel fusilero salvaje cuyo rostro estaba tiznado por la pólvora. Sus ojos y dientes brillaban en contraste con la piel curtida.

Sharpe percibía que el combate en las murallas iba agonizando, pues los hombres de ambos bandos se iban volviendo más prudentes al sentirse invadidos por el miedo del frío acero. Él no tenía intención de que agonizara. Gritó a los soldados que volvieran a cargar, pisoteó el cuerpo del teniente francés muerto y acuchilló a un sargento francés, retiró la hoja de la carne y sus soldados penetraron en el nuevo hueco ganado con sus hojas, pinchando al enemigo con acometidas rápidas y profesionales.

Se oyeron disparos en el patio. Un chillido y luego el rugido de una gran arma indicaron a Sharpe que Harper entraba en acción.

Otra descarga de los hombres de Frederickson.

Las piedras de las murallas resbalaban con la sangre. Un soldado perdió el equilibrio y un francés alto lo mató de un solo golpe con un hacha de ingeniero. El hombre del hacha proporcionó al enemigo nuevos ánimos.

Sharpe se dio cuenta de que el fuerte estaba perdido si el francés del hacha seguía vivo. Acometió contra el hombre y su espada se metió entre las costillas del francés, rechinó, luego una mano francesa le agarró la espada a Sharpe, con sangre en los dedos, pero el hombre aguantaba, estiraba y otro hombre arañó a Sharpe en la cara. Una bayoneta le golpeó en el muslo, Sharpe cayó hacia atrás, perdió la espada en el tumulto y se encontró con el aliento de un francés en su cara y unos dedos en el pescuezo. Sharpe estaba ahora tumbado de espaldas con dos franceses encima. Levantó una rodilla y arañó los dedos del hombre que intentaba ahogarlo. El hombre chilló cuando Sharpe le metió los dedos en el ojo izquierdo.

Ya no quedaba destreza, ni orden, sólo una masa de hombres que se desgarraban unos a otros con espadas, con patadas y arañazos y de nuevo cuchilladas. Un sargento de infantería, gritando algo incomprensible, atravesó con una bayoneta a uno de los asaltantes de Sharpe y le dio una patada en la cara a otro. El hombre del hacha, con los pulmones ahogados en sangre, cayó de lado y dos soldados gruñeron al introducirle sus bayonetas en el tronco. En algún lugar un hombre lloraba y otro chillaba.

Sharpe, que había perdido la espada, cogió el hacha de grandes hojas. El sargento

de infantería no oyó las gracias cuando Sharpe se las dio y siguió atacando con su bayoneta ensangrentada.

Un francés tropezó, se hizo un hueco y Sharpe arremetió con su hacha, luego chilló y el enemigo retrocedió dos pasos más.

Una explosión resonó en el patio, un sonido que retumbó como un redoble del infierno en las murallas de la Teste-de-Buch. El fragor se llenó de humo.

Harper había girado el cañón y luego lo había disparado con su carga de piedras, clavos y restos de plomo contra los franceses que descendían por la rampa de piedra. El rebufo del cañón lo había lanzado a cinco yardas.

—¡Ahora mátenlos!

—Los fusileros de Minver, en la muralla norte, disparaban a los franceses que quedaban en el patio. Algunos de los fusileros, deseosos de saquear a los muertos, saltaban abajo arriesgándose a romperse los tobillos y rebuscaban con sus largas bayonetas con empuñadura de cobre.

Sharpe blandió el hacha y, chillando, la hoja fue a meterse en un cuerpo, la arrancó entre un chorro de sangre y siguió avanzando.

Percibió un movimiento a su izquierda, se agachó y un hombre que saltaba de una escalera tropezó con la espalda de Sharpe y fue a parar entre los soldados de infantería. Uno le dio un martillazo con la culata y lo mató tan limpiamente como a un conejo.

Sharpe se giró, protegido por la tronera, y vio que los franceses disparaban desde las dunas. Otro hombre se aproximaba al extremo de la escalera y Sharpe arremetió con el hacha contra su cara, oyó el chillido, luego cogió un palo de la escalera y la empujó de lado hacia abajo y oyó los gritos mientras caía.

—¡Detrás!

Una voz le advirtió, Sharpe se agachó y una bayoneta le pasó rozando por la espalda. Cargó con el hacha contra el vientre del francés y luego retrocedió, dio la vuelta al arma y con un balanceo mortífero ésta se fue a meter en las costillas del hombre. Allí se quedó el hacha.

A sus pies tenía un mosquete francés con la bayoneta calada. Parecía contra natura, pero era útil. Lo blandió hacia delante tal como había aprendido hacía muchos años. Adelante, retorcer, atrás, pie derecho delante, acometer, retorcer, atrás.

Si gritaba órdenes, no se daba cuenta. Si sentía ira, no se daba cuenta. Simplemente luchaba para despejar una muralla de enemigos.

Tuvo esa extraña sensación que ya había tenido otras veces en combate, esa extraña lentitud del mundo, como si los hombres que tenía alrededor fueran títeres que alguien moviera. Parecía que el único que se movía deprisa fuera él.

Un francés, con los ojos desencajados de miedo, acometió y a Sharpe le parecía una cosa simple apartar el mosquete a un lado y que la bayoneta penetrara en el

vientre del hombre, retorcerla, retirarla y luego volver a avanzar el pie. Otro francés, a la izquierda, manipulaba en la llave del mosquete y Sharpe, sin saber que el mosquete que había capturado estaba cargado, apretó el gatillo y no sintió sorpresa alguna cuando le hizo un agujero en la garganta al enemigo.

Aquello abrió un hueco. Un sargento francés, experto en la guerra, vio a Sharpe y arremetió, pero Sharpe fue más rápido y su bayoneta le dio al hombre en el brazo, lo atravesó hasta el hueso y un soldado que estaba junto al hombro de Sharpe metió su espada en la ingle del sargento.

Por lo que incumbía a Sharpe, el fuerte podía perderse. Él lo único que entendía era que había que luchar por aquellas piedras resbaladizas de sangre y que los soldados de infantería de marina estaban luchando como hombres poseídos, dominando al enemigo con una ferocidad y una confianza que infundía terror a los franceses que tenían que luchar contra ellos. Y el terror era la primera y la principal arma de guerra. Era el terror lo que conducía a aquella ira mortífera bajo la bandera que ondeaba al viento por encima del combate.

Un chillido, prolongado, casi un grito que hubiera helado a los jinetes del diablo, se oyó del otro lado del enemigo.

Sharpe conocía aquel sonido.

—¡Patrick!

Harper, con el patio limpio de enemigos, ascendía por la rampa que palpitaba con los heridos que había derribado el cañón. Encabezaba una carga de bayonetas hacia las murallas y los franceses, atacados por tres lados, empezaron a ceder.

Los soldados franceses que llegaban a la parte superior de las escaleras con miedo veían que sus temores eran justificados. Empezaron a descender y gritaban a los hombres que esperaban detrás que el enemigo estaba encima. Una escalera, con los peldaños verdes, se rompió y seis hombres cayeron a la arena.

Los fusileros que Frederickson había enviado a la muralla oeste despejaron el baluarte que daba al mar e, inclinándose en las cañoneras, batieron por el flanco las escaleras. El capitán Palmer desde el norte traía más infantería de marina.

—¡Carguen!

Los gritos de Sharpe eran innecesarios, pues la victoria estaba clara. La infantería había luchado por casi la mitad de una muralla y ahora hacían el resto del camino con las espadas, y los franceses, que habían visto que los casacas rojas convertían una derrota en victoria, cogieron las escaleras para saltar al interior del foso.

Harper arremetió con su bayoneta calada contra el muslo de un enemigo pero se desvió, así que balanceó el fusil y la culata de metal le dio al hombre en la mandíbula. Lo apartó de una patada, acuchilló a otro hombre con la hoja y vio que en la muralla ya no había adversarios. Los soldados de infantería de marina estaban de rodillas en las troneras disparando a los reclutas franceses. El capitán Palmer, con la espada

ensangrentada, estaba de pie junto a la tosca bandera que, no se sabe cómo, seguía ondeando al viento.

—¡Dios salve a Irlanda!

Harper, respirando hondo, se sentó en una rampa de cañón. Con el rostro salpicado de sangre, miró a Sharpe.

—Santo Dios.

—Cerca.

Sharpe, respirando como un caballo reventado, echó una mirada atrás a la entrada, pero allí no había nada amenazante. Miró el extraño mosquete que tenía en las manos y lo lanzó al suelo.

—Dios.

Los franceses huían en dirección norte por las dunas.

—¡No disparen! ¡No disparen!

Un fusilero, pisando sangre, le llevó la espada a Sharpe.

—Gracias —dijo Sharpe, y la cogió. Quería sonreír pero parecía que su cara se había quedado helada con el rictus de la batalla.

El fuerte había aguantado. La sangre goteaba por los canalones de las murallas.

Los hombres de Briquet, vencidos, corrían.

El gran ataque, derrotado en la puerta de entrada, era un caos en retirada. Si aquel ataque hubiera durado cinco minutos más, tan sólo cinco minutos, el fuerte habría caído. Sharpe lo sabía. Se estremeció sólo de pensar en ello, luego se quedó mirando la hoja ensangrentada de su espada.

—Dios.

Entonces los obuses volvieron a caer.

Capítulo 17

Un hombre lloraba y no se le podía consolar. Un obús le había arrancado la pierna derecha a la altura del muslo. Llamaba a su madre, pero moriría. Los otros heridos, temblando en el túnel fétido que conducía a la improvisada enfermería, deseaban que dejara de decir tonterías. Un cabo de infantería, con el hombro destrozado por una bayoneta, leía el Evangelio según san Juan en voz alta y los hombres también deseaban que se callara.

Los soldados que se habían ofrecido voluntarios para hacer de cirujanos llevaban las ropas empapadas en sangre. Cortaban, ataban y serraban, ayudados por heridos leves que aguantaban a los malheridos mientras les cortaban las piernas o los brazos y les ataban las arterias y les cauterizaban la carne con fuego, pues no sabían si todos los vasos sanguíneos estaban bien cerrados.

A los heridos franceses, bajo la horrible lluvia de obuses, los llevaron hasta la entrada del otro lado del rudimentario puente de fajinas, y los dejaron en el camino entre sus compañeros muertos. Diez soldados, protegidos por diez fusileros, rebuscaban entre la carnicería que había del otro lado de la puerta de entrada y recogían munición enemiga. El coronel de artillería francés, al ver que a sus campesinos heridos los sacaban del fuerte, quiso detener el fuego, pero Calvet gruñó a los artilleros que continuaran. Los cañones de doce, cargados con pesados botes de metralla, intentaban apartar a los que recogían la munición, pero los soldados de la marina se escondían entre los cuerpos y lanzaban los morrales del enemigo por el arco de entrada. Cuando se hubieron retirado, el general Calvet ordenó a los cañones que cesaran el fuego para que los franceses, con banderas blancas, pudieran adelantarse y rescatar a los heridos.

Dentro del fuerte una docena de prisioneros franceses ilesos fue conducida en tropel hasta la bodega donde estaba el capitán Mayeron. Veinte franceses yacían muertos murallas adentro. Uno de ellos, tendido entre las brasas de los edificios quemados, se sacudió al explotarle las municiones que llevaba en el morral. El olor a carne rustida se mezclaba con la peste a sangre y pólvora. Los hombres que vieron la repentina sacudida del cuerpo se echaron a reír porque, dijeron, parecía una rana de verdad. Mejor era reír que llorar.

—Lo siento, señor —volvió a decir Palmer.

Sharpe sacudió la cabeza.

—Nos hemos deshecho de ellos.

—Tenía que haber estado vigilando —dijo Palmer decidido a manifestar su culpa.

—Sí, así es.

Sharpe había usado un cubo de agua del pozo para limpiarse la espada. Los soldados y los fusileros se aban sobre las armas, bloqueaban los cañones y agitaban

los orines para que quedaran limpios de pólvora.

Nadie hablaba mucho. La mayoría de los hombres, con las armas limpias, estaban sentados junto a las troneras y miraban fijamente al aire vacío. Llevaron cubos de agua potable hasta las murallas mientras el humo se elevaba por encima de los fuegos que había en el patio. El fuerte estaba en ruinas, había sangre, humo, cenizas y agotamiento por doquier, como si los defensores hubieran sufrido una derrota en lugar de vencer.

—Si hubieran entrado por la muralla norte —dijo Sharpe a Palmer—, ahora nos estaríamos rindiendo. Hizo bien al detenerlos.

Sharpe envainó su espada. No recordaba ningún otro combate tan amargo y tan de cerca, ni siquiera en Badajoz. Allí el terror lo habían sembrado los cañones que disparaban contra las murallas, no la infantería que venía detrás de ellos.

—Y su infantería —dijo Sharpe— ha luchado estupendamente.

—Gracias, señor. —Palmer hizo un gesto señalando el pecho de Sharpe—. Eso tiene que haberle dolido.

Sharpe miró hacia abajo. La pequeña funda del silbato, metida por el tirante de cuero, estaba aplanada en el centro. Recordó el disparo del mosquete francés y se dio cuenta de que si la bala hubiera apuntado levemente a cualquier otro lado le hubiera atravesado el corazón. El combate era entonces una nebulosa, pero después los momentos aislados se le aparecerían en los sueños en forma de pesadilla. El recuerdo del momento en que el francés lo había tirado al suelo, el recuerdo de la bala golpeándole en el pecho, el terrible miedo de la primera visión de los hombres con uniforme azul en las murallas; aquéllos eran los incidentes que hacían que un hombre se estremeciera de terror. Sharpe nunca rememoraba los momentos de triunfo después de un combate, solamente aquellos momentos cercanos a la derrota.

Harper, con un trozo de papel sucio en la mano, ascendía por la rampa de piedra.

—Diecisiete muertos, señor. Incluido el teniente Fytch.

Sharpe hizo una mueca.

—Pensé que viviría.

—Difícil con una bala en las tripas.

—Sí. —Pobre Fytch, recordó Sharpe, que estaba tan orgulloso de su pistola—. ¿Heridos?

—Al menos treinta están malheridos, señor —dijo Harper con voz triste.

Un obús aterrizó en el patio, rebotó y explotó. Los proyectiles parecían poca cosa después del combate. Si los franceses tuvieran algo de cabeza, pensó Sharpe, asaltarían ahora. Deberían mandar a sus hombres a escalar por las murallas chillando. Pero quizá los franceses estaban tan conmocionados como él.

El fusilero Taylor ascendió desde el patio y escupió tabaco por las murallas. Levantó el dedo pulgar señalando el cañón de Harper.

—Está jodido.

—¿Jodido? —preguntó Sharpe.

El gorrón que quedaba del cañón de campaña se había saltado de sitio y había roto la tira de metal que tenía que sostenerlo. Sin duda había sido a causa del fuego que había hecho prender Bampfylde y ahora el cañón de doce estaba inservible. Sharpe miró a Harper.

—A ver qué puede hacer, Patrick.

—¿Puedo darles vino a los muchachos? —sugirió Harper con frialdad.

—Hágalo.

Sharpe se fue caminando por las murallas. A los franceses muertos, desposeídos de su equipo, los arrojaban a la arena junto al canal. Si algunos de sus hombres hubieran dado muestras de energía, Sharpe hubiera ordenado que cavaran unas tumbas poco profundas, pero incluso sus propios muertos yacían sin enterrar. Dos soldados de la marina, con los rostros todavía llenos de pólvora, tiraron con desgana de una escalera francesa abandonada por una tronera y la llevaron hasta la entrada donde vendría a engrosar la nueva barricada.

Sharpe se coló hasta el baluarte sudoeste, preguntándose cómo había conseguido atravesarlo en pleno ataque. Los artilleros franceses, informados de que los heridos ya habían sido retirados, volvieron a abrir fuego. Las llamaradas volvieron a golpear procedentes del molino y los disparos de los cañones de doce se estrellaron contra la muralla para atemorizar a los defensores, con los nervios ya rotos.

Sharpe encontró a Frederickson.

—Gracias, William.

—¿Por cumplir con mi deber?

El sudor había surcado la cara llena de pólvora de Frederickson y le había dibujado unas extrañas marcas en la piel tostada por el sol.

—Le dejo a usted al mando —dijo Sharpe— mientras voy a ver a los heridos.

—Me ocuparé de ello.

Frederickson hizo un gesto señalando el muslo izquierdo de Sharpe donde la sangre que había provocado una bayoneta francesa se había resecado sobre los pantalones.

—No me duele.

Sharpe alzó bien la voz para que todos los hombres que estaban por la puerta de entrada pudieran oírlo.

—¡Bien hecho!

Dos soldados que cargaban con un cuerpo le sonrieron burlescamente. Sharpe vio que el cuerpo era el del joven Moore, el muchacho de Devon al que habían alcanzado en la frente y que debía de haber muerto al instante.

Sharpe sintió un nudo en la garganta y los ojos le escocieron, pero soltó un

reniego. Moore era más afortunado que los heridos que, en la asquerosa galería de piedra, esperaban al carnicero. Sharpe fue a dar algo de consuelo a unos hombres inconsolables cuyo futuro no les deparaba más que dolor y pobreza.

Los obuses seguían cayendo, la sangre apestaba y los hombres de Sharpe esperaban el siguiente asalto.

Los restos de la fuerza del capitán Briquet regresaron al pueblo. Caras sombrías, agotadas y ensangrentadas. Un herido, que usaba el mosquete de muleta, se desplomó en la arena. Un muchacho con el tambor, que había sobrevivido al ataque de la entrada principal y que no tenía aún los doce años, lloraba porque su padre, un sargento, había muerto con el capitán Briquet en la muralla oeste del fuerte. Los supervivientes de la fuerza de Briquet explicaban historias de espadas y sangre, de caras que chillaban con odio, de un fusilero blandiendo un hacha, de un cañón que escupía chatarra contra la rampa, de soldados acuchillando, cortando y muriendo. Los cirujanos usaban agua de mar para limpiar de cal los ojos de los hombres derrotados. Ningún hombre había quedado ciego, pues instintivamente los atacantes habían cerrado los ojos que les picaban y se habían apartado de la nube blanca, pero el uso de la cal viva había exasperado al general Calvet.

—¡Son salvajes! ¡Salvajes! ¡Peor que los rusos!

Los oficiales franceses de mayor graduación estaban reunidos en la casucha que era el puesto de mando de Calvet. Observaban el mapa, esquivándose las miradas, y se alegraron cuando Calvet, buscando un culpable, escogió a Pierre Ducos.

—Dígame —dijo Calvet a Ducos— exactamente ¿por qué han muerto los hombres hoy?

—Han muerto —Ducos se mostraba imperturbable a la furia del general— por una victoria que Francia necesita.

—¿Victoria sobre qué? —preguntó Calvet mordazmente—. ¿Una manada de refugiados ingleses que usa cal viva? —Se quedó mirando a Ducos—. Estamos de acuerdo en que los planes para un desembarco se han frustrado, así que ¿por qué no dejo yo que ese Sharpe se pudra tras las murallas?

A nadie en la estancia le parecía extraño que un general hubiera de pedir permiso a un comandante, si ese comandante era Pierre Ducos con su extraño poder sobre el Emperador.

—Porque —dijo Ducos— si Sharpe escapa, se llevará la prueba que traicionaría al conde de Maquerre.

—¡Entonces avise a De Maquerre! —soltó Calvet—. ¿Por qué han de morir hombres aquí por una carta?

Ducos no respondió, dando a entender que Calvet se metía en un territorio prohibido. El general dio un manotazo sobre el mapa, en un gesto de frustración e

irritación.

—Deberíamos estar abajo, en el sur, dándole a Wellington y no perdiendo el tiempo con un maldito comandante. Yo voy a dejar aquí un batallón para mantener acorralado al cabrón y nosotros nos podemos ir hacia el sur donde nos necesitan.

Pierre Ducos sonrió levemente. El general hablaba con gran sentido militar, pero Pierre Ducos quería a Sharpe en su poder y por ello jugó su última baza.

—¿Me puede usted indicar, general, cómo le explico yo al Emperador que un comandante británico, con menos de doscientos hombres, ha derrotado al gran Calvet?

Aquellas palabras mordaces resultaron hirientes. Por un momento pareció que Ducos había ido demasiado lejos, pero entonces Calvet empezó a rendirse.

—Espero que tenga usted razón, Ducos. Espero que los ingleses no vayan lanzando hombres al Adour mientras nosotros perdemos el tiempo. —Soltó un gruñido que no era más que una amenaza de impotencia y luego dio un manotazo sobre el mapa—. Si hay que hacerlo —dijo Calvet—, ¿cómo sacamos a ese cabrón de las murallas? ¡Necesito una brecha!

—Puede tener una, señor.

Para sorpresa de todos era el comandante Lissan, que había regresado sano y salvo del ataque, el que hablaba; ahora explicaba a Calvet que había escrito no menos de doce veces en los últimos ocho años al ministerio de marina, responsable de los fuertes costeros, quejándose de que la entrada principal a la Teste-de-Buch corría el peligro de derrumbarse. Las piedras se habían desplazado tanto que los pernos no estaban bien alineados y habían aparecido unas grietas en los muros del cuartel de la guardia. El ministerio no había hecho nada.

—La entrada se puede derribar —dijo Lissan.

El general Calvet lo creyó. Ordenó que los cañones de doce concentraran su fuego contra la arcada; los disparos de la artillería producirían una avalancha de piedras que caería en el foso y lo llenaría, proporcionando así una pendiente por la que podrían ascender los atacantes.

—Ahí es donde concentramos nuestro ataque por la mañana. —Calvet tomó un pedazo de carbón y marcó una gran flecha sobre el plano de la fortaleza. La flecha apuntaba a la entrada—. Yo encabezaré el ataque —gruñó Calvet—, mientras que usted —señaló a un coronel de infantería— hará una demostración aquí. —Dibujó otra flecha que apuntaba a la muralla norte—. Esto desbordará a los defensores.

Calvet se quedó mirando la gran flecha y se imaginó la arcada tambaleándose, lanzando las piedras al foso y formando un puente; vio a sus hombres saliendo en tropel de las barricadas y empuñando sus bayonetas contra aquella supuesta élite de fusileros e infantería de marina.

—Haremos desfilar a los prisioneros por Burdeos para mostrar qué le pasa a la

escoria que cree que puede desafiar a Francia.

—Insisto —dijo Ducos— en que el comandante Sharpe se entregue a mi departamento.

—Puede quedarse con el cabrón. —Calvet volvió a mirar el mapa y, con un gesto repentino, alargó la flecha más grande hasta el interior del patio—. Díganle a los hombres que el enemigo anda corto de munición. Díganles a los hombres que hemos matado a la mitad de los cabrones hoy, díganles que hay mujeres y vino dentro. Díganles que hay una medalla para cada uno de los diez primeros hombres que entren.

Calvet miró la flecha y recordó la cantidad de disparos que los malditos habían lanzado contra su columna. Recordó a los hombres chillando, llevándose las manos a los ojos y recordó los rastros de sangre que atravesaban la explanada del fuerte.

Sus hombres lo recordarían con la misma claridad y los hombres derrotados estarían nerviosos ante la expectativa de un nuevo ataque. Calvet necesitaba algo más, un nuevo factor que cambiara el segundo asalto, y con repentina energía, dibujó unas señales en las dunas de arena junto al canal.

—¿Si ponemos dos cañones de doce aquí —preguntó al coronel de artillería—, pueden barrer la brecha hasta el último minuto?

El coronel de artillería tenía muchas dudas respecto a la capacidad de sus cañones de derribar un arco en pocas horas. Incluso los enormes cañones de sitio, el doble de grandes que aquellos de doce, podían tardar semanas en destrozarse una muralla bien construida y ahora Calvet quería sacar dos cañones de la batería que había de abrir la brecha.

—¿Y si trasladamos los dos cañones, señor, cómo protegeremos a las dotaciones de los fusileros?

Calvet quería que los dos cañones se situaran a doscientas yardas de las murallas.

Calvet admitió la pregunta con un gruñido. El obús que estaba más cercano disparó y el sonido y el aire golpearon la casucha, y el latido del gran cañón arrancó un trozo del tejado de paja. Cayó sobre el mapa de Calvet, sobre el canal.

—Si tuviera un barco ahí —murmuró Calvet—, nos haría ganar. Pero no tengo un barco, así que sus dos dotaciones tendrán que asumir los muertos y seguir disparando. —Se quedó mirando con agresividad al artillero.

—Pero puede usted contar con un barco —dijo Ducos en voz baja desde su sitio al lado del fuego.

Calvet giró en redondo y miró al menudo comandante.

—¿Un barco?

—Hay un americano —dijo Ducos— y tiene un barco.

—¡Entonces vaya a buscarlo!

Calvet tachó la nueva posición de sus cañones y trazó la línea de un barco

alrededor del trozo de paja.

—¡Vaya a buscarlo, Ducos! ¡Y dígame a su aliado que tiene que luchar! ¡Vaya a buscarlo!

Killick, a quien habían ido a buscar a Gujan, se inclinó sobre la mesa donde estaba el mapa del general. Vio que Calvet quería que se bombardeara la muralla sur. Un barco, amarrado en el ángulo sudoeste del fuerte, podía disparar hasta el último segundo de un asalto, mucho después que los cañones de doce que estaban en el molino se hubieran visto obligados a callar por miedo a alcanzar a la propia columna de atacantes. El cañoneo del *Thuella*, lanzado en ángulo recto a la línea de ataque y apuntando a la brecha, obligaría a los defensores a alejarse de aquel punto vulnerable. Killick se dio cuenta de que una batería flotante de tales características garantizaría la victoria a unos hombres desmoralizados. El americano asintió con la cabeza.

—Se podría llevar a cabo.

—¿Al amanecer? —preguntó Calvet.

Killick chupó su cigarro.

—Se podría llevar a cabo, pero no yo. He hecho el juramento de que no lucharía contra los británicos.

Se hizo un silencio y lo único que se oía era la percusión de un obús que había levantado más polvo en el tejado. Killick se encogió de hombros.

—Lo siento, caballeros.

—¿Un juramento? —inquirió Ducos con tono despectivo.

—Un juramento —repitió Killick—. El comandante Sharpe me salvó la vida a cambio de ese juramento —el americano sonrió burlescamente— y como la promesa no era para una dama, hay que cumplirla.

La frivolidad de Killick hería profundamente a Ducos.

—No se cumplen los juramentos que se hacen a los salvajes. Usted debería saberlo.

—¿Por eso no me envió usted las planchas de cobre? —Killick se quedó mirando con aversión a Ducos—. No me dé usted lecciones, comandante, de cumplir promesas.

Las planchas de cobre no le habían llegado nunca, pero la goleta había sido remendada con madera de olmo de los ataúdes y recubierta con brea. El trabajo se había realizado con mayor rapidez de la que Cornelius Killick se hubiera atrevido a desear.

Los masteleros se habían levantado con poleas y se habían sujetado. Los obenques enredados se habían arreglado y levantado con un torno. El *Thuella*, cuyo aspecto había hecho creer a los británicos que estaba muerto y abandonado, estaba vivo otra vez.

Aquella misma mañana, mientras los franceses morían en la entrada de un fuerte, las anclas se habían tendido en el canal de Gujan y, con la marea alta, los tornos habían sacado el casco vacío del barro. El *Thuella* se había deslizado hasta el agua. En tan sólo unos segundos, un casco desgarrado y varado se había convertido en una nave elegante que se estremecía al contacto del viento y de las olas. Habían colocado en su sitio el mascarón de proa. Habían llevado a bordo carne, agua, harina, pan, vino, galletas, cebollas y más vino. El carpintero había sondeado las sentinas y aunque algo de agua se filtraba a través del casco reparado, había manifestado que las bombas podían ocuparse de la filtración.

—Así pues, sí —dijo Killick—, el *Thuella* puede anclar en el canal mañana por la mañana, general, pero no puede disparar ni una bala. He hecho un juramento.

Calvet, deseoso de aprovecharse del cañoneo del *Thuella*, sonrió.

—El comandante Sharpe perdió toda su honorabilidad, capitán Killick, cuando eligió utilizar cal viva contra mis tropas. Así pues, usted debería considerarse liberado de cualquier promesa que le hiciera.

Killick, que ya había expresado su profunda indignación por el uso de la cal viva, sacudió la cabeza.

—Creo que soy el mejor juez de mi honor, general.

—Usted es un civil —Pierre Ducos, a pesar de ser bajito estaba dotado de una voz que transmitía una inusual autoridad— y por lo que usted dice, señor Killick, ha traficado usted con el enemigo. Supongo que no quiere usted someterse a un largo período de interrogatorios en manos de las autoridades francesas.

Killick no dijo nada. Los otros oficiales franceses, incluso Calvet, se sintieron incómodos ante aquella amenaza, mientras que Ducos, percibiendo que tenía ventaja sobre el americano alto y bien parecido, sonrió.

—Si el señor Killick no ofrece alguna explicación satisfactoria respecto a sus acciones en suelo francés, yo haré uso de mi autoridad para buscar tales explicaciones.

—Mi explicación... —empezó Killick.

Ducos lo interrumpió.

—Las explicaciones es mejor que las dé con metralla al amanecer. ¿Me jura usted, señor Killick, que estará allí? ¿O he de investigarle?

El genio del americano saltó.

—Fui capturado, cabrón, porque me ofrecí voluntario para defender su maldito fuerte.

—Y no perdió usted a un solo hombre —dijo Ducos fríamente— y le soltaron al cabo de pocas horas. Yo creo que tales circunstancias merecen una investigación.

Killick miró a Calvet, pero vio que el general francés no tenía poder para contradecir al comandante delgado y con gafas.

El americano se encogió de hombros.

—No puedo estar allí al amanecer.

—Entonces ordenaré que le arresten —dijo Ducos.

—No puedo estar allí al amanecer, cabrón —gruñó Killick—, porque la marea no sirve. Tengo que negociar veinte millas de aguas poco profundas. A menos que pueda usted amenazar a Dios para que envíe una marea anticipada. —Se quedó mirando a Ducos desafiante, luego miró el mapa—. Una hora después del amanecer. Antes no.

—¿Pero una hora después del amanecer —Ducos era implacable en la victoria— estará usted varado ante la fortaleza y bombardeando las murallas con metralla? —Había percibido un atisbo de esperanza en la cara de Killick y sabía que el americano pensaba que, una vez a bordo de su barco, Pierre Ducos no tendría poder alguno para imponer su voluntad—. Quiero que me lo prometa, señor Killick, que me lo jure.

Ducos había cogido un trozo de papel y con el carbón del general garabateó unas letras grandes que constituían la confesión de que Killick había hecho tratos ilegales con el enemigo y la promesa de que, como recompensa, el *Thuella* bombardearía el fuerte hasta que la rendición o la victoria acabaran con el combate de la mañana. Empujó el papel hacia delante.

—¿Bien?

Killick sabía que si no firmaba Ducos, haría uso de su autoridad para detenerle. Liam Docherty no zarparía sin Killick y el *Thuella* se quedaría en la albufera, un rehén en manos de Ducos. Rodeado de un silencio turbador el americano cogió el carbón y garabateó su nombre.

—Una hora después del amanecer.

Ducos, triunfante, firmó como testigo.

—Es mejor que haga sus preparativos, señor Killick. Si tuviera usted la tentación de romper este juramento, le prometo que su nombre será conocido en toda América como el del hombre que abandonó a sus aliados y huyó de un combate. No resulta agradable, señor Killick, que se recuerde el nombre de uno para siempre en las listas de traidores. ¿Primero Benedict Arnold, luego Cornelius Killick?

Por un momento, la mirada que ofrecía el rostro de Killick le indicó a Ducos que había hablado demasiado, pero entonces el americano asintió con docilidad.

Al salir de la casucha, Killick soltó un taco. Los cañones retumbaban y la primera lluvia pesada, procedente del norte, empezó a caer. El americano sabía que aquella lluvia podía durar toda la noche y que haría que los fusiles y los mosquetes dispararan mal. Los franceses tenían ahora la ventaja de la lluvia, así que para qué necesitaban su barco.

—¿Qué va a hacer usted? —le preguntó Henri Lissan.

—Sabe Dios.

Killick lanzó los restos de su cigarro al barro, de donde lo recuperó enseguida un

centinela. El americano se quedó mirando la silueta del fuerte que desprendía humo a cada estallido de obús.

—¿Qué es peor, traicionar al enemigo o a un aliado, Henri?

Henri Lissan, que odiaba lo que había hecho Ducos, se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Supongo que tendré que disparar alto —dijo Killick— y desear que el comandante Sharpe me perdone. —Hizo una pausa, se preguntaba qué matanza se estaría llevando a cabo en el interior de ese caldero que eran las murallas del fuerte donde latía el humo procedente de los inexorables obuses.

—Ese cabrón es mi enemigo, Henri, pero no puedo evitar que me guste.

—Me temo que si es por el comandante Ducos —dijo Lissan—, el comandante Sharpe estará muerto mañana a esta hora.

—Así que supongo que no importa lo que haga. —El americano miró hacia la fortaleza—. Usted que cree en la oración, amigo mío, mejor que rece por mi alma.

—Ya lo hago —dijo Lissan.

—Porque mi honor —dijo Killick en voz baja— ha sido malvendido. ¡Adiós, amigo mío! Hasta el amanecer.

Así que los franceses tenían dos aliados; la lluvia y un americano, de modo que su victoria parecía segura.

Una hora antes de la medianoche la arcada vibró cuando las piedras de la fachada cayeron dentro del foso con agua. A partir de ese momento cada disparo producía mayores daños en la entrada, arrancando el relleno de cascotes e inclinando el pavimento de las murallas por encima del arco. Frederickson, con una linterna tapada, subió por la escalera interior de la entrada para examinar el alcance de la destrucción. Salió indignado.

—Se va a caer.

—¿A caer? —preguntó Sharpe.

—La piedra está colocada en la dirección contraria a la veta. —Frederickson hizo una pausa mientras otra bala golpeaba contra la arcada—. La piedra se cortó en vertical en la cantera y está colocada horizontalmente. Deja pasar el agua. Esa entrada es de lo más chapucero. Deberían avergonzarse de ello.

Pero si los franceses no eran capaces de construir, sí lo eran de disparar. Incluso bajo aquella oscuridad que la lluvia encubría, los artilleros franceses daban en el blanco y Sharpe sospechaba que debían de haber colocado linternas oscuras en la explanada como indicadores del blanco. De vez en cuando los franceses disparaban una bala ligera; una jaula de metal envuelta en tela con salitre, pólvora, azufre, resina y aceite de lino. Las balas ardían con fuerza siseando bajo la lluvia y mostraban a los artilleros el daño que habían ocasionado. Aquel daño fue más que suficiente para que

Sharpe sacara a sus centinelas de las murallas junto al arco, abandonando de esta manera la entrada a la artillería enemiga.

Sin embargo, la lluvia ocasionaba mayores daños que los cañones aquella noche. A medianoche, cuando Sharpe caminaba por las murallas, tropezó con un soldado que lo buscaba.

—El capitán Frederickson dice si puede usted venir, señor.

Frederickson estaba en la cueva quemada del segundo almacén del fuerte, que había resultado la menos dañada por el fuego de Bampfylde. Un linterna proyectaba una luz pobre y vacilante sobre la pared oscurecida del fondo y sobre la patética reserva de pólvora y de cartuchos que constituían la reserva final de municiones de Sharpe.

—Lo siento, señor —dijo Frederickson.

Sharpe soltó un taco. El agua se había filtrado por los bloques de granito del techo abovedado del almacén y había empapado la pólvora, así que los barriles estaban ahora llenos de un cieno de color gris, mientras que los cartuchos caseros se habían deshecho y eran una mezcla de papel, plomo y pólvora mojada. Los cartuchos cogidos a los franceses también tenían mucha agua y Sharpe soltó más tacos.

Frederickson pasó un dedo por el muro que había sobre los barriles.

—La explosión debe haber ahuecado la mampostería.

—Estaba seco cuando llegamos —dijo Sharpe—. ¡Lo comprobé!

—La lluvia tarda en calar, señor —dijo Frederickson.

Seis soldados de la marina cargaron con la pólvora hasta la galería de piedra donde ardían los fuegos para cocinar. Allí se podría extender la pólvora y una parte estaría seca por la mañana, pero Sharpe sabía que aquel desastre significaba el fin de su desafío.

La culpa era suya. Tenía que haber cubierto la pólvora con lonas, pero no había pensado en ello. Era mucho lo que tendría que haber hecho. Tenía que haber previsto que el enemigo tendría morteros, tenía que haber prevenido a Palmer del dique, tenía que haber hecho una expedición más importante la primera noche, tenía que haber llevado los cañones de Harper hasta la muralla, donde hubieran estado más a salvo de los obuses. Tenía que haber preparado agua para combatir los fuegos, y, quizá, no tenía que haber luchado.

Sharpe se sentó en el almacén y notó cómo le invadía la desesperación.

—¿Hemos usado la mitad de nuestra munición buena?

—Más de la mitad.

Frederickson estaba tan triste como Sharpe. Se sentó enfrente, con las piernas encogidas; la linterna reflejaba las sombras de los dos fusileros sobre el arco del techo del almacén.

—Podríamos traer a los heridos aquí. Estarán mejor.

—Sí. —Pero ninguno de los hombres se movió—. ¿Hay algo de munición de los franceses en los almacenes, no? —preguntó Sharpe.

—Sólo cincuenta cartuchos en cada uno.

Sharpe cogió un trozo de piedra y dibujó un cuadrado en el suelo del almacén. Señaló la posición de la entrada en el lado sur.

—La pregunta —hablaba lentamente— es si nos están engañando con la entrada y planean atacar por algún otro lugar o no.

—Vendrán por la puerta —dijo Frederickson.

—Eso creo yo. —Sharpe dibujó unas marcas por encima de la entrada—. Pondremos a todo el mundo aquí. Deje sólo a Minver con un puñado de hombres para vigilar las otras murallas.

Sharpe se aferraba a la esperanza patética de que un bergantín británico, que anduviera curioseando por la costa enemiga con la impunidad que las victorias de Nelson habían proporcionado a la Armada Real, viera aquella extraña bandera. Un bergantín, anclado en el canal, podría destruir y convertir en un infierno una columna francesa que atacara. Sin embargo, con aquel tiempo, aquel viento cambiante e irregular y la lluvia que borbotaba y que rebotaba cuatro pulgadas al dar contra los adoquines rotos del patio, Sharpe sabía que no aparecería ningún bergantín.

—Su muchacho ya debe de haber alcanzado nuestras líneas. —Se estaba aferrando a cualquier cosa y lo sabía.

—Si ha sobrevivido —dijo Frederickson tristemente—. Y si alguien lo toma en serio. E incluso en ese caso el ejército tendría que arrodillarse ante la Armada y rogarles que arriesguen un barquito.

—Cabrón de Bampfylde —dijo Sharpe—. Así cogiera la viruela.

—Amén.

La bala de un cañón de doce aporreó contra la puerta de entrada y luego hubo una pausa, un crujido como el de un hueso al romperse, luego estruendo, caída, fragor de toneladas de mampostería que se desplomaban hacia dentro y hacia fuera. Los dos oficiales se quedaron mirando, imaginaban las piedras desplomándose y deslizándose hasta el interior del foso con agua, y luego asentándose formando un montículo caótico mientras el polvo, que levantaba la vieja argamasa, quedaba empapado por la lluvia.

—Tienen una brecha —dijo Frederickson con una voz que, por su tono preocupado, revelaba temor.

Sharpe no contestó. Si sus hombres pudieran resistir un ataque más, sólo uno, ganarían tiempo. Tiempo para que un barco los encontrara, tiempo para que los franceses cogieran miedo. Tal vez, si Calvet volviera a ser rechazado, el general dejaría el fuerte solo y se conformaría con rodearlo con medio batallón de hombres. El retumbo de las piedras que se desplomaban fue desvaneciéndose bajo la lluvia.

—Hace una semana —dijo Sharpe con humor— los hombres deseaban que Burdeos se levantara. Seríamos héroes, William, acabando con la guerra en un gran gesto.

—Alguien mintió —dijo Frederickson.

—Todos mintieron. Wellington dejó que esos cabrones creyeran que habría un desembarco para engañar a los franceses. El conde de Maquerre era un traidor. — Sharpe se encogió de hombros como si todo ello ya no importara—. El maldito conde de Maquerre. Le llaman Maquereau. ¿Qué buen nombre, eh? Macarra de mierda.

Frederickson sonrió ante aquella extraña exhibición de conocimientos de Sharpe.

—Pero en realidad es Ducos —dijo Sharpe.

Hogan, bajo los efectos de la fiebre, había mencionado ambos nombres, Ducos y Maquerre, y aquel engaño tan absoluto que había abandonado a los hombres de Sharpe tan lejos de cualquier ayuda, apestaba a Ducos.

—¿Ducos?

—Es sólo un cabrón a quien mataré un día —dijo Sharpe muy prosaico, luego hizo una mueca porque sabía que si el sitio era realmente obra de Ducos, el francés estaba muy cerca de conseguir la victoria.

—Mañana vamos a tener mucho trabajo, William.

—Mucho.

—¿Los hombres tienen ganas de luchar?

Frederickson se lo pensó. La fuerte voz de Harper resonaba en el patio, ponía orden en los hombres que habían ido a ver la entrada derruida.

—Mis fusileros, sí —dijo Frederickson—. La mayoría son alemanes y nunca se rendirán. Los españoles odian a los gabachos y lo único que quieren es matar a más. Creo que la infantería de marina luchará para mostrar que son tan buenos como los fusileros.

Sharpe esbozó una sonrisa que parecía una mueca.

—Podemos resistir un ataque, William. Pero ¿y después?

—Sí.

Frederickson sabía perfectamente lo mal que estaban las cosas. Y aquella maldita lluvia, pensó, no ayudaba nada.

Sharpe sabía que después de un ataque tenía que pensar en lo impensable. Rendirse. El orgullo le exigía que defendieran la brecha al menos una vez, pero la ira francesa podría no permitirles una rendición después de la defensa. Sharpe había visto hombres, con una sed de sangre insaciable, que saqueaban las fortalezas capturadas. Los franceses irían a la caza con sus afiladas bayonetas por entre las piedras de los pasillos para vengarse de los defensores. La masacre sería importante, pero el orgullo era el orgullo y lucharían al menos una vez más. Sharpe intentó imaginar lo que haría Wellington, intentó recordar todos los sitios en los que había

combatido para ver si le quedaba algo por hacer, intentó pensar en algún movimiento inteligente para inquietar al enemigo. No se lo ocurrió nada útil.

—Me juego algo a que el general les ha dicho a los cabrones que tenemos cien mujeres aquí dentro —dijo Sharpe echándose a reír.

Frederickson sonrió burlescamente.

—Le darán a cada hombre media pinta de vino, les dirán que pueden violar a todas las mujeres que estén dentro y luego les señalarán la brecha. No falla nunca. Debería habernos visto en San Sebastián.

—Me lo perdí.

Sharpe estaba en Inglaterra cuando los británicos capturaron San Sebastián.

Frederickson sonrió.

—No fue bonito.

Un obús explotó en el patio.

—Se van a quedar sin municiones —dijo Sharpe.

Resultaba extrañamente agradable estar allí sentado, compartiendo la intimidad de una amistad, sabiendo que no había nada que hacer para reducir la matanza que sucedería al amanecer. Los cañones de doce franceses seguían disparando, aunque la brecha ya estaba abierta, pero ahora barrían las piedras caídas con metralla para evitar que algunos grupos de trabajo las movieran para aumentar la inclinación de la superficie por donde se apiñarían sus tropas por la mañana.

—Si nos capturan —dijo Frederickson—, tal vez nos envíen a París de camino a Verdún. Me gustaría ver París.

Aquellas palabras le recordaron a Sharpe los deseos que tenía Jane de conocer la capital francesa cuando la guerra acabara. Pensó en su mujer muerta, en su cuerpo llevado a un entierro apresurado. Maldito Cornelius Killick, pensó, por quitarle las esperanzas.

Frederickson de repente se puso a cantar.

—*Ein Schifflein sah ich fahren.*

Sharpe reconoció aquella melodía, que era popular entre los alemanes que luchaban en el ejército de Wellington.

—¿Qué dice?

Frederickson sonrió con tristeza.

—Vi un barquito navegando. Rece por que venga una fragata por la mañana, señor. Piense en su andanada barriendo el campamento de los franchutes.

Sharpe sacudió la cabeza.

—No creo que Dios escuche a los soldados.

—Los ama —dijo Frederickson—. Somos los tontos del Señor, los últimos hombres honestos, los chivos expiatorios de la creación.

Sharpe sonrió. Por la mañana, pensó, le proporcionarían al general Calvet un

combate que recordaría y después, cuando todo hubiera acabado..., pero eso no había que pensarlo. Entonces, de repente, se quedó mirando a su amigo.

—*Ein Schiff?* —preguntó Sharpe—. ¿Cómo era?

—*Ein Schiffein sah ichfahren* —dijo Frederickson poco a poco—. Vi un barquito navegando.

—¡Maldita sea! —La impotencia de Sharpe desapareció de repente al concebir una idea brillante como la explosión de un obús—. ¡Qué tonto! —Se enfrentaba a una derrota a falta de un barco y resulta que el barco existía. Sharpe se puso en pie y gritó que le fueran a buscar una cuerda—. Usted se queda aquí, William. Prepárese para un asalto en la entrada, ¿me entiende?

—¿Y usted?

—Me voy fuera. Estaré de vuelta al amanecer.

—¿Fuera? ¿Dónde?

Pero Sharpe se había ido a las murallas. Le trajeron un cuerda para que pudiera descolgarse por ella hasta la arena donde todavía yacían los cadáveres franceses, y así, en una noche lluviosa, se dispuso a hacer un pacto con el diablo que podría traer la liberación a los tontos del Señor.

Capítulo 18

Por la mañana caía un aguacero. El agua martilleaba y bullía, rebotaba en el fuerte, corría por las murallas y caía a cántaros en el patio lleno de charcos. Parecía imposible que la lluvia pudiera ser tan salvaje, sin embargo continuaba. Retumbaba contra los chacos de los hombres, fluía al interior de las galerías y su ruido hacía que el bombardeo de los cañones de doce se oyera amortiguado. Era como las lluvias anteriores a la gran inundación, el diluvio.

Apagaba los fuegos para cocinar de los franceses y anegaba las casuchas donde los hombres de Calvet habían intentado dormir. Convertía la pólvora de los mosquetes en una pasta arenosa. El tiempo entre cada disparo se había alargado porque las bolsas de sarga con la pólvora se tenían que proteger de la lluvia y había que cubrir cada fogón hasta el último momento antes de que se encendiera la mecha. El coronel de artillería maldecía a los británicos que habían quemado y destrozado el tejado del molino y volvió a renegar cuando sus obuses tuvieron que abandonar aquella lucha desigual porque los hoyos se habían llenado de agua de color amarillento.

—¡Beicon para desayunar! —se anticipó Calvet encantado.

Los cocineros, que trabajaban bajo un techo, frieron beicon para el general. El olor atormentaba a aquellas pobres almas que se apiñaban contra las paredes de las casuchas y maldecían la lluvia, el barro, a los ingleses y la guerra.

A la caballería la habían enviado al norte al amanecer. Un sargento, con la capa totalmente empapada y pegada a la grupa del caballo, regresó con la noticia de que, a causa del débil viento de aquella mañana, dos chalupas habían tenido que remolcar el *Thuella* por el canal de Arcachon.

—Mierda de viento —dijo Calvet— y mierda de lluvia.

Se fue pisando con fuerza por entre el barro hasta las dunas de arena y miró al norte. Lejos, negra y con las velas blancas, la gran goleta se hacía visible.

—No atacaremos —gruñó Calvet— hasta que esa maldita cosa esté en su sitio.

—Tal vez —aventuró Favier cautelosamente— los cañones del capitán Killick no puedan disparar con este tiempo.

—No sea usted idiota. Si alguien puede hacer que los cañones funcionen en mojado, es un marino, ¿no le parece?

Calvet sacó su catalejo, limpió las lentes y observó la fortaleza. La entrada era un montón de escombros, un montículo de piedra mojada, un camino a la victoria. Regresó con su beicon con la seguridad de que el asunto de la mañana no le llevaría mucho tiempo. Los fusileros británicos no contarían con aquella lluvia y su cal se convertiría en lechada.

Calvet miró al ordenanza que le afilaba la espada.

—¡Asegúrese de que sea peligrosa!

—Sí, señor.

—No va a hacer día para usarla, Favier. —Calvet sabía que los uniformes mojados cuestan más de atravesar con una espada que los secos—. Va a ser un día para acuchillar. ¡Adentro y afuera, Favier, adentro y afuera! —Calvet, que se sentía mejor después del desayuno, echó una mirada a la puerta donde de repente había aparecido Ducos—. Parece que se ha mojado, Ducos, y me he comido su beicon.

A Ducos no le importaba que el general lo quisiera pinchar. Hoy capturaría a Richard Sharpe y ello constituiría una consolación para Pierre Ducos en medio de las tragedias que acosaban a Francia.

—Se está levantando viento.

—Espléndido.

—La goleta estará pronto anclada.

—Dios bendiga a nuestros aliados —dijo Calvet—. Tal vez les haya costado veinte años entrar en la guerra pero mejor tarde que nunca.

Se fue hasta la entrada y vio que el *Thuella* desde luego había hecho uso del aire para ponerse en marcha. Una salpicadura de agua indicó que se había echado el ancla delantera.

—Creo —dijo Calvet cuando se abrieron las cañoneras de la goleta— que finalmente estamos listos. —Pidió su caballo y montado en la silla vio a sus tropas mojadas y abatidas que formaban en columna de ataque—. Vamos a dar a nuestros valientes aliados veinte minutos de ejercicios de tiro —dijo Calvet— luego avanzaremos.

Ducos observaba el *Thuella*.

—Si Killick abre fuego —dijo.

La goleta estaba silenciosa en el canal. Las velas mojadas se aferraban en las vergas, pero ése era el único movimiento que se percibía en la nave.

—¡No va a disparar! —dijo Ducos con dureza.

—Dele tiempo —dijo Calvet que también observaba el *Thuella* y se imaginaba que la lluvia estaría bullendo sobre las cubiertas de madera.

—Ha faltado a su palabra —dijo Ducos amargamente; entonces, de forma casi repentina, la bandera de combate de la goleta se desplegó y unas llamas cortaron el agua, una nube de humo se hinchó sobre el canal y el costado del *Thuella* abrió fuego e inició el que sería el ataque final a la Teste-de-Buch.

Sin duda los temores respecto al honor de Cornelius Killick se habían desvanecido y el americano había abierto fuego.

La metralla que disparaba el americano silbaba sobre la cabeza de Sharpe. Algunas balas dieron contra la bandera de san Jorge, pero el resto pasaban bien por

encima de la fortaleza. Sharpe estaba sentado bajo la bandera mojada, con la espalda contra las murallas. Estaba terriblemente cansado. Había regresado al fuerte media hora antes de la salida del sol, escapando por los pelos de la caballería francesa y ahora, después de otra noche sin dormir, se enfrentaba a un ataque francés.

—¿Se mueven los franchutes? —gritó a Frederickson que esperaba junto a la brecha.

—No, señor.

Los hombres de Sharpe heridos, con las vendas empapadas en sangre y lluvia, estaban estirados en la muralla oeste. La infantería de marina, con las caras pálidas bajo la luz débil y mojada, se agazaparon detrás del granito cuando un segundo disparo del americano pasó sobre sus cabezas. Sharpe, bien agachado, le hizo una señal a Harper con la cabeza.

—Ahora.

El enorme irlandés hizo uso de la hoja de su bayoneta para cortar las cuerdas que ataban el asta al merlón. Las fue serrando, mientras renegaba por lo duro que era el sisal, pero las hebras se fueron cortando una a una y, justo después de la tercera andanada de Killick, el asta cayó. La bandera de san Jorge, con la tela de mantel blanca manchada de rojo y las mangas que formaban la cruz, cayó.

—¡Alto el fuego! —Sharpe oyó la voz de Killick sobre las aguas.

Sharpe se puso en pie. El capitán americano, con una chaqueta azul en honor a aquel día, estaba saltando a una de las dos chalupas del *Thuella*. La tripulación americana sonreía junto a los cañones y observaba la fortaleza.

Richard Sharpe se acababa de rendir.

El general Calvet también observaba el fuerte. El humo procedente de las andanadas del americano se elevaba con el escaso viento y le tapaba la vista, pero Calvet estaba seguro de que los británicos habían arriado la bandera.

—¿Sigo disparando, señor? —preguntó el coronel de artillería, con el uniforme empapado por la lluvia, que avanzaba chapoteando en los charcos en dirección al caballo del general.

—No han mostrado una bandera blanca —dijo Pierre Ducos—, sigan disparando.

—¡Espere! —Calvet desplegó de un golpe el catalejo. Vio unas figuras en las murallas, pero no era capaz de distinguir lo que sucedía—. ¡Coronel Favier!

—¿Señor?

—Adelántese con una bandera de tregua —le ordenó Calvet— y averigüe qué están haciendo los cabrones. ¡No, espere!

Finalmente, Calvet podía ver algo que tenía algún sentido. Unos hombres habían ido hasta la muralla sur, que miraba hacia los franceses, y allí desplegaban un gran trozo de tela y lo colgaban de las murallas mojadas y derruidas. El trozo de tela

significaba que la fortaleza de la Teste-de-Buch ya no estaba en poder de los británicos, sino que se había rendido a Estados Unidos de América.

—Maldita sea —dijo Calvet al mirar las barras y estrellas—, maldita sea.

Cornelius Rillick, al lado de Sharpe en la muralla sur, observaba la gran columna francesa que esperaba al lado del pueblo.

—Si deciden luchar, comandante, ya sabe usted que no puedo disparar contra ellos.

—Estoy de acuerdo en que sería difícil para usted. —Sharpe desplegó el catalejo y observó a los franceses hasta que la lluvia le empañó la lente. Plegó de golpe los tubos—. ¿Tengo permiso, capitán Killick, para subir a mis heridos a bordo?

—Tiene usted mi permiso —dijo Killick solemnemente, como para darle dignidad a aquella farsa—. También tiene usted permiso para quedarse con la espada que se olvidó usted de presentarme.

—Gracias. —Sharpe sonrió burlescamente, luego se giró hacia las murallas del oeste—. ¡Capitán Palmer! ¡Puede empezar la evacuación! ¡Los heridos y el equipaje primero!

Todas las mochilas de la pequeña guarnición de Sharpe estaban amontonadas junto a los heridos, pues estaba decidido a no dejarles nada a los franceses.

Los hombres de Sharpe, al darse cuenta de que su sufrimiento había acabado, se relajaron. Sabían que el comandante Sharpe se había adentrado en la noche y había circulado el rumor de que había hablado con el americano y que éste había accedido a sacarlo de allí. La bandera americana, resplandeciente en la cara externa del fuerte, lo testificaba.

—Todo es porque no ahorcamos a esos cabrones —dijo un sargento de marina—. Les ayudamos y ahora nos ayudan ellos.

El fusilero Hernández, que observaba la columna francesa, se preguntó en voz alta si iba a ir a América y, si era así, si allí había franceses que matar. William Frederickson le aseguró que su destino no era Estados Unidos. Frederickson observaba a los franceses y vio tres jinetes que de repente se adelantaban espoleando a sus caballos. Abocinó las manos y gritó a Sharpe.

—¡Señor! ¡Vienen unos gabachos!

Sharpe no quería que los tres oficiales enemigos se acercaran demasiado al fuerte, así que corrió, saltó desde las murallas derribadas y se dejó caer por la cima dentada de la brecha. Descendió gateando por las piedras externas y luego saltó a un hueco que había en la carretera. Frederickson y Killick le seguían más lentamente.

Sharpe esperó en la estrecha zanja que atravesaba el glacis. El camino estaba lleno de balas de mosquete que ya casi se habían hundido en la superficie arenosa mojada. Levantó una mano cuando los jinetes se acercaron.

Favier iba delante. Detrás de Favier iba un general, con la capa abierta para que se vieran sus galones, y detrás del general iba Ducos. Sharpe, advertido por Killick de que tal vez vería a su antiguo enemigo, lo miró con odio, pero no tenía nada que decir a Ducos. Le habló al coronel Favier.

—Buenos días, coronel.

—¿Qué significa esto? —preguntó Favier, señalando la bandera americana.

—Significa —Sharpe hablaba en voz alta para que Ducos lo oyera— que nos hemos rendido a las Fuerzas Armadas de Estados Unidos y nos hemos puesto bajo la protección de su presidente y su congreso.

Killick le había proporcionado las palabras adecuadas y Sharpe percibió una señal de odio en Pierre Ducos.

Se hizo el silencio. Frederickson y Killick se unieron a Sharpe, entonces el general exigió una traducción de aquellas palabras y Favier se la proporcionó. La lluvia goteaba por las bridas y las vainas de las espadas.

Favier volvió a mirar a Sharpe.

—Como aliados que somos de América nos haremos responsables de los prisioneros del capitán Killick. —Se quitó el sombrero ante Killick—. Le felicitamos, capitán.

—Ha sido un placer —dijo Killick—. Y como son mis prisioneros, me los llevo a bordo.

De nuevo se hizo una pausa durante la cual se realizó la traducción y, cuando Favier volvió a mirar, estaba enfadado.

—Ésta es tierra francesa. Si las tropas británicas se rinden en esta tierra, entonces las tropas se convierten en prisioneras del gobierno francés.

Sharpe escarbó con el tacón en la carretera mojada y arenosa.

—Esta tierra es británica, Favier, la capturaron mis hombres, la han retenido contra todos sus esfuerzos y ahora se ha rendido a Estados Unidos. Sin duda pueden ustedes negociar con esos estados su devolución.

—Creo que Estados Unidos estará de acuerdo en devolverla —dijo Killick sonriendo, divertido por la pomposidad del momento.

Una piedra se cayó de la brecha y los seis hombres, atraídos por el ruido, vieron la enorme figura de Patrick Harper, descubierto, de pie en la cima de la brecha. De su hombro derecho, como una horrible amenaza, colgaba el hacha del ingeniero francés que Sharpe había utilizado el día anterior. Favier volvió a mirar a Killick.

—¿Por lo que parece no ha desarmado usted a sus prisioneros, señor Killick?

—Capitán Killick —corrigió Killick a Favier—. Ha de entender usted, coronel, que el comandante Sharpe me ha jurado que no levantaría sus armas contra Estados Unidos de América. Por tanto no he tenido necesidad de quitarle las armas ni a él ni a sus hombres.

—¿Y Francia? —Era Ducos que hablaba por primera vez.

—¿Francia? —inquirió Killick inocentemente.

—Resultaría normal, capitán Killick, exigir a un prisionero capturado que no levante sus armas contra los aliados de su país. ¿O ha olvidado usted que su país y el mío han firmado un tratado?

Killick se encogió de hombros.

—Supongo que con la emoción de la victoria, comandante, me olvidé de esa cláusula.

—Entonces impóngala ahora.

Killick miró a Sharpe y al moverse el agua chorreó por su sombrero bicornio.

—¿Bien, comandante?

—Los términos de la rendición —dijo Sharpe— no se pueden cambiar.

Calvet exigía una traducción. Favier y Ducos se iban atropellando las palabras, ansiosos de revelar la perfidia de aquella rendición.

—Son todos anglosajones —dijo Ducos con amargura.

Calvet hizo una pregunta en francés, Killick le respondió y Frederickson sonrió.

—Ha preguntado —dijo a Sharpe— si Killick nos va a llevar a América. Killick ha dicho que allí es hacia donde parte el *Thuella*.

—Y sin duda —Ducos había hecho que su caballo se acercara más para poder mirar desde arriba a Sharpe— ha liberado usted al capitán Killick de su juramento de no luchar contra los británicos.

—Sí —contestó Sharpe—, así es.

Ése era el pacto del diablo, sellado bajo la tormenta de la pasada noche. Sharpe había prometido que ni él ni su guarnición lucharían contra Estados Unidos y a cambio Sharpe había liberado a Killick de su juramento. El precio era aquella rendición que haría posible que los hombres de Sharpe escaparan.

Ducos miró de forma despectiva a Sharpe.

—¿Y cree usted que un capitán corsario cumple sus promesas?

—He cumplido con la promesa que le hice —dijo Killick—. He disparado hasta que el enemigo se ha rendido.

—¡Usted no tiene nada que decir! —soltó Ducos—. Usted no es un oficial del ejército, señor Killick, usted es un pirata.

Killick abrió la boca para responder, pero Ducos alejó su caballo de forma despectiva. Habló con el general, sacudiendo la mano enguantada para dar mayor énfasis a sus palabras.

—No creo que estén impresionados —dijo Frederickson en voz baja.

—Me importa un bledo —gruñó Sharpe—. Los botes ya deben estar llevando a los heridos al *Thuella* y los soldados de infantería de marina les seguirán después. Cuanto más discutan los franceses más hombres estarán a salvo.

Favier miró con tristeza a Sharpe.

—Esto es despreciable, comandante.

—No más coronel que su débil esfuerzo para hacerme marchar contra Burdeos como general de división.

Favier se encogió de hombros.

—Aquello fue una *ruse de guerre*, una maniobra legítima.

—Tan legítimo como que yo me rinda a quien quiera.

—¿Para volver a luchar? —Favier sonrió—. No lo creo. Eso es una conveniencia cínica, comandante, no honor.

El general Calvet se sentía engañado. Sus hombres habían muerto luchando por aquello y ninguna rendición iba a negarles la victoria. Miró a Sharpe e hizo una pregunta.

—Quiere saber —dijo Frederickson— si es cierto que ha ascendido usted desde la tropa.

—Sí —dijo Sharpe.

Calvet sonrió y volvió a decir algo.

—Dice que será una pena matarle —dijo Frederickson.

Sharpe respondió encogiéndose de hombros y Calvet habló con dureza a Favier y éste, a su turno, tradujo las palabras a Sharpe.

—El general le informa, comandante Sharpe, que no aceptamos sus arreglos. Tienen ustedes un minuto para rendirse a nosotros. —Favier miró a Killick—. Y le aconsejo que aleje su barco de esta fortaleza. Si interfiere usted ahora, señor Killick, puede estar usted seguro de que se presentarán ante su gobierno las oportunas protestas. Que tengan un buen día.

Siguió con su caballo a Calvet y Ducos por la explanada.

—Joder —dijo Killick—. ¿Van a luchar?

—Sí —dijo Sharpe—. Van a luchar.

Los soldados de infantería trepaban por los costados del *Thuella* y dejaban solos a los fusileros en la fortaleza. Iba a ser muy justo, demasiado justo.

—Coja su bandera, capitán —dijo Sharpe a Killick.

El americano observaba la columna francesa que volvía a formar.

—Ahí hay cientos de cabrones.

—Solamente dos mil —dijo Sharpe mientras rascaba con una piedra una mella en su espada.

—Quisiera... —empezó a decir Killick instintivamente.

—No puede —dijo Sharpe—. Esta batalla es nuestra. Y si no lo conseguimos, zarpe sin nosotros. ¡Teniente Minver!

—¿Señor?

—¡Sus hombres los siguientes! Bájelos al agua. ¡Sargento mayor del regimiento! Harper estaba dentro de la fortaleza al pie de la brecha.

—¿Señor?

—¡Bloquéela!

Harper esperaba con un pelotón de hombres junto a un *cheval-de-frise* fabricado con una viga chamuscada a la que se habían atado y clavado cincuenta bayonetas francesas. Las hojas sobresalían por todos los ángulos y formaban una barricada salvaje que Harper, con seis fusileros, acarreó con gran dificultad hasta la cima de la brecha. Mientras lo hacían, empezó de nuevo el bombardeo de los cañones de doce contra la cara exterior de la brecha. Un trocito de piedra pasó silbando por encima de la cabeza de Harper, pero levantó el extremo de la viga, chilló a sus hombres que empujaran y la gran estaca quedó en su sitio.

Sharpe estaba en la muralla oeste. Los hombres de Minver descendían por las escaleras hasta la arena, mientras la primera de las chalupas de Killick ya se alejaba del *Thuella*. Sharpe calculó que tardarían unos diez minutos en embarcar a la compañía de Minver y otros cinco hasta que las chalupas regresaran a por los últimos defensores de la Teste-de-Buch. La marea del canal era demasiado fuerte para arriesgarse a ir nadando hasta la goleta, así que Sharpe había de luchar hasta que las barcas pudieran llevarse a todos sus hombres. Killick, con su bandera americana en la mano para ponerla a salvo, se detuvo junto a Sharpe y se quedó mirando a las hordas francesas.

—¿Le deseo suerte, comandante?

—No.

Killick parecía debatirse entre su deseo de quedarse a presenciar lo que prometía ser una lucha extraña y su deseo de que las chalupas se apresuraran bajo la lluvia que caía en el canal.

—Tendré una botella de brandy esperando en mi camarote, comandante.

—Pensaré en ella.

Sharpe era incapaz de expresar sus emociones, así que, torpemente, agradeció al americano que hubiera mantenido su pacto.

Killick se encogió de hombros.

—¿Por qué me lo agradece? ¡Diablos, otra oportunidad para luchar contra ustedes, cabrones!

—Pero, su gobierno... ¿Tendrá problemas por haberme ayudado?

—Mientras saque dinero —dijo Killick—, al gobierno no le importará.

Los tambores franceses empezaron a sonar, luego, de forma igualmente repentina, se pararon. El americano se quedó mirando a la columna.

—¿Dos mil ellos y cincuenta ustedes?

—Algo así.

Killick se echó a reír de buena gana y de repente su voz se tornó cálida.

—Comandante, me alegro de no ser uno de esos cabrones. Tendré el brandy esperando, asegúrese de que vendrá y lo beberá.

Hizo una señal con la cabeza y luego se fue caminando hacia sus chalupas.

Sharpe se fue caminando hasta el extremo derribado de las murallas por encima de la brecha donde estaba la mitad de la compañía de Frederickson. La otra mitad, con el mismo Frederickson, estaba en el patio.

Harper seguía en la brecha, embutiendo las bayonetas capturadas entre las piedras. La lluvia seguía cayendo, arrastraba la argamasa y el polvo de la brecha y desparramaba fuera del foso el agua sucia y amarillenta.

Los tambores franceses, empapados en lluvia, volvían a resonar desde el sur. Un fusilero se lamió los labios cortados. La lluvia, gris y deprimente, desdibujaba las bayonetas francesas concentradas, por encima de las cuales y como oro resplandeciente, se alzaba el estandarte del enemigo. Aquella era la visión de la muerte, pensó. Los franceses se acercaban.

El comandante Henri Lassen marchaba, por petición propia, en la fila de vanguardia de la columna. Había escrito a su madre, pidiéndole disculpas por haber perdido la fortaleza y diciéndole que a pesar de todo podía estar orgullosa de su hijo. Le había enviado su rosario y le había pedido que las cuentas brillantes y muy usadas reposaran en la capilla de la familia.

—Están embarcando en la goleta —informó Favier a Calvet.

El ataque desde el norte se había desechado y todo se lanzaría en esta única tormenta final. Favier creía que era un error. El ataque desde el norte, entre la fortaleza y el agua, hubiera bloqueado la huida de la guarnición, pero a Calvet no le preocupaba.

—La caballería puede ir a jugar a la playa. Hágales llegar la orden.

Calvet desmontó, luego blandió su espada, con la que había atravesado a dos cosacos juntos como si fueran pollos ensartados. El general se quitó la capa para que sus hombres vieran los galones dorados de su chaqueta, entonces caminó hacia la cabeza de la columna y levantó sus brazos rechonchos y musculosos.

—¡Chicos! ¡Chicos!

Los tambores, silenciados por los oficiales, dejaron los palillos.

La voz de Calvet llegaba hasta la última fila de la columna.

—¡Tienen más frío que ustedes! ¡Están más mojados! ¡Están más atemorizados! ¡Y ustedes son franceses! ¡En nombre del Emperador! ¡En nombre de Francia! ¡Adelante!

Los tambores tiraron de las cuerdas para tensar las pieles mojadas y entonces, cuando los vítores fueron corriendo por la columna como si fuera fuego, los palillos

volvieron a iniciar su repiqueteo. Como un monstruo, dando bandazos y estremeciéndose, acompañada por los latidos de los palillos y con las bayonetas brillantes y enardecida por un valiente general, la columna avanzaba.

Uno de los fusileros alemanes, con el brazo izquierdo vendado, tocaba la flauta. La melodía atravesaba el aguacero y llenaba a Sharpe de melancolía. Siempre hubiera deseado saber tocar la flauta, pero nunca había aprendido. Poco consuelo le proporcionaban aquellos pensamientos así que se los quitó de la cabeza y se preguntó si los botes habrían llegado a la orilla para recoger a los hombres de Minver, pero no lo veía desde allí y no podía perder tiempo yéndolo a mirar.

La columna francesa, balanceándose a izquierda y derecha al avanzar, estaba a medio camino de la fortaleza. Los hombres de Sharpe sabían esperar, pero Sharpe se temía que la mitad de los fusiles remojados por la lluvia no dispararía cuando llegara el momento. La lluvia le caía por las mangas, empapaba los pantalones y le llenaba las botas. Asquerosa lluvia traidora de mierda.

Harper, Frederickson y una docena de fusileros estaban en cuclillas arriba sobre la brecha, justo detrás del *cheval-de-frise*, Frederickson miró a Sharpe y éste sacudió la cabeza. Todavía no, todavía no. El flautista alemán envolvió con cuidado su instrumento, se lo metió en la chaqueta y recogió su fusil que tenía unas tiras de arpillera envolviendo el martillo.

Los cañones de doce franceses habían dejado de disparar. Los artilleros, sabiendo que aquel clima no era bueno para los fusileros, habían salido del molino para contemplar el asalto.

La lluvia brillaba como hojas bruñidas. Caía en vertical. El agua salía fluyendo a chorros de las murallas hasta el foso interior. Un relámpago, repentino y aterrador, retumbó en el este.

Los franceses estaban a unas cien yardas. Gritaban *Vive l'Empereur* a cada pausa de los tambores, pero el gran grito quedaba ahogado por la lluvia plateada que rebotaba y salpicaba contra las piedras chamuscadas y destrozadas del fuerte.

Sharpe se giró. La muralla oeste estaba lista. Allí no podía hacer nada más. Aquél era su refugio, el lugar donde había de contener a los franceses el tiempo necesario para que sus hombres llegaran hasta los botes. Se volvió a girar y vio a los tiradores franceses, con las alas rojas de los hombros oscurecidas por la lluvia, que ascendían corriendo torpemente por la pendiente del glacis. Se preguntaba si Calvet habría enviado hombres hacia el norte que pudieran meterse entre la muralla oeste y el agua y así cerrar la huida de sus fusileros.

Los franceses estaban nerviosos ahora. Algunos deseaban que la lluvia hubiera destrozado la carga de todos los fusiles, pero los veteranos sabían que incluso con aquella lluvia algunas armas dispararían. Empezaron a apresurarse, ansiosos de que el

primer choque acabara. Los tiradores se iban esparciendo por el glacis y los primeros mosquetes dispararon humo desde el saliente.

—¡Carguen! ¡Carguen! —rugió Calvet como un grito de guerra mientras conducía a sus «gruñones», sus veteranos, por entre el espacio vacío del glacis.

Cargaron. La columna perdió entonces su orden. Algunos hombres, los timoratos, se protegían en el foso exterior y hacían ver que disparaban hacia arriba, pero la mayoría, los valientes, se apiñaba por el camino en dirección al caos de piedra, al puente destrozado, hacia la venganza.

Sharpe miró a Frederickson.

—¡Ahora!

Los hombres de Frederickson arrancaron los jirones de la llave y se pusieron de pie para disparar directamente por encima de la cima de la brecha, mientras desde las murallas todo hombre que pudiera disparar un arma se puso de rodillas o de pie.

—¡Fuego!

Tal vez la mitad de las armas disparó, mientras que en las demás armas los pedernales chispearon en una pólvora húmeda. El fusil de Sharpe retrocedió de un golpe, entonces se puso a gritar a los hombres que vigilaban la parte destrozada de las murallas.

El plomo arrancado del tejado de la iglesia y que no se había utilizado para las balas se había amontonado en las murallas con adoquines, vainas de obuses y la mampostería caída. Todo se lanzó contra los atacantes. Los mosquetes de los franceses estaban tan inservibles como los de los defensores. Una carga de pólvora seca bien protegida podía prender, pero una vez ya se había disparado resultaba inútil pensar en recargar bajo aquella lluvia.

Los fusileros se levantaron y lanzaron proyectiles y el ataque falló. Había muertos a los pies de la brecha; los había matado la descarga de Frederickson, pero entonces los vivos, enardecidos por los rugidos de Calvet, surgido de entre los cuerpos, avanzaron. Una plancha de plomo le dio a un hombre en la cabeza y un obús rebotó en las piedras.

—¡Adelante! ¡Adelante!

Calvet estaba vivo. No sabía cuántos habían muerto, pero sentía el júbilo de la batalla y su tremenda voz empujaba a los hombres a ascender por la rampa de piedras. Blandió su espada contra el *cheval-de-frise*, pero se tambaleó hacia un lado cuando un adoquín le golpeó en la cabeza.

—¡El Emperador! ¡El Emperador!

Una marea de hombres trepaba por la brecha. Un oficial, armado con una cara pistola de fulminantes a prueba de lluvia, disparó hacia arriba y un fusilero cayó derribado de las murallas y las bayonetas lo destrozaron.

—¡Empujen!

Calvet daba empujones hacia delante al *cheval-de-frise*, intentando hacer un hueco. Un obús, lanzado desde la muralla, le dio en el brazo izquierdo, dejándosele atontado, pero vio un espacio en el extremo de la viga llena de pinchos y saltó hacia él. Todavía tenía bien el brazo con el que empuñaba la espada e indicó el camino mientras alcanzaba la cima de la brecha.

—¡Carguen!

La riada de hombres, que empujaban desde atrás y se desesperaban por huir de la lluvia de proyectiles que caían desde arriba, fluyó sobre la brecha.

Harper los observaba. Vio al general, el llamativo galón dorado y arrancó el trapo que cubría la llave del arma de siete cañones. Apretó el gatillo y tres franceses fueron lanzados hacia atrás contra la cara interior de la brecha. Calvet, que iba a la cabeza de aquellos muertos, sobrevivió.

—¡Fuego!

Frederickson, repartidos los trabucos, chilló la orden y tres de las seis armas escupieron los trozos de piedra contra el enemigo.

Un francés quedó atravesado con una de las bayonetas metidas entre las piedras y, a pesar de sus gritos desesperados, sus camaradas lo pisotearon y le clavaron todavía más la hoja. Otros hombres, sollozando y forcejeando, se habían visto arrinconados contra el *cheval-de-frise* que estaba ahora volcado en la cara interior de la brecha. Sin embargo, la mayoría de hombres sobrevivía y saltaba sobre los adoquines del patio.

—¡Atrás! ¡Atrás!

Los hombres de Frederickson no estaban allí para defender la brecha, sino para vigilar la rampa. Se replegaron horrorizados ante la marea humana que penetraba en la fortaleza.

Sharpe, al ver que la brecha estaba perdida, silbó dos veces.

—¡Atrás! ¡Atrás!

Sus hombres corrían por las murallas.

A los pies de la rampa de piedra, frente a la entrada derruida, había un único cañón. No estaba intacto, pero el tubo estaba cargado con la última pólvora seca que había en la guarnición y lo habían atacado con trozos de metal, fragmentos de piedra y clavos oxidados. Había colocado un reguero de pólvora hasta el interior del fogón y luego lo habían cubierto con un trozo de hule.

Harper estaba junto al cañón. A su lado, protegida en un agujero bajo la rampa de piedra, había una antorcha hecha con paja retorcida, jirones de tela y brea. La sacó y la hizo girar en el aire para que las llamas se avivaran y se convirtieran en una llamarada brillante bajo la lluvia.

—¡Ahora! —gritó Frederickson que estaba a medio camino rampa arriba con sus hombres.

Harper sacó el hule y metió el mejunje ardiente de brea y paja en el agujero del

fogón. Vio que la pólvora prendía y se hizo a un lado. El cañón disparó.

Retrocedió de forma salvaje y el tubo, dando con toda la fuerza de la pólvora mala que tenía en su interior, se salió de la cureña, pero no antes de que la descarga, desparramándose como los disparos contra un pato, se vaciara en el interior del patio.

Los trozos de piedra y metal azotaron a los franceses. Una lluvia de sangre rivalizó por un momento con el aguacero, luego el tubo cayó sobre la rueda derecha de la cureña, partiendo los radios como si fueran cerillas de madera y Harper se fue subiendo por la rampa y gritando en busca de su hacha.

Los hombres chillaban en el patio. Algunos estaban ciegos, destripados, desgarrados. Calvet se había lanzado al suelo de forma instintiva y escuchaba el horror que tenía a su alrededor.

—¡Carguen! —Se puso en pie—. ¡Carguen!

Se dio cuenta de los pocos defensores que quedaban para enfrentarse a él, pero al menos eran fusileros, la élite británica, y podría capturar a aquellos pocos como recuerdo de su victoria.

—¡Carguen!

Los hombres, enardecidos por la parvedad de defensores y por la valiente voz de su general, obedecieron. De entre los heridos y los muertos, de entre el humo pegajoso del cañón, emergió una masa de hombres dando alaridos. Calvet iba a la cabeza.

—¡Ahora!

Frederickson tenía los últimos siete barriles de cal en la parte superior de la rampa. El sargento Rossner lanzó uno, rebotó, se abrió de golpe, y entonces, vomitando el polvo que al instante la lluvia convirtió en lechada, golpeó contra la fila de vanguardia de los franceses. Un hombre chilló cuando el barril lo empujó contra la cureña rota y la cal le azotó los ojos.

Frederickson miró detrás de él. Los hombres de Sharpe, haciendo uso de la cobertura del baluarte donde se había almacenado la munición capturada a los franceses, retenían la muralla sur. Los hombres de Minver, con gran lentitud, eran llevados a remo hacia el *Thuella*.

Un segundo barril de cal descendió dando tumbos por la pendiente, luego un tercero. Más franceses trepaban por las murallas para atacar los baluartes, pero los hombres que había en esas pequeñas fortalezas contaban con las últimas cargas secas y obligaron a sus atacantes a meterse a cubierto en las troneras.

—¡Ahora!

Un cuarto barril rebotó y golpeó a un hombre en pleno pecho.

Una pistola disparó desde el patio y Rossner soltó un gruñido pues la bala le había dado en el brazo.

—¡Venga! —Frederickson lo empujaba hacia el mar—. ¡Venga!

Venían más franceses, se aferraban a la rampa, se abrían paso por la cureña destrozada, sobre los barriles reventados y por los cuerpos de sus propios heridos. El pie de la rampa era una mezcla grotesca de cal y sangre.

—¡Ahora!

El quinto barril descendió y luego el sexto.

Sharpe había ido hasta la parte superior de la rampa. Vio a los hombres de Minver que subían por el costado del *Thuella*, pero no podían contener a los franceses por mucho tiempo. Algunos intentaban subir por el muro interior hasta las murallas, usando los escombros quemados de los despachos de escalera, y Sharpe corrió hacia ellos para detenerlos. Arremetió con su espada, una vez, dos, y un hombre se puso a chillar cuando la hoja le arañó la cara.

—¡Ahora!

Harper lanzó el último barril. No rebotó, pero descendió totalmente inclinado y se estrelló contra una nueva carga de hombres. Los botes del *Thuella* todavía no habían iniciado su viaje de vuelta.

—¡Espadas! —gritó Frederickson.

Los franceses, estimulados por su victoria en la brecha y viendo que ya no había más barriles que pudieran clavarse en sus filas, cargaron. Una única fila de fusileros, con las bayonetas caladas, los esperaba.

Entonces Harper rompió la línea.

Con un grito, cuyo eco llenó la totalidad del patio, Patrick Harper cargó al tiempo que descendía la pendiente de piedra. Llevaba el hacha grande y reluciente y por sus venas corría el entusiasmo de un millar de guerreros irlandeses. Gritaba en gaélico y desafiaba a los franceses a que fueran a por él, y los franceses que iban a la cabeza no se atrevieron.

Harper medía seis pies y cuatro pulgadas, un gigante, y sus músculos eran como los cables de un palo mayor. No atacaba con prudencia, compadeciéndose de la debilidad de su enemigo, sino que chillaba desafiante a toda velocidad. El hacha dio a seis hombres del primer golpe, luego Harper giró la hoja como si pesara menos que una espada, se la llevó hacia adelante, con la hoja chorreando sangre, mientras su voz, repitiendo su lengua antigua, hizo que los franceses retrocedieran.

Un capitán francés, sediento de gloria y sabiendo que había que tomar la rampa, arremetió y la hoja del hacha le abrió el vientre a la lluvia. Harper gritó el triunfo, desafiando a los franceses a que vinieran a retar a su hoja. Se detuvo a unos pies del final de la rampa, victorioso, y la lluvia que goteaba del hacha que sostenía en su mano derecha era de color rosa. Se rió de los franceses.

—¡Sargento! —chilló Sharpe—. ¡Patrick!

Las chalupas, al fin, regresaban a la playa.

—¡Patrick! —Sharpe abocinó las manos—. ¡Regrese!

Harper se echó el hacha al hombro. Se giró, no quería correr, y fue subiendo caminando por la rampa de piedra hasta donde le esperaba Frederickson. Allí se giró y dirigió la mirada hacia el patio. El oficial que tenía la pistola de percusión, con el cañón cargado con pólvora extraída de un cuerno seco, deslizó una cápsula fulminante por la chimenea del arma, pero Calvet, que sabía reconocer la valentía cuando la veía, sacudió la cabeza. Aquel fusilero, pensó Calvet, debería estar en la Guardia Imperial.

—¡Baluartes! —El grito de Sharpe resultó brusco en el silencio extraño que siguió al ataque en solitario de Harper—. ¡Retirada! ¡Retirada!

Los fusileros que habían vigilado los extremos de la muralla oeste se escabulleron de los baluartes y corrieron hacia las escaleras.

Calvet, al verlo, se dio cuenta de que su enemigo estaba acabado.

—¡Carguen!

—¡Atrás! ¡Atrás! ¡Atrás! —Sharpe empujaba a sus hombres.

Ahora los franceses podían quedarse con el fuerte, pero venía lo peor, el momento difícil, el final de la batalla de Sharpe y la carrera hasta los botes.

Los fusileros no tenían tiempo para hacer cola en las escaleras, saltaron desde las murallas y cayeron de cabeza en la arena. Sharpe esperaba de pie en una de las troneras con su espada desenvainada. Harper se puso a su lado pero Sharpe le gruñó que se fuera.

Los franceses cargaban por encima de los cuerpos de los muertos. Querían venganza, pero se encontraron con las murallas vacías. Vacías salvo por un oficial, empuñando la espada, cuyo rostro era como el de la muerte. Aquella cara los detuvo unos segundos, los suficientes para que los hombres de Sharpe se escurrieran hacia la orilla del mar.

Entonces Sharpe se giró y saltó.

El golpe al aterrizar le quitó la respiración. Se tiró hacia delante, el fusil le cayó del hombro y su cara golpeó contra la arena húmeda.

Una mano lo agarró por el pescuezo y tiró de él hasta levantarlo. Harper gritó:

—¡Corra!

Sharpe tenía la boca llena de arena. Escupió. Tropezó con el cuerpo de uno de los franceses abandonados en aquella franja de arena el día anterior, cayó cuan largo era y luego volvió a echarse a correr. Había perdido el chacó. Los franceses estaban arriba en las murallas mientras que a su derecha, proveniente del norte, apareció la caballería.

Las dos chalupas, con los remos levantándose y cayendo con lentitud y dificultad, avanzaban pulgada a pulgada hacia la pequeña rompiente de olas en la playa del canal. Los primeros fusileros estaban en el agua, caminando hacia los botes, alcanzándolos.

Cornelius Killick, en el primer bote, gritó una orden y Sharpe vio que los remos retrocedían, vio que los torpes remos se balanceaban y se dio cuenta de que Killick estaba haciendo girar la nave para que la popa más ancha diera de cara a la orilla.

—¡Formen una línea! —gritó Frederickson.

Sharpe se giró hacia donde provenía el grito sacándose la arena de los ojos. Treinta fusileros formaban una línea rudimentaria en el mismo borde del agua. Sharpe y Harper se unieron a ellos.

—¡Primera fila rodilla al suelo! ¡Presenten armas!

Frederickson, como si estuviera en un campo de batalla, se enfrentaba a la caballería con dos filas erizadas con las hojas de las bayonetas. El jinete que iba en cabeza, un oficial, se inclinó en la silla para arremeter con el sable, pero la ligera hoja chocó con la línea de bayonetas como el palo de niño que recorre una valla de hierro.

—¡Atrás! ¡Atrás! —gritó Sharpe.

La reducida línea retrocedía, paso a paso, adentrándose en el mar. El agua les llegaba a las pantorrillas, a los muslos, y el impacto del agua fría alcanzó la ingle.

Los jinetes espoleaban a los caballos para que se metieran en el mar. Los caballos, asustados por las hojas y las olas, se encabritaron.

—¡Venga, cabrones! —gritó Killick—. ¡Naden!

—¡Rompan filas! —gritó Sharpe—. ¡Venga!

El se quedó en la retaguardia. El fusil le estorbaba y lo dejó caer al agua.

Un jinete arremetió con su sable contra Sharpe y la larga espada del fusilero, sostenida con ambas manos, le rompió el antebrazo al hombre. El francés gemía de dolor, soltó su sable y luego su caballo retrocedió hacia la tierra seca. Otro jinete retorció la punta de su sable en el cuello de un fusilero. Había sangre, chapoteos y más caballos con dientes amarillentos que se hundían en la espuma. Harper, que todavía llevaba el hacha, arremetió contra el jinete que la esquivó mientras el cuerpo del fusilero era arrastrado por la marea. Harper arrastró el cuerpo hacia los botes, sin darse cuenta de que el hombre ya estaba muerto.

La infantería había saltado desde las murallas y gritaba a la caballería que les dejara sitio. Sharpe, con los dientes rechinando, los desafió a acercarse. Los provocó. Avanzó hacia ellos, quería que uno de ellos lo intentara, sólo uno.

—¡Señor! —gritó una voz desde atrás—. ¡Señor!

Sharpe retrocedió y, al verlo, los franceses atacaron.

A la cabeza iba un sargento. Era veterano, curtido en años de campaña y sabía que el inglés acometería.

Sharpe acometió. El francés hizo su mosquete a un lado, paró y chilló su victoria cuando atacó hacia delante.

Todavía gritaba cuando la espada de Sharpe, que se había girado sobre la puñalada de la bayoneta, le pinchó en el vientre. Sharpe giró la hoja, empujando, la

sangre salió a borbotones y cayó en la espuma mientras la hoja parecía que se la tragara el enorme vientre. Sharpe dio un paso atrás, tiró de la espada y la hoja salió con un chorro de sangre.

—¡Señor!

Retrocedió. Otro jinete penetraba en el agua y Sharpe arremetió con su espada hacia la cabeza del caballo, éste se encabritó y entonces apareció un hombre por el otro lado, un oficial con uniforme más oscuro, y Sharpe se giró, paró una estocada torpe y blandió su espada para darle el toque mortal.

—¡Él no! ¡El no! —gritó Killick.

Sharpe detuvo el ataque.

Lassan, sabiendo que no iba a morir en aquel día de lluvia y crueldad, bajó su espada al agua.

—Váyase.

Sharpe se fue. Se giró y se zambulló en el mar. Las chalupas ya casi se iban. Unos hombres se agarraban a los yugos del bote que tenían más cerca mientras que otros, a salvo en su nave, estiraban los brazos y los fusiles hacia ellos.

Una bala de pistola levantó un penacho junto a la cara de Sharpe. Le llegaba el agua hasta el pecho, iba medio caminando y medio nadando y estiró su mano izquierda y cogió el cañón de un fusil que le tendían.

—¡Vamos tire! —gritaba Killick—. ¡Tire!

Un último jinete llevaba su carga hasta el mar, pero el golpetazo de un remo contra el agua asustó al caballo. Los franceses, con sus mosquetes inutilizados por la lluvia, lo único que podían hacer era mirar.

Sharpe se agarró al fusil con la mano izquierda. El punto de mira del arma se le clavó en la palma de la mano. La espada que tenía en la mano derecha lo estaba hundiendo, al igual que la pesada vaina. Pataleaba con sus pies, el agua le iba entrando en la boca y él la cerraba con fuerza.

—¡Tiren! ¡Tiren! ¡Tiren!

Era la voz de Killick la que se oía rugir por encima del ruido que producía el torno del *Thuella* que recogía el ancla y la sacaba del cieno del canal. Las velas se soltaban al viento y el *Thuella* se movía en el agua.

Los botes chocaron contra el costado del barco y los hombres empujaron a los fusileros hacia la cubierta. Alguien cogió a Sharpe por el pescuezo y lo arrastró chorreando hasta el interior de la chalupa.

—¡Arriba!

Había una escalera en el costado del barco. Sharpe, tambaleándose con el balanceo de la chalupa, metió su espada en la vaina que salpicó hacia fuera toda el agua que había dentro. Alcanzó la escalera, subió, luego unas manos americanas tiraron de él hasta la cubierta del *Thuella*. Había bebido agua de mar y, con un

espasmo repentino, la vomitó sobre la cubierta bien fregada. Hacía esfuerzos por respirar, vomitó más, luego se tumbó, jadeando en los imbornales.

Oyó vítores, vítores de los alemanes, españoles e ingleses, incluso de los americanos, y Sharpe se giró, miró a través de una cañonera y vio que la costa se deslizaba ante él. Los artilleros franceses lidiaban con los cañones de doce por la arena mojada, pero era demasiado tarde y en vano. Las chalupas eran arrastradas por unas cuerdas, las velas mojadas del *Thuella* se hinchaban con una nueva brisa procedente del este y los franceses se quedaban atrás, impotentes.

Habían escapado.

Epílogo

La caballería estaba nerviosa en los campos mojados. Los jinetes franceses cobrarían coraje, cabalgarían hacia delante unas cuantas yardas y luego virarían repentinamente para evitar la descarga británica. La artillería oculta, que disparaba a unos blancos ocultos, golpeaba el aire envuelto en llovizna, mientras que la infantería, temblando con el frío de febrero, esperaba las órdenes.

La fuerza de Sharpe, empujando cuatro carros cargados con los heridos, alcanzó la escaramuza procedente del norte. Un escuadrón de caballería francesa los vio, giró hacia la derecha y luego blandió los sables curvos para cargar.

—¡Dos filas! ¡Calen las bayonetas!

Sharpe presintió que el enemigo no cargaría a fondo, pero realizó los movimientos pertinentes y el oficial enemigo, al ver las bayonetas esperando y sin saber que no había ni un solo mosquete o fusil cargado en aquellas dos filas, se retiró. La batalla, si es que lo fue, parecía demasiado dispersa para una carga de caballería que podía dejar a los jinetes expuestos a un repentino contraataque. Además, vio que los franceses eran muchos menos, como le había sucedido a él en la Teste-de-Buch. El enemigo, poco más que una línea de piquetes, se veía acosado por una tropa cada vez mayor de británicos y portugueses.

Una milla por delante se oyó un rugido repentino, como una ola rompiendo en la playa y Sharpe vio un cohete que se elevaba en el aire y bajaba vertiginosamente hacia el este. Hacía ya más de un año que había visto esos cohetes y suponía que eran tan poco precisos como siempre. Sin embargo, la visión de aquello le hizo sentirse en casa.

—¿Se acuerda de éstos? —preguntó a Frederickson.

El Dulce William, que estaba con Sharpe cuando se habían utilizado los cohetes por primera vez contra los franceses, asintió con la cabeza.

—Claro que sí.

Un capitán de infantería a caballo, con la chaqueta roja resplandeciente, galopaba por el camino en dirección a Sharpe. Su voz, cuando refrenó el caballo, resultó tan autoritaria como la de un oficial del estado mayor.

—¿Quién diablos es usted? ¿Qué están haciendo aquí?

—Me llamo Sharpe, soy comandante y trátame como se debe.

El capitán se quedó mirando con incredulidad, primero a Sharpe y luego a la mezcla de fusileros y soldados de infantería sucios que contemplaban anodidamente la estela de humo del cohete.

—¿Sharpe? —Parecía que el capitán perdía la voz—. Pero usted... —Se calló—. ¿Viene usted del norte, señor?

—Sí.

Resultaba difícil explicar todo lo que había sucedido; explicar que un capitán corsario americano se había prestado a rescatar a una guarnición y a desembarcarla lo más cerca posible de las líneas británicas; que el *Thuella* había puesto rumbo al sur una noche lluviosa y que los fusileros y la infantería de marina habían golpeado las bombas manuales de la nave hasta que los músculos les ardían a pesar del frío o que Sharpe, acabado su turno en las bombas, se había ido a beber brandy con un americano enemigo en un pequeño camarote y que había prometido que, cuando esta maldita guerra acabara, volverían a beber más en un lugar llamado Marblehead. O explicar que, en un amanecer lluvioso, Cornelius Killick había desembarcado a los hombres de Sharpe al norte del estuario del Adour.

—Ojalá pudiera llevarle más al sur —había dicho el americano.

—No puede.

Habían divisado una vela extraña en el sur, simplemente un jirón blanco en el horizonte neblinoso, pero la vela significaba un peligro para el *Thuella*, así que Killick había virado en dirección a la playa.

Ahora Sharpe, que marchaba hacia el sur, se había encontrado con unas tropas británicas al norte del río, lo que significaba que Elphinstone había construido su puente.

—¿Usted quién es? —preguntó Sharpe al capitán del estado mayor.

—Primera división, señor.

Sharpe señaló con la cabeza en dirección a otra estela de humo de un cohete.

—¿El Adour?

—Sí, señor.

Estaban a salvo. Tendrían cirujanos para los heridos y un preciado puente para atravesar el río, un puente que le conduciría a San Juan de Luz y hacia Jane.

Allí estaba el puente. El puente milagroso, el puente que sólo un hombre inteligente podía construir, un puente para desbordar por el flanco al ejército francés, un puente de barcas.

El puente estaba hecho con los quechemarines. Toda una flota de lugres estaba amarrada los unos al lado de los otros en la ancha boca del río y, extendiéndose de una cubierta a otra y sujetadas por grandes cables, una amplia carretera de planchas. Por encima del puente marchaban las compañías de chaquetas rojas, una tras otra, un ejército desbordando al enemigo y adentrándose en Francia. El oficial dijo que el cuartel general de la división todavía estaba al sur del río.

Sharpe llevó a sus hombres a la orilla norte donde un cirujano había montado una tienda y esperaba a la clientela.

—Mejor que se espere aquí —dijo Sharpe a Frederickson.

—Sí, señor.

Sharpe miró a sus marinos y fusileros, a Harper y a Minver y a Rossner y a

Palmer y a todos los hombres que habían luchado como no tendría que luchar ningún hombre.

—Regresaré a por ustedes —dijo sin convicción.

Sharpe se fue. Avanzaba contra la marea de la división invasora, atravesando el puente de tablas que se balanceaba arriba y abajo con las pequeñas olas del estuario. Era para conseguir ese puente que sus hombres habían tomado la Teste-de-Buch. Habían atraído al enemigo al lugar erróneo para que lo pudieran construir sin ser molestados.

El puente tenía casi un cuarto de milla de longitud y tenía que aguantar las subidas y bajadas de las mareas del océano. Unos marineros, bajo las órdenes de unos oficiales de marina, disponían los tornos que gobernaban las anclas de los botes amarrados. Los tornos hacían equilibrar el largo puente contra las corrientes del río, del océano y contra la amplia marea que se adentraba en el Adour.

El puente, vigilado por una flota de bergantines, era un milagro de la ingeniería.

Y el hombre que lo había construido esperaba en un malecón al sur donde un cabrestante, construido en el interior de una jaula con barrotes de madera, podía compensar los cables de la calzada contra las bajadas de la marea del estuario. El coronel Elphinstone, de pie sobre la plataforma del cabrestante, observó al sucio fusilero manchado de sangre y pólvora que se acercaba. El rostro de Elphinstone mostró sorpresa e incredulidad primero y luego alegría.

—¡Dijo que lo habían capturado!

La lluvia le dio en la cara a Sharpe cuando levantó la mirada hacia el coronel.

—¿Quién, señor?

—Bampfylde. —La mirada de Elphinstone se posó en la sangre que Sharpe tenía en el muslo y la cabeza—. ¡Se ha escapado!

—Todos, señor. Todos y cada uno de los malditos hombres que Bampfylde abandonó. Salvo los muertos, por supuesto. Han muerto veintisiete, señor.

Sharpe hizo una pausa, recordando que había muerto alguno más desde la última vez que los había contado. Dos de los heridos habían muerto en el *Thuella* y los habían dejado caer al mar gris. Y Sharpe suponía que al fusilero americano, Taylor, tenía que contarle entre los muertos, aunque estaba vivo y navegaba hacia el oeste.

—Tal vez treinta, señor. Pero los franceses enviaron una brigada contra nosotros y luchamos como cabrones, señor. —Sharpe se notó rabia en la voz y sabía que aquel hombre honesto no se la merecía—. Lo siento, señor. Necesito un caballo.

—Necesita usted descansar. —Elphinstone con una sorprendente agilidad para un hombre pesado y de mediana edad se balanceó y descendió de la jaula de madera—. ¿Una brigada, dice usted?

—Media brigada —dijo Sharpe—, pero con artillería.

—Dios todopoderoso.

Sharpe se giró y observó el batallón de infantería portugués que avanzaba por el malecón hacia el puente de tablas.

—Ya veo que Bampfylde le trajo los quechemarines. El muy cabrón al menos hizo algo bien.

—¡Él dice que tomó el fuerte! —dijo Elphinstone—. Dijo que usted había ido hacia el interior y que lo habían derrotado.

—Pues es un cabrón mentiroso. Nosotros tomamos el fuerte. Luego nos fuimos tierra adentro, derrotamos a los gabachos junto al río, regresamos y nos encontramos con el fuerte abandonado. Los volvimos a derrotar.

—No tan alto, Sharpe —dijo Elphinstone—, cuidado con el flanco derecho.

Sharpe se giró. Varias yardas río abajo en la orilla había un grupo de unas dos docenas de oficiales del ejército y de la Armada que habían ido a ver aquel prodigio; un puente flotante que cruzaba un estuario. Con ellos iban algunas damas a las que habían invitado para ser testigos del lejano humo de una batalla. Unos relucientes carruajes estaban estacionados en un camino de la zona pantanosa doscientas yardas atrás.

—¿Ése es Bampfylde?

—¡Con calma, Sharpe! —dijo Elphinstone.

—Cabrón de Bampfylde.

Sharpe iba manchado de barro, sangre seca, sal y quemado por la pólvora. Fue caminando por el malecón hacia los espectadores que se arracimaban alrededor de dos catalejos montados en unos trípodes. Se oyó una salva de aplausos y admiración cuando otro cohete se elevó formando un arco hacia las nubes grises.

Dos tenientes de navío impidieron el paso a Sharpe. Uno de ellos, al ver que el soldado iba sucio y andrajoso, le sugirió que diera un rodeo.

—Vaya por allí.

El oficial le señaló la parte interior del muro llena de barro.

—Apártese. ¡Fuera! —le espetó Sharpe.

Aquella orden repentina sorprendió a los espectadores. Una mujer dejó caer el paraguas y emitió un chillido al ver el aspecto de Sharpe, sucio y ensangrentado, pero el capitán Horace Bampfylde, que explicaba con grandes detalles cómo había capturado una fortaleza y había traído los quechemarines hacia el sur para ayudar al ejército, se quedó callado con terror.

—Cabrón de mierda —dijo Sharpe—. ¡Cobarde!

—¡Señor!

Un oficial del ejército tocó en el brazo a Sharpe en señal de protesta, pero Sharpe se volvió contra el hombre y éste retrocedió atemorizado al ver aquel rostro salvaje.

Sharpe volvió a mirar a Bampfylde.

—Usted huyó.

—Eso no es...

—Y tampoco tomó la fortaleza, cabrón. Lo hice yo. Y luego la retuve, cabrón, frente a una maldita brigada de tropas gabachas. Los derrotamos, Bampfylde. Combatimos contra ellos y los vencimos. He perdido a algunos de sus soldados, Bampfylde, porque no se puede luchar contra media brigada sin perder algún hombre, ¡pero vencimos!

Se hizo un silencio embarazoso entre aquel grupo de gente elegantemente vestida. Un viento frío agitó el agua a la derecha de Sharpe y luego el sonido de un disparo de la artillería cruzó el río.

—¿Me oye usted, Bampfylde?

El oficial no dijo nada y su rostro carnoso y joven tan sólo mostraba terror. Los demás oficiales, horrorizados al ver la cara de Sharpe y al notar la ira en su voz, se quedaron como helados.

—Más de dos mil hombres, cabrón, y nosotros menos de doscientos. Luchamos contra ellos hasta que ya no nos quedaban más balas, entonces combatimos con el acero, Bampfylde. ¡Y ganamos!

Sharpe dio otro paso adelante hacia el capitán de marina quien, aterrado, retrocedió.

—Me dijo... —empezó a decir Bampfylde, pero no pudo seguir.

—¿Quién le dijo qué?

Los ojos de Bampfylde se dirigieron detrás de Sharpe y el fusilero se giró y vio al conde de Maquerre, del brazo de una muchacha, junto al coronel Wigram. El conde miró a Sharpe como si viera a alguien salido de su tumba. Sharpe, que no esperaba encontrar al conde, se lo quedó mirando con la misma incredulidad.

Entonces, a la mente de ambos vino el conocimiento de la traición y el conde aterrizado se echó a correr.

El conde corría hacia el puente que conducía a la orilla norte del Adour donde un puñado de tropas francesas se retiraban al ver a la primera división. Tenía que haber más tropas allí, las de Calvet, suficientes para que la sangre corriera por el río, pero a De Maquerre lo habían engañado con la historia del desembarco y las tropas de Calvet se habían desperdiciado en Arcachon. El conde de Maquerre, sin quererlo, había servido bien a Wellington, pero era un traidor y como tal huía.

Sharpe corrió tras él.

El coronel Wigram levantó la mano como queriendo mantener el decoro ante las damas, pero Sharpe lo empujó hasta el malecón y cayó en el barro.

De Maquerre saltó por el muro en pendiente, pudo mantener milagrosamente el equilibrio en el borde resbaladizo del río y saltó sobre el puente.

—¡Deténganlo! —gritó Sharpe.

Unos soldados de infantería portugueses que atravesaban el puente vieron al

oficial, alto y distinguido, con uniforme británico perseguido por un desdichado sucio y andrajoso. Dejaron pasar al conde.

Sharpe iba dando golpes contra el suelo con su muslo herido. La sangre le corría por el muslo cuando les gruñó a los hombres que le dejaran pasar.

—¡Deténganlo!

Un caballo nervioso al que habían tapado los ojos para cruzar aquella carretera extraña detuvo la huida de De Maquerre. Giró su grupa y se interpuso en el camino del conde que se vio obligado a saltar a uno de los quechemarines amarrados. Se giró al aterrizar en una cubierta, vio que ya no podía correr más y desenvainó su espada.

Sharpe saltó desde las tablas a la cubierta del bote y empuñó su espada.

El conde de Maquerre, al ver la suciedad y la sangre del combate que llevaba encima Sharpe decidió que la lucha estaba perdida antes de empezar. Bajó la espada.

—Me rindo, comandante.

—A los espías los ahorcan, cabrón —dijo Sharpe.

De Maquerre echó una mirada al agua y Sharpe se dio cuenta de que el hombre estaba pensando en saltar al agua fría y gris de la marea, pero entonces una voz hizo que el francés dirigiera su atención hacia atrás, al puente.

—¡Sharpe!

Era la voz petulante del coronel Wigram, todo manchado de barro, que con Elphinstone, se abría paso entre las tropas portuguesas que llenaban el puente.

El conde de Maquerre miró a Wigram e hizo un gesto señalando a Sharpe.

—¡Está loco!

—¡Comandante! —Wigram descendió a la cubierta del quechemarín—. ¡Hay cosas que usted no entiende, comandante!

—Es un traidor. Un espía.

—¡Tenía que decirles a los franceses que se planeaba un desembarco! ¿No lo entiende?

Sharpe se quedó mirando al francés alto y delgado.

—Trabaja para un hombre llamado Pierre Ducos. Oh, a usted lo ha engañado, Wigram, eso lo entiendo, pero este cabrón intentó atraparme.

De Maquerre, que notaba que su alianza con Wigram todavía estaba viva, señaló a Sharpe.

—¡Está loco, Wigram, loco!

—Estoy tan loco —dijo Sharpe— que odio ahorcar a hombres.

El conde de Maquerre ya no podía retroceder más. Su retirada se veía bloqueada por dos marineros que se agazapaban nerviosos junto al torno de un ancla. El francés observó la espada de Sharpe y luego sus ojos. El bote tembló cuando Elphinstone saltó a la cubierta desde la carretera y el movimiento provocó un estallido de súplicas en francés dirigido a Wigram.

—¡En inglés, cabrón! —Sharpe se adelantó hacia el francés aterrado—. ¡Dígale quién es Ducos! ¡Dígale quién es Favier! ¡Dígale que me ofreció hacerme general de división en su ejército realista!

—*Monsieur!* —De Maquerre, delante del fusilero, tan sólo podía rogar.

—¡Sharpe! —El coronel Wigram dio a su voz un tono de calma y sensatez—. Tendrá que llevarse a cabo una investigación formal ante un tribunal constituido como es debido...

—¿... y qué harán? ¿Lo colgarán?

—Si lo encuentran culpable, sí —dijo Wigram, indeciso.

—¡Pero a mí no me gusta que ahorquen a los hombres! —Sharpe dijo estas palabras con lentitud deliberada—. Me he descubierto una debilidad, y lo siento, ¡pero no soporto que cuelguen a los hombres!

—Muy comprensible —dijo Wigram convencido de que hablaba con un loco.

El conde de Maquerre, percibiendo una tregua en las palabras de Sharpe, esbozó una sonrisa nerviosa.

—Usted no entiende, *monsieur*.

—Yo entiendo que es usted un cabrón —dijo Sharpe— y un espía, pero no lo van a colgar por ello. Esto es por los hombres que ha matado usted, ¡macarra!

La espada arremetió mientras Sharpe gritaba la última palabra. La hoja, marcada con el óxido del agua y de la sangre, se retorció cuando Sharpe la empujó, se volvió a retorcer en cuanto penetró en el vientre del francés, siguió retorciéndose cuando la sangre salpicó dos pies hacia arriba, y aún se retorció para que la carne del cuerpo no se pegara en el acero cuando el francés, con los pantalones manchados de sangre, se cayó al río que Calvet hubiera tenido que defender.

—Eso no ha estado bien —dijo el coronel Elphinstone abriéndose paso junto a Wigram, aterrizado, que observaba el cuerpo del espía que quedaba rodeado de sangre diluida y flotaba hacia el mar.

—Era un traidor —dijo Sharpe— y mató a mis hombres.

El cansancio le invadía. Quería sentarse, pero supuso que tendría que explicarse. Sin embargo, era difícil.

—Hogan lo sabía —dijo recordando las palabras de su amigo bajo el efecto de la fiebre—. ¿Michael Hogan? —Miró buscando comprensión en el rostro honesto de Elphinstone.

Elphinstone asintió con la cabeza.

—Fue idea de Hogan dejar que los franceses creyeran que planeábamos una invasión.

—Pero Wigram envió a De Maquerre, ¿no? —Sharpe se quedó mirando al coronel de rostro grisáceo que no decía nada—. ¡Hogan no hubiera enviado nunca a un macarra que pusiera en peligro nuestras vidas!

—Hogan estaba enfermo —dijo Wigram a la defensiva.

—Entonces esperen a que esté bien —dijo Sharpe— y llámenlo cuando se constituya el tribunal.

—Eso no puede ser —dijo el coronel Elphinstone—. Hogan ha muerto.

Por un momento parecía que la noticia no tenía sentido.

—¿Muerto?

—La fiebre. Que en paz descanse.

—Oh, Dios.

A Sharpe se le llenaron los ojos de lágrimas y para que no las vieran ni Elphinstone ni Wigram, el fusilero se giró. Hogan, su amigo íntimo, con quien tantas veces había hablado de los placeres que disfrutarían cuando llegara la paz, había muerto a causa de la fiebre. Sharpe observó el cuerpo de De Maquerre que giraba con la marea y el dolor que sentía por su amigo se convirtió en rabia.

—¡Ése tenía que haber sido Bampfylde! —dijo señalando el cadáver y se giró hacia Elphinstone—. ¡Huyó!

La dureza que mostraba el rostro de Sharpe hizo que el coronel Wigram retrocediera al puente de tablas, pero Elphinstone simplemente le cogió la espada a Sharpe y le limpió la sangre con una esquina de la chaqueta. Le devolvió la espada.

—Lo ha hecho bien, comandante. —Intentó imaginarse a un puñado de hombres enfrentado a media brigada y no pudo—. Necesita usted descansar.

Sharpe asintió con la cabeza.

—¿Puede usted proporcionarme un caballo, señor? —preguntó con una voz como si no hubiera pasado nada, como si no hubiera sangre goteando en la cubierta.

—¿Un caballo? Seguro.

Elphinstone percibió en Sharpe el cansancio de un soldado empujado hasta los límites de la razón. El coronel era ingeniero, conocía las tensiones que podían destrozarse la piedra o la madera o el hierro y ahora veía ese mismo tipo de tensión capaz de fracturar a Sharpe.

—¡Por supuesto! —dijo Elphinstone con voz de absoluta normalidad—. ¡Está usted deseoso de ver a su mujer! Tuve el honor de cenar con ella hace dos noches.

Sharpe se quedó mirando al coronel.

—¿Cenó usted con ella?

—¡Mi querido Sharpe fue totalmente correcto! ¡En honor a las mujeres! Había ragú y un buey estupendo.

Sharpe se olvidó de De Maquerre, se olvidó del puente y se olvidó de los tiradores que morían al otro lado del río. Incluso se olvidó de Hogan.

—¿Y Jane está bien?

Elphinstone se encogió de hombros.

—¿Por qué no habría de estarlo? Ah, me comentó algo de un resfriado, pero se le

pasó rápido. Un estornudo invernal, nada más. Estaba afectada por lo de Hogan, naturalmente.

Sharpe miraba boquiabierto al coronel.

—¿No tiene fiebre?

—¿Su mujer? ¡Santo cielo, no! —A Elphinstone le sorprendía que Sharpe siquiera se atreviera a preguntarlo—. No se creía que lo hubieran derrotado, por supuesto.

—Oh, Dios.

Sharpe se sentó en la borda del quechemarín y, al no poder evitarlo, los ojos se le llenaron de lágrimas y le corrieron por las mejillas. No tenía la fiebre. Había dejado vivir a Killick por culpa de la fiebre de Jane y no había pensado en rendirse a Calvet por culpa de las fiebres y resultaba que sólo había sido un resfriado, un estornudo. Sharpe no sabía si reír o llorar.

Un cañón retumbó del otro lado del río y un cohete subió al cielo vacilante y luego se zambulló en el lodo del río. Una trompeta de caballería tocaba a retirada, pero a Sharpe no le importaba. Estaba llorando. Estaba llorando porque un amigo había muerto y lloraba de alegría porque Jane estaba viva. Lloraba porque finalmente todo había acabado; una batalla que no tenía que haberse librado nunca, pero una batalla que gracias a la tozudez, el orgullo y la promesa de un americano enemigo, le había proporcionado la victoria en aquel río y aquel gran alivio. Por fin había terminado.

Nota histórica

Había un fuerte en la Teste-de-Buch, aunque la acción que aquí se relata no tuvo lugar. Sin embargo, la libertad de la que disfrutaban los británicos para llevar a cabo incursiones costeras se había consolidado con las victorias de Nelson y muchas de tales incursiones sí tuvieron lugar. Fueron posibles, por supuesto, gracias a la supremacía en los mares de la Armada Real.

La Armada Real había alcanzado su apogeo de popularidad con Nelson (un hecho que había levantado envidias en el Ejército, que caía cordialmente mal a la mayoría de británicos), pero era una popularidad no compartida por la mayoría de los marinos de la Armada Real que soportaban condiciones viles, salarios bajos y, a menos que fueran afortunados con el capitán de su barco, unos castigos físicos brutales y frecuentes. Una de las formas más fáciles de huir de tal régimen era hacia un barco americano, donde a los hombres se les aseguraba al instante la ciudadanía. El temor al castigo que les esperaba en el caso de que fueran capturados convertía a tales desertores en luchadores magníficos. Cornelius Killick sin duda había reclutado a tales hombres en su tripulación.

Que un americano rescatara a Sharpe no es tan fantasioso. Colquhoun Grant, cuyas aventuras reales ya han contribuido previamente a la carrera de Sharpe, fue rescatado siendo un prisionero fugitivo en Nantes por el capitán de un barco americano que no sabía que Grant era enemigo de su país. La sangre y la lengua, al parecer, eran a menudo más fuertes que las alianzas formales. Esto, sin embargo, no hubiera evitado que la tripulación de un barco corsario americano fuera colgada del peñol por la Armada Real, en particular cuando la Armada se había visto herida por los éxitos americanos en el mar.

Estos éxitos se habían obtenido en la guerra de 1812, un conflicto sin sentido entre Gran Bretaña y América. En el mar, los americanos habían infligido una serie de derrotas hirientes a la Armada Real, y sólo habían perdido la batalla de fragatas final, mientras que en tierra el curso de la guerra era similar, pero al contrario; Gran Bretaña había derrotado con facilidad los intentos americanos de invadir Canadá, capturando y quemando Washington, pero luego había perdido la batalla final en Nueva Orleans. Las causas del conflicto se habían resuelto antes de que se declarara la guerra y la batalla final se libró después de que se firmara la paz. Sharpe es ciertamente afortunado de que Cornelius Killick renegara de ese sinsentido.

Los quechemarines existieron y se alquilaron con el propósito de hacer un puente sobre el Adour. Los franceses no se resistieron de forma efectiva a ese puente y la acción en la orilla norte se distinguió principalmente por la utilización de la errática Artillería de Cohetes (ampliamente descrita en *Sharpe y su peor enemigo*) en una de sus escasas apariciones en los campos de batalla de Wellington.

Wellington no avanzó más al norte por la costa del golfo de Vizcaya sino que giró en dirección este y se dirigió a Toulouse. A lo largo de la campaña, sus hombres fueron recibidos con la escarapela blanca y no había un movimiento de resistencia en Francia como el que había incomodado a los ejércitos de Napoleón en la España ocupada.

Una razón que justifica la quietud francesa, aparte del cansancio de los franceses por las guerras napoleónicas, era el trato sensato que Wellington daba a la población francesa. Cualquier acto criminal contra los franceses era castigado con una ejecución sumaria aunque, al igual que a Sharpe, a muchos oficiales les costaba colgar a sus propios hombres. La policía militar era menos remilgada. Todo alimento tenía que comprarse y esto se ganaba las simpatías de una población acostumbrada al hábito del robo legalizado entre su propio ejército. Que la comida se pagara con monedas falsas no importaba, pues las fundiciones de Wellington contenían la cantidad de plata adecuada y no se distinguían del producto de la casa de la moneda de París.

El ejército británico, ampliamente bendecido con presidiarios, no tenía problemas para encontrar expertos falsificadores entre sus filas.

Así, aunque los comerciantes de Burdeos, empobrecidos por el bloqueo británico, están deseosos de que acabe la guerra, y aunque la población francesa proporciona una bienvenida cautelosa a unos hombres cuya disciplina es mucho mayor que la de las tropas de Napoleón, la guerra todavía no ha terminado. El Emperador está en libertad y muchos intransigentes en Francia creen que su genio todavía puede convertir en gloria un desastre. Las últimas defensas son a menudo las que más cuesta tomar, así que Sharpe y Harper volverán a marchar.